SAN JUAN CRISOSTOMO

LAS XXI HOMILIAS DE LAS ESTATUAS

VOLUMEN I

Traducción por

D. Juan Oteo Uruñuela

Serie
Los Santos Padres
N.º 24

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-1458-1990
I.S.B.N.: 84-7770-161-X
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

INTRODUCCION

Entre los innumerables escritos, discursos, sermones, tratados, homilías de San Juan Crisóstomo ocupan puesto preeminente las XXI HOMILIAS, LLAMADAS DE LAS ESTATUAS.

En el año 387, según cálculos bien fundados, las predicó en su ciudad natal Antioquía de Siria el segundo año de estar nombrado predicador por el obispo Flaviano, sucesor de Melecio desde 381, en la sede de Antioquía.

Estos discursos, dice Villemain, no tienen igual en la antigüedad. Después de haber consolado a aquellas apenadas almas Juan trabaja en reformarlas, azota los vicios dominantes, sobre todo la costumbre blasfema de los juramentos y execraciones: continuamente recuerda la vanidad e inconstancia de los bienes transitorios.

La ocasión de pronunciarlas fue como sigue:

A raíz de la exacción de un tributo nuevo impuesto por el Emperador Teodosio el Grande (346-395), ya para solemnizar un doble aniversario, el quinto de haber proclamado Augusto a su hijo Arcadio, y el décimo del Imperio de Teodosio, ya quizá también para recoger caudales para la guerra contra el tirano Máximo, ya para atender a públicas necesidades, hubo una sedición en Antioquía. O por lo gravoso del impuesto, o por la forma de exigirlo, un grande sentimiento se posesionó de Antioquía. Los notables de la ciudad acudieron afligidos al Prefecto en queja, y a Dios pidieron ayuda. Mas una amotinada turba de extraños y circunvecinos, excitaba los ánimos, se abalanzó a los crímenes el 26 de febrero del año 387. Destrozaron los baños públicos, de allí se dirigieron a la casa del Prefecto y rompiendo cerraduras y puertas, la allanaron. Al verse reprimidos se revolvieron contra el Emperador, apedrearon, ensuciaron y arrancaron las lápidas del mismo, cargaron de injurias y denuestos a los dos Augustos, desmontaron las estatuas de Teodosio y de Flacila, ya difunta, y las arrastraron por la ciudad. Ya habían comenzado a cometer otros desmanes, cuando por un escuadrón de arqueros enviado por el Prefecto pudieron ser contenidos. Habían cometido un crimen de lesa majestad. Teodosio, no podía dejarlo impune, y en el arrebato de su cólera decidió arrasar la ciudad.

La ciudad lo comprendió y el termor se sobrepuso al furor. Flaviano, obispo santo, con el decidido propósito de implorar clemencia y mitigar las iras de Teodosio, salió para Constantinopla, donde el Emperador estaba aquel invierno. En Antioquía quedaba el entonces presbítero Juan, que estaba nombrado predicador desde su ordenación a fines del año 385 o principios de 386. Antes del motín predicó la primera homilía. En la segunda ya hace referencia a lo sucedido.

Había el orador de comentar pasajes de las Santas Escrituras, pero frecuentemente prescindió del texto para aludir a los acontecimientos. Siempre, empero, empeña su trabajo en reformar las costumbres cristianas, para lo cual fustiga incansable los vicios corrientes, como la blasfemia, la embriaguez, etc., y recuerda sin cesar la inestable vanidad de las cosas transitorias. Consuela a los apurados fieles, levanta los espíritus consternados y hace los oficios de padre celoso por el bien de sus hijos.

Dícese que estas homilías, pronunciadas por el presbítero Juan en su ciudad de Antioquía, a la edad de unos cuarenta y tres años, le merecieron el sobrenombre de Crisóstomo = pico o boca de oro, con el que es conocido en la historia. El sentimiento patrio, el inminente castigo de sus fieles y conciudadanos, el celo por la salvación de todos y por la glorificación de Jesucristo y de Dios, pusieron en llamas la grande elocuencia del mejor discípulo del mejor maestro de elocuencia entonces conocido, que fue Libanio.

Estas homilías son discursos vividos, sentidos, pronunciados en fuerza de las circunstancias, más que metódicamente pensados y escritos. La necesidad y la oportunidad mueven el corazón, la inteligencia y la lengua del Crisóstomo en todos ellos: así llega al corazón, a la inteligencia y a las determinaciones de sus fieles y de los conciudadanos.

Aquella Cuaresma, envuelta en densísima nube de tristeza por los castigos experimentados y por los presentimientos aún más atormentadores con que empezó, fuese despejando poco a poco, primero por los eficaces consuelos del predicador, después por la enmienda de las costumbres, aceptada y premiada por Dios, y finalmente por las nuevas del perdón obtenido del Emperador.

Al llegar el día de Pascua y brillar el sol de la Resurrección del Señor, éste disipó toda la tristeza e inundó de santas y puras alegrías, las almas, cuando en aquella iglesia, la *Polea*, la antigua, se oyeron las palabras con que el santo obispo Flaviano se había dirigido al

corazón del religiosísimo Teodosio y que después de haberle conmovido hasta hacerle derramar lágrimas le persuadieron a conceder el perdón solicitado. Con fundamento se sospecha que el discurso pronunciado por el obispo ante el Emperador fue preparado y compuesto por el Crisóstomo. Ojéese el número I de la Homilía III y se oirán las mismas ideas del discurso de Flaviano en Constantinopla.

Esto baste como introducción, si no es que, para más conocer al Santo Juan Crisóstomo, añadimos unas fechas de su vida:

Juan de Antioquía, hijo de Segundo y Antusa.

Nació en Antioquía de Siria, entre los años	*344 a 347*
Fue bautizado según los usos de entonces	*367 a 370*
Fue ordenado Lector por San Melecio	*poco después*
Hubo conato de nombrarle Obispo en	*373*
Se oculta en un monasterio cenobítico cuatro años	*374 a 378*
Después, por espacio de dos años, se hizo anacoreta	*378 a 380*
Fue ordenado de Diácono por Melecio	*381*
Fue ordenado de Sacerdote por San Flaviano a fines	*385 ó 386*
Fue nombrado Predicador en su ciudad	*385 ó 386*
Fue elegido Obispo de Constantinopla	*398*
Fue desterrado por Eudoxia Emperatriz (Elia)	*404*
Murió en el destierro de Armenia	*407*

SAN JUAN CRISOSTOMO

Las XXI Homilías de Las Estatuas predicadas por San Juan Crisóstomo, siendo Presbítero, en la Palea o Iglesia llamada la Antigua al pueblo de Antioquía (de Siria)

HOMILIA I

SUMARIO. Advertencia y análisis de la Homilía I.

1. Doctrina de San Pablo. Valor de toda sentencia, por corta que sea, de la Escritura. Elección del tema de esta homilía.

2. Anuncia que profundizará en el tema. Enumera objeciones y preguntas a que responderá. Propone una digresión.

3. Alabando la virtud de Timoteo y la paternal solicitud de Pablo. Los santos tanto más temen, cuando más abundan sus méritos.

4. Medios con que Timoteo se fortifica contra los peligros de la juventud. Enfermo, no descuida los asuntos de Dios. La advertencia: *usa un poco de vino*, lejos de ser una condescendencia, es una llamada a la sobriedad. El vino es un don de Dios; la embriaguez, es obra del demonio.

5. Permitido es usar moderadamente del vino. De la embriaguez. Regla de la templanza. Solución de las cuestiones propuestas. Elevando el discurso, de un caso concreto, lo generaliza para todos cuentos sufren tribulaciones.

6. Causas varias porque Dios permite que los santos padezcan:

1.ª La tribulación los hace modestos y humildes.

7. 2.ª Manifiesta el poder de Dios; 3.ª, evita que sean tenidos por más que hombres. La idolatría es intento diabólico.

8. 4.ª Manifiesta que los buenos sirven a Dios no por los bienes presentes, ejemplo de Job; 5.ª es consuelo de los demás atribulados; 6.ª confirma la verdad de la resurrección y vida eterna.

9. 7.ª Invita a que imitemos a los que son hombres, como nosotros; 8.ª enseña a quienes debemos llamar dichosos, y a quienes desgraciados; 9.ª hace más estimables a los que sufren tribulaciones; 10.ª repara las faltas de la vida pasada; II.ª, aumente los premios y las coronas.

10. EXHORTACIÓN. No pidamos cuenta a Dios de los trabajos, sino glorifiquémosle en todo. Comparación entre los frutos de la paciencia y de la limosna. Ejemplo de Job. Aplicación de los atribulados. Job, Lázaro el Pobre, los Apóstoles, los Profetas, los Patriarcas, los justos.

11.La acción de gracias contrapuesta a la blasfemia. Sé constante en el bien por más que sufras.

12.Los blasfemos sean corregidos y castigados. Ejemplo de Juan Bautista. Se responde al dicho: a mí ¿qué me importa?, no me toca nada. conclusión

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª La primera homilía de las Estatuas tuvo lugar en la Iglesia Antigua de Antioquía, llamada la *Palea* en griego. Esta y las restantes homilías, hasta sumar veintiuna, que nos han llegado a nosotros, y alguna desaparecida, predicólas siendo sólo Presbítero Juan de Antioquía. En el mes de febrero y días antes de la sedición acaecida el 26 del mismo mes, pronunció esta primera homilía.

2.ª ¿Qué fue lo que motivó el asunto de esta homilía? Habla de Pablo y de Timoteo, extendiéndose en panegirizar al discípulo y al maestro. ¿Es que se pronunció el día de San Timoteo, celebrado ahora en la Iglesia con fecha 24 de febrero? No es imposible, pero carezco de documentos para aseverarlo.

3.ª La ciudad de Antioquía, capital del Oriente, tenía un otro célebre santuario además de la Palea. fuera de la ciudad, más allá del río Oronte, estaba el Martyrium de San Babilas, del cual EVAGRIO habla en la Historia Eclesiástica (1-16) com en Patrología Groeca, 86 columna 2.468 es de ver. Levantado cerca del bosque de Apolo, hizo enmudecer aquel pagano centro de oráculos y cesar todas las prácticas adivinatorias (SOZOMENO, Historia Eclesiástica, V-19, Patrología Groeca 67, col. 1.271 y sig). Las peregrinaciones al santuario perturbaron las citas de amor en la calle de Dafne (Enciclop. Ital. Antioquía-Arte). Véase la nota puesta al final del núm. 9 de esta homilía I.

4.ª Cita San Crisóstomo la Escritura según la versión Alejandrina, mas en la traducción hemos tomado el texto de la vulgata latina según el Excmo. Sr. Torres Amat.

5.ª En dos partes está naturalmente dividida, panegírica la primera, exegética moral la segunda.

6.ª En ésta y en todas es de admirar cuánto profundiza y cómo se levanta por encima de las cosas temporales, y las mira y presenta desde la altura de Dios con una proyección vertical y distinta de la horizontal a que estamos habituados. Es un águila que volando enseña a sus polluelos a volar.

* * *

1. ¿Habéis oído la voz del Apóstol, la trompeta del cielo, la lira espiritual? Porque como trompeta anunciadora de algo terrorífico y bélico, llena de consternación a los enemigos y levanta los decaídos ánimos de los suyos, e infundiendo gran confianza en los que le prestan atención, los hace inexpugnables al diablo; y otras veces como lira, deleitando con mucho agrado, adormece los morbosos absurdos pensamientos y con placer nos proporciona utilidad grande. ¿Habéis, pues, oído hoy al que adoctrina de muchas y necesarias cosas a Timoteo? De las ordenaciones escribió al mismo diciendo: *"No impongas de ligero las manos sobre alguno, ni seas cómplice de pecados ajenos*

(I Timoteo, 5-23): y expuso el intolerable peligro de tal prevaricación, demostrando que el suplicio de los males por otros perpetrados lo padecerán otros justamente con ellos, porque confirieron a la maldad el poder mediante la ordenación. Luego dice también: *"Usa de un poco de vino, por causa de tu estómago, y de tus frecuentes enfermedades"* (I Timoteo, 5-23). Y también de la obediencia de los siervos, y de la insensatez de los avaros, y de la arrogancia de los ricos, y de muchas más cosas nos ha enseñado.

Al no sernos posible recorrer todo esto, ¿qué queréis que de todo lo dicho proponga y diga a vuestra caridad? Porque como en un prado veo muchas y varias flores para escoger y, dilatada rosaleda, y muchas violetas, y no pocos lirios, y también por doquiera esparcido variado y copioso (polínico) fruto en el aire con mucha suavidad de olor: no digo prado, sino más bien (jardín), paraíso es la lectura de las divinas Escrituras: porque sus flores no tienen sólo fragancia, sino también fruto capaz de nutrir el alma.

–De lo dicho, ¿qué deseáis que tratemos hoy? ¿Queréis que discurramos de lo que parece ser más vil de todo, y lo que es más fácil de entender? A mí me agrada, y a vosotros, bien lo sé, también os gustará. Pero al cabo, ¿qué es lo más fácil de todo? Y ¿qué otra cosa parece ser ora lo más fácil a cualquiera, ora compendioso para decir? Veamos: ¿qué es eso?– *"Usa un poco de vino por causa de tu estómago, y por tus frecuentes enfermedades"* (I Timoteo, 5-23) e indisposiciones. Ea, pues: todo el discurso lo voy a dedicar a expresarlo.

Aun las sentencias mínimas de la Sagrada Escritura son preciosas. Mas hacemos esto, no por ambición, ni por ostentación de facundia en el decir, pues lo que se dice no es cosa nuestra, sino lo que el Espíritu (Santo) inspirase con su gracia; lo hacemos para levantar a los oyentes, aun a los perezosos, y para persuadir cuán grande es el tesoro de las Escrituras, y que si es libre, no sin peligro es el prescindir de ellas. Pues si ésta tenue y compendiosa expresión que a muchos parece no contener nada necesario, apareciere sernos causa de muchas riquezas, y dar ocasiones de altísima filosofía; mucho más aquellas cosas que de suyo ostentan doméstica abundancia, henchirán de tesoros infinitos a los que presten atención. Así, pues, ni aun aquellas sentencias de las Escrituras juzgadas por tenues, pasemos de ligero. Porque las mismas son también una gracia del Espíritu (Santo); y la gracia del Espíritu nunca es pequeña y vil, sino grande y admirable, y digna de la munificencia del dador. No escuchemos, pues, con

desidia; como los que funden el mineral de las minas, después que lo ponen en el horno, no tan sólo recogen las masas de oro, sino que también recogen las hojuelas (o pizquitas) con no poco cuidado. Así, pues, ya que sacamos el oro de la mina apostólica, no para echarlo en el horno, sino para introducirlo en los pensamientos de vuestra alma, no para levantar llamas, sí para excitar el fuego del espíritu aún las migajitas han de recogerse con grande diligencia. Por corta que sea la sentencia, es no obstante de gran (poder y) virtud. Que también las gemas (o perlas) tienen su (valor) y hermosura, no por la mole del cuerpo, sino por la naturaleza de su hermosura; así es también la lección de las Divinas Escrituras. Efectivamente, la externa doctrina que ofrece muchas bromas (o burlas), que infunde en los oyentes muchas sutilezas, los despide con las manos vacías, sin que hayan ganado emolumento alguno, ni grande, ni pequeño. Pero la gracia del Espíritu no así, antes por el contrario en las sentencias, aun en las más módicas, proporciona a todos cuantos las penetran filosofía; y frecuentemente a muchos el haber entresacado una sola palabra, es suficiente viático para toda la vida.

2. Pues ya que tanta es la abundancia, despertémonos y atentamente recibamos lo que se diga: porque pienso profundizar mucho el discurso.

Con todo a muchos la advertencia ésta paréceles hasta ser superflua y redundante en algún modo, y discurren así: –¿Es que Timoteo no podía conjeturar que debía (o que necesitaba) usar vino, y tenía que esperar el oírlo (y aprenderlo) del maestro?– Y ¿qué es eso, que el maestro no tan sólo lo mandó, sino que, como en columna de bronce, lo cinceló con letras, escribiéndolo en la carta a él dirigida; y no se avergüenza de encomendar estas cosas en carta, y mandarlas al discípulo para que fuesen públicamente leídas?

–Pues para que aprendas que no sólo no redunda la advertencia, sino que es necesaria y utilísima; y que no fue Pablo, sino la gracia del Espíritu (Santo) quien lo hizo, para que no solamente fuese dicho, sino que fuese dado por escrito y llegase a todos los venideros por medio de esta epístola; vendremos luego a la misma prueba.

–A todo esto hay también quienes están no menos perplejos por otra cosa, y que preguntan: ¿por qué causa permitió Dios que un varón, de tanto poder, que sus huesos y reliquias arrojaban los demonios, contrajese tanta enfermedad? Porque no es que estaba levemente enfermo, sino de continuo (crónico), y con enfermedades intermiten-

tes, y continuas que no le daban un punto de respiro–.Y ¿por dónde sabemos ser esto manifiesto? –Por las mismas palabras de Pablo. Que no dijo *"por tu enfermedad"*, sino *"por tus enfermedades"*; y para expresar la continuidad de ellas decía: *"por tus frecuentes enfermedades"*

Oigan los que, padecidos de crónica enfermedad, la soportan malhumorados y caídos de ánimo.

–Pero además se pregunta esto: ¿por que, siendo, santo, enfermaba y con tanta frecuencia enfermaba, y además teniendo encomendados los públicos negocios del mundo? Porque si él fuera uno de los que se retiraron a las cimas de los montes, y labraron celdas en la soledad y eligieron vida ajena de tales negocios, no sería tan dudoso lo que se inquiere. Pero que puesto en (alto) medio, y teniendo encomendado el cuidado de tantas iglesias, y las ciudades todas, y las naciones, y toda la redondez de la tierra, que haya estado sometido a la pena de la enfermedad, esto es lo que puede llevar hasta el completo estupor, sobre todo a quien no fija su atención (reflexionando). Ya que no por sí, al menos por los demás, debía tener salud. El Emperador estaba muy sano: estaba haciendo la guerra no sólo contra los infieles, sino contra los demonios (enemigos) y contra el mismo diablo: los enemigos todos amenazaban con vehemencia, dispersando el ejército y haciendo cautivos: éste empero (Timoteo) que a infinitos podía reducir a la verdad, estaba enfermo. Y se añade: aunque ningún daño se infiere a los asuntos por esta enfermedad, ella por sí sola podía hacer a los fieles más perezosos y más dejados. Si los soldados, al ver al general retenido en cama, se hacen más descuidado y más tardos para pelear; mucho más igual era que los fieles, viendo a su maestro, después, de tantos portentos obrados, continuamente enfermo y padeciendo de enfermedad corporal, hayan experimentado algo humano.

–Y ni esto solo, sino otra cosa alegan vacilantes: ¿por qué ni él a sí mismo, ni su maestro curó al enfermo: sino que resucitaban muertos, y lanzaban demonios, y fácilmente vencían la muerte; pero un solo cuerpo enfermo no curaban; y los que, tanto en vida como después de muertos, manifestaron tanto poder en los cuerpos ajenos, no levantaban el estómago caído; y lo que es más. Pablo ni se avergüenza ni se sonroja, después de tantos y tantos portentos hechos con sola la palabra, de escribir a Timoteo que acuda a la medicina del vino. No porque sea deshonroso (y malo) el beber vino no; esa es doctrina

enseñada por herejes: sino porque no creyese que era indecoroso no poder curar (aliviar el estómago) el órgano enfermo, si no es con su ayuda (del vino).

Mas en verdad, tan lejos estuvo de avergonzarse, que a todos los venideros lo ha dejado manifiesto.

–¿Veis a qué profundidad hemos llegado en el discurso? ¿Cómo lo que parece pequeño origina innumerables preguntas?

Ea pues: propongamos la solución (o respuesta).

Por lo tanto, descendemos a lo bajo para que al despertar vuestras mentes, con seguridad coloquemos los sentidos.

3. Mas os ruego me permitáis, antes de dar solución a estas preguntas, decir algo de la virtud de Timoteo y del cuidado de Pablo.

¿Quién hubo más amante que aquel que ausente tanto tiempo y envuelto en tantos negocios, tenía tanta providencia de la curación estomacal del discípulo, y con tanto cuidado escribía de la corrección (medicación) de la dolencia y enfermedad?

Virtud de Timoteo. Pero ¿que hay igual a la virtud de Timoteo? De tal modo despreciaba las delicadezas, y menospreciaba la mesa opípara, que caía enfermo por la austeridad de la comida y el excesivo ayunar. Porque el no ser él enfermo por natural, sino por haber gastado la fuerza (o actividad) del estómago con el agua, y con beber agua sola, oídlo al mismo Pablo, que lo manifiesta diligentemente, no dice sencillamente: *"usa de un poco de vino"*, sino que habiendo antes dicho: *"no prosigas en beber agua* (sola), después le dio consejo de beber vino. Y la palabra más es para significar que hasta entonces bebía agua y por ello está enfermo. ¿Quién no admira su filosofía (sabiduría) y diligencia? Había tocado los cielos, había llegado a la cumbre de la virtud: y el maestro lo atestigua diciendo así: *"He enviado a vosotros a Timoteo, el cual es hijo mío carísimo y fiel en el Señor"* (I Corintios, 4-17). Y cuando Pablo le llama *hijo, e hijo carísimo y fiel*, estas palabras son bastantes para demostrar toda la virtud de aquel. Porque los juicios los fundan los santos, no en la amistad, ni en la enemistad, sino que están libre de todo anterior prejuicio. Timoteo no hubiera sido tan dichoso siendo hijo de Pablo naturalmente, como digno de admiración es ahora, porque no tocándole nada por el parentesco natural, por la cognación (o parentesco) de religión, tuvo la adopción del mismo, conservando diligentemente los caracteres de su enseñanza en todas las cosas. Porque como un novillo uncido con un toro, así llevaba el yugo con él por doquiera, y en nada desfallecía

por causa de la edad, sino que ponía empeño para emular al maestro en sus trabajos. Testigo de ello es nuevamente el mismo Pablo, al decir así: *"Ninguno le tenga en poco* (por ser mozo), *pues trabaja, como yo, en la obra del Señor"* (I CORINTIOS, 16-10,11). ¿Veis como le atestigua un empeño del todo igual? Seguidamente, para que lo dicho no pareciera (adulación o) gracia, a los oyentes hácelos testigos de la virtud del hijo, diciendo: *"Pues ya sabéis vosotros la experiencia que tento de él, habiéndome servido en la predicación del Evangelio como un hijo al lado de su padre"* (FILIPENSES, 2-22).

Con todo, habiendo ascendido a tanta altura de oficios, ni así confiaba, sino que andaba con ansiedad de ánimo y con temor: y por lo mismo ayunaba instantemente, y no experimentaba, como muchos, quienes dándose a ayunar durante diez o veinte meses, lo deshacen todo de repente. Mas él nada de esto padeció, ni en tal cosa pensó; no se dijo: ¿Qué necesidad tengo yo de ayunar en adelante? He vencido; superado he las concupiscencia, he mortificado mi cuerpo, espanté a los demonios, expelí al diablo, resucité muertos, curé leprosos, soy terrible a los poderes enemigos: ¿qué necesidad tengo yo de ayunar más y de semejante cautela?

LOS SANTOS TANTO MÁS TEMEN CUANTO MÁS ABUNDAN EN MERECIMIENTOS. Nada semejante dijo o pensó; antes cuanto más abundaba en méritos, más temía y temblaba, y esta filosofía del maestro la aprendía. Porque arrebatado éste al tercer cielo, y llevado al paraíso, y oídas palabras inefables, y hecho particionero de tales misterios, habiendo recorrido todo el orbe como si tuviese alas, al escribir a los Corintios decía: *"Me avergüenzo, no sea que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado"* (I CORINTIOS, 9-27). Pues si Pablo, después de tantos y tales oficios, teme, él que pudo decir: *"El mundo está* (muerto y) *crucificado para mí, como lo estoy para el mundo"* (GÁLATAS, 6-14); mucho más debemos nosotros temer, y tanto más, cuanto cosas mayores hayamos obrado. Porque el diablo entonces se hace más cruel, más se enfurece, cuando ha visto que ordenamos con diligencia nuestra vida; cuando ha visto preparados los cargamentos de virtud, y grandes montones, entonces intenta producir más grande naufragio. Porque cuando un vil y abyecto hombre fuere suplantado y cayere, no infiere tan gran daño a la vida común; mas cuando el que se halla en alto colocado, como un espejo de virtud, y que es a todos conocido y manifiesto, y de todos admirado, si tentado cayere, produce ruina y daño grande; no sólo por caer de alto, sino

porque a muchos otros, que se miraban en él, los torna más desidiosos. Y como en el cuerpo, si se estropea un miembro (una mano, un pie) no causa un daño mayor; pero perdidos los ojos, o gravemente herida la cabeza, todo el cuerpo se inutiliza; así debe decirse de los santos y de los grandes beneméritos: cuando ellos se apagaren, por haber contraído alguna mancha, todo lo restante del cuerpo padece intolerable detrimento.

4. Pues teniendo Timoteo conocidas todas estas cosas, fortificábase por todos lados. Sabía que la juventud es cosa difícil, que es voluble, fácil de ser engañada, resbaladiza, y necesitada de freno más vehemente; que es una pira que prende todo lo exterior y lo inflama con facilidad y aceleración. Por esto le ponía estorbos por todas partes, para contenerla, y cuidaba de apagar esa llama por todos los medios: y al potro desbocado, que a duras penas obedecía al freno, lo atormentaba con valentía hasta cortarle las exuberancias, y hacerle obediente, y someterlo con gran dominio al imperio de la razón, para que ésta lo guíe. Hízose esta cuenta: enferme el cuerpo, y no enferme el ánimo: refrénese la carne, y no se impida la carrera del alma al cielo.

Mas con esto y todo, cada cual podrá admirar que, padeciendo tal enfermedad, y tanta enfermedad, no descuidaba los negocios de Dios, sino que volaba a todas partes ya a Efeso, ya a Corinto, ya con frecuencia a Macedonia y a Italia, por mar y por tierra apareciendo al lado de su maestro, más y mejor que los sanos y robustos de cuerpo, en todos los combates y en los peligros continuos, participando con él que ni a la filosofía (sabiduría) del ánimo derribó la debilidad del cuerpo: ¡tan valiente es el celo de Dios, tan ligera hace las alas! Que así como a los que tienen cuerpos pingües y robustos le son de ningún provecho, si el ánimo está caído, perezoso y tardo; así a los débiles ningún daño vendrá de la flacura, si el ánimo es fuerte, generoso y despejado.

–Mas a algunos parece que esta advertencia y consejo es una condescendencia y permiso de beber vino con mayor libertad; pero no es así–. Antes bien, examinada con atención la sentencia, es una advertencia de la sobriedad. Y si no, reflexiona cómo Pablo no ha dado este consejo desde luego y el principio, sino después que hubo visto consumida toda la fuerza, entonces *aconsejó*; y esto no sencillamente, sino con una anotación: pues no dijo: *"usa de vino"*, sino así: *"usa de un poco de vino"* no porque Timoteo estuviera necesitado de esta

(advertencia) admonición, sino porque nosotros la necesitamos. De ahí, que escribiéndole a él, nos puso a nosotros la medida y límites de beber vino, mandando beber tanto cuanto ayude a la salud, cuanto de al cuerpo sanidad, y no otra enfermedad: porque el desordenado beber vino engendra, no menos, sino mucho más, y más difíciles enfermedades del ánimo y del cuerpo, que el inmoderado beber agua: la guerra de las pasiones, introduciendo en la mente (imaginación) una tempestad de absurdos pensamientos y haciendo la energía corporal más muelle y más disoluta. Porque ni la tierra trabajada por una crecida de aguas se estraga desde luego tanto, como la energía corporal se ablanda, se corre y se disipa embalsada continuamente de vino.

Huyamos, pues, la destemplanza de todos modos, ya mirando por la salud del cuerpo, ya recortando las exuberancias lascivas del mismo. Porque el vino es un don de Dios, no para que nos embriaguemos, sino para que seamos sobrios; para que disfrutemos, no para que nos tengamos que doler. *"Porque el vino recrea el corazón del hombre"* (SALMO, 103-15), dijo David; y tú lo conviertes en materia de tristeza. Porque los ebrios están con el ánimo excesivamente cargado, con muchas tinieblas esparcidas en la mente. Es óptima medicina (el vino) cuando tiene óptima medida.

Este lugar también es útil contra los herejes, que acusan a la criatura de Dios: puesto que si (el vino) fuera de los prohibidos, no le hubiese permitido Pablo, y hubiera dicho que no se ha de usar vino. Y no sólo contra los herejes, sino contra los más bobos de nuestros hermanos, quienes luego de haber visto a algunos deshonrarse por embriaguez, omitiendo el vituperarlos (y corregirlos, y olvidándose de dolerse de ellos), calumnian el fruto dado por Dios, diciendo: ¡Qué no haya vino.

–A éstos, pues, digamos: ¡Qué no haya embriaguez! ¡Fuera la embriaguez! Porque el vino es de Dios, y la embriaguez es obra del demonio, no es el vino, sino la destemplanza lo que causa la embriaguez; no acuses a la criatura de Dios, sino reprende la insensatez del consiervo. Mas tú, que omites castigar y corregir al que peca, ¿contumelias al bienhechor?

5. PERMITIDO ES EL USO MODERADO DEL VINO. Y si habíais oído a algunos decir esto, hagámosles enmudecer, pues no el uso, sin la falta de moderación causa la embriaguez: la embriaguez, digo, causa de todo este mal. El vino fue dado para levantar el cuerpo lánguido, no para que oprima la fortaleza del alma; para que quite la debilidad de

la carne, no para que destruya la salud del alma. Guárdate, pues tú, que destempladamente abusas del don de Dios, de dar ocasiones a los necios y más imprudentes. Porque ¿acaso hay algo más miserable que la embriaguez? El ebrio es un muerto animado: es un demonio voluntario; enfermedad que no merece perdón, ruina que carece de excusa, oprobio común de nuestro linaje. El ebrio no sólo es inútil en las asambleas, o en los negocios privados o públicos, sino que por su aspecto solo es molestísimo, exhalando asqueroso hedor. Los eructos y bostezos, las voces destempladas y molestas de los borrachos llenan de extrema abominación a los que los miran y están reunidos; y lo que es el mayor y cabeza de los males, esta enfermedad hace el cielo inaccesible a los borrachos, y no permite conseguir los bienes eternos, sino que además del oprobio de esta vida, queda una pena intolerable allí para los que padecen este mal.

Cortemos, pues, esta ímproba costumbre y oigamos a Pablo que dice: *"Usa de un poco de vino"*, que ese poco lo permitió por la enfermedad; que si la flaqueza no le hubiera vejado, ni a admitir ese poco hubiese forzado al discípulo. Pues hay que medir siempre con los tiempos y necesidades los manjares y bebidas que se nos han dado, y nunca exceder la necesidad, ni hacer cosa imprudente y temerariamente.

Y ahora que hemos aprendido el cuidado de Pablo y la virtud de Timoteo, encamínese el discurso a resolver las preguntas. –Y ¿cuáles son las preguntas? Es necesario repetirlas para que la solución sea más clara.

–Por qué a este santo, que trataba tantos negocios de Dios, permitióle que cayera enfermo, y

–Por qué ni él mismo, ni el maestro, pudieron curar la enfermedad, sino que necesitaron auxiliarse con beber vino.

En verdad éstas eran las cuestiones: mas es necesario dar una solución tal, que no sólo si alguno cayere en morbo y enfermedad semejante, sino quienquiera que padeciere pobreza, y hambre, y cadenas, y tormentos y tentaciones, y calumnias, y las restantes incomidades de esta vida, y también los santos y admirables varones, puedan encontrar en lo que hoy se ha de decir, idónea y manifestísima defensa contra los que quieren acusar. Porque habéis oído a muchos que preguntan así: –¿Por qué aquel hombre modesto y manso es cada día citado a juicio por otro impío y hombre malo, y sufre incontables molestias? –¿Y Dios lo permite? –¿Por qué otro acusado, injustamen-

te fue muerto? –Aquél se ahogó, añade, otro se despeñó, y podríamos aducir muchos casos, de ahora y del tiempo de nuestros mayores, que sufrieron tribulaciones, muchas, diferentes y varias. Por tanto, para ver la razón de todo esto, y para que no nos turbemos nosotros ni descuidemos a otros escandalizados, atendamos diligentemente a lo que ahora se ha de decir.

6. Causas varias porque Dios permite que los santos sufran trabajos. Ocho causas puedo exponer a vuestra caridad de la varia y omnímoda aflicción de los santos. Por tanto, prestad todos diligente atención, sabiendo que después, no se nos dará venia alguna y excusa si nos escandalizaremos de los sucesos, si nos alborotamos y turbamos, lo mismo que si no hubiera razón alguna, existiendo tantas.

Así, pues, sea la primera: Dios permite que sean afligidos, para que no se engrían y no se hagan con facilidad arrogantes por motivo de la magnitud de los méritos y milagros.

La segunda: para que los demás no conciban de ellos una opinión mayor que lo que puede la naturaleza humana y piensen que no son hombres, sino dioses.

La tercera: para que por medio de los enfermos y encarcelados se manifieste el poder de Dios, sobresaliendo, y venciendo, y acreciendo la predicación.

La cuarta: para que la paciencia de los mismos sea más manifiesta, y que no sirven a Dios por recompensa humana, sino que tienen tanto agradecimiento, que aun después de tantos males, se expresan con sincera benevolencia para con el mismo (Dios).

La quinta: para que pensemos en la resurrección, porque cuando hayas visto cómo ha partido de aquí el varón justo y lleno de mucha virtud, habiendo sufrido innumerables males; hasta sin querer tienes que pensar en el juicio que allí se hará. Pues si el hombre no consiente en despedir sin premio y retribución a los que han trabajado para él, mucho menos decretará Dios que los que tanto trabajaron (y sufrieron) queden sin corona (eternamente). Y dado que no quiere privarlos con la paga de los trabajos, es del todo necesario que haya, después del fin de lo presente, otro tiempo en que reciban la recompensa de los trabajos de la presente vida.

La sexta: para que cuantos caen en la adversidad tengan suficiente alivio y consuelo, mirando en ellos (en los santos) y acordándose de los males que les acaecieron.

La séptima: para que cuando os exhortemos a imitar sus virtudes,

y decimos: imitad a Pablo, imitad a Pedro, no os retraigáis de la imitación pensando que ellos fueron de otro natural, juzgando por lo sublime de sus hechos.'

La octava: para que al tener que contar los dichosos y los miserables, sepamos cuales son dichosos y cuales miserables y desgraciados.

Así, pues, éstas son las causas, pero conviene confirmarlas todas con las Escrituras, y demostrar con cuidado que todo lo antedicho no son invenciones de humanos pensamientos, sino que son sentencias de las divinas Escrituras. Y así el discurso será más fidedigno y mejor se fijará de asiento en vuestros ánimos.'

Efectivamente, que la tribulación comunique a los santos el que sean modestos y humildes, y que por esto permite Dios que les sobrevenga, oigamos al profeta David y a Pablo, quienes dicen: *"Bien está que me hayas humillado, para que* (así) *aprenda tus justísimos preceptos"* (SALMO, 118-71); y éste, que primero dijo: *"Conozco a un hombre... arrebatado hasta el tercer cielo"*, añadió: *"para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca, se me ha dado el estímulo de mi carne... para que me abofetee"* (2 CORINTIO, 2-27). ¿Qué cosa más clara? Para que no me desvanezca, dice, por esto permitió Dios a los enviados de satanás azotarme. Y llama ángeles (enviados) de satanás, no a algunos demonios, sino a hombres servidores del diablo, a los tiranos infieles, gentiles, que de continuo le estaban molestando y le vejaban. Y lo que dice es de este tenor: Podía Dios contener las persecuciones y penalidades asiduas: pero como fui arrebatado al tercero cielo y llevado al paraíso, para que no me desvanezca por la grandeza de estas revelaciones y me estime en mucho, permitió estas persecuciones, y al ángel de satanás azotarme con persecuciones y tribulaciones, para que no me engría. Porque si bien Pablo y Pedro, y todos los que se les parecen, sean santos y admirables, con todo son hombres y necesitan grande precaución, para que no se engrían fácilmente, y más que todos los santos, pues nada suele provocar tanto la arrogancia como el alma que vive con la conciencia de estar llena de méritos y confiada. Pues para que no les suceda tal cosa otorgó (Dios) corregirlos y persuadirles que en todo se porten con moderación.

7. Y que esto ayude grandemente a manifestar el poder de Dios aprenderlo también del mismo Apóstol quien antes lo había dicho. Y para que no digáis que los infieles piensan que el dios que permite tales cosas es débil, y que no puede librar de peligros a los suyos,

porque los deja estar afligidos continuamente; considera esto: Pablo que ha demostrado que todo cuanto se hiciere, no sólo no arguye debilidad de Dios sino que a todos ostenta su poder. Porque habiendo dicho: *"Se me ha dado el estímulo* (o aguijón) *de mi carne* (que es como) *un ángel de Satanás, para que me abofetee"* (2 CORINTIOS, 127) y con esto hubiese demostrado las frecuentes tentaciones, infirió: *"Sobre lo cual por tres veces pedí al Señor que* (le) *apartase de mí"*. Y respondióme: *"Bástate mi gracia; que el poder mío brilla y consigue su fin por medio de la flaqueza"* (2 CORINTIOS, 2-8,9). Entonces, añadió, es cuando mi potencia se demuestra, cuando estáis bajo la enfermedad, y por vosotros, que parecéis ser débiles, se acrece la palabra de la predicación y se esparce por doquiera. Así que, cuando fue encarcelado, después de recibidos innumerables azotes, vencían al carcelero (HA, 16): en el cepo estaban los pies, encadenadas las manos con esposas, y la cárcel se estremecía a la media noche, cuando ellos alababan a Dios.

EL PODER DE DIOS MÁS SE MANIFIESTA EN LAS PENALIDADES DE LOS SANTOS. ¿Adviertes cómo el poder de él resplandecía en la enfermedad? Si Pablo hubiera estado suelto y hubiese sacudido aquella cárcel (su morada), no hubiera sido de admirar tanto lo que sucedía. Así es que, dice: quede atado, y conmuévanse los cimientos, y queden sueltos todos los presos; mas esto mismo es lo que al carcelero venció, que estando en tanta necesidad, pudo con sola la oración sacudir los cimientos en realidad, y abrir las puertas de la cárcel, y soltar a todos los prisioneros. Y no sólo aquí, sino también en Pedro, y en el mismo Pablo, y en otros Apóstoles podría cualquiera ver que esto se repetía continuamente, y que en las persecuciones florecía la gracia de Dios, y aparecía en las tribulaciones y así pregonaba su poder. Por esto decía: *"Bástate mi gracia"*.

Pues de que con frecuencia muchos habrían de sospechar de ellos cosas mayores que la natural condición de hombres, de no haberles visto que padecían tales cosas, escuchad cómo temió Pablo: *"Verdad es que, si quisiese gloriarme, podría hacerlo sin ser imprudente, porque diría verdad; pero me contengo, a fin de que nadie forme de mi persona un concepto superior a aquello que en mí ve, o de mí oye"* (2 CORINTIOS, 2-6) ¿Y qué es lo que dice? Podría contar milagros mucho mayores, dice; pero no quiero, para que la magnitud de los portentos no induzca a los hombres a sospechar mayores cosas de mí. Por esto también Pedro, después que curó al cojo paralítico, y de todos era

admirado, para contenerlos y persuadirlos de que él nada había ejecutado por su virtud, dice: *"¿Por qué os maravilláis de esto, y por qué nos estáis mirando a nosotros, como si por virtud o potestad nuestra hubiésemos hecho andar a este hombre?"* (HA, 14 12). Mad advertid la malicia del diablo: por aquellos por quienes el Señor pretendía arrojar del mundo la impiedad, por estos mismos quería introducirla, persuadiendo otra vez que pensasen que (aquellos) hombres eran dioses; lo mismo que hizo en tiempos anteriores, y esto principalmente es lo que introdujo el principio y la raíz de la idolatría. Pues muchos que habían guerreado con fortuna, y habían erigido monumentos, y edificando ciudades, y los que se habían granjeado el favor de los hombres, de muchos fueron tenidos por dioses, y honrados en templos y altares; de modo que toda la caterva de dioses gentiles fue enriquecida con tales hombres.

POR QUÉ HAYA PERMITIDO DIOS QUE LOS SANTOS SEAN HERIDOS Y ATORMENTADOS. Pues para que esto no sucediera en los santos permitió Dios que a la continua fuesen desterrados, azotados y caídos en enfermedades varias: para que la excesiva debilidad corporal, y las muchas tentaciones persuadiesen a los presentes que, aquellos que hacían tales milagros, eran hombres, y que nada ponían de sí mismos, sino que sola la gracia obraba todo esto mediante ellos. Porque si a los que hicieron pocas y viles obras tuviéronlos por dioses, con más motivo hubieran pensado que lo eran los que habían hecho tales cosas, cuales jamás hubo nadie visto, ni oído, si no hubieran padecido como hombres. Porque si aun estando azotados, despeñados, desterrados, en peligro cada día, algunos vinieron a dar en esta impía opinión, a pesar de todo; con más motivo hubieran juzgado de tal modo, si nada hubiesen padecido como hombres.

8. Así, pues, ésta es en verdad la tercera causa de la tribulación; mas la cuarta es para que no se piense que los santos adoran a Dios con miras a la esperanza de la dicha presente. Porque muchos, acusados a veces por muchos otros de los que viven en la abundancia, y llamados a los trabajos de la virtud, y que oyen alabar a los santos por la alegre tolerancia de las molestias, se empeñan en acusarlos de esto, y no sólo los hombres, pues aun el diablo pensó así. Pues como Job nadaba en abundantes riquezas y gozada de grande opulencia, preguntado por Dios el maligno demonio acerca de él, como nada tuviese que alegar, ni con qué excusar sus crímenes, ni que tocase la virtud del justo, acudió al momento a esta defensa diciendo: *"¿Acaso Job*

teme a Dios de balde? ¿No le tienes a cubierto por todas partes, así a él como a su casa y a toda su hacienda? ¿No has echado la bendición sobre las obras de sus manos, con lo que has multiplicado sus bienes en la tierra" (JOB, 1-9,10); por la paga, dijo, sigue él la virtud, gozando de tanta opulencia.

¿Qué hizo, pues, Dios? –Para manifestar que los santos le (sirven y) adoran, no por la paga, quitóle toda la hacienda, abandonóle en manos de la miseria y permitió que contrajese una enfermedad grave (y asquerosa). Luego echándole (al demonio) en cara sus temerarios pensamientos, dice: *"aun conserva la inocencia"* (Job, 2-3). Porque a los santos, como remuneración y paga, basta esto: que Dios sea verdadero: que aun para el que ama es bastante retribución amar al amante, y nada más pretende, ni piensa que haya cosa mayor que esto. Pues si para con un hombre es así, mucho más que el diablo había pedido. Este dijo: *"Extiende tu mano y toca a sus huesos y carne"* (Job., 2, 5): y Dios no esto, sino que dijo: *"En tu mano está" (y 6),* se lo entregó. Al modo que en las luchas exteriores los de cuerpo vigoroso, y los atletas de hermosa forma, no lo parecen, cuando van cubiertos con un vestido empapado en aceite, sino cuando despojados de él se presentan en el estado desnudos, entonces principalmente es cuando a los espectadores llenan del todo de asombro por la proporción de los miembros, cuando nada puede disimularla; así Job, en verdad cuando se hallaba envuelto en tantas riquezas, quién era, no a muchos era claro; mas cuando las arrojó, como el atleta las ropas, y desnudo entró en las luchas de la piedad, así despojado venció a todos los espectadores, en tanto que los coros angélicos aclamábanle por la paciencia de su ánimo y aplaudían a aquel vencedor. Pues como ya lo he dicho arriba, revestido de todas las riquezas, no aparecía a los hombres tal, como cuando, despojado de ellas, como de una ropa, salió en medio del orbe como en un teatro; y todos admiraron la buena forma de sus costumbres; y no sólo era contemplado en la pérdida de la hacienda, sino también en la lucha de la paciencia por la enfermedad.

POR QUÉ DIOS HAYA ENTREGADO EN PODER DEL DIABLO EL CUERPO DE JOB. Pues como antes he dicho, Dios no le hirió por sí mismo, para que no dijera otra vez el diablo: le has perdonado, y no le has puesto en tanto apuro como convenía; sino que al mismo diablo facultó para la destrucción de los rebaños, y de la salud de la carne. Como si hubiese dicho: tengo confianza en el luchador, por tanto no te (estorbo) ni prohíbo que le propongas toda clase de luchas. Pero así como

los admirados luchadores, fiando en su arte y en la robustez del cuerpo, de ordinario no van derechos a pelear, como de igual a igual, sino que se ponen en medio para ser aprehendidos por el cuerpo a fin de obtener victoria más ilustre; así Dios entregó al santo para que fuese cogido por el diablo, para que cuando hubiere vencido, a pesar de tantas ventajas en la lucha, y le haya derribado en el suelo, se le de una corona más brillante. Probado está el oro, pruébalo a tu gusto, acrisólalo como quieras, no encontrarás en él escorias.

Mas no sólo nos demuestra la fortaleza de otros; ofrece también grande consolación. Pues dice Cristo: *"Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira todo mal contra vosotros... Del mismo modo persiguieron a los profetas que ha habido antes de vosotros"* (MATEO, 5-11,12). Y otra vez habló para consolar a los Macedonios: *"Vosotros habéis imitado a las iglesias de Dios que hay en Jerusalén; siendo así que habéis sufrido de los de vuestra nación las mismas persecuciones que aquellas han sufrido de los judíos"* (I TESALONICENSES, 2-14). Y a los hebreos, los consuela así: enumerando todos los justos que vivían en los hornos, lagos de leones, soledades, montes, cuevas, con hambre y angustia (HEBREOS, 11-36), pues la comunión de las molestias acarrea a los caídos algún consuelo.

Y que también hable el texto de resurrección, escucha al mismo Pablo cuando dice: *"¿De qué me sirve* (hablando como hombre) *haber combatido en Efeso contra bestias, si no resucitan los muertos?"* (I CORINTIOS., 15-33). *Si nosotros sólo tenemos esperanza en Cristo mientras dura nuestra vida, somos los más desdichados de todos los hombres* (v.19). Innumerables males padecemos en la presente vida, dice, pues si no se espera otra vida, ¿quién habrá más miserable que nosotros?

9. NUESTRO PATRIMONIO NO SE LIMITA A LOS TÉRMINOS DE ESTA VIDA. De donde es manifiesto que, nuestro patrimonio no está circunscripto en el círculo de esta vida. Esto es patente por las tentaciones (o pruebas), pues Dios nunca permitirá que los que han padecido tantos y tales males, y que pasan la presente vida toda entre tentaciones y peligros, no sean recompensados con dones mucho mayores. Y si esto no puede sufrirse, es cierto que ha preparado otra vida mejor y más ilustre, en la cual ha de coronar a los luchadores piadosos, y alabarlos en presencia de todo el orbe. Así pues, cuando veas que un justo está angustiado, afligido, en debilidad, pobreza, y en otras mil molestias, y que así acaba la presente vida, di para tus adentros: si no hubiera

resurrección y juicio, Dios no hubiera permitido que quien tanto padeció por su causa salga de aquí sin haber disfrutado de bien alguno, de donde es manifiesto que El prepárales otra vida más feliz y agradable que la presente y mucho mejor. De no ser así, jamás hubiera dejado que muchos en verdad malos gocen en esta vida, mientras que muchos justos están en grandes privaciones; mas como hay preparado otro tiempo, en el que ha de dar a cada uno su merecido, a éste de su improbidad y a aquel los premios de su virtud: por esto permite que mientras éste vive afligido aquel viva entregado a los deleites.

Mas procuraré aducir otra causa, según las Escrituras. Y ¿cuál es ésta? –Para que nosotros, invitados a imitar la misma virtud, no digamos que ellos fueron de otra índole, particioneros de otra naturaleza, o que no fueron hombres. Por esto Santiago el hablar del grande Elías, dice así: *"Elías era un hombre pasible y semejante a nosotros"* (SANTIAGO, 5-17). ¿Ves cómo por la comunión de los padecimientos demuestra que es hombre como nosotros? –Y otra vez: "A la verdad que soy también yo un hombre mortal, semejante a los demás" (SABIDURÍA, 7-1); esto es, declaración de comunidad en naturaleza.

Y con el fin de que aprendas cómo aquí enseña a quienes se ha de tener por felices, esto es muy claro: porque habiendo oído a Pablo decir: *"Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la desnudez, los malos tratamientos y no tenemos dónde fijar nuestro domicilio. Y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos"* (HEBREOS, 12-6); es cierto que *"El Señor al que ama, le castiga, y a cualquiera que recibe, le azota"*; es cierto que nosotros hemos de alabar y emular, no a los que viven en ocio, sino a los que por Dios están afligidos, vejados, y que cultivan la virtud y la piedad. Así dice el profeta: *"Sálvame y sácame de las garras de esos extranjeros; de cuya boca no sale sino vanidad* (y mentira), *y cuyas manos están llenas de iniquidad. Los hijos de los cuales son como nuevos plantíos en la flor de su edad; sus hijas, compuestas y engalanadas por todos lados, como ídolos de un templo; atestadas están sus despensas, y rebosando toda suerte de frutos: fecundas sus ovejas, salen a pacer en numerosos rebaños. Tienen gordas* (y lozanas) *sus vacas; no se ven portillos ni ruinas en sus muros* (o cercados)*; ni* (se oyen) *gritos de llanto en sus plazas.– Feliz llamaron al pueblo que goza de estas cosas"* (SALMO 143-11 a 15). Mas, ¿qué es lo que dices tú, oh profeta? *"Feliz aquel pueblo que tiene al Señor por su Dios"* (v.15). No al que nada en riquezas, sino al que está adornado de piedad, a éste tengo yo por dichoso, aunque padezca innumerables males.

Mas si se hubiera de añadir una novena causa, podríamos decir que la tribulación hace más estimados a los atribulados, *"Sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia, la paciencia* (sirve a la) *prueba* (de nuestra fe), *y la prueba* (produce) *la esperanza, esperanza que no burla"* (ROMANOS, 5-3, 4, 5). ¿Ves cómo la prueba de la tribulación nos trae la esperanza de lo futuro, y cómo el permanecer en pruebas hace que esperemos bienes para lo venidero? Así es que no por temeridad declara que estas tribulaciones, nos indican la esperanza de la resurrección y que hacen mejores a los vejados. Ya que dicen: *"Así como en el fuego y crisol se prueba el oro y la plata, así los hombres aceptos* (a Dios) *se prueban en la fragua de la tribulación"* (ECLESIÁSTICO, 2-5).

Y aún podemos decir una décima causa. –Y, ¿cuál es ésta? –La que repetidas veces he indicado antes: porque si tenemos algunas faltas, así las depongamos. Declarando esto el patriarca (Abraham) decía al rico (Epulón): *"Acuérdate que recibiste bienes durante tu vida, y Lázaro, al contrario, males; y así éste ahora es consolado y tú atormentado"* (LUCAS, 16-25).

Y además de ésta encontramos también otra.– ¿cuál? –Para que se nos aumenten los premios y coronas, porque cuanto más se intensifican las tribulaciones, tanto más se amplían las retribuciones, mejor dicho, mucho más: *"Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera, que se ha de manifestar en nosotros"* (ROMANOS, 8-18).

Teniendo, pues, tantas causas que aducir de las aflicciones de los santos, no nos indignemos en las tribulaciones, ni nos angustiemos, ni nos turbemos, antes no sólo eduquemos nuestras almas, sino que enseñemos esto a los demás.

Y si vieres a un hombre virtuoso, seguidor de la sabiduría, grato a Dios, y que después sufre incontables males, no te escandalices, querido; y si a alguien vieres dedicado a obras espirituales, y que habría de poner al corriente alguna cosa útil, si después le vieres suplantado, no te turbes. Yo he conocido a muchos que preguntan así: Aquel peregrinó al Martirio [1], para repartir sus riquezas a los pobres, y padeció naufragio, y lo perdió todo: otro también, que hacía lo mismo,

---

1.– Con el título de Martirio se conocía la Iglesia del Salvador en Jerusalén. Evagrio habla de Martirio-iglesia de San Babil en Antioquía de Siria.

cayó en manos de ladrones, y cuanto que pudo salvar la vida escapando de allí despojado. –Pues, ¿qué respondemos? –Que por nada de esto hay que contristarse. Pues aunque padeció naufragio, no obstante tiene el fruto de la justicia completo, porque de su parte puso todo lo debido, recogió las riquezas, las depositó cuando las hubo recibido; y así se formó en la peregrinación: además el naufragio no fue por gusto suyo.– Mas ¿por qué Dios permitió eso? –Para darlo a conocer.

–Pero añade: los pobres quedan privados de las limosnas–. No tienes tú tanto cuidado de los pobres, cuanto Dios, que los crió: pues aun privados de éstas, puede con todo presentarles ocasión de mayores riquezas.

10. Por lo mismo no le pidamos cuenta de sus hechos, sino glorifiquémosle en todas las cosas: que no imprudente y temerariamente permite que pasen tales cosas, sino que sin despreciar a los que habrían tenido un consuelo con tales dineros; y dándoles en vez de ellos ocasión de otros alimentos; también el naufragio sufrido lo hizo más probado y le prepara mayor premio: porque mucho más que dar limosna es dar gracia a Dios, cuando está abrumado con tales trabajos.

MEDIMOS EL FRUTO DE LA PACIENCIA POR IGUAL QUE EL DE LA LIMOSNA.–Porque no sólo lo que damos en limosna, sino también aquello de que otros nos despojan, sobrellevado con fortaleza, nos proporciona mucho fruto. Y para que veas que ésto más que aquello, por lo que sucedió a Job lo pondré de manifiesto.

El, mientras poseyó riquezas, abrió su casa a los pobres, y daba todo cuanto tenía; pero no era tan ilustre cuando abrió su casa a los pobres, como cuando al oír que se había derrumbado, no lo llevó a mal. No era tan ilustre cuanto con la lana de sus ovejas vistió a los desnudos, cuando fue esclarecido y admirado, cuando al oír que fuego del cielo había caído y abrasado todos sus rebaños, dio gracias. Antes fue humano, ahora fue sabio: antes se compadeció de los pobres, ahora daba gracias al Señor. Pero no pensó para sí: ¿qué es esto? Están destruidos, los rebaños, con los cuales se alimentaban innumerables pobres; aunque yo fuera indigno de gozar de tanta abundancia, al menos por los que participaban de ella, había de perdonarse. Mas nada de esto dijo ni pensó, pues había conocido a Dios, que todo lo dispone útilmente. Y para que sepas que infirió al diablo una herida más grave cuando, despojado, hizo gracias, que cuando era misericordioso poseyendo, advierte que, mientras poseía el diablo tuvo cierta sospecha, aunque falsa, con la que pudo decir: ¿acaso te sirve de

balde? (Job, 1-9). –Mas luego que le despojó de todo, y se lo arrebató, y esto no obstante Job conservó su benevolencia para con Dios, entonces finalmente se tapó la imprudente boca, y nada más tuvo que alegar: porque aquel varón justo era más resplandeciente que nunca. Porque estar privado de todo, y sobrellevarlo con generosidad y con hacimiento de gracias, es más que dar limosna, viviendo entre riquezas, como se ha manifestado en este justo. Entonces tuvo grande benignidad para con los consiervos; ahora manifiéstase su grande amor hacia Dios.

Pero no hago por temeridad este discurso, sino porque muchos, que daban con frecuencia limosnas, y sustentaban viudas, quedaron desposeídos de toda hacienda: otros en un incendio lo perdieron todo; otros sufrieron naufragio; otros ya por calumnias, ya por cualquiera suerte de injurias, después de haber hecho muchas limosnas, se vieron reducidos a suma indigencia, enfermedad y miseria, y de nadie recibieron auxilio alguno.

Pues para que no digamos lo que muchos dicen algunas veces: Nadie sabe nada; bastan las cosas antedichas para ahuyentar todo temor. –Dice: Aquel que hacía limosnas todo lo ha perdido. –Mas, ¿acaso es verdad que lo ha perdido todo? Si de tal pérdida diere gracias a Dios, obtendrá, sacará de Dios mucho mayor benevolencia: que no el doble, como Job, sino el cien doblado recibirá en la vida eterna. Pues como aquí sufra el mal, éste le dará allí más rico tesoro, porque lo sobrelleva todo generosamente; ya que para llamarle a mayores servicios y luchas, Dios permitió que de la abundancia cayese en la pobreza.

¿Acaso el fuego repentinamente sobrevenido consumió totalmente la casa y aniquiló enteramente la hacienda? –Acuérdate de lo sucedido a Job: da gracias al Señor, que pudiendo estorbarlo, no lo estorbó: y recibirás tanta paga, cuanta si todo ello lo hubieses puesto en las manos de los pobres. Pero ¿vives en la indigencia, en hambre y en peligros sin cuento? Acuérdate de Lázaro, que luchaba con la miseria, el desamparo y otras incontables molestias, y esto después de tanta virtud: acuérdate de los Apóstoles, que vivían en hambre, en sed, en desnudez; y de los profetas, de los patriarcas, de los justos; y encontrarás que todos ellos están, no entre los que gozan de las riquezas, no entre los dichosos, sino entre los atribulados y angustiados.

11. Recapacitando esto dentro de ti, al Señor da gracias porque te hizo de esta clase, no como aborrecido, sino por amarte mucho,

pues ni hubiera permitido que ellos padezcan tantas penas, si no los hubiese amado vehementemente, sino que los hacía más esclarecidos con esos males. No hay bien que se iguale a la acción de gracias; como no hay peor que la blasfemia. Para que no nos admiremos, de que los perseverantes en las obras espirituales sufran muchas adversidades. Pues así como los ladrones cavan y acechan asiduamente, no donde hay heno, y pajas, y cañas, sino donde hay oro y plata; así también el diablo acosa mucho más a los que tratan negocios espirituales; hay muchas asechanzas, donde hay virtud: hay envidia, donde hay limosna. Tenemos empero una poderosa arma, que puede deshacer todas las maquinaciones: que por todas estas cosas demos gracias a Dios.

Dime: ¿no es verdad que Abel, que sacrificaba a Dios las primicias, murió a manos de su hermano? (GÉNESIS, 4): no obstante lo permitió Dios, no por aborrecer al que le había honrado, sino por amarle muchísimo, y para darle además de la corona de aquel hermosísimo sacrificio, también la otra del martirio.

Moisés quiso ayudar a un (hebreo) que había recibido una injuria, y estuvo expuesto a morir, y huyó de la patria (EXODO, 2), y lo permitió Dios para que aprendas en la paciencia de los santos. Porque si, sabedores de que nada malo pasaríamos, nos hubiésemos así dedicado a los negocios espirituales, no parecería que hacíamos cosa notable, teniendo tal prenda de seguridad: mas ahora máximamente son admirables los que tal hacen, porque previendo peligros, y daños, y muertes, y males sin cuento, con todo ni se resisten a tales deberes, ni se han hecho más desidiosos por las prevenciones temerosas. Pues así como decían los tres Jóvenes en el horno (de Babilonia): *Porque he aquí que nuestro Dios, a quien adoramos, puede librarnos del horno del fuego ardiente, y sustraernos, oh rey, de tus manos. –Que si el no quisiese, sepas, oh rey, que nosotros no daremos culto a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado* (Daniel, 3-17-18); también tú, pues, cuando hayas de hacer algo bueno grato a Dios, preveas muchos peligros, muchos daños, muchas muertes, y ni te admires, ni te turbes, si sobrevienen: *"Hijo, dice, en entrando en el servicio de Dios... prepara tu alma para la tentación"* (Eclesiástico, 2-1). Pues ninguno que se determina a luchar espera ganar la corona sin heridas. Tú, pues, carísimo, que has emprendido luchar con el diablo, no aspires a llevar una vida segura y llena de delicias. Que no ha prometido Dios dar aquí retribución y promesas, sino en el siglo

venidero las recompensas merecidas. Así es que cuando hubieres hecho algún bien y hayas recibido contrariedades, o cuando vieres que otro las padece, gózate y alégrate: tienes motivo de mayor recompensa. No desmayes ni aflojes tus deseos, ni te hagas más remiso, antes bien insiste con más contento y gallardía. Que los apóstoles, cuando predicaban, por más que fueran azotados, apedreados y muchas veces encarcalados, no tan sólo cuando libres de peligro, sino en los mismos peligros, con mayor entusiasmo anunciaban la predicación de la verdad. Y es de ver a Pablo hasta en la misma cárcel, y en cadenas, instruyendo, iniciando y haciendo también otro tanto en el foro judicial, y en el naufragio, y en la tempestad, y entre innumerables peligros. Tú emula también a estos santos, y mientras puedas, no desdigas de las buenas obras: y aunque mil veces vieres al diablo que te estorba, de ningún modo te retraigas.

Así, pues, tú que llevabas los dineros (de las limosnas) y naufragaste; y Pablo, que iba a Roma para llevar la palabra, de más precio que todas las riquezas, también naufragó y padeció molestias infinitas. Es él quien declaró esto cuando decía: *Por eso quisimos pasar a visitaros; y en particular yo, Pablo, he estado resuelto a ello más de una vez; pero Satanás nos lo ha estorbado* (I Teslonicenses, 2-18): y Dios lo permitió, demostrando sobradamente su poder, y dando a conocer que, con poner el diablo infinitas dificultades y estorbos, en nada se disminuía por esto la predicación, ni era interrumpida. De ahí que Pablo en todo daba gracias a Dios, sabiendo que Dios se hacía por esto más estimable y presentaba la fuerza vehemente de sus propósitos en todo, no quedando cohibido por impedimento alguno.

Así, pues, cuantas veces fuésemos estorbados, otras tantas empecemos las obras espirituales: y no digamos: ¿por qué permite Dios estos estorbos?, que para esto los permite, para que mucho más demuestres tu deseo y tu mucho amor. Lo que, empero, es lo más propio del que ama es el jamás desistir de lo que complace el amado. El fojo y el (cobarde) perezoso sí que retrocede ante la primera acometida; el vehemente y resuelto, aunque mil veces sea estorbado, tanto más insiste en las cosas divinas, dando cumplimiento a todo cuanto de él depende, y dando gracias a Dios en todo. Hagamos también nosotros esto mismo.

La acción de gracias es tesoro grande, grande riqueza, bien que no se consume, fuerte armadura: la blasfemia, al contrario, se busca la quiebra presente, y hace además perecer mucho más que lo que se había perdido. –¿Has perdido el dinero? –Pues si dieres gracias, has

ganado el alma y adquirido mayores riquezas, porque te has conciliado más amplia benevolencia de Dios para ti; pero si blasfemaste, perdiste además tu salvación, y no lo recuperaste, y el alma que tuviste, también la has matado.

12. MANDA QUE LOS BLAFEMOS SEAN CORREGIDOS Y VAPULEADOS. Pero ya que se han dicho unas palabras de la blasfemia, quiero pediros un favor a todos vosotros, como recompensa de esta exhortación: que me castiguéis a los que blasfeman en la ciudad. Si vieres a alguno que blasfema de Dios en la calle o en la plaza, acércate, repréndele: y si hay que aplicar (castigo) azotes, no rehúyas; abofetéale la cara, rómpele la boca, santifica tu mano con el golpe. Y dado que algunos denuncien y seas llevado a juicio, sigue: y si el juez en su tribunal sentado te condena, di con libertad que (aquel) ha blasfemado contra el Rey de los ángeles. Pues si a los que blasfeman al rey terreno es preciso castigarlos, mucho más a los que a Dios contumelian. Porque el crimen es común, la injuria pública, lícito, es a cualquiera el acusar.

Sepan tanto los judíos, como los gentiles, que los cristianos son los custodios conservadores de la ciudad, los curadores, los presidentes, los maestros: y lo mismo adviertan los disolutos y perversos, que los servidores de Dios han de ser temidos de ellos, para que si osaren alguna vez hacer cosa semejante, se lo miren bien por todos lados, y teman las sombras, recelosos de que no vaya algún cristiano que los oye, a asaltarlos y los castigue con gran valentía.

–¿No has oído lo que hizo Juan (el Bautista)?– Vio al tirano quebrantador de la ley matrimonial y con valentía en público foro dice: *No te es lícito tener por mujer a la que lo es de tu hermano* (MARCOS, 6-18). Pero yo no te he presentado ante el tirano, ni ante el juez, ni en contra de ilegítimas nupcias, ni en favor de consiervos injuriados: sino por la ira (blasfema) contra Dios, te pido que castigues a un igual. ¿Acaso no hubieras dicho que estoy loco, si te hubiera dicho: castiga, reprende a los jueces que prevarican? Y no obstante, Juan lo hizo: de modo que no está sobre nosotros hacerlo.

Ahora bien: corrige cuando menos al consiervo, o igual, y si es necesario morir, no tengas miedo en corregir a un hermano: es para ti un martirio, pero también Juan fue mártir. No se le mandó sacrificar, no adorar un ídolo; pero dio su cabeza por las sagradas leyes violadas. Tú, pues, lucha también hasta morir por la verdad, y Dios peleará en tu favor.

Y no me digas la escalofriante frase: ¿qué me importa a mí?, nada tengo que ver con él. –Solamente con el diablo nada tenemos común; pero con todos los hombres tenemos comunes nuestras cosas. Porque son con nosotros particioneros de la misma naturaleza, habitan la misma tierra, se alimentan con iguales alimentos, tienen el mismo Señor, reciben las mismas leyes, están invitados con nosotros a los mismos bienes.

No digamos, pues, que nada tenemos común con ellos: este dicho es satánico, inhumano, diabólico. No digamos ya tales cosas, tengamos empero el conveniente cuidado de nuestros hermanos. Que yo prometo hacerlo con todo cuidado, y os lo prometo formalmente: y si todos los aquí presentes quisiéreis procurar la salvación de los ciudadanos, en breve toda la ciudad estará corregida; aunque está aquí la mínima parte, es mínima en número, mas en piedad es máxima.

Procuremos, pues, la salvación de los hermanos: un solo hombre inflamado en celo de la fe es bastante para corregir todo un pueblo. Mas cuando no sea uno solo, ni dos, ni tres, sino toda la multitud, la que pueda poner mano para curar a los negligentes, ya que por otro motivo que por vuestra indolencia, y no por enfermedad, muchos perecen y caen. ¿Por ventura es absurdo, si es que en la plaza vemos una riña, el acercarse allí y conciliar a los que riñen? más, ¿qué digo riña? Si viéramos que un asno ha caído, todos le damos ayuda y a la vez le levantamos. Y ¿no tendremos cuidado alguno de los hermanos que perecen? Pues asno es el blasfemo: no pudiendo con el peso de la ira, ha caído: acércate, levántale con palabras, con obras, con suavidad, con energía, con remedios variados.

Si de este modo disponemos lo nuestro, y alcanzamos la salud de los prójimos, pronto seremos deseados de aquellos que admiten la corrección, y también dignos de ser amados, y lo que es mayor que todo, disfrutaremos de los bienes acaudalados, los que nos acontezcan alcanzar por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual, y con el cual al Padre y al Espíritu Santo sean la gloria, el poder, el honor, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA II

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía II

1. ¿Hablaré o callaré?.– La sedición lo ha trastornado todo.–Dejadme llorar.–Calamidad de los antioqueros.–Antes por.

2. el terremoto; ahora por el inminente gravísimo peligro.–Bellísima enumeración descriptiva.–Transición.

3. Hablaré para disipar la nube de la tristeza.–El cristiano debe soportarlo todo generosamente por la esperanza de lo futuro.–Insiste contra los blasfemos.–Os lo predije.

4. Ha sucedido.–Es castigo de la negligencia en reprimir a los blasfemos.–Rechaza los aplausos y propone el fruto que desea.–Entra en el asunto de la homilía.–Cuáles son verdaderas riquezas.

5. No manda la pobreza, sí la modestia y humildad.–La arrogancia.–No son malas las riquezas, sino la avaricia.–La pobreza es electiva, no impuesta.–Quien es rico.–La hospitalidad.–Las casas: su fin y su uso.–Falacia de los bienes materiales.–Cristo recibe, guarda, agradece, premia y devuelve los depósitos que en los pobres le son confiados.

6. Frutos de la limosna.–Es útil para lo futuro y para lo presente.–Inconstancia de las riquezas.–De ella tenemos el uso, no el dominio.–Bienes comunes son los necesarios: los particulares no son necesarios.

7. Fines concretos de las riquezas.–Grande riqueza es el temor de Dios.–En sola una cosa parecen superar las riquezas a la pobreza.–Ni aun en esto las superan: en comidas, bebidas.

8. Sueño.–El pobre come, bebe y duerme más a placer que el rico.–Elogio de la vida de trabajo: Adán y Pablo.–La pobreza es para los que la saben sobrellevar una rica posesión.–Antítesis del pobre y el rico.–En las injurias.

9. La pobreza no daña, sino ayuda.–Elías fue pobre.–Elías dejó su manto a Eliseo; Cristo nos ha dejado su carne al ascender al Padre.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Tillemón supone que el jueves o el sábado antes de la Cuaresma predicóse esta homilía, por aquellos días, siete después de sucedido el motín y sedición, dice el Crisóstomo que hablaba. Dice haber callado por espacio de siete días, porque los antioquenos, consternados por la ingente calamidad y por la magnitud del peligro inminente, no estaban para escuchar sermones.

2.ª Patéticos afectos brotan con ímpetu de cristiano celo: antes Dios con el terremoto sacudió la tierra y las casas de la ciudad, ahora ha sacudido las almas de los moradores y los ha despertado de la negligencia y sopor en corregir a los blasfemos.

3.ª Véase la nota final del núm. 2 de esta homilía.

4.ª Maravillosa enseñanza sobre la manera de apreciar las cosas el cristiano: el hombre aprecialas según la proyección horizontal, el cristiano las aprecia según la proyección vertical, desde Dios y su amorosa Providencia.

* * *

1. ¿Qué diré? o ¿de qué hablaré? El momento actual es para llorar, no para hablar: de llantos, no de discursos: de oración, no de sermón.

Es tan grande la magnitud de los hechos, tan incurable la herida, tan profunda la llaga, que es mayor que toda medicina, y está necesitada de la ayuda divina. Que así como Job, perdidas todas sus cosas, estaba sentado en un estercolero (Job, 2-8), y los amigos al oírlo acudieron, y al verlo desde lejos, rasgaron los vestidos, se cubrieron de ceniza, y lloraron a gritos: otro tanto tenían que hacer ahora todas las ciudades vecinas: venir a nuestra ciudad, y llorar con toda conmiseración lo que ha sucedido. Aquel (Job) estaba entonces sentado en un muladar, ésta ahora está caída en un peligroso lazo. Pues así como el diablo asaltó entonces los rebaños, y los ganados, y toda la hacienda del justo; así ahora se ha cebado en toda la ciudad. Pero *entonces y ahora lo ha permitido Dios:* entonces, en verdad *para hacer el justo más eslcarecido*, con la grandeza de las pruebas; y ahora *para hacernos más modestos* con la magnitud del castigo.

Dejadme que llore lo presente.–Hemos callado siete días, como los amigos de Job (2-13); permitidme que hoy abra la boca, y deplore esta calamidad común.

–¿Quién nos envidió, carísimos? ¿Quién ha estado rabioso de envidia contra nosotros? ¿De qué ha sobrevenido tan grande mudanza?– Nada había sido más venerable que nuestra ciudad: ahora nada hay más miserable. Este pueblo tan compuesto y moderado, que era como un caballo dócil y tranquilo, siempre obediente a las manos que los guiaban, de repente ahora tanto se nos ha encabritado, que ha cometido tantos desmanes, cuantos ni decir se puede. Me lamento y lloro ahora, no por la magnitud de la amenaza, que se prevé, sino por la grande locura de los crímenes. Porque aun dado que el emperador no se irritara, y no castigara, y corrigiera, dime: ¿cómo soportaríamos la ignonimia de lo hecho? El llanto me impide la exposición doctrinal, apenas puedo abrir la boca y mover los labios, y la lengua, y articular

palabras: como un freno impide a mi lengua la fuerza del dolor, y corta la palabra. Antes no había ciudad más feliz que la nuestra: ahora nada hay más desagradable. Como las zumbadoras abejas a la colmena, así todos los días los ciudadanos acudían a la plaza, y todos nos felicitaban de tanto concurso.

CALAMIDAD DE LOS ANTIOQUENOS DESPUÉS DE DERRIBADAS LAS ESTATUAS. Mas he aquí que la colmena está solitaria (despoblada): pues así como el humo ahuyenta las abejas, a estas otras abejas alejó el temor: aun mejor que lo que el profeta dice de Jerusalén llorando, esto aplicaremos nosotros a lo presente: *"Nuestra ciudad ha quedado como un terebinto despojado de su follaje, y como un huerto jardín sin agua"* (ISAÍAS, 1-30). De la manera que el huerto, al faltar el riego, presente los árboles desnudos de hojas y privados de fruto, así se nos ha quedado la ciudad. Porque destituida del auxilio divino, ha quedado solitaria (desierta), despoblada de casi todos los habitantes. No hay cosa más dulce (agradable) que la patria; pero ahora nada más amargo se presenta. Como de un lazo huyen todos de la tierra en que nacieron, la abandonan como un infierno, se alejan como de un fuego. Y así como de una casa (incendiada) presa del fuego, no sólo los moradores, sino todos los convecinos se retiran precipitadamente, cuidadosos de salvar al menos el cuerpo; así también ahora, mientras la ira real se presiente como una llama de lo alto, antes de que avanzando lentamente los alcance, cada cual se apresura a salir y conservar el pobre cuerpo: nuestra miseria ya es un enigma: fuga sin enemigos, transmigración sin lucha, y cautividad sin derrota: no hemos sentido el fuego de los bárbaros (extranjeros), ni hemos visto caras de enemigos, y sufrimos lo que los cautivos. Ahora todos conocen nuestras calamidades, pues al recibir a los que se destierran, de ellos oyen la ruina de la ciudad.

2. Pero no estoy confundido y avergonzado de esto: que todos conozcan los peligros de la ciudad para que, condoliendo a la madre, eleven a Dios un clamor universal en toda la tierra, y unánimemente pidan del Rey del cielo por la madre y común nodriza de todos. Primero fuenos herida la ciudad, ahora se ven sacudidas las almas de los habitantes: antes se conmovían los cimientos de las casas, ahora lo más profundo (lo íntimo) de cada corazón, y cada día tenemos ante los ojos la muerte vivimos en continuo temor, y sufrimos la pena de Caín, más afectados que en otro tiempo los miserables moradores de la cárcel y estamos sitiados de un modo inusitado y nuevo, y más

grave que pensarse puede. Porque los que de los enemigos sufren, sólo están cerrados entre muros; mas a nosotros la plaza es inaccesible, y cada uno está encerrado en su casa; y como para los sitiados no es seguro el pasar los muros, estando fuera los enemigos asediando, así a nosotros, habitantes de la ciudad, es peligroso salir de casa, ni puede presentarse en público por motivo de los que van cazando por doquiera lo mismo a los inocentes que los culpables, y los arrebatan de en medio de la plaza, y los arrastran (llevan) a juicio de cualquier modo y temerariamente. De ahí que los libres estén dentro aprisionados con sus siervos; y se pregunta con ansiedad, con curiosidad se busca saber de boca de los que pueden saberlo con seguridad: ¿Quién fue hoy preso, quién fue conducido, quién castigado?, y llevan una vida más miserable que la misma muerte, obligados a lamentar diariamente las ajenas miserias, y temiendo por la salud propia, y no teniendo nada mejor que los muertos porque antes están muertos de miedo. Y si alguno, que está sin estos miedos y angustia, quisiere acudir al mercado, al momento vuélvese a casa con cara del todo triste, al ver solamente a uno o dos, cabizbajos, allí donde pocos días antes el gentío formaba un río caudaloso. Ahora todos se nos han alejado. Y así como en un bosque en donde se cortan muchos árboles la vista resulta desagradable, como una cabeza con muchas calvas; así el suelo de la ciudad, quitados los hombres y apareciendo frecuentemente pocos, se ha tornado ingrato, y causa en los que lo miran una densa nube de tristeza. Y no sólo la tierra, sino el mismo aire natural, y el disco de los rayos solares me parecen estar triste y que alumbra menos: no porque hayan cambiado de naturaleza, los elementos, sino por nuestros ojos, que están nublados por la tristeza, y no pueden recibir con limpieza y con el mismo afecto la luz de los rayos. Esto es lo que en otro tiempo lloraba el profeta al decir: *"El sol se pondrá al mediodía, y haré que la tierra se cubra de tinieblas en la* (mayor) *luz del día"* (Amós, 8-9). Pero decía esto, no porque el astro se ocultase ni porque el día se desvaneciese; sino porque los tristes ni al mediodía podrían ver el sol por la nube del dolor. Lo mismo pasó ahora: y adondequiera que se mire, ya al suelo, ya a las paredes, ya a las columnas de la ciudad, o también a los prójimos, parece que se mira una noche, una lobreguez: ¡tanto está todo inundado de tristeza! Doquiera el silencio lleno de horror y la soledad; aquel deseable murmullo de multitud está muerto, extinguido: como si todos estuvieran soterrados, así envuelve ahora el silencio a la ciudad, todos están

petrificados, y cohibidos por la calamidad; como por un freno de la lengua, guardan profundísimo silencio, como si los enemigos se hubiesen echado encima, y a todos los hubiesen acabado a sangre y fuego.

Ahora es tiempo de repetir: *"Id en busca de plañideras, y llamadlas que vengan* (luego) *y enviad a buscar a las que son más diestras* (en hacer el duelo, y decidles) *que se den prisa"* (JEREMÍAS, 9-17). Saquen vuestros ojos lágrimas, vuestros párpados destilen agua. ¡Collados! Golpeaos; ¡Montes!, llorad. Llamemos a toda la creación para que se compadezca de nuestros males. La ciudad tan grande [1]. Capital de Oriente, está en peligro de ser borrada del orbe: ahora, la que tenía muchos hijos, de repente se ha quedado sin hijos, y sin uno que la auxilie. Porque ha sido ofendido el que no tiene igual en la tierra: pues es Emperador, la dignidad más encumbrada (el primero y), cabeza de todos los hombres. Por tanto acudamos al Rey supremo, invoquémosle en nuestro favor: que si no conseguimos la gracia de Dios, no nos queda ninguna reparación de los desmanes.

3. Hubiera querido acabar aquí el sermón: que los ánimos de los que gimen no gustan de largos discursos: pero así como oscura nube, que se pone por debajo de los rayos del sol apaga todo el pasado resplandor, así la nube de la tristeza, habiéndose puesto en nuestro ánimo no deja que la corriente de la palabra sea fácil, sino que la sofoca y con gran fuerza la reprime dentro. Lo cual sucede no sólo a los que hablan, sino también a los oyentes; que si no permite que el orador con facilidad hable, tampoco consiente que se infiltren en la mente de los que oyen con la energía debida. Por cuanto hasta los judíos (o Hebreos) ocupados en trabajar adobes y ladrillos (EXODO, 5) no podían escuchar a Moisés, que muchas veces les hablaba de cosas grandes para su salvación, siendo la tristeza la que hacía inaccesibles a la mente las palabras, y tapaba los oídos. Por esto en verdad quería yo terminar aquí de hablar; mas pensando que las nubes no sólo no impiden, dada la naturaleza del rayo solar, que pase adelante, sino que también ellas mismas frecuentemente lo experimentan: porque habiendo sido disipada (evaporada, desmenuzada) la nube por el sol más fuerte, que embiste de continuo y deshace el centro, y luciendo del

1.– Antioquía era la capital del Oriente, llegó a tener 300.000 habitantes libres y 200.000 siervos, magnífico centro comercial opulenta por sus monumentos, riquezas, ornato y situación.

todo espléndido, muéstrase a las miradas de los espectadores: esto espero yo que he de hacer hoy: y con la palabra que cae de continuo en vuestros ánimos, y que permanece más tiempo, espero que se ha de disipar la nube de la tristeza, y que vuestra inteligencia ha de brillar otra vez con la acostumbrada doctrina. Pero dadme vuestra alma, prestadme atención un poco de tiempo, sacudid la tristeza.

Volvamos a la antigua costumbre y como tuvimos costumbre de venir aquí con alegría, así hagamos ahora, dejándolo todo en manos de Dios. Esto también nos ayudará a dar la solución de la calamidad. Pues si Dios nos viere que asiduamente oímos sus sermones, y que la disciplina no la desechamos por la dificultad del tiempo, prontamente nos recibirá, y dará tranquilidad y un cambio bonacible en la presente tempestad.

EL CRISTIANO DEBE SOPORTARLO TODO GENEROSAMENTE POR LA ESPERANZA DE LO FUTURO. Porque el cristiano ha de diferenciarse de los infieles también en esto, en sobrellevarlo todo con generosidad, y levantado con la esperanza de lo venidero, se muestre superior al ímpetu de los males humanos. Fundamentado sobre roca está el fiel: por eso es inexpugnable a los azotes de las olas. Pues si las olas de tentaciones se encresparen, no llegan a sus pies: él está más alto, firme contra todo incurso de ellas. No decaigamos, pues, de ánimo, carísimos: *no tanto cuidamos nuestra salvación, como Dios que nos hizo*; no nos interesa tanto el no padecer nada grave, como interesa al que nos donó el alma, y además tantos otros bienes nos confirió.

Con estos motivos de esperanza levantemos nuestros ánimos, y con la acostumbrada alegría escuchemos lo que se ha de decir. Una larga oración, expuse poco ha ante vuestra caridad, y os veía a todos obsequiosos, y a ninguno que se había salido a la mitad del discurso.

CONTRA LOS BLASFEMOS.–Os estoy agradecido de aquel cuidado del alma, y recibí la paga de mis esfuerzos: pero entonces os exigí otra recompensa. Puede que la sepáis y recordéis.

Y ¿qué merced os pedía? El castigar a los blasfemos de la ciudad, y corregir a los que injurian a Dios, y a los insolentes cohibirlos.

Pienso que no dije tales cosas de mi cuenta, sino que Dios, que conoce los acontecimientos futuros, las puso en nuestra mente. Pues si nos hubiésemos atrevido a castigarlos, no habrían sucedido las cosas que han sucedido. ¡Cuánto mejor era, ya que hubiera que arriesgarse, haber sufrido algo por corregirlo y castigarlos, lo cual nos habría reportado la corona del martirio, que no ahora temblar, y te-

mer, y aguardar la muerte por causa de su petulancia! He aquí que el crimen fue cometido por pocos, y la culpa se ha hecho común: ved como por unos pocos, ahora todos estamos temblando, y aguantamos las penas de los desmanes por ellos perpetrados. si nos hubiésemos adelantado a expulsarlos de la ciudad, y los hubiéramos corregido, y hubiésemos curado el miembro enfermo, no estaríamos llenos del pavor actual. Conozco de tiempo las costumbres nobles de la ciudad; pero algunos peregrinos y hombres comunes, malvados y perniciosos, y desesperados de salvarse, han maquinado lo que se ha hecho. Por esto no desistí de clamar y de invocar: Castiguemos el furor de los que blasfeman, corrijamos su mente, proveamos a su salvación; y si por hacer esto hay que morir, esto nos proporcionará rica ganancia: no descuidemos que el Señor de todos es atacado con contumelias; el menospreciar esto acarreará a la ciudad un mal grande.

4. Esto predecía, ahora ya sucedió: y pagamos la pena de nuestro letargo. Despreciaste que Dios fuese injuriado: pues ha permitido que el Emperador sea ofendido con injurias, y que amenace a todos un peligro por todos lados, para que con este temor paguemos la pena de aquella negligencia. ¿Acaso, pues, en vano, o temerariamente os prevenía y con asiduidad llamaba a vuestra caridad? Sin embargo, no se hizo más; pero hágase ahora, y corregidos por la presente calamidad, reprimamos el desordenado furor de ellos; tapémosles la boca, ceguemos esas mortíferas fuentes y cambiémoslos y totalmente desaparecerán los males que se apoderaron de la ciudad.

Crisóstomo rechaza los aplausos. No es un teatro la iglesia, para que oigamos por recrearnos: es preciso que de aquí se salga favorecido, que se lucre algo y grande, que igualmente al retirarse sean mejores, pues que en balde y temerariamente habremos venido, si preparados para el tiempo de la enseñanza, después nos retiramos vacíos de toda utilidad. ¿Qué utilidad tengo yo de estos aplausos? ¿cuál, de las abalanzas y murmullos?

Mi alabanza es, que vosotros pongáis por obra todo cuando se os dice: entonces seré yo dichoso y feliz: no cuando hayáis oído con aplauso, sino cuando con toda alegría hayáis hecho todo, cuanto nos hubierais oído. Cada uno corrija el prójimo: *"consolaos mutuamente y edificaos"* (I Tesalonicenses, 5-11), dice. Pues si esto no hacemos, el crimen cometido por cualquiera acarreará a la ciudad algún daño común e intolerable. Mirad como , de nada conscientes, no menos que los culpables, estamos aterrorizados, y temblamos, no sea que la ira

del Emperador nos castigue a todos. Porque ni es bastante para excusarnos decir: no estaba presente, no era sabedor, no tomé parte en los desmanes criminales. Pues por esto, dice, serás castigado, y pagarás la última pena, porque no te presentaste y estorbaste a los tumultuosos, y no te expusiste por el honor del Emperador. ¿No participaste en lo cometido? lo alabo y acepto; pero tampoco prohibiste los hechos; esto merece ser acusado. Y oiremos de Dios estas palabras, porque aguantamos en silencio las contumelias e injurias cometidas contra El: porque también el que enterró el talento (Mateo, 25-25, 30), era acusado, no por sus faltas, ya que devolvió íntegro el depósito, sino por no haberlo multiplicado, porque no corrigió a los otros, porque no llevó el talento a los banqueros, es decir, no amonestó, no dio consejo, no corrigió a los pecadores desenfrenados; por eso era arrojado en aquellas intolerables penas. Pero si hasta ahora no, yo espero que al menos ahora vigilaréis para enmendarlos, y no descuidaréis a Dios ofendido en contumelia. Porque lo sucedido puede para adelante persuadir por sí sólo aun a los insensatos, a que defiendan su salvación.

Pero para nosotros es ya hora de poneros la mesa acostumbrada de Pablo, y que propongamos la lección de hoy, la expliquemos a todos.– Y ¿qué es lo leído hoy?–*"A los ricos de este siglo mándales que no sean altivos"*...(TIMOTEO, 6-17). El que dijo: *"A los ricos de este siglo"*, demostré que hay otros ricos en el siglo futuro: como era aquel Lázaro, en verdad pobre en esta vida, pero rico en la otra futura; no sobrado de oro y plata y otra materia corruptible y que se marchita, sino de aquellos bienes arcanos, que *"ni ojo* (alguno) *vio, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento"* (I CORINTIOS, 2-9).

CUALES SON VERDADERAS RIQUEZAS.– Porque éstas son las verdaderas riquezas y la opulencia, las que son bienes inmarcesibles, y que no admiten mudanza alguna. No era así aquel rico despectivo, pero que vino a ser el más pobre de todos. Porque buscando después de lo presente una gota de agua, ni esto pudo conseguir: a tanta pobreza había llegado. Por esto (Pablo)... se dirigió a los ricos del presente siglo, para que aprendan que con la vida se desvanece la opulencia: no pasa más allá, no se va junto con los poseedores que transmigran, sino que muchas veces los abandona antes de la muerte: y esto mismo demuestra al decir: *"Y a no esperar en lo incierto de las riquezas"* (I TIMOTEO, 6-17): pues *nada hay tan desleal como las riquezas*: lo cual habiendo dicho muchas veces, no cesaré de repetirlo: que *son un servidor prófugo, e ingrato, y que no tiene lealtad;* aunque se le

pongan muchas cadenas, aun así huye con todas las tablas. Porque muchas veces los poseedores lo encerraron con cerrojos y puertas, con guardia de criados: mas él, sobornadas las guardias, huyó con los mismos, como arrastrándolos con cadena, y de nada aprovechó la guardia. ¿Qué hay más desleal que esto? y ¿qué más miserable que los que ponen su cuidado en esto? cuando acá suelen recoger con todo empeño una cosa tan escurridiza, y no oyen al profeta que dice: *"¡Ay de los que confían en su fuerza y se vanaglorian de la multitud de sus riquezas!"* (SALMO, 48-7).

Dime: ¿por qué ese ay?–Dice: *"Atesora e ignora para quien lo reunirá"* (SALMO, 38-7): porque cierto es el trabajo, pero incierto es el fruto. Muchas veces trabajas para los enemigos, y te conmueves de afanes; muchas veces después de tu muerte, irá la herencia a los que te injuriaron y te rodearon de mil insidias; a ti te dio los pecados, y a ellos la posesión.

5. Pero ya es tiempo de que se pregunte ¿por qué no dijo: A los ricos de este siglo mándales que no se enriquezcan, impónles que se hagan pobres, que agoten lo que tienen; sino que dijo, manda que no sean altivos ni se engrían? Conoció que la raíz y materia de las riquezas sea soberbia: que si alguien supiere vivir modestamente, no tendrá mucha cuenta de las mismas. Dime si no: ¿por qué te acompañas de tantos servidores parásitos, aduladores, y de tanta pompa? Cierto, no para utilidad, sino por pura arrogancia, para que con esto aparezcas más venerable que los otros hombres.

Además conoció que las riquezas no fueron prohibidas, si alguno usa de ellas por necesidad. Pues así como dije que no es cosa mala el vino, sino la embriaguez; del mismo modo no son cosa mala las riquezas, sino que es mala la avaricia, es mala la codicia. Una cosa es el avaro, y otra el rico: el avaro no es rico, el avaro está indigente de muchas cosas, y el que es indigente de muchas cosas nunca puede ser rico. El avaro es un guardia, no el señor de los dineros; es el siervo, no el poseedor de ellos, más fácilmente daría a cualquiera un pedazo de sus carnes, que hacerle partícipe del escondido tesoro; porque mandado que nada toque de lo ahorrado, de tal manera lo guarda con todo cuidado y lo retiene, que se abstiene de lo suyo, como si fuera ajeno: y ciertamente ajenas son. Porque las cosas que en manera alguna sufre que se repartan a los otros, ni distribuirlas entre los necesitados, aunque padeciese infinitas penas: ¿cómo podría pensar que éstas son propias? Y ¿cómo tiene la posesión de ellas, cuando ni el uso ni el disfrute de las mismas tiene libremente?

Añádase también que Pablo no acostumbró mandar todo a todos, sino que se atiene a la flaqueza de los oyentes, como lo hizo Cristo. Pues al rico que se le acerca y habla de la vida, no dijo: ve, vende cuanto tienes; sino que prescinde de esto y le instruye sobre los otros mandamientos. Después cuando ya le invitó, al preguntar: *"¿Y qué me falta aún?"* (MATEO, 19-20), ni siquiera entonces le dijo simplemente: "vende cuanto tienes", sino así: *"Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes"* (v.21): esto lo dejo a tu arbitrio, te constituyo dueño de la elección, no te impongo obligación.

Por lo mismo tampoco Pablo hablaba de pobreza a los ricos, sino de humildad, tanto por la debilidad de los oyentes, como porque sabía perfectamente que, como viviesen con modestia, y se alejasen de la soberbia, pronto estarían libres del deseo de las riquezas. Por esto al amonestar que no sean altivos, enseñó también el modo como puedan no serlo. Y ¿cuál es este modo? Si se percataren de la índole de las riquezas, de cuán inseguras y desleales: por lo que infirió: *"Y a no esperar en lo incierto de las riquezas"*. Rico es, no el que tiene muchas cosas, sino el que las da: rico era Abraham, aunque no avaro: que no consideraba la casa, ni con curiosidad escudriñaba la hacienda: sino que saliendo, exploraba si por algún punto había huésped o pobre, para socorrer la pobreza, para recibir al peregrino: no pintó de oro los techos, sino fijando el tabernáculo al amparo de aquella encina, estaba satisfecho con la sombra de las hojas: y parecíale tan magnífico aposento, que no se avergonzaba de que los ángeles morasen en él: pues no buscaban el esplendor de la casa, y si la virtud del alma. A éste imitemos, carísimos, y cuando tenemos, démoslo a los pobres. Allí el tabernáculo estaba preparado de rudimentario modo, pero fue más espléndido que los regios salones.

ALABANZA Y PREMIO DE LA HOSPITALIDAD.–Jamás rey alguno hospedó a los ángeles: mas éste (Abraham) sentado al pie de la encina, y fijando la celda, fue digno de este honor, honrado no por la pobreza de la casa, sino por el ornato del alma y las riquezas en la misma almacenadas poseyó tal merced. Así también nosotros, no adornemos las casas, sino mejor que la casa (adornemos) nuestra alma. Pues ¿cómo no será feo recubrir las paredes con mármoles en balde y temerariamente, y descuidar a Cristo, que anda desnudo?

¡Hombre! ¿qué utilidad tienes de la casa? ¿acaso partirás de aquí llevándola contigo? No saldrás llevándotela; pero morirás llevándote el alma por completo. He aquí que nos ha sorprendido este peligro:

que nos asistan las casas, que disipen el peligro que nos amenaza; pero no podrán. Vosotros mismos me sois testigos, al dejarlas desiertas y marchando a la soledad, teniéndolas como unas redes y lazos. Ayúdenos las riquezas: pero carecen de oportunidad. Porque cuando la ira de un hombre vence a las riquezas, mucho más sucederá así en el divino e implacable juicio. Si es un hombre el que se exacerba, y se impacienta, y de nada nos aprovecha el oro; mucho más cuando se enoje Dios, que no necesita dinero, el poder del oro completamente se desvanecerá.

Levantemos casas para habitarlas, no para ensoberbecernos. *Lo que excede a la necesidad, es superfluo e inútil.* Cálzate un calzado mayor que el pie, y no lo tolerarás: pues te estorba para andar: de este modo la casa mayor que la necesidad, te impide el ir al cielo. ¿Quieres levantar casas grandes y espléndidas? no lo prohíbo; pero no sobre la tierra: edifica tabernáculos en los cielos, para que puedas recibir a otros, no faltando jamás los tabernáculos.

¿Por qué te desvives acerca de lo fugitivo, y que se queda aquí? Nada hay más falaz que las riquezas: hoy contigo, mañana contra ti, por doquiera arman los ojos de los envidiosos: son enemigos que conviven, enemigos domésticos: y vosotros los poseedores sois testigos, que de todos modos los enterráis y escondéis: porque ahora mismo las riquezas nos causan un peligro más intolerable. Pues ves ciertamente a los pobres ceñidos, expeditos y preparados para todo: y a los ricos que tienen mucha dificultad, y dando vueltas, y buscando donde escondan el oro, buscando en quién lo depositen.

¡Hombre! ¿para qué buscas consiervos? Cristo está preparado para recibir, y para guardarte los depósitos, y no sólo para guardarlos, sino que los ha de multiplicar y devolver con subido interés: de su mano nadie se libra. Ni tan sólo guarda los depósitos, sino que sobre ellos asegura al depositario. Entre los hombres, quienes reciben depósitos, creen hacernos un favor, si guardan lo que recibieron; mas en Cristo es lo contrario; pues dice no que hizo favor, sino que lo recibió, cuando haya recibido tus depósitos; y por la misma custodia que tiene sobre tus dineros, no te pide paga, dijo que El te da el premio.

6. Frutos de la limosna.– Pues ¿qué excusa mereceremos, qué perdón, cuando al que puede guardar, y que da gracias por la custodia, y que por la guarda de grandes y arcanos premios, lo olvidamos, y a los hombres débiles para la custodia tal, y que piensan hacernos una gracia, y que no devuelven sino lo que se les da, le damos nuestra

hacienda? Aquí eres huésped y peregrino; en el cielo tienes la patria: remite allá todas tus cosas, par que antes de que las disfrutes, aquí (recojas) recibas la paga. Pues quien sinceramente está alimentado, y confía en lo futuro, éste aquí gustó ya el reino. Nada suele tanto reparar el ánima, y hacerla mejor, que la fundada esperanza de lo futuro, si al enviar allí tus riquezas juntares con el sosiego conveniente el cuidado de tu alma. Pues los que ponen todo su cuidado en el ornato de la casa, ricos en exterioridades, descuidan lo interior, y desprecian el alma suya, desnuda, sucia y llena de telarañas; pero si menospreciando lo exterior pusieren todo empeño acerca de su alma, hermoseándola por todos lados, será el tabernáculo de Cristo el alma de los tales: y ¿qué podría haber jamás más feliz que el que tiene a Cristo huésped? ¿Quieres ser rico? Ten a Dios por amigo, y serás el más rico de todos. ¿Quieres ser rico? no seas altivo. Esto es útil no sólo para lo futuro, sino también para lo de ahora. Pues nada tan aborrecido como el hombre rico: pero cuando se juntare la soberbia, está preparado un doble precipicio, una guerra más despiadada por todos. Mas si supieres vivir modestamente, con la humildad matas la tiranía de la envidia, y bien seguro posees cuanto tienes. Es así la condición de la virtud, nos ayuda no sólo para lo futuro, sino también aquí nos recompensa. Por lo mismo no nos engriamos de las riquezas, ni de ninguna otra cosa. Pues si el que, en las cosas espirituales se ensoberbece, cae y perece, mucho más en las carnales. Pensemos en nuestra condición, contemos los pecados, aprendamos que tal somos, y esto nos bastará para materia (y motivo) de toda humildad.

Y no me digas: Tengo el repuesto de los provechos de tantos y tantos años, innumerables talentos de oro, y diariamente crecen los intereses y ganancias.

CUÁN INCONSTANTES SON LAS RIQUEZAS.– Cuanto alegares, todo lo dirás temerariamente y en balde: muchas veces, en una hora, y en un breve momento del tiempo, como el menudo polvo por el viento huracanado, así son todas estas cosas arrebatadas de la casa. Y la vida está llena de ejemplos de esto, y las Escrituras llenas de estos documentos: hoy rico, mañana pobre. Por esto heme reído muchas veces leyendo los testamentos que decían: aquel tenga el dominio de los campos o de la casa, mas el otro el uso: porque todos tenemos el uso, pero el dominio ninguno. Pues aunque por toda la vida nos duren las riquezas sin mudanza alguna, queramos o no queramos, al morir las cedemos a otros, habiendo tenido solamente el uso de ellas, al partir para aquella

vida despojados y privados del dominio. De donde es manifiesto que el dominio lo tienen sólo aquellos, que aún el uso de las mismas menospreciaron, y se burlaron del fruto. Porque quien desprendido de la hacienda, la reparte a los pobres, usó de la hacienda como era debido, y murió teniendo el dominio de ella, y no se despojó de la posesión ni por la muerte misma, sino que la recibe entonces íntegra, y mucho más, cuando en el día del juicio estará necesitado de su auxilio, y cuando a todos nosotros se nos ha de pedir cuenta de nuestras obras.

Así, pues, si alguno quiere tener de las riquezas la posesión, y el uso, y el dominio, aliviase de todos sus bienes: porque si esto no hace, en la muerte quedará del todo separado de ellos: y aun muchas veces antes de la muerte los pierde todos con peligros y disgustos infinitos.

Ni existe este solo mal, pues la mudanza se verifica de repente en todo y el rico desprevenido para tolerar la pobrezas, se ve metido en ella. Mas no así el pobre: pues no confía en el oro y la plata, materias inanimadas, sino en Dios que abundantemente lo da todo. Así es que el rico está más inseguro que no el pobre, ya que experimentaba frecuentes y continuas mudanzas.

Pero ¿qué es esto: *"que nos provee de todo abundantemente para nuestro uso?"* (I Timoteo, 6-17). Todo lo da Dios largamente: las cosas, que son más necesarias que los dineros, como son el aire, el agua, el fuego, el sol, todas las tales cosas. No se puede decir que del sol goza más el rico, y menos el pobre: no se puede afirmar que el rico respira más abundante aire que el pobre, puesto que son bienes comunes e iguales los propuestos. ¿Por qué, pues, los mayores y en verdad más necesarios bienes, los que sustentan la vida, Dios lo hizo comunes; mientras que otros menores y más viles, como son los dineros, no son comunes? ¿Cuál es la razón?–Para que nuestra vida se conserve, y para que tengamos en donde practicar la virtud. Porque si estas cosas necesarias no fuesen comunes, quizás el rico, con la acostumbrada avaricia, habría sofocado a los pobres: que si en las riquezas lo hacen, en aquellos mucho más lo habrían hecho. También, de ser los dineros comunes y a todos por igual propuestos, se habría quitado la ocasión de la limosna y la oportunidad de la caridad.

7. Por tanto, para que vivamos con seguridad, se han hecho comunes para nosotros las causas de la vida; además, para que tengamos ocasión de coronas y alabanzas, no se han hecho universales los dineros, para que aborreciendo la avaricia, y practicando la justicia, repar-

tiendo lo nuestro a los indigentes, tengamos por este camino algún remedio de nuestros pecados.

¿Te hizo Dios rico? ¿Por qué tú te haces pobre? Te hizo rico para que auxilies a los necesitados, para que pagues tus pecados con la liberalidad a otros hecha: te dio dineros, no para que los cierres hasta tu muerte, sino para que los difundas en provecho de tu salud. Por lo cual hizo insegura e inestable la posesión de los mismos, para que mediante esto se disipe la loca intención acerca de ellos. Pues si los que ahora poseen, los que no pueden confiar en ellos, antes bien, observan muchas insidias que nacen de esto, tanto están ardiendo en deseos de ellos; si se hubiese añadido que fueran estables y no caduco, ¿cómo hubieran perdonado? ¿De qué se habrían abstenido? ¿A qué viuda? ¿A qué huérfano? ¿A qué pobres? Por tanto, *no* estimemos que las *riquezas son un bien grande,* puesto que *grande bien es no el poseer riquezas, sino el poseer temor y reverencia de Dios.*

Ahora mismo, si hubiese un justo, y que tuviera tanta confianza en Dios, aunque fuera el más pobre de los hombres, podría solucionar los males presentes, pues sería lo bastante el levantar las manos al cielo e invocar a Dios, y esta nube pasaría. Mientras que tanto oro amontonado es, para resolver los males que amenazan, más inútil que el lodo; y no sólo en el actual peligro, sino también si se extendiese una epidemia morbosa, o la muerte, o cosas parecidas, se comprueba la impotente eficacia de las riquezas, y que de suyo no pueden consolar en la adversidad.

Sólo una cosa hay en que las riquezas parecen superar a la pobreza: en nadar en cotidianas delicias y en hartarse voluptuosamente en los convites. Sin embargo, también esto parece suceder en la mesa de los pobres, y éstos disfrutan con más placer que todos los ricos. Y no os admiréis ni tengáis por increíble lo que hase dicho: por la exposición de las cosas os la haré patente. Porque todos conocéis y lo confesáis que en los convites no suele causar placer tanto la clase de platos cuanto la disposición de los comensales; por ejemplo: cuando uno llega a la mesa con hambre gustará más del manjar, lo hallará más agradable que cualquier vianda condimentada y con muchas especias, aunque sea el más corriente; mas cuando se previene a la necesidad y a la gana, como acostumbran los ricos, aunque tenga puestos pasteles, no gozará, al no estar despierto el apetito. Y para que aprendáis que esto es así, vosotros sois testigos, oigamos también la Escritura diciéndolo: *"El que está bien comido, aun de la miel hace*

ascos; pero el hambriento le parece dulce lo amargo" (Proverbios, 27-7). Y, ciertamente, ¿qué hay más dulce que los panales y la miel? Pero, dice, no es grato a quien no tiene gana. Y ¿qué hay más desagradable que los amargos? Y con todo, son dulces a los que están en pobreza.

Y que los pobres se acercan a comer con gana y hambre, y que los ricos no la esperen, es cosa a todos manifiesta; por lo cual no sienten el natural y legítimo placer. Y no en la comida sólo, sino también en la bebida se puede ver: que como en aquella mesa la gana es la que añade el gusto a la clase de manjares, aquí es la sed la que suele hacer la bebida agradabilísima, aunque sea agua sola lo que se bebe. Y el profeta, demostrando esto, decía: *"Y saciólos con la miel que destilaban las peñas"* (SALMO, 80,17). Pero en las Escrituras en parte alguna se leyó que Moisés de una piedra haya hecho brotar miel, sino en todas partes dice ríos, y aguas, y frescos arroyos.– Pues entonces, ¿qué es lo que se dice?, porque la Escritura no miente.– Es que después que los sedientos y cansados de la escasez, dieron en las frescas aguas, queriendo expresar el gusto (con que las bebieron) de la bebida al agua llamó miel, no como si la Naturaleza la hubiera mudado en la de miel, sino por la disposición de los que bebían, la cual hacía las aguas más gratas que la miel. ¿Has comprendido de qué modo suele volver grata la bebida la disposición de quienes beben? Así es que muchos pobres a veces trabajando y fatigados, y abrasados de sed, bebieron el agua con tanto placer; mientras que los ricos bebiendo vino generoso, y esencia de flores, y de muchos grados, y todo cuanto en el vino puede apetecerse, no experimentan el mismo gusto.

8. Mira cómo esto mismo sucede con el sueño. Pues ni la blanda cama, ni el lecho de plata, ni el descanso tomado en aposento cerrado, ni otra cosa alguna parecida suele hacer el sueño dulce y fácil, como el trabajar y cansarse, y acostarse necesitando mucho el sueño y medio dormitando, y esto en verdad atestigua la experiencia; y lo atestigua mejor que la misma experiencia, de las Escrituras la sentencia. Pues Salomón, criado en delicias, al querer demostrar lo mismo, decía: *"Dulcemente duerme el trabajador, ora sea poco, ora sea mucho lo que ha comido"* (ECLESIASTÉS, 5-11). ¿Y por qué añade *ora sea poco, ora sea mucho lo que ha comido?* Ambas dos cosas suelen producir vigilia, la indigencia y la crápula; aquella, desde luego, agotando el cuerpo y haciendo duros los párpados, y no permitiendo que se cie-

rren; mas ésta impidiendo la respiración, y ahogando, y produciendo muchos dolores; pero la medicina del trabajar es tan grande, que aun estando presentes las dos cosas puede dormir el siervo. Porque como los siervos (o criados) durante todo el día andan sirviendo a sus amos, castigados, trabajados y sin descansar un momento, toman el suficiente descanso y la retribución de su labor en el placer del sueño.

Y esto ha hecho la benignidad de Dios, que estos placeres puedan comprarse, no con oro ni plata, sino con cansancio, con molestias, con toda necesidad y con toda penalidad. Mas no así los ricos: que acostados en blandos lechos pasan muchas veces toda la noche sin dormir, y con idear muchas cosas, no logran tal placer. Mas el pobre, al dar de mano a la labor cotidiana, teniendo fatigados los miembros, antes que se haya acostado toma un sueño íntegro, suave y legítimo, percibiendo esta no pequeña recompensa bien ganada de sus trabajos. Siendo, pues, así, que el pobre duerme, y come, y bebe más a placer, ¿por qué motivo las riquezas han de ser más estimadas, si de la prerrogativa que sobre la pobreza parecían tener, aun de ella están privadas? Por lo cual ya en el principio Dios juntó al hombre con el trabajo, no en pena ni castigo, sino para dirigirle y enseñarle. Adán cayó y perdió el paraíso cuando vivía vida no laboriosa: cuando Pablo llevaba vida de trabajo y miserable, y decía: *"En trabajos y miserias"* (2 CORINTIOS, 11-27), fue arrebatado del paraíso, y subió al tercer cielo. Por tanto, ni rechacemos el trabajo, ni vituperemos el trabajar. Porque antes del reino de los cielos recibimos aquí un premio muy grande, gustando el placer en la misma cosa, y no tan sólo placer, sino lo que vale mucho más que el placer, la riquísima salud. Puesto que a los ricos, fuera del hastío, invaden muchas enfermedades; cuando los pobres están libres de necesitar médicos. Y si alguna vez caen enfermos, pronto se restablecen, libres de toda pereza, teniendo robustos los cuerpos.

LA POBREZA PARA LOS QUE SABEN SOBRELLEVARLA ES UNA GRANDE POSESIÓN.– Grande posesión es la pobreza para los que sabiamente la soportan, tesoro que no puede ser robado, apoyo firmísimo, propiedad garantizada de peligros, posada defendida de asechanzas.

Pero se opone: el pobre es oprimido; pero el rico aguanta mayores insidias. El pobre es despreciado y contumeliado; pero el rico es envidiado, odiado. El pobre no es tan expugnable como el rico, que da infinitas ocasiones al diablo y a los que arman asechanzas, esclavos de todo por la mucha abundancia de cosas: puesto en la indigencia de muchos, se ve obligado a lisonjear a muchos y a servir con grande

liberalidad: mientras que el pobre, si sabe discurrir, no puede ser expugnado ni por el mismo diablo.

Por esto Job, siendo fuerte antes de esto, después que todo lo perdió, entonces se hizo más fuerte, y consiguió una egregia victoria contra el diablo.

Pero además, el pobre ni tiene por qué soportar injuria, si supiere filosofar. Pues lo que dije del placer, que no está en los manjares servidos, sino en la disposición afectiva de los que comen, esto mismo digo de la contumelia, porque la contumelia no consiste o deja de consistir en la frase de los que la profieren, sino en el sentimiento de los que la sufren. Por ejemplo: ¿alguien ha dicho contra ti muchas cosas infamantes? Si te rieres de las contumelias, si no regieres las palabras, y te sobrepones a la herida, no has padecido contumelia. Y lo mismo, que si tuviéramos el cuerpo de diamente, aunque fuésemos acometidos con mil dardos por todas partes, con todo no recibiríamos heridas, porque las heridas no se hacen por la mano que arroja los dardos, sino que se causan en los cuerpos que padecen las heridas; así, aquí también: las injurias y contumelias se causan, no por la insania de los insolentes, sino por debilidad de los pacientes. Que si sabemos filosofar, ni podemos ser injuriados de contumelia, ni padecer cosa grave. Alguien ha inferido una injuria, ¿no la has oído ni sentido? No has padecido la injuria, antes bien, más has herido que no has sido herido. Porque el que injurió, cuando haya visto, que la herida no alcanza al ánimo de los pacientes, él es devorado primera y mayormente; y al callar los que padecen la contumelia, de su peso el azote de las injurias se vuelve contra quien las infería.

9. Carísimos: filosofemos en todo, y en nada podrá la pobreza dañarnos; antes bien, ayudará grandemente, y nos hará esclarecidos, y más sobrados que los mismos ricos. Dime: ¿quién más pobre que Elías? Pero por esto superaba a todos los ricos, porque siendo tan pobre, eligió la misma pobreza por la opulencia de su alma. Y es que estimó toda la abundancia de las riquezas inferior a la grandeza de su alma, e indigna de su filosofía; por eso abrazó tanta pobreza. Que si hubiese apreciado las cosas materiales, no hubiera poseído sólo el vestido melota; pero así condenó la vanidad de la vida y despreció todo el oro como vil lodo, para no tener nada más que aquel único vestido. Pero con eso el rey necesitaba del pobre, y ansiaba las palabras de quien no tenía más que su zamarra o melota el que tenía tanto oro: tanto era más espléndida que la púrpura la zamarra, y que los

salones regios la cueva del justo. Por lo cual cuando subía al cielo, nada más dejó al discípulo que la zamarra (4 REYES, 2). Con ésta, dijo, luché con el diablo, y tú tomarás esta armadura contra él. Que la pobreza es un acerado dardo, una fortaleza inexpugnable, una torre invencible. Eliseo recibió la melota como la más grande herencia, y en verdad fue la máxima herencia más preciosa que todo el oro. Y después de esto aquel Elías era doble, de manera que arriba estaba Elías y abajo estaba Elías. Pues ¿qué, si os demostrare que cuantos estamos imbuidos de los sagrados misterios hemos recibido otra cosa mucho mayor que aquella (melota)?

TEXTO INSIGNE SOBRE LA VERDAD DE LA SANTA EUCARISTÍA– Porque Elías dejó al discípulo la melota; pero el Hijo de Dios, al ascender, nos dejó su carne; mas Elías despojado, y Cristo nos la dejó, y teniéndola subió. Así que no decaigamos de ánimo, ni nos lamentemos, ni temamos las dificultades de los tiempos. Que quien no rehusó el derramar su sangre por todos, y el darnos su carne, y de nuevo nos ha comunicado la misma sangre. ¿qué rehusará hacer por nuestra salvación? Firmes, pues, en esta esperanza roguémosle continuamente y con preces y súplicas ocupémonos, y pongamos toda diligencia en la práctica de toda virtud, para que huyamos el peligro que amenaza, y consigamos los bienes futuros, de los cuales todos nosotros seamos dignos, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea la gloria al Padre justamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA III

SUMARIO.– Advertencias y análisis de la Homilía III.

1. S. Flaviano, obispo de Antioquía, como buen Pastor, marcha a Constantinopla para aplacar al Emperador. Elogio de este santo obispo. Confianza inspirada en la persona de Flaviano, en su prudente exposición, en la eficacia de sus ruegos al Emperador y a Dios. Alabanza de Antioquía.

2. Confiemos, no obstante, mejor en la misericordia de Dios: sigue elogiando la ciudad. Roguemos a Dios, que vehemente desea que acudamos a El. Repitamos la oración de Ester en favor del obispo. Poder sacerdotal.

3. El ayuno, poderoso medio de conseguir la liberación y la salvación. Símiles: del invierno y la primavera, del soldado, del labrador, del navegante, del viajero, del atleta. Mas la utilidad del ayuno es nula si no nos abstenemos de los vicios. El ayuno es medicina moral muy útil, si se usa como es debido.

4. Ejemplo del ayuno de los Ninivitas. La mudanza total de la vida y costumbres. En esto consisten el verdadero ayuno. Abstinencia de los ojos y de los oídos.

5. Abstinencia de la boca y lengua: de la murmuración y efectos en quien murmura y en quien oye murmurar. No lo digas a nadie. Hay que evitar la murmuración.

6. La murmuración agrava los pecados: Dios dictará la sentencia por el juicio nuestro sobre los demás. ¿De qué hemos de abstenernos? Calamidad de Antioquía. Misericordia de Dios. Terremotos en Antioquía. Exhortación moral. Promesa condicionada de liberación.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Esta homilía fue pronunciada el Domingo de Quincuagésima, día 7 de marzo de 387.

2.ª Contiene un elogio de S. Flaviano, obispo sucesor de S. Melecio desde 381, Pastor admirable y ejemplar.

3.ª De nuevo ensalza a su ciudad de Antioquía por sus fundadores Bernabé, Pablo, según es de ver en los HECHOS APOSTÓLICOS, capítulo XI, vv. 22 y 25; por los profetas y doctores que ayudaron a los fundadores, como son Agabo, v. 28, y en el capítulo XIII, v. I, se lee: *"Había en la Iglesia de Antioquía varios profetas y doctores, de cuyo número eran Bernabé y Simón, llamado el Negro, y Lucio de Cirene, y Manahem, hermano de leche del tetrarca Herodes, y Saulo"*, todos varones famosos; *"e instruyeron,* durante un año, *a tanta multitud de gentes, que aquí en Antioquía fue donde los discípulos empezaron a llamarse cristianos"* (HECHOS APOSTÓLICOS, X-26).

4.ª En Antioquía, ciudad situada a los 36º y 10' latitud N., y a 36º y 6' longitud E., a orillas del río Oronte, S. Pedro, príncipe de los Apóstoles, estableció su primera Cátedra. *"Y cuando vino Cefas a Antioquía"*, dice Pablo a los GÁLATAS, 2-1).

* * *

1. FLAVIANO HABÍA MARCHADO A CONSTANTINOPLA PARA APLACAR AL EMPERADOR. Cuando miro esta cátedra desocupada y vacía del maestro, gózome simultáneamente y derramo lágrimas: sí, lloro, porque no veo presente al padre; y me gozo, porque habiendo partido por causa de nuestra salvación, sólo se fue para librar al pueblo tan grande de las iras del Emperador. Esto es a la vez vuestro ornamento, y su corona, y es su corona, porque tan benigno es para con sus hijos, y porque ha confirmado de obra lo dicho por Cristo. Pues al oír aquello de *"el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas"* (JUAN, 10-11), marchó por todos vosotros, para exponer su vida, aunque muchas cosas había que le prohibían marchar, y le apremiaban a quedarse: primeramente su avanzada edad, que toca en senectud; después, la debilidad corporal, y la época del año, y la inminencia del santo tiempo (de la celebración de la Cuaresma y Pascua), y añadido a todo esto que su única hermana se halla moribunda. Pero no obstante, ha pospuesto no sólo la consanguinidad, sino también la ancianidad, y la debilidad, y la inclemencia del tiempo, y la aspereza del camino, y anteponiendo a todo esto vuestra salvación, y a vosotros, rompió todos estos vínculos, y lo mismo que un joven se mueve el anciano, que ha tomado alas por la grandeza del alma. Pues se ha dicho: Si Cristo se entregó por nosotros, ¿qué excusa ni perdón podremos tener, teniendo encomendada la guarda de pueblo tan grande, y no eligiendo tanto el hacer, como el sufrirlo todo para la (salvación o) seguridad de los que se nos han encomendado? Porque, añadió, si el patriarca Jacob, puesto al frente de los ganados, apacentando las ovejas irracionales, y para dar cuenta a un hombre, pasaba las noches desvelado, y aguantaba calores y fríos y todas las molestias de la intemperie del aire, para que ninguno de aquellos animales pereciese (GÉNESIS, 29), mucho más nosotros, que estamos al frente, no de irracionales, sino de espirituales ovejas, y que tenemos que dar cuenta, no a un hombre, sino a Dios, de nuestra prefectura, no podemos emperezar sin eludir nada de cuanto pueda ayudar a la grey. Pero esta grey, cuanto es mejor que aquélla, es decir: los hombres que los brutos, y Dios que

los hombres, tanto más obligados estamos a poner mayor y más vehemente empeño y diligencia.

Hase él dado cuenta de que no se trata el negocio de una su ciudad, sino el de todo el Oriente. Puesto que las ciudades de Oriente es nuestra ciudad la capital y la madre: por este motivo se ha expuesto a todo peligro, y nada pudo retenerlo aquí. Por tanto, confío tener buenas oportunidades de esperanza, porque Dios no dejará de atender tanta solicitud y cuidado, ni permitirá que vuelva su siervo sin acabar las cosas. Yo sé que puesto en presencia de tan grande y religioso Emperador, al ser visto, con sola su presencia, al momento podrá calmar la ira. porque de los santos, no tan sólo las palabras, sino la misma presencia está llena de gracia espiritual, y siendo perito en leyes divinas, dirále lo que Moisés a Dios [1]: *Si dimittis quidem ipsis peccatum, dimitte; si non autem et me occide cum ipsis* (EXODO, 32-31, 32), ya que les perdones el pecado, perdónaselo; y si no mátame con ellos. Pues así son las entrañas de los santos; estiman más dulce la muerte con los hijos que la vida sin ellos.

Añadirá la circunstancia favorable del tiempo, y propondrá la santa Pascua, hará conmemoración del tiempo en que Cristo perdonó los pecados al orbe de la tierra; exhortará a imitar al Señor, y le amonestará con la parábola de los diez mil talentos y de los cien denarios. Conozco la valentía de nuestro Padre, no dudará en ponerle terror con ella y decir: Cuida que en el mismo día no tengas que oír: *"¡Oh criado inicuo! Yo te perdoné toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero"*. (MATEO, 18-32, 33). A ti aprovecha más que a ella (a la ciudad); con el perdón de pocos pecados, recibirás el que se te perdonen los más, y mayores. Agregará a lo dicho también la oración, que le habían enseñado los que le iniciaron en los misterios sagrados, para decirla rezando: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (MATEO, 6-12). Además expondrá que no ha sido un pecado (crimen) común de la ciudad, sino de algunos extraños y peregrinos, que no hacen cosa a derechas, sino audaces y grandes criminales; y que no es justo que, por la temeridad de estos pocos, sea la ciudad destruida, y los que ningún mal han hecho pa-

1.– El texto de la Vulgate dice: Aut dimitte eis hone noxam, out si nom facis, dele me de libro tuo quem seripsish = o perdónales esta culpa; o si no lo haces, bórrame del Libro tuyo que tienes escrito.

guen la pena. Por otra parte, aunque todos hubieran pecado, hubieran pagado la pena merecida, al estar tantos días consumidos de miedo, presumiendo diariamente que van a morir, empujados (atropellados), desterrados, viviendo más miserablemente que los reos, con la vida en un hilo y sin esperanza alguna de salvarla. Ten por suficiente este castigo: no procedas ya más airado: hazte propicio al Juez Supremo con la humanidad (mansedumbre) para con tus consiervos: reflexiona en la importancia de la ciudad, y que no se trata de una, o de dos, o de tres, o de diez almas, sino de millares e infinitas, de la capital del orbe. Esta es la ciudad en que por vez primera nos llamamos cristianos: honra a Cristo, respeta a la que primera predicó a todos este deseable y dulce nombre: ella ha sido tabernáculo de Apóstoles, morada de justos. Es la primera, la única vez que se ha perpetrado un crimen contra los príncipes, como todo el tiempo pasado es testigo de sus costumbres. Porque si de continuo promoviera sediciones, justo sería castigar la maldad; mas si esto ha sucedido una sola vez en tanto tiempo, cierto es que el crimen no corresponde a las costumbres de la ciudad, sino a los que con osadía y temeridad han irrumpido en la ciudad.

2. El obispo ha de decir éstas y muchas más cosas con gran valor: el Emperador las oirá: éste es humano, y aquél es fiel, por lo cual de ambas partes tenemos buenas esperanzas. Mas, empero, que en la defensa del maestro, y que en la benignidad del Emperador, confiamos en la misericordia de Dios: porque aun rogado el Emperador, aun rogando el sacerdote, será El intermediario, que ablande el corazón del Emperador, que mueva la lengua del sacerdote, secundando la palabra de éste, preparando la mente de aquél, para que reciba con indulgencia la exposición y conceda las peticiones.

Porque de todas las ciudades es la nuestra la más esclarecida en Cristo, tanto por la virtud de los (fundadores) progenitores, como por la de vosotros; y así como entre los apóstoles Pedro fue el primero en predicar a Cristo, así entre las ciudades fue ésta la primera que, cual corona admirable, usó el nombre de Cristianos. Pues si donde hubiera sólo diez justos, prometió Dios que dejaría salvos a todos los habitantes (GÉNESIS, 18-32), donde no diez, ni veinte, ni el doble solamente, sino muchos más son los que adoran a Dios, ¿cómo no hemos de esperar buen éxito, y tener confianza en la común liberación de todos los nuestros?

Ya he oído a muchos que decían: *Como el rugido del león, tal es*

la ira del Rey (PROVERBIOS, 19-12), y que decaían de ánimo y se lamentaban. ¿Qué diremos contrario a ellos? El que dijo: *Habitará el lobo juntamente con el cordero, y el tigre estará echado junto al cabrito, el león comerá paja como el buey* (ISAÍAS, 11-6, 7), también podrá hacer a este león manso como un cordero. Roguémosle, pues, y enviémosle embajadas, y luego cambiará el ánimo del Emperador, y nos dejará libres de toda esta angustia actual. El Padre (obispo) desempeña allí su cometido, nosotros aquí enviémosle al rey de los cielos embajadas, ayudémosle con preces. Mucho puede la comunión de la Iglesia, si con alma arrepentida y corazón contrito enviamos preces. No hay que pasar el mar, no hay que hacer larga peregrinación: todos y cada uno, bien acudiendo a la Iglesia, bien permaneciendo en casa, invoquemos a Dios con mucha devoción y completamente nos concederá lo pedido.

DIOS GRANDEMENTE DESEA QUE LOS HOMBRES ACUDAN A EL. ¿De dónde esto es manifiesto? Porque vehementemente quiere que nos acojamos siempre a El, que en todo le roguemos y que no hagamos ni digamos cosa sin El. Porque los hombres, cuando asiduamente les molestamos por algún asunto nuestro se entorpecen, y lo eluden, y lo llevan a mal; mas Dios, todo lo contrario; no porque de continuo acudimos a El para nuestros asuntos, sino porque no lo hacemos, por esto grandemente se indigna. Escucha si no lo que a los judíos opone al decir: *Formáis designios, sin contar conmigo, y urdís una tela, y no según mis deseo* (ISAÍAS, 30-1).

Tal es la costumbre de los amantes: gustan llevar por sí mismos los negocios de los amados, y que sin intervenir ellos nada se haga ni se diga. Por esto aun Dios, no aquí sólo, sino también en otros lugares, repetidamente echa esto en cara diciendo: *Ellos reinaron, pero no por mí; fueron príncipes, mas yo no los reconocí* (OSEAS, 8-4). Por tanto, no emperecemos para acudir a El de continuo, y por arduo que sea, tendrá ciertamente el oportuno remedio. ¿Te atemorizó un hombre? Acude al soberano Señor, y nada grave padecerás: así los antiguos alejaban las calamidades, no sólo los varones, sino también las mujeres.

Hubo una mujer hebrea, llamada Ester: esta Ester a todo el pueblo de los judíos, que había de ser exterminado, librólo así. Después que el rey de los persas hubo decretado que todos los judíos a la vez fuesen matados, no habiendo uno capaz de oponerse a la ira de aquél, una mujer despojada de los espléndidos vestidos, y cubierta con un

saco, y empolvada con ceniza, suplicaba a la divina clemencia que entrase con ella al rey, y oraba así: *Pon en mí palabras discretas así que me presente al león* (Asuero) *y muda su corazón* (ESTER, 14-13).

Esto pidamos nosotros para nuestro maestro. Porque si una mujer suplicante en favor de los judíos pudo contener el furor del bárbaro, mucho mejor nuestro doctor, suplicando por esta gran ciudad, y con Iglesia tan grande, podrá doblegar a este benignísimo y mansísimo Emperador. Porque si recibió el poder de perdonar los pecados contra Dios, mucho más podrá borrar y destruir los cometidos contra el hombre.

También él es príncipe, y en verdad más digno de honor que aquél, porque las mismas leyes sagradas pusieron la misma real cabeza bajo las manos de éste, y cuando se pretende conseguir del cielo algo bueno, se acostumbró que el rey acuda al sacerdote y no el sacerdote al rey. Además, él está vestido con loriga de justicia, y le ciñe el cíngulo de la verdad, y calza más hermosamente los pies con el evangelio de la paz, y tiene espada, no de acero, sino de espíritu, y tiene corona puesta en su cabeza. Más espléndida es esta armadura, más preciosas estas armas, mayor es la confianza, mayor la fuerza. Así, pues, ya por la magnitud del principado, ya por la propia grandeza, y más que todo, por la firme confianza en Dios, hablará con mucha valentía y prudencia al Emperador.

3. Así, pues, no desesperemos de nuestra salud; pero supliquemos, recemos, pidamos, oremos y enviemos embajadas al Rey supremo con muchas lágrimas, y tenemos el ayuno, que coopera en esto, y nos acompaña en esta hermosa legación. Así, pues, como pasado el invierno, y al aparecer la primavera, el marino echa al mar la nave, el soldado limpia las armas y prepara el caballo para la guerra, el labrador afila la hoz, el caminante viajero lleno de esperanza emprende largo camino, y el púgil se despoja para los certámenes y se desnuda, así nosotros, al llegar el ayuno, primavera espiritual, limpiemos las armas, como el soldado; afilemos las hoces, como el labrador, y como navegantes, luchemos contra el oleaje de absurdas codicias, y como viajeros, tomemos el camino del cielo, y como atletas, despojémonos para las luchas, porque el fiel es labrador, gobernador, soldado, atleta y viajero. También Pablo dijo: *No es nuestra pelea contra carne y sangre, sino contra los principados y potestades, contra... Por tanto, tomad las armas de Dios* (EFESIOS, 6-12, 13).

¿Has visto al atleta? ¿Has visto al soldado? Si eres atleta, desnudo

has de saltar al combate; si soldado, es necesario que te presentes armado para la pelea. Pero, ¿cómo pueden ambas cosas estar juntas, estar desnudo y no estar desnudo, estar vestido y no estarlo? ¿De qué modo? Lo diré. Despójate de los negocios de la vida, y quedas hecho un atleta; viste las armas espirituales, y estás hecho un soldado. Desnúdate de los afanes de la vida, que es tiempo de pelea; toma, viste las armas del espíritu, que se ha declarado grande guerra contra los demonios. Por tanto, hay que estar desnudo para no dar al diablo ocasión alguna de agarrarnos al luchar, y estar armado por completo, para que no recibamos por ningún lado una herida mortal. Cultiva tu alma y corta las espinas; siembra simiente de piedad, planta las hermosas ideas filosóficas, y con mucha diligencia bina, y estás hecho un labrador, y a ti dirá Pablo: *"El labrador para recibir los frutos es menester que trabaje primero"* (2 TIMOTEO, 2-6). Y en esto se ocupaba él; por eso al escribir a los Corintios decía: *"Yo planté, regó Apolo; pero Dios ha dado el crecer"* (1 CORINTIOS, 3-6).

Aguza tu hoz, que embotaste por la crápula, agúzala con el ayuno, emprende el camino que conduce al cielo, la áspera y estrecha senda toma y anda. Y ¿cómo podrás alcanzarla y andarla? Castigando tu cuerpo y reduciéndolo a servidumbre, porque cuanto el paso es estrecho, es un grande estorbo la obesidad corporal nacida de la crápula. Reprime las desbordadas olas de las concupiscencias: rechaza los fríos de los malos pensamientos, cuida la nave, manifiesta gran pericia y quedas convertido en marino capitán. Y de todos ellos tenemos por asunto y maestro al ayuno, al ayuno digo, no este vulgar, sino al ayuno con diligente cuidado: por la *abstinencia, más que de los manjares, de los pecados,* porque no es la materialidad del ayuno lo que puede librar a los que ayunan, a no ser que esté practicado según conveniente ley. Porque dice: el atleta *"no es coronado si no lidiare según las leyes"* (2 TIMOTEO, 2-5). Por tanto, no vayamos a perder la corona del ayuno entre las privaciones del ayuno, aprendamos de qué modo y manera debemos tratar este negocio, porque también el fariseo aquel ayunó, mas después de aquel ayuno salió vacío y sin los frutos del ayuno: el publicano no ayunó, y no ayunando precedió al fariseo que ayunaba (LUCAS, 18-10 a 14), para que te percates de que la utilidad del ayuno es nula, como no vaya acompañado de las demás (virtudes y obras buenas).

NINGUNA ES LA UTILIDAD DEL AYUNO SI NO NOS ABSTENEMOS DE LOS VICIOS. Ayunaron los Ninivitas y movieron a compasión a Dios; tam-

bién ayunaron los judíos, y nada adelantaron, sino que se retiraron inculpados. Ya, pues, que hay tanto peligro del ayuno para los que desconocen cómo se tiene que ayunar, *aprendamos las leyes del ayuno,* para que no vayamos inciertos, no azotemos el aire, no contendamos luchando con una sombra. Medicina es el ayuno, pero la medicina, aunque mil veces sea útil, a veces se inutiliza por la impericia de quien la usa, porque es preciso conocer ya el tiempo en que se necesita darla, ya la cantidad del medicamento, ya la temperatura del cuerpo, el clima de la región, el tiempo del año, el régimen de comidas y muchas otras cosas: de las cuales si alguna se hubiere descuidado, dañará a todas las restantes dichas. Pues si para medicinar al cuerpo ha de tenerse tan grande diligencia, mucho más cuando curemos el alma y medicinemos los pensamientos, es necesario que todo se escudriñe y se considere con toda diligencia.

4. Veamos, pues, cómo ayunaron los Ninivitas y cómo quedaron libres de aquella amenaza: *"Ni hombres ni bestias nada coman; no salgan a pacer ni a beber los bueyes y ganados"* (JONÁS, 3-7). ¿Qué respondes? Dime. ¿Ayunan los brutos y los caballos, y los mulos se visten de saco? Sí, dice, pues así como cuando ha muerto un rico los allegados mandan acompañar al sepulcro, no sólo los siervos y esclavas, sino también los caballos vestidos de luto entregan a los palafreneros, en manifestación de la grande calamidad y para mover a todos a compadecerse, así también en aquella ciudad, que estaba en peligro extremo, cubrieron de saco a los animales brutos y los sometieron a la pena del ayuno. No pueden los brutos conocer la ira de Dios por las amenazas; conozcan por el hambre que Dios manda este castigo; porque, añade, si la ciudad fuese destruida, no solamente de nosotros que la habitamos, sino que también de ellos, sería común la sepultura. Así que los que tendrían parte en la pena, tengan también parte en el yuno.

Y además hicieron entonces otra cosa, que también los profetas hacen, porque ellos, cuando veían que algún azote intolerable venía de lo alto, y que los que habían de ser castigados sin remedio estaban desesperados, llenos de consternación, indignos de perdón y de excusa, y ni les quedaban nada por hacer, ni de donde patrocinar a los sentenciados, recurren a los brutos, y llorando la muerte de aquéllos, de éstos nacen súplicas, exponiendo la miserable y luctuosa muerte de los mismos. Porque habiendo antiguamente alcanzado a los judíos el hambre, y como una gran sequía se dejase sentir en la región, y todo

se consumiera, uno de los profetas decía: *"¿Cómo es que gimen las bestias y mugen las vacas del hato? Porque no tienen pasto, y hasta los rebaños de las ovejas están pereciendo. Aun las mismas bestias del campo levantan los ojos hacia ti, como la tierra sedienta de agua"* (JOEL, 1-18, 20). Otro, deplorando los males originados de la sequía, otra vez decía: *"Pues hasta la cierva, después de haber parido en el campo, abandona la cría por falta de hierba, y los asnos bravíos se ponen encima de los riscos, atraen a sí el aire, como los dragones, y ha desfallecido la luz de sus ojos por no haber hierba"* (JEREMÍAS, 14-5, 6). Por esto hoy habéis oído a Joel que dice: *"Haced venir los párvulos y los niños de pecho"* (JOEL, 2-16). *"Salga del lecho nupcial el esposo, y de su tálamo la esposa. Haced venir los párvulos y los niños de pecho"* (Joel, 2-16). ¿Por qué, dime, por qué causa llama a la oración la edad no madura? ¿Acaso no es cierto que por la misma razón? Pues.ya que todos los de edad madura enojaron a Dios, y le provocaron a ira, que la edad libre de pecados venga a suplicar al que está airado.

Mas como decía, veamos qué es lo que al fin amansó aquella inevitable ira: ¿acaso el ayuno y el cilicio solamente? De ningún modo: fue *la mudanza total de la vida.* ¿De dónde lo sabemos? De las mismas palabras del Profeta. Pues habiendo hablado de la ira de Dios y del ayuno de aquéllos, él mismo, al expresar el perdón y la causa de él, dice así: *"Viendo, pues, Dios las obras que hacían"* (JONÁS, 3-10). ¿Cuáles obras? ¿Que ayunaron? ¿Que vistieron cilicio? Nada de esto, sino que, callando todo esto, alegó: *"Y como se había convertido de su mala vida, movióse a misericordia y no les envió los males que había decretado"* (JONÁS, 3-10). ¿Ves cómo no el ayuno libró del peligro, sino la mudanza de la vida aplacó a Dios y le hizo benévolo a los bárbaros?

VERDADERA NATURALEZA DEL AYUNO. Esto he dicho, no para que menospreciemos el ayuno, sino para que lo honremos, porque el honor del ayuno no está en abstenerse de manjares, sino en la fuga de pecados. De tal modo que quien defina el ayuno sólo por la abstinencia de los manjares, éste grandemente lo vitupera. ¿Ayunas? Muéstramelo con las mismas obras. ¿Cuáles obras?, preguntas. Si vieres a un pobre, compadécete; si te encuentras un enemigo, reconcíliate; si te encontrares con una belleza de mujer, pasa sin darle importancia. No ayude sólo la boca, sino también los ojos, los oídos, los pies, las manos, y todos los miembros de nuestro cuerpo ayunen.

Ayunen las manos, limpias de rapiña y de avaricia; ayunen los pies, prohibiéndose el acudir a espectáculos ilícitos; ayunen los ojos, aprendiendo a no abalanzarse con brillantes miradas y a no mirar curiosamente ajenas hermosuras. Que el pasto de los ojos es la mirada, y como sea ilícita y prohibida, daña al ayuno y trastorna toda la salud del alma; pero si es legítima y permitida, adorna el ayuno. Sería una cosa muy absurda, al tomar alimento, abstenerse hasta de los manjares permitidos, por el ayuno, y usando los ojos tocar hasta lo prohibido. ¿No comes carnes? No tomes tampoco lascivia por los ojos.

Ayune también el oído, y el ayuno de los oídos está en no escuchar detracciones y calumnias. Porque dice: *"No des oído a calumniadores"* (EXODO, 23-1).

5. Ayune asimismo la boca de palabras torpes y de injurias. Porque, ¿qué utilidad hay en que nos abstengamos, sí, de comer aves y peces, si empero mordemos y comemos a los hermanos? El murmurador come las carnes de los hermanos, muerde la carne del prójimo, y por esto Pablo aterrorizó cuando decía: *"Que si unos a otros os mordéis y roéis, mirad no os destruyáis los unos a los otros"* (GÁLATAS, 5-15).

No clavaste los dientes en la carne, sino en el alma con la maledicencia, clavaste la ímproba sospecha, heriste, causando males sin cuento, a ti, a él y a muchos otros, porque al calumniar al prójimo empeoraste al oyente, puesto que, o es pecador, y entonces se hace más desidioso, por haber otro participante del pecado, o es justo, y se siente levantado hasta la arrogancia, y se infla con el pecado ajeno, y se persuade a engreírse con soberbia.

Además has lesionado todo el estado (comunidad) de la Iglesia, pues no todos los que oyen acusan sólo al pecador, sino que las ofensas se aplican a todo el linaje de los cristianos, y no oirás a los infieles que dicen: aquél es un fornicario, un disoluto, sino que por aquel que pecó, todos los cristianos son atacados con injurias.

Además hiciste que la gloria de Dios sea blasfemada, porque así como viviendo nosotros dignamente, el nombre de Dios es glorificado, así pecando, es blasfemado e injuriado.

Lo cuarto, avergonzaste malamente al que oía, y así le hiciste más desvergonzado, haciéndole contrario y enemigo.

Lo quinto, te hiciste reo de pena y castigo metiéndote en negocios que no te corresponden. Murmuro entonces cuando digo falsedad;

pero no si digo la verdad. Pues aun cuando dices la verdad, también entonces hay crimen, puesto que aquel fariseo con verdad habló mal del publicano (LUCAS, 18-11); pero con todo, de nada le sirvió. Dime, ¿acaso no era publicano y pecador? Para cualquiera es cierto que era publicano, mas porque lo vituperó el fariseo, salió perdonado de todo.

¿Quieres corregir a un hermano? Llora, ruega a Dios, tomándole aparte amonéstale, aconséjale, exhórtale; también Pablo lo hacía así: dice: *"Y no sea que cuando yo vaya me humille de nuevo Dios entre vosotros; y tenga que llorar* (castigando) *a muchos de los que antes pecaron, y* (todavía) *no han hecho penitencia de la impureza, y fornicación, y deshonestidad en que han vivido"* (2 CORINTIOS, 12-21). Declara tu caridad para con el pecador: persuádele que para cuidarle y curarle, no participando, le amonestas del pecado: abraza sus pies, bésalos, no te avergüences, si de veras quieres sanarle pronto.

CONFESIÓN. Esto hacen también los médicos muchas veces, cuando tienen algunos enfermos difíciles; con besos y ruegos los persuaden a tomar la medicina salutífera: tú también haz lo mismo, descubre al sacerdote la llaga: esto es lo propio de quien cuida, y provee, y aconseja bien.

Mas no sólo a los maldicientes, sino también a los que oyen que alguno es murmurado les amonesto que cierren los oídos y que imiten al profeta que decía: *"Al que calumniaba secretamente a su prójimo, a éste tal le he perseguido"* (SALMO 100-5).

Di al prójimo: ¿No hay alguno a quien alabes y recomiendes? Que abro los oídos, y lo recibiré como un bálsamo y ungüento; pero si quieres hablar mal, cierro el paso a las palabras, pues no aguanto que me echen encima cieno y basura. ¿Qué ganancia tengo yo en saber que él es un malvado? Más bien un grandísimo daño y quebranto. Háblale a él.

Cuidemos de lo nuestro, de cómo daremos cuenta de los pecados, y pongamos toda esta curiosidad y laboriosa investigación acerca de nuestra vida. Pues ¿qué excusa tendremos, qué perdón si en tanto que ni pensamos en lo nuestro, con tanta curiosidad escudriñamos lo ajeno? Así como es feo que el transeúnte se asome y mire lo interior de la casa, y es muy ignominioso, así lo es el andar muy solícito de la vida de otro, es bajeza suma.

Pero aún resulta más ridículo que, llevando esta clase de vida, y descuidando sus cosas, cuando han manifestado alguna cosa oculta, ruegan al oyente y perjuran, que no lo diga a otro; con lo cual decla-

ran que han cometido algo que merece reprensión. Porque si ruegas a aquél no lo diga a otro, mucho más debías tú primero no decirlo a éste. En seguro tenías la palabra: después de haberle traicionado, cuidas ahora de salvarle: si no quieres que sea llevado a otro, no lo digas tú: mas después que has traicionado la custodia de la palabra es superfluo e inútil el amonestar y rogar para la guarda de lo dicho.

Mas ¿es agradable la murmuración? Antes bien es agradable no murmurar. Porque quien murmura, después está perplejo, sospecha y teme, y se duele, y se muerde la lengua, temiendo y temblando, no sea que lo dicho a otros le acarree a él un gran peligro, y proporcione enemistad superflua e inútil a aquellos a quienes dijeron: mientras que bien seguro y muy satisfecho vivirá quien se dominó a sí mismo.

La murmuración ha de ser evitada. "*¿Oíste alguna palabra contra tu prójimo? Sepúltala en tu pecho, seguro de que no reventarás*" (Eclesiástico, 19-10). ¿Qué significa *sepúltala en tu pecho?* Apágalo, entiérralo, no consientas que salga, ni que casi se mueva; pero sobre todo cuida y no toleres que otros hablen mal. Pero si alguna vez los hubieras oído, entiérralo, destruye el dicho, olvídalo, para que te parezcas a los que no lo oyeron, y con mucha paz y tranquilidad pases la vida presente.

Si los delatores aprendieren que los rechazamos más que a los acusados, al cabo desistirán de esa su mala costumbre y enmendarán el pecado, después alabarán y pregonarán que hemos sido sus curadores y bienhechores. Pues así como el decir bien y alabar es principio de amistad, así decir mal y calumniar es principio de enemistades, odios e injurias y motivo de interminables discordias. Por otra parte, no se descuidan nuestras cosas, sino a medida que cuidamos y curiosamente escudriñamos las ajenas, porque al maldiciente y al averiguador de vidas ajenas no queda tiempo para mirar alguna vez la propia, puesto que consumido todo su cuidado en curiosear lo de otros, necesariamente todo lo suyo está abandonado con temeraria negligencia. Pues hay que pensar que se procede bien si podemos aprovechar el ocio para dedicarnos a juzgar nuestros pecados: mas si siempre cuidas lo ajeno, ¿cuándo andarás solícito de tus males?

6. Huyamos, pues, queridos, huyamos la murmuración, sabedores de que todo esto es un abismo del diablo y una cueva de intrigas. Pues para que descuidemos lo nuestro y nos acarreemos mayor reato, nos guió el diablo a esta costumbre: aún más, no hay en ello este mal sólo que daremos cuenta de lo que hayamos dicho, sino también que así

hacemos más graves los pecados, privándonos de toda excusa, pues quien impaciente inquiere lo de otros, jamás alcanzará indulgencia de sus delitos. Que no sólo por la naturaleza de nuestros pecados, sino también por el juicio nuestro de los otros dictará Dios la sentencia: ya lo advirtió diciendo: *"No juzguéis, si no queréis ser juzgados"* (MATEO, 7-1), pues el pecado no sólo tal como fue, así aparecerá allí en lo futuro, sino que recibirá una adición grande e inevitable por el juicio formado en contra del convertido. Pues así como el humano, manso y clemente corta la mayor gravedad de los pecados, así el acerbo, y cruel, e implacable añade un gran peso a sus propios pecados.

Por tanto, eliminemos de nuestra boca toda murmuración, sabiendo que aun cuando comamos ceniza, de nada nos aprovechará tanta austeridad de vida, si no nos abstenemos de la detracción: que no es lo que entra lo que mancha al hombre, sino lo que sale de la boca (MATEO, 150-17, 18).

Si cuando tú pasas te arrojan basura, ¿no es cierto que te revolverías contra él con afrentas y contumelias? Pues haz esto contra los detractores. Porque no tanto impresiona la membrana del cerebro el hedor del estiércol removido, cuanto el de los pecados ajenos descubiertos, y la vida impura propalada suele perturbar y entristecer los ánimos de los que oyen.

Abstengámonos, pues, de la detracción, de palabras torpes, de la blasfemia, y no hablemos mal ni del prójimo, ni de Dios: porque muchos murmuradores llegaron a tanta rabia, que de los consiervos volvieron su lengua contra Dios. Y cuan grande mal sea esto, por lo que nos apura ahora, apréndelo. He aquí que es un hombre quien ha pasado la injuria, y todos tememos y temblamos, tanto los que infirieron la injuria como los que de nada de tales cosas tienen conocimiento, Dios empero es ofendido con injurias cada día: ¿qué digo cada día? Mejor diré a cada hora, por los ricos, por los pobres, por los tranquilos, por los afligidos, por los que calumnian, por los que comunican divulgando la calumnia, y nadie en parte alguna se preocupa de ello.

Por esto permitió que el consiervo fuese injuriado, para que por el peligro nacido de una contumelia veas la benignidad del Señor. Es más: esto es ahora lo primero que se ha cometido, y es único; sin embargo, ni por esto esperamos nosotros que hemos de conseguir perdón o excusa: a Dios, empero, le irritamos cada día, y no hacemos ninguna mudanza, y nos aguanta aún con toda longanimidad. ¿Has

visto cuan grande es la clemencia del Señor? Y en esta sedición los que pecaron están presos, y en la cárcel encerrados, y sufrieron el castigo, y, no obstante, aún tememos: todavía el injuriado no conoció los hechos, ni dio sentencia, y todos tememos, temblamos; pero Dios conoce las ofensas que cada día le son inferidas, y nadie se convierte por más clemente y manso que El sea. A El es suficiente confesar el pecado, y el crimen es absuelto; mientras que entre los hombres sucede todo lo contrario, cuando los reos confiesan, entonces son más castigados: lo que ha sucedido ahora.

Descripción de la presente calamidad. Porque en verdad unos a espada, otros a fuego, y algunos por las fieras han perecido, no hombres sólo, sino hasta niños, y no les ha valido ni la falta de madurez de la edad ni el tumulto popular, ni que lo hicieron algunos agitados de furor diabólico, ni que la exacción resultaba intolerable, ni la pobreza, ni que el pecado fue común, ni el prometer que nunca más se permitiría cosa parecida, ni nada en absoluto los libró, sino que sin ninguna compasión eran llevados al precipicio, llevándolos vigilados entre soldados armados para que nadie arrebatase a los reos, y seguían las madres viendo desde lejos a los hijos, que habían sido arrebatados, pero sin atreverse a llorar la calamidad, pues el temor podía al afecto, y el miedo se sobreponía a la naturaleza. Y así como los hombres que presencian un naufragio conduelen a los náufragos, pero ni pueden acercarse ni salvar a los sumergidos, así también aquí, como por unas olas, las madres con el temor de los soldados estaban cohibidas, no sólo no se atrevían a acercarse y a arrancarlos de la muerte, sino que aun a llorar no osaban. ¿Es que por esto no conjeturáis cuán inefable es la misericordia de Dios? ¿Cuán infinita? ¿Cómo excede a toda ponderación? Aquí en verdad el ofendido es de la misma naturaleza, una sola vez lo ha sido en todo el tiempo, y no en presencia, ni en persona, ni viéndolo, ni oyéndolo, y con todo ni un solo reo alcanzó perdón: mas de Dios nada de esto puede decirse, porque es tanta la diferencia entre Dios y el hombre, cuanto nadie puede expresar con palabras: cada día es ofendido estando presente y viéndolo, y oyéndolo, y ni lanzó un rayo, ni mandó al mar que inundara la tierra y sumergiese a todos, ni que se abriese la tierra, ni le mandó que se tragase a los temerarios, sino que tolera todo con longanimidad, y promete que perdonará a los autores de la contumelia, con sólo que hagan penitencia y prometan que no volverán a hacerlo más. Ahora en verdad es el tiempo de exclamar: *¿Quién podrá contar las obras*

del poder de Dios, ni pregonar todas sus alabanzas? (SALMO 105-2). Porque no sólo derribaron las imágenes de Dios, sino que las pisotearon. Que cuando atormentas al reo, cuando lo despojas, cuando lo arrastras, cuando lo aterras, pisoteas la imagen de Dios. Escucha a lo menos a Pablo, que dice que el varón no ha de cubrir la cabeza, porque es la imagen y la gloria de Dios, y otra vez al mismo Dios cuando dice: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra* (GÉNESIS, 1-26).

Pero si me replicas que Dios y el hombre no son de la misma sustancia, ¿qué diré? Pues tampoco el bronce de la estatua es de la misma naturaleza que el Emperador, pero con todo, los que osaron ultrajarla pagaron la pena; así también entre los hombres, aunque éstos no son de la misma sustancia que Dios, como en verdad no lo son, son, no obstante, llamados imagen, y por este apellido les era debido el recibir honor. Mas tú por un poquito de oro los pisas, atormentas, arrastras y hasta ahora no has pagado pena alguna.

FRECUENTES TERREMOTOS EN ANTIOQUÍA. No hagamos, pues, ahora lo que siempre hacemos. Porque con los terremotos que nos alcanzan y con el hambre y la sequía, nos moderamos durante tres o cuatro días, nos hacemos más humanos, y otra vez volvemos a las andadas: por esto sobrevinieron estas cosas. Pero ya que no antes, ahora por lo menos, seamos permanentes en la misma piedad, y guardemos la misma mansedumbre, para que no tengamos necesidad de otro azote.

¿Es que Dios no tenía poder para impedir lo que ha ocurrido? Mas lo ha permitido para que los que le desprecian, por miedo del consiervo se hiciesen mejores. Ni se me diga que muchos de los culpables han huido, y muchos inocentes pagaron la pena, pues con frecuencia oigo a muchos repetir esto, no sólo por esta sedición, sino en muchas otras parecidas ocasiones. ¿Qué se ha de responder a los que así objetan? Que por más que en la presente sedición fuera inocente aquel que fue prendido, sin embargo otro pecado más grave cometió alguna vez; no se convirtió después, ahora lo pagó. porque esta es manera de proceder Dios: en habiendo pecado, no castiga inmediatamente los pecados, sino que lo dilata, para darnos tiempo de penitencia, para que nos corrijamos y enmendemos; pero si no satisfaciendo, despreciamos el pecado que juzgamos perdonado, cuando menos lo pensemos, somos del todo sorprendidos por cosas como éstas. Y esto sucede para que, cuando pecamos y no hemos sido castigados, no confiemos, si no nos hemos convertido, sabiendo que cuando no pensamos,

cierto es que caeremos. Así, pues, si pecaste y no has recibido castigo, querido, no te burles; antes por esto mismo teme más, conociendo que es fácil para Dios, cuando quiera, darlo a su vez. Puesto que por esto no te ha castigado, para que tengas tiempo de penitencia.

Así, pues, no digamos que aquél, sin tener crimen, ha caído, y el otro autor del crimen ha huido. Porque el inocente castigado, como antes he dicho, sufre las penas de otros pecados y el que ahora huyó, como no se haya convertido, en otro lazo será cogido. Si en esta disposición estamos, nunca nos olvidaremos de los pecados propios, sino que siempre con temor y temblor de comparecer en juicio en un momento, con facilidad los recordaremos. Porque nada hay más eficaz para refrescar la memoria de los pecados que la pena y el castigo, y claro se vio esto en los hermanos de José. Pues habiendo vendido al justo, y habiendo transcurrido trece años, temiendo ser castigados, y por la vida, se acordaron del pecado, y decían entre ellos: *Justamente padecemos lo que padecemos, por haber pecado contra nuestro hermano* (GÉNESIS, 42-21).

¿Adviertes cómo aquel miedo los avisó de su pecado? Y cuando pecaban, en verdad no lo sentían; pero cuando tenían miedo de ser castigados, entonces se acordaron.

EXHORTACIÓN MORAL. Conociendo, pues, todo esto, mudemos y corrijamos la vida, y antes que de vernos libres de la actual angustia, pensemos en la religión y en la virtud. Y mientras tanto quiero recomendaros tres mandamientos, para que me los cumpláis en el ayuno de Cuaresma: de nadie murmuréis, no tengáis enemigo y arrojad de vuestros labios la perversa costumbre de los juramentos. Y así como cuando se oye el pregón de un impuesto de oro cada uno, yendo a casa y llamando a la mujer, a los hijos, a los siervos, trata con ellos y consulta sobre el modo de pagar aquel tributo, así también hagamos con estos mandatos espirituales. Vuelto cada uno a casa, llame a la mujer y a los hijos y diga: hoy se nos ha impuesto un espiritual tributo, un tributo, digo, por el que habrá una solución y liberación de estos males, un tributo que no empobrece, antes enriquece a los que pagan: que *no tengamos a ninguno por enemigo,* que *de ninguno murmuremos,* que en absoluto *no juremos.* Pensemos, pongamos cuidado, consultemos cómo cumpliremos estos mandamientos, pongamos todo empeño, uno a otro alentémonos, corrijámonos, para que no salgamos de aquí deudores, tengamos después que pedir prestado a otros, oigamos lo que las vírgenes fatuas y perdamos la salvación eterna.

Si de este modo arreglamos el tenor de la vida, desde aquí os aseguro y prometo que se dará alguna solución a la presente calamidad, y la liberación de estos males, y lo que vale más que todo, el fruto de los bienes venideros. En verdad había que inculcaros todas las virtudes; pero juzgo que éste es el modo mejor de corregirse, que por partes cumplamos la ley recibida, y después vayamos a otras. Pues así como en un campo cultivado el labrador cavando poco a poco llega a concluirlo, así nosotros, si nos ponemos esta ley, que durante la presente Cuaresma observemos estos tres mandamientos, sin duda una vez que hayamos probado la prudente custodia de tal costumbre, más fácilmente pasaremos a lo demás, y llegando a la cumbre de la disciplina, entonces pasaremos la vida presente confiados, y en la futura asistiremos con Cristo muy tranquilos y gozaremos de los bienes arcanos, lo que nos sea dado conseguir por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea dada la gloria al Padre junto con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía IV.

1. Alivio y provechos de la calamidad actual. No estemos sentidos de esta tristeza, sino agradecidos a Dios.
2. Frutos de las calamidades. Buen cambio nacido de la calamidad. Crece la religión por motivo de la tribulación.
3. Regla prudentísima. Los tres jóvenes del horno babilónico. Cómo el diablo se destruye a sí mismo. El fuego entre los persas.
4. Dios puso a los enemigos por testigos del trofeo. La máxima alabanza fue la acusación. Al justo nada puede vencerlo ni espantarlo.
5. Ten a Dios benévolo y nada te dañará. No el lugar, sino la mala conciencia perjudica. Prudentes como serpientes. Dejemos la excesiva solicitud. Guarda de la lengua. De todos los sentidos.
6. Exhortación moral. Cambiar las malas costumbres, como la de los juramentos, es completar el ayuno.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Esta homilía fue pronunciada el lunes 8 de marzo, al comienzo de Cuaresma.

2.ª Abundantes y variados símiles emplea para mover a ser pacientes en la enmienda de la vida.

* * *

1. Bendito sea Dios, que ha consolado vuestras entristecidas almas y ha confirmado vuestras vacilantes mentes: pues que hayáis recibido consolación se me patentiza por este vuestro cuidado y prontitud para oír. Que no es dable que una alma doliente y oprimida por una nube de tristeza pueda con prontitud escuchar lo que se dice, y a vosotros veo con gran benevolencia y esmerado empeño atendiéndonos desechados todos los motivos tristes, y que habéis rechazado la presente angustia con el deseo de oír. Por lo cual doy con vosotros gracias a Dios, porque la miseria no venció a vuestra prudencia, ni el temor ha hecho remiso vuestro vigor, ni la tribulación ha apagado

vuestro entusiasmo, ni la grandeza del peligro ha hecho descaecer vuestro celo, ni el temor de los hombres se ha sobrepuesto al amor para con Dios, ni la desgracia del tiempo ha derribado vuestro empeño; no sólo no lo ha derribado, que lo ha consolidado; no sólo no lo ha remitido, que lo ha activado; no sólo no lo ha apagado, que lo ha más encendido. La plaza, en verdad, está vacía, pero la iglesia está llena: aquello es motivo de llanto, esto es ocasión de gozo y alegría espiritual. Así que cuando fueres a la plaza, oh mi querido, y suspirares al mirar aquella soledad, acógete a la madre, y al momento te consolará con la muchedumbre de los hijos propios y ahuyentará toda tristeza, al mostrarte la compacta multitud de los hermanos. Cierto, en la ciudad deseamos ver hombres, como si habitásemos los desiertos; pero al acudir a la iglesia quedamos oprimidos por el gentío. Y así como con mar agitado y embravecido con grandes tempestades el miedo obliga a todos a refugiarse al puerto, así también ahora las tormentas del foro y el invierno de la ciudad a todos empujan por doquiera hacia la iglesia, y estrechan con lazo de caridad a los miembros entre sí.

Demos, pues, gracias a Dios también por estas cosas, porque hemos recogido tanto provecho de la tribulación, porque de la tentación hemos sacado tanta utilidad. Sin prueba, no hay corona; sin luchas, no hay premios; sin estadios, no hay honores; sin tribulación, no hay descanso; sin invierno, ni hibierno ni estío. Y esto no sólo en los hombres, que aun en las semillas mismas puede observarse. También en éstas ha de haber mucha lluvia, muchas nevadas y finalmente, mucho hielo, para que la espiga que brota en primavera salga pujante: pues cuando tiempo de simiente, tiempo de lluvia igualmente.

Por tanto, después que también ahora ha venido el invierno, el invierno de las almas, no del aire: sembremos también nosotros en este hibierno, para que seguemos en el estío: sembremos lágrimas, para que seguemos alegría. Este dicho no es mío, es anuncio del profeta, que dice: *Aquellos que sembraban con lágrimas segarán llenos de júbilo* (SALMO 105-5). La lluvia que ha caído no hace germinar y crecer las semillas tanto, como a la piedad excita y hace brotar la lluvia procedente de lágrimas: ésta limpia el alma, riega la mente, hace que en breve prospere el germen de la doctrina, por lo cual es preciso abrir surco profundo, pues hasta esto advirtió el profeta diciendo así: *Preparad vuestro barbecho y no sembréis sobre espinas* (JEREMÍAS, 4-3). Por tanto, como el que profundiza con el arado surca

la tierra, preparando buen suelo a la simiente, para que no quede tirada en la sobrehaz, sino que sea encerrada en los senos de la tierra, y en seguro eche raíces, así es necesario que hagamos, y aprovechando como arado la tribulación, rompamos lo hondo del corazón: que esto nos avisa también otro profeta, que dice: *Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos* (JOEL, 2-13).

Rompamos, pues, los corazones, para que si alguna mala yerba y engañoso pensamiento hay en nosotros, la arranquemos de raíz, y tengamos limpias las tierras para las semillas de piedad. Pues si ahora no nos renovamos, no sembramos, si ahora no derramamos lágrimas, ahora que tenemos tribulación y ayuno, ¿cuándo llegaremos a tener compunción? ¿Acaso cuando el perdón y las delicias sobrevinieren? Mas esto no puede ser, porque el sosiego y los placeres acostumbran a hacer perezosos, así como los trabajos despiertan los deseos, y hacen reflexionar al alma que vagaba exteriormente y preocupada. No estemos pues, sentidos de esta tristeza, sino demos gracias a Dios, porque hay mucha ganancia de esta tribulación. Que también cuando el labrador ha sembrado las semillas con mucho trabajo recogidas, desea que venga la lluvia, y el ignorante que ve todo lo que se hace, se admirará y quizá dirá en sus adentros: ¿Pues qué hace este hombre? Desparrama lo recogido, y no sólo lo derrama, sino que cuidadosamente lo envuelve en la tierra para que no se pueda recoger fácilmente, y no lo entierra tan sólo, sino que desea una fuerte lluvia para que todo lo tirado se pudra y se haga barro. Y se espantará oyendo retumbar los truenos y brillar los relámpagos, mientras que el labrador no así, sino que se alegra y goza al ver la tormenta, porque no mira a lo presente, sino que espera lo venidero; no se para en ver los rayos, sino que cuenta los manojos; no atiende a que las simientes se pudren, sino a las hinchadas espigas; no a la fuerte lluvia, sino al gratísimo polvo de la era.

Lo mismo nosotros no miremos a la presente tribulación o al dolor, sino a la utilidad que de ella sale, y a los frutos que de ella nacen: miremos las hacinas de la era, pues como vigilemos, podremos cosechar muchos frutos por este tiempo y llenar el depósito o alhacena de nuestra alma; como vigilemos, no solamente no padeceremos algo grave por esta tribulación, sino que recibiremos innumerables bienes; pero *si nos quedamos aturdidos, la inacción nos perderá.* Porque al desidioso todo le daña; pero al que vive con diligencia todo le aprovecha. Y así como el oro, aunque esté sumergido, conserva su propia

hermosura, o si cae en el fuego, de nuevo aparece más brillante; mientras que el lodo y el heno, si ocurre que se mezclan con agua, éste se pudre y aquél se disuelve, o si caen en el fuego, éste se tuesta y aquél se quema: así ciertamente el justo y el pecador: aquél en verdad si goza del perdón, como el oro sumergido en el agua, queda resplandeciente; si entra en la prueba, como el oro acrisolado con el fuego, tórnase más resplandeciente; el pecador, empero, ya consiga el perdón, se disuelve y se marchita, como el heno y el barro que están en agua sumergidos; ya se halle en tentación, se quema y se pierde, como el heno y el lodo en el fuego.

2. Frutos de las calamidades. No nos consumamos por los presentes males, porque si estás en pecado fácilmente se queman y destruyen por la tribulación; pero si estás dotado de virtud, te abrillantas y resplandeces por ella; si continuamente vigilas y eres sobrio, serás superior a todo daño. Que no es la índole de las tentaciones, sino la pereza de los tentados la que suele producir ruinas.

Así, pues, si quieres gozar y conseguir el descanso y el placer, no busques ni el placer ni el descanso; busca, empero, una alma llena de paciencia y capaz de ostentar la tolerancia, porque si esto no tienes, no sólo te podrá la tentación, sino que hasta el descanso te perderá y te abatirá más.

Y que no es la acometida de casos graves, sino la pereza de nuestra alma la que arruina nuestra salvación, oye lo que Cristo dice: *Cualquiera que escucha estas mis instrucciones, y las practica, será semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra la tal casa, mas no fue destruida: porque estaba fundada sobre piedra. Pero cualquiera que oye estas instrucciones que doy, y no las pone por obra será semejante a un hombre loco que fabricó su casa sobre arena, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se derrumbó, y su ruina fue grande.* (Mateo, 7-24, 25, 26, 27).

¿Adviertes cómo no es la acometida de las tentaciones, sino la imprudencia de los que edifican, lo que ocasionó la ruina? Porque allí lluvia, y aquí lluvia, y allí avenidas, y aquí avenidas, allí vientos huracanados, y aquí lo mismo; aquél edificó y éste edificó; la misma es la edificación y también las tentaciones o pruebas; pero no es el mismo fin, porque no tienen el mismo fundamento. No fue, pues, la

naturaleza de las pruebas, sino la imprudencia del que edifica, la que causó la ruina; de otra suerte habría de haber caído la casa edificada sobre piedra; cuando vemos que nada de esto ha sufrido.

Mas no penséis que esto se dijo de la casa, porque del alma que por las obras prueba o rechaza para oír la divina palabra trata esta sentencia.

Así Job edificó su alma: cayó la lluvia, porque fuego bajó del cielo y abrasó todos los rebaños (Job, 1-16, 19); vinieron los ríos, es decir, los frecuentes, continuos y no interrumpidos nuncios de las calamidades; éste, de los rebaños, y aquél, de los camellos, y el otro, finalmente, anunciando la muerte de los hijos: soplaron los vientos, las amargas palabras de la mujer: *¿Todavía permaneces en tu* (estúpida) *simplicidad? Sí: bendice a Dios y muérete* (Job, 2-9); y no cayó la casa, no fue suplantada el alma, no blasfemó el justo, sino que hasta dio gracias, diciendo así: *El Señor me lo dio* (todo); *el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* (Job, 1-21). ¿Ves como no es la índole de las tentaciones, sino la ignavia de los perezosos la que suele producir ruina? Pero al varón fuerte la tribulación le vuelve más esforzado. ¿Quién lo dice? El bienaventurado Pablo, criado en trabajos, diciendo así: *La tribulación ejercita la paciencia, la paciencia la prueba, y la prueba* (produce) *esperanza* (Romanos, 5-3, 4).

Y como a los árboles robustos el ímpetu de los vientos que sopla y los bambolea a todos los lados no los arranca, y sí los vuelve más robustos y más arraigados con las sacudidas, así también al alma santa y que vive piadosamente los bamboleos de las tentaciones y tribulaciones no la aterran, antes bien, la excitan a mayor paciencia; así como al santo Job le hicieron más espléndido y digno de veneración.

Ahora cierto que contra nosotros está airado un hombre, y un hombre que está sujeto a las mismas pasiones, dotado de un alma semejante, y hemos temido; mas entonces aquel demonio maligno y fiero estaba airado, y no sólo se enfurecía, sino que ponía en movimiento todas sus artimañas y empleaba toda su astucia; pero ni aun así logró vencer la fortaleza del justo. Y a la verdad, siendo éste un hombre, que ora se aíra, ora se reconcilia, con todo estamos muertos de miedo. Y entonces era el diablo el que impugnaba, el que nunca se reconcilia con el hombre, sino que tiene declarada guerra sin cuartel y lucha sin tregua a nuestro linaje, y, a pesar de esto, el justo burló (los

tiros y) saetas. ¿Pues qué excusa, qué perdón podemos tener, no soportando las pruebas humanas los que durante tanto tiempo hablamos de la gracia, cuando aquél antes de la gracia y en el Antiguo Testamento tan valientemente soportó guerra tan intolerable?

BUEN CAMBIO NACIDO DE LA CALAMIDAD. Por tanto, muy amados, tratemos siempre entre nosotros estas cosas, y exhortémonos mutuamente con estas conversaciones. Porque vosotros sois testigos y vuestra conciencia de cuán grande utilidad hemos reportado de esta prueba. Pues el disoluto se ha hecho modesto; el fiero, más humano; el perezoso, diligente; los que jamás habían visto una iglesia, sino que gastaban totalmente los días en teatros, ahora se pasan todo el día en la iglesia. ¿Es que te duele que Dios te haya hecho bueno con el temor? ¿Que por la tribulación te haya guiado al deseo de salvarte?

Pero ¿está atormentada tu conciencia? ¿Acaso diariamente se amedrenta tu alma previendo la muerte y las mayores amenazas? Mas también de aquí tendremos una grande ventaja, creciendo en nosotros la religión por motivo de la angustia. Porque puede Dios disipar hoy mismo todo esto grave; pero hasta que nos vea purgados, hasta que vea hecho el cambio, y una penitencia firme y constante no disuelve la tribulación. Porque el auríffice, hasta tanto que no ve el oro purificado del todo, no lo saca del crisol; así hace Dios, no quita esta tribulación hasta que nos haya enmendado. Pues el que permitió la tentación ya conoce el tiempo de que sea disipada. Y así como el citarista ni tensa tanto que estalle la cuerda, ni la deja floja más de lo debido, para que no desentone, así lo hace Dios, no pone nuestra alma ni en continuo reposo, ni en perpetua tribulación haciendo una y otra cosa según su prudencia, pues no nos consiente que estemos en continuo descanso para que no nos hagamos más descuidados, y no nos deja en tribulación perpetua para que no decaigamos y no desesperemos.

3. Dejemos, pues, a El el tiempo de que se acabe la calamidad y nosotros entre tanto a rogar y a vivir santamente. Que nuestro trabajo es el de convertinos a la virtud y el de Dios es poner fin a los males presentes. Porque El, más que tú que estás tentado, desea apagar este incendio; mas espera tu salvación. Así como del descanso brotó la tribulación, así de la tribulación conviene esperar el descanso. Ni siempre invierno, ni siempre estío, ni siempre tempestad, ni siempre tranquilidad, ni siempre noche, ni día continuo; así que no siempre tribulación, sino que habrá descanso, con tal que en la tribulación demos siempre gracias a Dios.

Pues los Tres Jóvenes fueron echados en el horno, y ni así se olvidaron de la religión, ni se espantaron de las llamas, sino que más solícitamente que los que en sus habitaciones estuvieran sentados y sin nada padecer, aunque rodeados de fuego, exhalaban aquellas preces sagradas. Por eso el fuego les sirvió de muro; las llamas, de vestido; el horno, de fuente refrigerante; y el que los recibió atados, los devolvió desatados; recibió cuerpos mortales y los respetó como a inmortales; no usó de su naturaleza y reverenció a la piedad; el tirano ató los pies, y los pies ataron la fuerza del fuego. ¡Oh cosa admirable! A los atados suelta la llama, y a la vez la llama es detenida por los atados, porque cambió la natural condición de las cosas la piedad de los adolescentes; aún más, que no cambió la naturaleza, sino que contuvo la fuerza de la naturaleza permanente; que no apagó el fuego, sino que, ardiendo, lo hizo ineficaz, y lo que es de admirar y estupendo, esto verificóse no tan sólo en los cuerpos santos, sino también en los vestidos y calzados de los mismos, y como en los Apóstoles, los vestidos de Pablo curaban las enfermedades y arrojaban los demonios, y la sombra de Pedro ahuyentaba la muerte; así también aquí apagaron el poder del fuego los calzados de los Jóvenes. No acierto a decirlo; el milagro trasciende a toda narración de palabras. Porque la fuerza estaba apagada y no apagada, porque cuando estaba aplicada a los cuerpos de aquellos santos estaba apagada; pero cuando hubo que romper las ataduras, no estaba apagada; de modo que rompió los grillos, y no tocó a los pies. ¿Ves cuán cerca estaban? Ni de su natural actividad estuvo privado el fuego, ni se permitió pasar a más que los grillos. Ató el tirano, desató la llama, para que te des cuenta de la crueldad del tirano, y de la obediencia del elemento. Mas ¿por qué causa para echarlos en el fuego los ató? Para que se verificase milagro mayor, como señal más admirable; para que no pensases que lo que se estaba viendo era ilusión de los ojos, porque de no haber sido fuego aquel fuego, no habría quemado las ataduras, no hubiera abrasado a los soldados que estaban fuera sentados, lo cual fue mucho más. Ahora bien, mientras para los que estaban afuera muestra su poder, para los que estaban dentro muestra la obediencia.

Mas tú pondera siempre conmigo, como el diablo por lo mismo con que combate a los siervos de Dios, por lo mismo destruye su propia fuerza, no de buen grado, sino por la sabiduría y providencia de Dios, que usando las mismas armas y tretas de él, las emplea en contra; como también aquí se verificó. Porque allí insinuándose en-

tonces al tirano, ni permitió que las cabezas de los santos fuesen cortadas con la espada, ni echados a las fieras, ni que fuesen de algún otro modo atormentados: persuadió, empero, que fuesen arrojados en el fuego para que ni reliquias quedaran de los santos, consumidos los mismos cuerpos, y mezcladas sus cenizas con las cenizas de las leñas; pero Dios aprovechó todo esto para la destrucción de la impiedad, y de la manera que poco ha os decía.

ENTRE LOS PERSAS EL FUEGO ES TENIDO POR DIOS. Entre los Persas se cree que Dios es el fuego, y aun ahora lo veneran con mucho culto los bárbaros habitantes de aquella región. Queriendo, pues, Dios arrancar de raíz la causa de la impiedad, autorizó este modo de pena para otorgar a sus servidores una victoria en presencia de todos los adoradores del fuego; queriendo persuadirles por medio de prodigios que los dioses de los gentiles temen, no tan sólo a Dios, sino a los servidores de Dios.

4. Y contempla la corona de la victoria tejida por los contrarios, y a los enemigos puestos como testigos del trofeo. *"Mandó el rey Nabucodonosor juntar los sátrapas, magistrados y jueces, los capitanes y grandes señores, y los prefectos y los gobernadores todos de las provincias para que asistiesen a la dedicación de la estatua que había levantado el rey Nabucodonosor"* (DANIEL, 3-2).

El enemigo prepara el teatro y reúne espectadores, dispone el estadio y él mismo convoca al espectáculo, y teatro no de hombres vulgares, no de particulares, sino de todos los honorables, de todos los magistrados, para que el testimonio sea digno de fe ante muchos. Habían venido llamados a presenciar un espectáculo, y se fueron todos habiendo visto un otro. Vinieron para adorar la estatua, y de hecho se burlaron de la estatua; mas se fueron habiendo admirado el poder de Dios en los prodigios obrados en los Niños.

Y observa en dónde había dispuesto el estadio: no en la ciudad o en algún campo, sino en la llanura despejada está situado, porque en la campiña de Deira, fuera de la ciudad, levantó la estatua, y pasando un pregonero exclamaba: *"A vosotros, oh pueblos, tribus y lenguas se os manda que en el mismo punto que oyereis el sonido de la trompeta, de la flauta, del arpa, de la zampoña, y del salterio, y de la sinfonía, y de toda especie de instrumentos músicos, postrándoos, adoréis la estatua de oro erigida por el rey Nabucodonosor. Que si alguno no se postrare y no la adorare, en el mismo momento será arrojado en un horno de fuego ardiente"* (DANIEL, 3-4, 6).

¿Te has dado cuenta de los difíciles combates que había preparado, de cuántas violencias insidiosas, de cuán hondo abismo y precipicio de ambos lados? Pero no temas: cuanto el enemigo más acreciere sus maquinaciones, tanto más demuestra la fortaleza de los Jóvenes. Pues para esto tantos conciertos de los músicos, para esto el horno ardiendo, para que o el placer o el temor se posesionasen de los ánimos de los asistentes. ¿Hay entre éstos alguno que es duro e inflexible? Que le ablande la placentera melodía de toda suerte de música, dice. Y ¿si se hace superior a esta insidia? Que le aterrorice y mueva el aspecto de las llamas. Y había temor y placer, éste por los oídos, aquél por los ojos insinuándose en el alma.

Con todo nada de esto venció la generosidad de aquellos adolescentes, sino que así como echados al fuego vencieron la llama, así se burlaron de toda concupiscencia y ansiedad. Porque el diablo había preparado todo esto por causa de ellos: que no dudaba de los súbditos, antes confiaba más bien que ninguno se había de oponer al decreto del rey; mas luego que todos cayeron y fueron vencidos, entonces fue cuando solos los Jóvenes fueron sacados al medio, para que así también la victoria sea más esclarecida, al vencer entre tanta muchedumbre y ser proclamados vencedores, pues no hubiera sido tan admirable si antes de que ninguno se hubiera postrado, ellos los primeros se hubieran portado valientemente.

Y esto es lo más grande y admirable, que la muchedumbre de adoradores ni los aterrorizó, ni los doblegó. No dijeron para sus adentros lo que muchos suelen con frecuencia decir: Si nosotros adorásemos los primeros la estatua, sería pecado; pero si lo hacemos con tantos millares, ¿quién no dará el perdón? ¿Quién no nos juzgará dignos de excusa? Mas ellos nada parecido dijeron, ni pensaron, habiendo visto las adoraciones de tantos principales.

Tú, empero, mira con atención, ya la malicia de los calumniadores suyos, ya cuán ímproba y acerbamente los acusaron. Dijeron: *"Hay, pues,* (tres) *hombres entre los judíos a los cuales tú constituiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia"* (DANIEL, 3-12). Porque no sólo mencionaron la nación, sino que recordaron el honor, para encender la ira del rey, no diciendo tan sólo: los siervos, que no tienen ciudad, cautivos, los hiciste nuestros príncipes; mas ellos a tanto honor corresponden con contumelia, y se portan con insolencia para con quien los ha honrado. Por lo cual dicen: *"Estos hombres han despreciado, oh rey, tu decreto; no dan culto a tus dioses, ni adoran la estatua de oro que has levantado* (DANIEL, 3-12).

La mayor alabanza es la acusación, y los crímenes se convierten en alabanzas, siendo los mismos enemigos los que dan un indubitable testimonio. Y el rey, ¿qué? Manda que le sean presentados, para aterrorizarlos por todas partes. Pero nada los consternó, no el furor del rey, no el que se hallen abandonados en medio de tanta turba, no el fuego previsto, no las trompetas sonando, no los ojos encendidos de todos los que los miran, sino que riéndose de todo esto, lo mismo que si hubiesen de ser echados en una fresca fuente, entraron en el horno, diciendo aquella dichosa palabra: *"Nosotros no daremos culto a tus dioses, ni adoraremos la estatua de oro que has levantado"* (DANIEL, 3-18).

He referido esta historia, no sin motivo, sino para que aprendáis que, aunque amenace la ira real, y las insidias de los soldados, y la envidia de los enemigos, y el cautiverio, y la privación, y el fuego, y el horno, y mil otras cosas, al justo nada podrá vencerle ni espantarle.

Pues si cuando el rey era impío no temieron unos adolescentes el furor del tirano, mucho más hemos de confiar nosotros, que tenemos un Emperador benigno y manso y enseñados por lo dicho a dar gracias a Dios por esta tribulación, y que con las calamidades nos hacemos más esclarecidos, ora ante Dios, ora ante los hombres, si las sabemos sobrellevar con ánimo generoso. Porque de no haber sido éstos siervos, no hubiéramos conocido la libertad de ellos; si no hubieran estado cautivos, no hubiéramos aprendido la nobleza de su alma; si no hubiesen perdido la patria inferior, no hubiéramos apreciado que su virtud era de la patria superior; si el rey terreno no se hubiese airado contra ellos, no hubiéramos oído la benevolencia que el Rey del cielo tenía para con ellos.

5. Así es que si tú le tienes benévolo, aunque caigas en un horno, no desesperes; pero como esté irritado, aunque estés en un paraíso, no confíes. Porque en el paraíso estaba Adán, y después que irritó a Dios nada le aprovechó el paraíso: en el horno estaban éstos (los Jóvenes), y cuando se condujeron bien, nada les dañó el horno. En el paraíso estaba Adán, y porque estaba indolente, fue derribado: en un muladar estaba Job, y porque vigilaba, venció. Y ¡cuánto mejor es el paraíso que el muladar! Mas no fue el lugar lo que aprovechó a su morador, después que aquél traicionó a sí mismo, como tampoco la vileza del lugar perjudicó al que estaba por todas partes defendido.

Nosotros también pertrechemos nuestra alma, pues ya se nos imponga una multa en dinero, ya la muerte, si nadie deja la piedad,

somos más felices que todos. Y esto mandó Cristo diciendo: *"Habéis de ser prudentes como serpientes..."* (MATEO, 10-165). Pues así como ésta presenta todo el cuerpo, para guardar la cabeza, así también tú: sean los dineros, sea el cuerpo, sea la vida presente, aunque se haya de perder todo, para conservar la piedad, no te entristezcas. Porque si partieres de aquí teniéndola, Dios te lo dará todo con más esplendidez, y te restituirá el cuerpo con mayor gloria de nuevo, y en lugar de dineros, unos bienes que no pueden con ningunas palabras expresarse. ¿Acaso no estaba Job sentado en un muladar, llevando una vida más amarga que innumerables muertes? Mas porque no abandonó la piedad, con mayor gloria volvieron todos los anteriores bienes, la salud y hermosura del cuerpo, toda la corona de los hijos, todas las posesiones; y lo más grande de todo, una espléndida gloria de la paciencia. Porque a semejanza de lo que pasa en los árboles, que si alguien quita el fruto con las hojas y poda todas las ramas, como quede la raíz, brota de nuevo todo con más fuerza; así también en nosotros, si la raíz de la piedad permanece, aunque sean arrebatadas las riquezas y el cuerpo se corrompa, después se nos devuelve todo con mayor gloria.

Por tanto, dejando toda solicitud y superfluo cuidado de la vida, volvamos a nosotros mismos, el cuerpo y el alma adornemos con el ornato de la virtud, hagamos los miembros de nuestro cuerpo asiento de la justicia y no del pecado, y sobre todo la lengua, para que haciéndola ministra de la gracia espiritual, alejemos de nuestra boca todo veneno y maldad y el pronunciar palabras torpes.

Porque en nosotros está el hacer que cada uno de nuestros miembros sea instrumento ya de la malicia, ya de la justicia. Escucha, pues, cómo unos hicieron la lengua instrumento de pecado, y otros de justicia. *Su lengua* (es) *tajante espada* (SALMO 56-5). Mas otro dice de su lengua: *Mi lengua es pluma de amanuense que escribe muy ligero* (SALMO 44-2). La primera causó la muerte, esta segunda escribía la ley divina; por lo cual era aquélla una espada y ésta una pluma, no por la índole de su naturaleza, sino por la elección de los que la usan. La condición natural de la lengua en éste y en aquél la misma era, mas el uso no era el mismo. Y en la boca se puede observar otro tanto: que unos en realidad tenían la boca llena de veneno y maldad; por esto ahincando decía: *Llena está su boca de maldición y de amargura* (SALMO 13-3); mas no así la propia, sino que *"mi boca proferirá sabiduría, y la meditación de mi espíritu, prudencia* (SALMO 48-4).

Y nuevamente otros tenían las manos llenas de iniquidad, y acu-

sándolos decía otra vez: *En cuyas manos no se ve más que iniquidad, y cuya diestra está toda llena de sobornos* (SALMO 25-10). El empero tenía sus manos acostumbradas a no hacer nada más que levantarse al cielo; por lo cual decía de ella: *Se la elevación de mis manos* (acepta) *como el sacrificio de la tarde* (SALMO 140-2).

También en el corazón puede verse esto, pues el corazón de algunos está vacío, más el suyo era sin cero, por lo que decía de aquellos: *Su corazón está lleno de vanidad* (SALMO, 5-10), mientras dice del suyo: *Hirviendo está el pecho* (corazón) *mio en sublimes pensamientos* (SALMO, 44-2). Y también del oído puede notarse, porque algunos tenían oído de bestias, inhumano e implacable, y para vituperarlos decía: *como el del áspid que se hace sordo, que se tapa las orejas* (SALMO, 57-5); mas el suyo era el receptor de los oráculos divinos, y esto lo declaró diciendo: *"Tendré atento el oído a la parábola, al son del salterio descifraré mi enigma"* (SALMO, 48-5-).

5. EXHORTACIÓN MORAL. Sabiendo, pues, estas cosas, pertrechémonos de virtud por todas partes, y así alejaremos la ira de Dios, y hagamos a los miembros de nuestro cuerpo armas de justicia, y establezcamos que los ojos, la lengua, las manos, los pies, el corazón y todo el cuerpo sólo sean útiles para la virtud, y recordemos aquellas tres cosas de que hablado he a vuestra caridad, al pediros que a nadie tengáis como enemigo, ni habléis mal de ninguno de los que os hayan injuriado, y alejéis de vuestra boca la ímproba costumbre de los juramentos. Y otro día os enseñaré sobre dos mandamientos; pero por esta semana os diremos de los juramentos, comenzando por lo más fácil, porque ningún trabajo hay en vencer la costumbre de los juramentos, si queremos poner un poquito de cuidado, avisándonos mutuamente, amonestándonos, observándonos y exigiendo cuenta y poniendo penas a los que se hayan olvidado.

Porque pregunto yo: ¿cuál es la utilidad de la abstinencia de los alimentos, si no arrojamos las malas costumbres fuera del alma? He aquí que hoy hemos pasado todo el día de ayuno, y por la tarde pondremos la mesa, no semejante a la ayer, sino cambiada y más honesta. Pero ¿es que alguno de nosotros puede decir que hoy ha cambiado la vida, como la mesa, que ha dejado la mala costumbre, como deja la comida? En verdad no lo pienso. Entonces, ¿cuál es para nosotros la utilidad del ayuno?

Por esto exhorto, y no cesaré de exhortar, que tomando cada mandamiento por separado, os dediquéis dos o tres días a cumplirlo. Y así

como hay algunos que se emulan en la abstinencia de alimentos y llevan una contienda digna de ser admirada, y éstos se pasan los días enteros en ayunas, y aquellos retirando de la mesa no sólo el vino y el aceite sino toda clase de viandas, con sólo pan y agua, pasan toda la Cuaresma; así también nosotros contendamos mutuamente, para quitar la frecuencia de los juramentos: que esto es más útil que todo ayuno, más provechoso que toda suerte de austeridad de los manjares pongámoslo en la abstinencia de los juramentos, porque padecemos un mal de extrema demencia, menospreciando las cosas ciertamente prohibidas y poniendo mucho esmero acerca de las indiferentes, puesto que el comer no está inhibido, mas el juramento está prohibido, y nosotros absteniéndonos de las cosas concedidas nos atrevemos con las prohibidas.

Por tanto, exhorto a vuestra caridad para que hagáis alguna mudanza y desde ahora nos deis prueba de ella. Porque si con tanto esmero pasáremos los presentes ayunos, y en esta semana cuidando de no jurar en absoluto, y en la que siga, sofocando la ira, y en la otra desarraigando por completo la detracción, y después corrigiendo muchas cosas más, así adelantando poco a poco llegaremos despacio a la misma cumbre de la virtud, huiremos del peligro presente, tendremos aplacado a Dios, y otra vez la multitud regresará a nosotros y a la ciudad, entonces enseñaremos a los caídos, por la fuga a poner la esperanza de nuestra salvación en la piedad del alma y en las virtuosas costumbres, y no en la fortaleza de los lugares, ni en el refugio, ni en lo escondido. Y así sucederá que alcancemos los bienes de esta vida y de la futura, de los cuales ser dignos se nos conceda por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre sea dada la gloria en unidad con el Espíritu Santo ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA V

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía V.

1. Consolación que recibe el alma recordando los hechos de los Tres Jóvenes metidos en el horno de Babilonia y del justo Job.– Es muy útil este recuerdo.– Ganancia de las tribulaciones.– Quienes pacientemente sufren las calamidades se tornan más esclarecidos.

2. De los males humanos ninguno es grave, sino el pecado.– El temor de la muerte en el cristiano es un temor pueril.– S. Pablo no temía la muerte, y tú puedes parecerte a Pablo.– Los que esperan la vida futura no deben temer la muerte.

3. Los pecadores deben temer la muerte y por qué es pésima.– Menos es de temer la muerte injusta que la justa.– Causas por que se teme la muerte; por no ansiar los bienes del cielo, por no temer el infierno –referencia a la sedición: miedo que ha quitado otro miedo.– La muerte ha de ser despreciada: por qué.

4. Teme la muerte quien no tiene limpia la conciencia –no la tema el justo.– La tristeza, ¿para qué vale?.– No remedia calamidades, pero borra los pecados.– La muerte se vence no temiéndola.

5. Si nos convertimos, Dios nos sacará con bien de la actual calamidad.– Como a los Tres Jóvenes –y a los Ninivitas.

6. Los Ninivitas, bárbaros paganos, se convirtieron al oír las amenazas de Dios por Jonás; nosotros en vez de cambiar de costumbres, cambiamos de lugares; –ellos sin saber de cierto que serían perdonados; nosotros ni aun sabiéndolo– Nuestra salvación no está en huir de la ciudad, sino en alejarnos de las malas costumbres.

7. Evítense los juramentos.– Por qué insiste sobre esto.– Medio eficaz de dominar este vicio.– Provecho práctico de esta homilía.– Jamás hay necesidad de pecar.– La necesidad única es la de no ofender a Dios.– Los vicios se vencen uno por uno, con examen particular.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª El día 9 de marzo pronuncióse esta homilía.

2.ª El pueblo estaba espantado y, huyendo de la ciudad, se iba a los montes, cuevas y lugares ocultos en busca de refugio seguro contra las inminentes amenazas de muerte y asolamiento de la ciudad.

3.ª Con ejemplo, símiles y razonamientos consuela a los oyentes, disipa el temor de la muerte, alienta a enmendar las costumbres y la vida, particularmente la reprobable costumbre de los juramentos y promete grandes y provechosas ventajas, como haya verdadera conversión.

* * *

1. Parece que algo ha consolado a vuestra caridad la narración de los Tres Jóvenes del horno de Babilonia, y también el ejemplo de Job: las tribulaciones del justo y el muladar, más venerable que un trono regio. Porque del trono regio los espectadores ninguna ventaja sacarán como no sea un momentáneo placer, que ningún provecho cualquiera, y mucha enseñanza, y exhortación a practicar la paciencia. Así es que ahora son muchos los que hacen larga peregrinación transmarina a los confines de Arabia para contemplar aquel muladar, y una vez lo han visto, besar la tierra que presenció las luchas del vencedor, y recibió su sangre, de más precio que todo el oro. Pues no hay púrpura que tanto resplandezca cuanto en aquel entonces resplandecía el cuerpo teñido, no en ajena, sino en la propia sangre. Y las llagas aquellas eran de más valor que todas las perlas. Porque las piedras preciosas de suyo a nuestra vida de nada aprovechan, y en los que las gastan no llenan necesidad alguna, mientras que aquellas úlceras son consolación para toda tristeza.

Y par que veáis como esto es verdad, digo: Si alguien pierde un hijo queridísimo, único, enséñale infinitas gemas (perlas, joyas) y no consolarás su dolor ni mitigarás su tristeza: mas si le recuerdas las heridas de Job, fácilmente puedes curarle hablando así: ¡Hombre! ¿Por qué lloras? –En verdad tú has perdido un hijo; pero aquel bienaventurado, habiéndosele quitado toda la corona de hijos, fue además ulcerado en su misma carne, y desnudo estaba sentado en el estiércol manándole podre por todo el cuerpo, mientras que paulatinamente su carne iba consumiéndose; y él, justo, veraz, piadoso con Dios, sin hacer cosa mala, teniendo a Dios por testigo de la virtud. Cuando estas palabras hayas dicho, habrás extinguido toda tristeza del que llorabas y habrás calmado todo el dolor; y así las llagas del justo quedan hechas más útiles que las margaritas.

Por tanto, vosotros representaos también a aquel atleta, y pensad que veis el muladar y al mismo que está sentado en medio del estiércol: una estatua de oro, enjoyada como yo no se explicar, porque ni puedo encontrar materiales tan preciosos para compararlos con aquel ensangrentado cuerpo. En tanto grado la condición de aquella carne era más venerable que la más preciosa sustancia y las llagas más resplandecientes que los rayos del sol, porque éstos alumbran los ojos del cuerpo, pero aquellas iluminan los ojos de nuestra mente, y cegaron casi del todo al diablo. De ahí que después de esta plaga éste se retiró sin que volviese a parecer.

Tú, pues, querido, pondera cuanta es la ganancia de la tribulación. Porque cuando Job era rico y disfrutaba de la paz del justo, Satanás tuvo de qué acusarle, cierto que con mentira; pero tuvo de qué decir: *¿Acaso Job te sirve de balde?* (JOB, 1-9). Mas luego que lo despojó y lo dejó pobre, ni a decir palabra se atrevió después: cuando sí que era rico, preparábase a luchar contra él, y amenazaba derribarle, y luego que lo dejó pobre y le quitó toda la hacienda, y lo condujo a un dolor extremo, entonces se retiró: cuando en verdad su cuerpo estaba sano, luchaba, contendía; pero cuando el cuerpo estaba cubierto de llagas, entonces declaróse vencido y huyó.

QUIENES PACIENTEMENTE SUFREN LAS CALAMIDADES SE TORNAN MÁS ESCLARECIDOS. ¿Has visto cuánto mejor es la pobreza que las riquezas, la flaqueza y enfermedad que la salud, la prueba, para los que vigilan, mejor y más útil que la holganza, ya que a los que pelean los hace más esclarecidos y más fuertes? ¿Quién vio, quién oyó luchas tan admirables? Los atletas en los juegos profanos, cuando han herido en la cabeza a los contrarios, quedan por vencedores y son coronados; mas aquí cuando hubo herido el cuerpo del justo Job, plagándolo de toda suerte de úlceras, y habiéndole debilitado mucho, entonces quedó Satanás vencido y se hizo atrás; después que por todas partes le atravesó con tormentos, nada en efecto adelantó, porque no le arrebató el tesoro guardado, y para nosotros lo tornó más esclarecido e hizo que por causa de aquella plaga todos mirasen a lo interior del hombre, y conociesen todas sus riquezas, y cuando confió vencer, entonces con grande ignominia se retiró y no volvió a decir más palabra.

¿Qué ha sucedido, oh diablo? ¿Por qué huyes? ¿No se ha hecho todo cuanto querías? ¿No has matado sus ovejas, ganados, yeguadas y mulos? ¿No acabaste con la corte de los hijos y has llagado todo su cuerpo? ¿Por qué has retrocedido? –Porque, dice, sí que se ha hecho todo cuanto quise; pero lo que más deseaba, y por lo que todo lo hice, esto no se ha hecho: no ha blasfemado: que por esto hacía yo todo aquello, para que esto resultase. Al no haber logrado esto, nada gané con la ruina de las riquezas, con la muerte de los hijos, con la plaga del cuerpo, sino por lo contrario de lo que intentaba, he puesto más resplandeciente al enemigo y échole más esclarecido.

¿Conoces tú, carísimo, cuánta es la ganancia de la tribulación? Cierto es que el cuerpo había sido pulcro, perfecto; pero atormentado con aquellas llagas se ha tornado mucho más venerable: así como las lanas son bien hermosas antes de ser teñidas, pero adquieren indecible

hermosura cuando están convertidas en púrpura. Ahora bien, si no hubiera sido despojado, no hubiéramos conocido las virtudes y buenos hábitos del vencedor; si no hubiera sido plagado de heridas su cuerpo, no habrían refulgido los resplandores interiores; sino hubiese estado puesto en el muladar, no hubiéramos conocido sus riquezas (de paciencia). Que ni un rey sentado en el trono está tan resplandeciente, como era insigne e ilustre él en un muladar, porque cierto es que después del regio solio espera la muerte, y después de aquel muladar advino el reino de los cielos.

2. Rechaza el Crisóstomo los aplausos. Reflexionando, pues, en todo esto, levantémonos de esta oprimente tristeza. Porque si os presento estas historias no es para que alabéis los discursos, sino para que imitéis la virtud y la paciencia de tan esforzados varones; para que por los mismos hechos aprendáis que *de los males humanos ninguno es grave, sino el pecado*; no la pobreza, ni la enfermedad, no la contumelia, no la calumnia, no la ignominia, ni la muerte, que parece sea el último de los males. Porque todos los nombres de calamidades, para quienes discurren, sólo son nombre vanos: *más la calamidad verdadera es ofender a Dios y hacer alguna cosa contraria a su beneplácito*. Porque pregunto yo: ¿Qué tiene de grave la muerte? ¿Acaso el enviarte antes a tranquilo puerto y a la vida aquella de paz?– Pero por más que el verdugo no mate, la misma ley natural que sigilosamente sobreviene, ¿no separará el alma y el cuerpo? Aunque no suceda ahora lo que tememos, sucederá poco después.

Y digo esto, no porque presuma alguna cosa grave o triste, Dios no la permita, sino avergonzándome por causa de los que temen la muerte. Esperando tantos bien, que ni ojo vio, ni oído oyó, ni cabe en corazón humano desearlos, dime: ¿para gozarlos lo dilatas, y descuidas, y te estás pasmado y no tan sólo andas perezoso, sino que tienes miedo y horror? ¿Y cómo tú no tienes por vergonzoso el temer por causa de la muerte, cuando Pablo ha gemido por la presente vida, y al escribir a los Romanos ha dicho: *"Las criaturas están suspirando... y nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, suspiramos"* (Romanos, 8-22, 23). Y decía esto, no condenando la muerte, sino deseando lo futuro. He gustado, dice, la gracia, y no aguanto espera: tengo las primicias del espíritu y me afano por el todo: he subido al tercer cielo, he visto aquella gloria inefable, he contemplado la resplandeciente gloria regia, he conocido de que bienes carezco al morar aquí, y por esto suspiro. Porque dime: si alguien habiéndote

introducido en salones reales y enseñándote las paredes resplandecientes con oro y con toda clase de ornato, desde allí te hubiese metido después en la choza de un miserable, con la promesa de que dentro de breve tiempo te volvería a las salas regias, y en ellas te daría mansión perpetua; ¿es que no debías estar ansioso y aun sentirte desasosegado hasta por aquellos pocos días? Pues de semejante modo pondera el cielo y la tierra, y suspira con Pablo, no por causa de la muerte, sino por la vida presente.

Pero me respondes: dame que yo sea semejante a Pablo, y jamás temeré la muerte.– Y ¿qué te prohíbe hacerte semejante a Pablo? ¿Acaso él no era pobre? ¿No era un fabricante de tiendas? ¿No era indocto? Si hubiera sido rico y noble, los pobres llamados en su ayuda quizá hubieran tenido alguna como causa para desvirtuar su pobreza; mientras que ahora nada de eso puedes decir, puesto que era un trabajador y comía de su trabajo cotidiano.

Es más: tú en efecto, recibiste de tus padres la religión y piedad desde luego; estás alimentado con las Santas Escrituras desde tu infancia, mientras que Pablo fue blasfemo, y perseguidor e injuriador y devastó la Iglesia; pero mudóse súbitamente de suerte que a todos superó en celo y fervor, y exclamando dice: *"Sed imitadores míos, como yo de Cristo"* (I. Corintios, 11-1).

El ha imitado al Señor, ¿no imitarás tú al consiervo? ¿Tú, que desde un principio estás educado en la piedad, a aquel que después de la conversión se acercó a la fe? ¿No conoces que los que viven en pecado, aunque viven están muertos? ¿Y que los que están en gracia, aunque murieran, viven? Y esta no es doctrina mía; es sentencia de Cristo que dice a María: *"Quien cree en mí, aunque hubiere muerto vivirá"* (Juan, 11-25). O es acaso que nuestros dogmas son fábulas?– Si eres cristiano, cree a Cristo; si crees a Cristo, muéstramelo en las obras. Y ¿cómo demostrarás la fe en las obras? Si desprecias la muerte. Pues en esto nos diferenciamos de los infieles.

Los que esperan la vida futura no deben temer la muerte. Los infieles con razón temen la muerte, pues no tienen esperanza de la resurrección; pero tú, que caminas por mejor vía y puedes razonar con esperanza de lo venidero, ¿qué perdón mereces, confiando sí en la resurrección, pero temiendo la muerte lo mismo que los que no creen en la resurrección?

Pero dices: no temo la muerte ni el morir, sino el morir malamente y el ser decapitado.– Entonces, ¿Juan el Bautista murió malamen-

te?, porque fue decapitado. Entonces, ¿Esteban murió malamente?, porque fue apedreado. Y según vosotros, todos los mártires perecieron miserablemente, porque dieron la vida o por el fuego, o al filo de la espada; y los unos en el mar, los otros precipitados, los otros destrozados entre los dientes de las fieras, así han muerto. ¡Oh hermano mio! *No está el morir mal en esto, en fenecer por muerte violenta, sino en morir en pecado.* Escucha si no al Profeta que razonando sobre esto mismo dice: *"La muerte de los pecadores es pésima"* (SALMO, 33-32). No dijo la muerte violenta es pésima.– Con justicia y en verdad, porque luego de haber emigrado de aquí hay pena insoportable, y tormentos sempiternos, y gusano venenoso, y fuego inextinguible, y tinieblas exteriores, y ataduras irrompibles, y crujir de dientes, y tribulación, y angustia, y condenación eterna.

3. Pues quedando estos males para los pecadores, ¿qué utilidad puede haber en que terminen la vida en casa o en el lecho? Como al contrario, a los justos ningún daño puede venirles de que acaben la vida presente por el fuego o por el hierro, teniendo que emigrar a los bienes inmortales. En verdad pésima es la muerte de los pecadores. Tal fue la muerte de aquel rico que había despreciado a Lázaro, en casa y en su cama, y asistido por todos los allegados, y muerto por natural resolución de la vida, pero que estaba abrasado y sin poder obtener ni un pequeño consuelo de la prosperidad de la presente vida. Mas no así Lázaro, porque habiendo padecido muerte violenta, en el santo suelo, asistido de los perros, que limpiaban las llagas (porque ¿puede acaso haber algo más atormentador que el hambre?), habiendo partido de aquí, entró a disfrutar los bienes eternos, gozando en el seno de Abraham. Así, pues, ¿en qué le perjudicó el morir violentamente? Y ¿qué aprovechó al rico morir de muerte no violenta?

MENOS ES DE TEMER LA MUERTE INJUSTA QUE LA JUSTA. Pero dicen: No tememos morir violenta, sino injustamente, y que no habiéndonos atrevido a nada de lo que se nos acusa, seamos castigados juntamente con los reos culpables.– ¿Qué dices?, pregunto yo. ¿Temes morir injustamente? ¿Querrías que fuese en justicia? Y ¿quién es tan miserable y desgraciado que amenazando el morir injustamente prefiera el morir por justicia? Porque si se ha de temer la muerte, hemos de temer la que nos sobreviene por justicia, pues que, en efecto, el injustamente muerto, por esto mismo queda incorporado con todos los santos. Puesto que los probados e ilustres ante Dios los más sufrieron muerte injusta, y Abel el primero de todos, porque no fue asesinado

por pecar contra su hermano, ni por haber dañado a Caín, sino porque honraba a Dios (GÉNESIS, 4). Mas Dios lo permitió, ¿por qué?– ¿Porque le amaba? ¿o porque le odiaba?– Ciertamente, porque le amaba, y para labrarle con la muerte injustísima una corona más brillante.–¿Ves cómo no es de temer la muerte ni por violenta, ni por injusta, sino la muerte en pecado? Abel fue muerto injustamente. Caín vivió gimiendo y temiendo; ¿cuál de los dos, respóndeme, fue más feliz, el que en justicia había descansado o el que vivía en pecado? ¿El que murió injustamente o el que justamente era castigado?

¿Queréis que os diga por qué tememos la muerte?– Porque no nos aguijonea el amor del reino (de los cielos), no nos abrasa el amor de los bienes futuros: de otro modo despreciaríamos todos los bienes presentes, como el bienaventurado Pablo. Además, no tememos el infierno, por eso tememos la muerte; no ponderamos la intolerable gravedad de aquel suplicio, y por esto tememos la muerte, en vez de temer el pecado, porque si el temor de éste se hubiera posesionado de nuestra alma, no hubiera aquel podido infiltrarse. Y esto pondré empeño en manifestarlo por lo de casa, por lo que nos ha sucedido en estos días, sin ir más lejos.

Tan luego como el Emperador dio los decretos, que imponía este tributo el que parecía intolerable, todos se sublevaban, todos contendían, lo llevaban a mal, se indignaban, los que se encontraban decíanse: esto no es vivir, la ciudad está arruinada, no hay quien pueda aguantar el peso de este tributo, y todos estaban angustiados, como los que se encuentran en peligro extremo. Más tarde, empero, una vez que los crímenes fueron perpetrados, y unos cuantos malvados y perversísimos, pisoteadas las leyes, derribaron las estatuas y a todos pusieron en peligro de muerte; cuando ya tememos por nuestra vida, por haberse exacerbado el Emperador, ya no nos duele la pérdida de los dineros, sino que oigo que todos ofrecen otras cosas además de ellos. Que tome, decís, hasta la hacienda el Emperador, que de buen grado careceremos de los campos y del ajuar, con tal que se nos prometa que la vida será respetada. Porque así como antes de que nos amenazase el temor de la muerte, nos atormentaba la entrega en dinero; mas luego que los nefandos hechos fueron perpetrados, sobreviniendo el temor de la muerte, éste excluyó el dolor del tributo; así también, si el temor del infierno hubiera sobrecogido nuestras almas, no las hubiera ocupado el temor de la muerte, pues así como en los cuerpos, cuando nos atacan dos dolores, el más fuerte hace que el

menor desaparezca, así hubiera sucedido ahora: si en el alma hubiera quedado el temor de los suplicios eternos, éste hubiera oscurecido todo temor humano. Así, pues, si alguno trabaja por acordarse siempre del infierno, reiráse del temor de la muerte, y se verá libre, no sólo de la angustia presente, sino también se verá salvo de aquellas llamas. Quien teme continuamente el infierno, jamás caerá en el fuego del infierno, corregido por este asiduo miedo. Permitidme, pues, ahora que con tiempo os diga: *"Hermanos, no sois niños en el uso de la razón, sed sí niños en la malicia, pero en la conducta hombre"* (I Corintios, 14-20).

Por qué ha de ser despreciada la muerte. Porque *tenemos un miedo pueril, cuando tememos la muerte y no tememos el pecado.* Los niños pequeños temen los gusanos y no temen el fuego; y si acontece que se los acerca a una lámpara ardiendo, inconsiderablemente extienden la mano a la lámpara y a la llama; mientras que se horrorizan de un despreciable gusano, no temen el fuego, que es para ser temido. De parecido modo también nosotros tememos la muerte, que es un gusano digno de desprecio, y no tememos el pecado, con ser de temer en verdad, y que devora la conciencia como un fuego. Y esto suele pasarnos, no por la índole de las cosas, sino por nuestra ignorancia. Porque si pensamos *qué es,* después de todo, *la muerte*, jamás la temeremos. Pues *¿qué es la muerte?* Es lo mismo que desnudarse de un vestido, pues como un vestido está envolviendo al alma el cuerpo, y éste depuesto por la muerte para un breve tiempo, lo volveremos a tomar de nuevo más resplandeciente.– ¿Qué más es la muerte?– Una peregrinación durante cierto tiempo, un sueño más largo que el de costumbre. Luego si temes la muerte, teme el sueño; si te apenas por los que mueren, siente también pena por los que comen y por los que beben, pues así como es natural ésto, lo es aquello. No te contristen las cosas naturales, pero te contristen las que nacen de la mala voluntad; no llores al que muere, sino al que vive en pecados.

4. ¿Quieres que haga también memoria de otra causa por qué tememos la muerte?– Porque no vivimos con diligencia, ni tenemos limpia la conciencia; porque si esto así fuera, nada nos habrían espantado la muerte, el hambre, la pérdida del dinero, ni cosa alguna por este estilo. Porque a quien vive virtuosamente nada de esto le podrá dañar, ni privarle de la satisfacción interior; que a quien está apoyado en firme esperanza ninguna cosa podrá derrocarle en la tristeza. ¿Qué es lo que se puede hacer para que alguno, el varón fuerte, caiga en la

tristeza?– ¿Le robarán el dinero?– Pero tiene las riquezas en el cielo. – ¿Será desterrado de la patria?– Pero será enviado a la ciudad del cielo.– ¿Será aherrojado?– Pero tiene libre la conciencia y ni siente las cadenas materiales.– ¿Matarán el cuerpo?–Pero éste ha de resucitar otra vez. Lo mismo que quien lucha con una sombra, y quien azota el aire a nadie puede herir; así quien lucha con el justo, lucha sólo con una sombra, y gasta las fuerzas, sin poder causarle herida alguna. Así es que dame el confiar en el reino de los cielos, y si quieres, hoy mismo mátame: te guardaré agradecimiento de la muerte, porque me envías aceleradamente a aquellos bienes.

–Y, ¿de dónde se prueba esto?– De la sentencia del Señor, porque decía de uno que había prevaricado: *"Por la malvada avaricia de mi pueblo... le he azotado, él se fue vagando tras de los antojos de su corazón. Yo vi sus andanzas y le di la salud"* (ISAÍAS, 5-71). Por lo cual dice Pablo: *"La tristeza, que es según Dios, produce una penitencia constante para la salud, cuando la tristeza del siglo cansa la muerte"* (2 CORINTIOS, 7-10).

Por tanto, después que la razón ha demostrado en el discurso que ni la multa en dinero, ni la injuria, ni la calumnia, ni los azotes de la enfermedad, ni la muerte, ni otra cosa parecida puede remediar la tristeza, sino solamente borrar el pecado, y que vale para destruirlo, es cierto que para sólo esto fue hecha. No nos dolamos, pues, por la pérdida de los dineros, sino dolámonos sólo cuando pecamos: en esto está la grande utilidad de la tristeza– ¿Te han multado?–No te apenes, que no te aprovechará.– ¿Has pecado?– Duélete, porque te es provechoso.

Y considera la providencia y sabiduría de Dios. Estas dos cosas nos originó el pecado: tristeza y muerte: *"Porque en cualquier día que comieres de él,* dijo, *infaliblemente morirás"* (GÉNESIS, 2-17), y a la mujer: *"Con dolor parirás los hijos"* (GÉNESIS, 3-16), y por estas mismas dos cosas destruye el pecado, y cuidó de matar a la madre por las hijas. Que la muerte destruya con la tristeza el pecado, desde luego está manifiesto en los mártires, y también es claro por lo que aseveró Pablo a unos pecadores diciendo: *"De aquí es que hay entre vosotros muchos enfermos y sin fuerzas, y muchos que mueren"* (I CORINTIOS, 11-30), porque pecáis, dice morís, para que por la muerte se satisfagan los pecados. E infirió diciendo así: *"De aquí es que si nosotros entrásemos en cuentas con nosotros mismos, ciertamente no seríamos así juzgados por Dios. Si bien cuando lo somos, el Señor*

nos castiga como a los hijos, *con el fin de que no seamos condenados* juntamente *con este mundo"* (vv. 31.32). Y así como del árbol nace el gusano, y lo roe, y la polilla pica la lana, de la que tiene su origen, así la tristeza y la muerte han nacido del pecado, y el pecado destruyen. Por tanto, no temamos la muerte, temamos solamente el pecado, y por causa de él nos dolamos.

Y digo esto, no porque presagie algún mal, Dios no lo permita, sino deseando que estéis siempre con temor y que de hecho cumpláis la Ley de Cristo: *"Y quien no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí"* (MATEO, 10-38). Y esto decía, no para que llevemos en los hombros el leño, sino para que tengamos siempre a la vsita la muerte; también Pablo moría así cada día (I CORINTIOS, 15-31), y se burlaba de la muerte, y menospreciaba la vida presente. Eres soldado que estás en batalla puesto; mas el soldado que teme la muerte jamás se porta con valentía. Así mismo el Cristiano que tiene miedo de los peligros, tampoco hará cosa digna de admiración, antes con facilidad será expugnable, y por el contrario, el intrépido y magnánimo resultará inexpugnable e invicto.

Por tanto, así como los Tres Jóvenes, que no temieron el fuego, vencieron el fuego, así también nosotros, si no tememos la muerte, venceremos la muerte. De modo que no temieron el fuego, porque no es crimen estar ardiendo, mas temieron el pecado, porque es crimen practicar la impiedad. También nosotros a éstos y a los que se les parecen, imitemos, y no temamos los peligros y venceremos los peligros.

5. *"En verdad no soy profeta ni hijo de profeta"* (AMÓS, 7-14); no obstante, conozco manifiestamente lo que sucederá, y en voz alta, y clara publico que *si nos cambiamos* y tenemos algún cuidado de nuestra alma, *y nos apartamos de la maldad, nada* molesto y *triste sobrevendrá*, y esto lo sé claramente por la clemencia de Dios y por lo que ha hecho ya con individuos, ya con ciudades, ya con familias, ya con pueblos enteros. Porque a la ciudad de Nínive amenazó, y dijo: *"De aquí a cuarenta días Nínive será destruida"* (JONÁS, 3-4). Y ¿qué sucedió?, dime, ¿Fue destruida Nínive? ¿Fue destruida la ciudad? Todo lo contrario sucedió, pues resurgió y se hizo más famosa, y tantos años pasados no sólo no han desmoronado su gloria, sino que, al contrario, todos la celebramos aún su gloria y la admiramos, porque desde entonces ha habido *para los que pecan un puerto, el más seguro,* que no permite caer en desesperación, antes a todos llama a la

penitencia, tanto por lo que hizo como por lo que ha conseguido la providencia de Dios, persuadiendo a no desesperar jamás de la propia salvación; pero a los que llevan vida buena y ponen su óptima esperanza en confiar en la muerte como en un bien completo que ha de venir.

Porque, ¿quién, aunque sea el más desidioso de todos, no se siente excitado oyendo el ejemplo de ellos? Así fue que prefirió Dios dejar incumplida la amenza profética, antes que viniese la ciudad al suelo: mejor dicho, ni la profecía falló. Porque si permaneciendo los hombres en la misma maldad, la sentencia no se hubiera realizado, quizá alguno podría atacarle; pero porque una vez ellos convertidos, y desistiendo de la maldad, también Dios haya desistido de su ira, ¿quién podrá censurar la profecía y condenar de mentira sus palabras? Porque la ley, que desde un principio puso Dios a todos los hombres, hablando por un profeta, ésta aun entonces la observó.– Que ¿cuál ley?– Dijo: *"Yo pronunciaré de repente mi sentencia contra una nación y contra un reino, para arrancarlo, destruirlo y aniquilarlo. Pero si la tal nación hiciere penitencia de sus pecados, por los cuales pronuncié el decreto contra ella, me arrepentiré yo también del mal que pensé hacer contra ella"* (JEREMÍAS, 18-8, 8). Por tanto, observando esta ley, salvó a los penitentes, y a los que salían del vicio libró de la ira. Conocía la virtud de los bárbaros de Nínive y por eso urgía el profeta; también entonces de parecido modo estaba agitada la ciudad, oída la voz del profeta; pero en nada fue dañada, sino más bien ayudada por el temor. Porque aquel temor produjo la salvación, la amenaza libró del peligro la sentencia de destrucción apartó la destrucción. ¡Oh cosa nueva y admirable! Después de estar dada la sentencia, se invalida; al contrario que en los juicios seculares, porque en éstos una vez se hace pública, se ratifica la sentencia; mas ante Dios el ser anunciada la sentencia hace que resulte inválida, porque si no hubiera sido dada, los pecadores seguramente no la hubiesen oído; pero no habiéndola oído, tampoco hubiesen hecho penitencia, tampoco hubiesen alejado el castigo, tampoco habrían alcanzado aquella salvación admirable. ¿O no es cosa admirable que, habiendo el juez dado sentencia, hayan sido los reos quienes por la penitencia hayan levantado la sentencia? Y no huyeron de la ciudad, como nosotros ahora, sino permaneciendo en ella la afirmaron. Era un peligro, y la convirtieron en fortaleza; era una sima, un precipicio, y la hicieron torre de seguridad. Oyeron que los edificios caerían, no abandonaron

los edificios, sino que abandonaron los pecados; no salió cada uno de su casa, como nosotros ahora, sino que cada cual salió de su mal camino. Pues ¿acaso, dice, las paredes engendran odio?– Nosotros, que somos los autores del castigo, nosotros preparemos el remedio. Por tanto, no al cambio de lugares, sino a la conversión de las costumbres confiaron la salvación.

6. Esto los ninivitas bárbaros, y nosotros ¿no nos confundimos, ni nos escondemos, cuando mientras que *ellos cambian de costumbres, nosotros cambiamos de lugares y* hacemos obras de hombres embriagados y exponemos nuestra hacienda?

El Señor está enojado con vosotros, y nosotros omitimos el aplacar su ira; y llevamos de una parte a otras las cosas de la casa, y vagamos buscando donde depositar la hacienda, cuando lo que haría falta es buscar donde depositar el alma, o mejor, ni hay que buscar, sino darle seguridad con la virtud y rectitud de vida. Porque si, por ejemplo, estando nosotros airados y enojados con un siervo, el no cuidando de dar excusa alguna del enojo, marchándose a su aposento, recoge sus ropas, hace su hatillo y piensa en la fuga, fácilmente nos sentiríamos ofendidos por este desprecio.

Desistamos, pues de este importuno deseo, y cada uno digamos a Dios: *¿A dónde iré yo que me aleje de tu espíritu? ¿Y a dónde iré que me aparte de tu presencia?* (SALMO, 138-7). Imitemos el discurrir de los bárbaros: ellos hicieron penitencia estando inciertos, pues no decía la sentencia: Si os convertís y hacéis penitencia, perdonaré a la ciudad, sino simplemente: *"De aquí a cuarenta días Nínive será destruida"*. Y ¿qué hicieron ellos?– *¿Quién sabe si el Señor mudará así el designio y nos perdonará?* (JONÁS, 3-9)– *¿Quién sabe?*– No conocen el fin de aquello, pero no descuidan la penitencia: desconocen los usos de la benignidad de Dios, pero se convierten por si acaso; ellos no tenían otros ninivitas a quienes mirasen salvos por la penitencia, ni habían leído los profetas, ni habían oído a los patriarcas, ni tuvieron consejo, ni consiguieron amonestación, ni estaban persuadidos del todo de que Dios había de ser aplacado por la penitencia, pues la amenaza no rezaba esto, sino que dudaban y estaban vacilante y, con todo, hicieron penitencia con gran cuidado.

Pues, ¿qué excusa habrá para nosotros, cuando ellos, sin tener realmente en que confiar de no morir, tan grande conversión hacen, y tú, que puedes confiar en la divina benignidad, y que has recibido más veces muchas prendas de su solicitud acerca de ti, y has oído a los

profetas y Apóstoles, y estás enseñado por los mismos hechos, y no trabajas por alcanzar la misma medida de virtud que ellos? Grande en verdad la virtud de aquellos hombres; pero mucho mayor la clemencia de Dios, como puede colegirse de la misma magnitud de las amenazas. Para esto, pues, no añadió el anuncio. Si empero, hiciéreis penitencia, perdonaré, para que haciendo indefinida la sentencia, aumentara el miedo, y aumentando el miedo, más de prisa obligase a la penitencia.

Y, ciertamente, sonrójase el profeta sabiendo y calculando que las amenazas no serán cumplidas; pero Dios no se avergüenza, sino que busca únicamente la salvación de los hombres, y corrige a su siervo.

Porque tan luego como éste ingresó en la nave, al punto alborotó el mar; para que adviertas que donde hay pecado allí hay tormenta; donde inobediencia, confusión, y efectivamente, la ciudad de Nínive estaba amenazada por causa de los pecados de los ninivitas; pero a su vez la nave zozobraba por la desobediencia del profeta. Por esto arrojaron al mar a Jonás y la nave se mantuvo a salvo; así nosotros arrojamos al mar los pecados, y la ciudad permanecerá del todo salva.

Así, pues, ninguna utilidad tenemos en la fuga, lo mismo que a Jonás de nada le sirvió huir, mas antes le dañó: huía de la tierra, pero de la ira de Dios no huía. Huía de la tierra y produjo en el mar la borrasca, y no sólo no consiguió bien alguno de la fuga, sino que puso en trance extremo a los que le admitieron, y mientras navegando, estaba durmiendo en la nave, y estaban en su puesto los marineros y el capitán, y con todo el matalotaje dispuesto estaba él en peligro de muerte; mas después arrojado al mar, deponiendo el pecado por medio del castigo, vióse conducido a una inmensa nave, es decir, al vientre o seno de un gran pez, y gozaba de grande libertad. Para que aprendas que así como no aprovecha el navío al que vive en pecados, así al que está libre de pecado ni el mar le pierde o traga, ni las fieras devoran. Así a él las olas le recibieron y no le ahogaron: lo recibió un gran pez, y no lo mató, sino que la bestia y el mar a Dios devolvieron el depósito incólune. Y por todo era instruido el profeta, para que fuese manso y humano y no fuese más cruel que los insensatos marineros, y que las furiosas, olas y que las bestias. Pues los navegantes no desde luego al principio, sino después de grandes apuros, lo lanzaron al mar; éste y la bestia lo guardaron con mucha benevolencia, disponiendo Dios todas estas cosas. Así es que volvió, predicó, amenazó, persuadió, salvó, aterrorizó, corrigió, y con sola la primera pre-

dicación dio firmeza, y no necesitó muchos días, ni de frecuentes consejos, sino que habiendo hablado aquellas descarnadas palabras a todos movió a penitencia. Por esto Dios no le llevó al instante desde el navío a la ciudad, sino que los navegantes lo entregaron al mar, el mar a la bestia marina, ésta a Dios, Dios a los ninivitas por un largo rodeo restituyó el prófugo, para enseñar a todos que es imposible escaparse de la mano de Dios. Porque a donde uno marche, arrastrando pecado, padecerá infinitos males, y cuando nadie esté presente, las mismas criaturas le resistirán por todas partes con mucha violencia.

No confiemos, pues, a la fuga nuestra salvación, sino al cambio de las costumbres. Pues ¿acaso porque permaneces en la ciudad por eso está Dios irritado para que huyas? Porque has pecado, por eso está indignado. Así, pues, *quita el pecado*, y de donde nace la causa del castigo allí *sea la fuente del mal,* porque curar los contrarios con contrarios, aun los médicos lo mandan. ¿Ha provenido la fiebre del crápula? Con la dieta corrigen el mal. ¿Ha enfermado alguien de melancolía? Dicen que para éste la medicina mejor es la alegría. Así también es como debe procederse en las enfermedades del alma. ¿La pereza ha despertado la ira? Rechacémosla con la diligencia y propongámonos un grande cambio. En el ayuno tenemos un auxiliar, el mejor compañero de armas, y además del ayuno está presente angustia y miedo del peligro. Insistamos, pues, con el alma durante este tiempo, que fácilmente la persuadiremos todo cuanto queramos. Que el tímido, temeroso y alejado de toda delicia, y que vive con miedo, puede fácilmente filosofar y recibir con mucha alegría los gérmenes de virtud.

7. Han de evitarse los juramentos. Por tanto, determinemos primero a empezar huyendo de los juramentos, pues aunque ayer y anteayer he tratado este asunto, no por eso voy a desistir, hoy ni mañana, ni más ni menos de avisar lo mismo. Pero ¿qué digo mañana o pasado mañana? Hasta que os vea enmendados no desistiré, pues si los quebrantadores de la ley no se ruborizan, mucho menos nosotros, que exigimos que no seáis quebrantadores, justo es que no nos avergoncemos de amonestaros con frecuencia. Porque el amonestar de lo mismo continuamente no es falta del predicador, sino de los oyentes, que necesitan de constante enseñanza sobre reglas sencillas y fáciles. Porque ¿qué cosa más fácil que no jurar? Sólo depende de la costumbre: no es trabajo del cuerpo, no es dispendio pecuniario.

–¿Quieres saber cómo puede dominarse el vicio? ¿Cómo se puede

ver uno libre de la mala costumbre?– Yo te enseñaré un modo, que como lo observes vencerás en absoluto. Cuando veas a ti mismo o cualquier otro, sea un siervo, sea un hijo, sea la mujer, dominados de este mal, y continuamente avisados, pero no enmendados, manda que se acuesten sin cenar e impón a ti y a ellos esta pena, pena que no acarrea daño, pero sí provecho. Pues así son las cosas espirituales: acarrean lucro y rapidísima enmienda: que la lengua continuamente atormentada, aunque nadie amoneste, tiene bastante amonestación, cuando está reseca por la sed, y exhausta por el hambre, y aunque seamos los más estólidos de todos, amonestados todo el día por este penoso tormento, no necesitaremos más consejos ni amonestación.– ¿Os parece bien lo dicho?– Pues a demostrar con obras que lo alabáis. Porque de otro modo ¿cuál es el provecho de este sermón?

Si un muchacho asiste diariamente a la escuela, pero después no sabe nada, ¿acaso le sería de excusa el asistir a ella cada día? ¿Que vaya todos los días a la escuela y que esto sea en balde?– Pues apliquémonos nosotros esto mismo y reflexionemos. Acudiendo a la iglesia tanto tiempo, disfrutando de la venerabilísima Eucaristía, que contiene tan grande ganancia, si otra vez salimos como hemos entrado, sin corregir ninguno de nuestros defectos, ¿qué utilidad tendremos de venir aquí?

Porque muchas cosas se hacen no por las cosas, sino por lo que de ellas proviene. Sea un ejemplo: el sembrador no siembra nada más que por sembrar, sino para segar; porque si no segara, aun la simiente perdería podrida inútilmente. El mercader no navega sólo -por navegar, sino para que navegando consiga acrecentar la hacienda: que si esto no acaece, corre un gravísimo peligro y será perniciosa la travesía de los mercaderes. En nosotros mismos reflexionemos también esto: nosotros venimos a la iglesia no para estarnos, aquí solamente, sino para que salgamos de ella enriquecidos con alguna grande cosa espiritual. Por tanto, si nos marchamos, vacíos y sin haber conseguido nada, esta instrucción hará recaer sobre nosotros el daño. Para que no suceda y para que evitemos tan grande daño, al salir de aquí, los amigos entre sí, los padres con los hijos, los señores con los siervos, meditad y trabajad para poner en práctica lo mandado, para que cuando volváis de nuevo y oigáis que aconsejemos las mismas cosas, no os cubráis de vergüenza por remorderos la conciencia, sino que os gocéis y alegréis de ver que vosotros habéis cumplido la mayor parte de la amonestación. Mas no sólo filosofemos esto aquí, puesto que

una momentánea advertencia no puede desarraigarlo todo, sino que en casa el marido oiga de su mujer estas cosas, y la mujer de su cónyuge, despiértese cierta emulación entre todos los que tienen deseos de llegar al cumplimiento de esta ley, y el que antes la haya cumplido, reprenda al que falta, para más alentarle; y el que falta y aún no ha cumplido, mire al que va delante y esmérese en alcanzarle pronto. Si esto meditamos, si esto procuramos, en breve los otros asuntos nuestros se nos arreglarán. *Tú piensa en lo que a Dios toca y El proveerá a lo tuyo.*

Ni me digas: ¿Y qué, si alguien nos pone en la precisión de jurar? ¿Qué, si no da crédito?– Pues cierto que cuando la ley hubiera de ser violada, no ha de mentarse la necesidad. Porque *la necesidad única es la de no ofender a Dios.* Con todo, mientras tanto préstalo y *corta los juramentos superfluos, los temerarios, los no necesarios*, proferidos, en casa, con los amigos, con los siervos, si quitas éstos, en aquellos ya no necesitarás de mí, porque aun la misma boca ejercitada en esto, en temer y huir la frecuencia de jurar, ni aunque mil veces se la fuera, consentirá caer más en la tal costumbre. Pues así como ahora, a pesar del sufrimiento grande y de la consternación infinita, aterrorizando, amenazando, amonestando, aconsejando, apenas hemos podido cambiarla en otra costumbre; así luego, en efecto, aunque alguien obligue enormemente no conseguirá movernos a violar esta ley, sino que como nadie querría gustar un veneno, aun viéndose apurado de necesidad del mismo modo ni admitirá los juramentos. Y como esto se haga, tendréis un consuelo y una exhortación para alcanzar las restantes partes de la virtud. Porque quien nada ha cumplido, empereza y pronto desfallece de ánimo; pero quien tiene conciencia de haber cumplido siquiera un mandamiento, con esto alentado a esperar buenamente, procederá con mayor empeño a los restantes: después, tomando otro, pasará pronto a otro, y no desistirá hasta que llegue a la misma cima. Pues si en las riquezas, cuantas más uno juntó, tantas más desea, mucho más lo verás en las obligaciones espirituales. Por esto me apresuro y urjo para que se de comienzo a esto y se eche en vuestras almas el fundamento de la virtud, y rogamos y suplicamos que no precisamente sólo en esta hora presente os acordéis de estas palabras, sino también en casa, y en la plaza, y dondequiera moréis. ¡Ojalá me fuera concedido conversar con vosotros! No me hubiera sido necesario este largo discurso; mas ahora no siéndome posible, en la ausencia mía acordaos vosotros de mis palabras, y al sentaros a la mesa, imagi-

nad que yo entro, y que estoy presente, y que todo cuanto ahora os digo resuena, y siempre que se os hable de mí acordaos, sobre todo, de este mandamiento y dadme esta paga de mi amor para con vosotros. Si viere que habéis esto cumplido, lo he cobrado todo, he logrado un galardón digno de mis trabajos, Y para que nos tengáis siempre más prontos, y vosotros tengáis fundada confianza, y os preparéis más fácilmente para los restantes mandamientos, poned con grande empeño en vuestras almas esta ley, y entonces es cuando conoceréis el provecho de la amonestación. Porque si hermoso es un vestido de oro, más hermoso ha de parecer colocado en vuestro cuerpo; así también los mandamientos de Dios son en sí verdaderamente hermosos, hasta cuando se recomiendan, pero mucho más hermosos aparecen cuando se cumplen. Ya que ahora, por breves momentos, alabáis nuestras enseñanzas, si las ponéis por obra, alabaréis a vosotros y a mí durante todo el día y durante todo el tiempo. Ni esto de alabarnos mutuamente es lo más grande, sino el que Dios nos recibirá, y no sólo nos recibirá, sino que nos recompensará con aquellos sus grandes e inefables dones; los cuales todos logremos disfrutar, por gracia de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre en unidad del Espíritu Santo, sea dada gloria ahora, y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía VI.

1. Continúa consolando a los atribulados.– Los sacerdotes hacen como las madres.– El temor de los Magistrados es provechoso.– Utilidad de las tribulaciones.– Dios nos ha permitido estar tantos días atormentados del miedo, porque quiere espantarnos para no castigarnos más.

2. Los nuncios de la sedición de Antioquía forzados a detenerse en el camino para Constantinopla.– Motivos de confiar.– La providencia de Dios.– el modo con que obra para favorecernos.

3. Clemencia de Teodosio en la Pascua.– Del desprecio de la muerte.– Cuarta causa de temer la muerte: el no vivir con la austeridad que conviene a Cristianos.– De la maceración nace el deseo del cielo.– Para esto Dios ha hecho trabajosa la vida.

4. Ejemplo de los hebreos residentes en Egipto.– Por qué es útil la vida presente. La muerte no es de temer.– La vida regalada es de temer: Epulón y Lázaro.– Huyamos los pecados. Esto nos da seguridad.

5. No hace libres el no tener castigo, sino el vivir según las leyes.– La tribulación mejora a nosotros y a los que nos la causan, si la llevamos bien.–Ejemplo de Nabucodonosor. – Admirado y transformado.

6. Nada temamos sino ofender a Dios. – El pecado es un gran suplicio.– Las penas nos llevan a Dios.– La úlcera sajada.– Ten por más felices a los que sufren penas habiendo pecado que a los que siendo pecadores no son afligidos; como los hidrópicos.– Evitar los juramentos.– No vale, decir: "otros lo hacen".– Miremos a los que se portan bien. Un hábito destruye otro hábito; una costumbre otra.– Más fácil es no jurar que jurar.

7. Llevarse la flor y el fruto del sermón.– Hablando de estas cosas evitaremos el peligro de hablar mal y desecharemos la preocupación que nos entristece ahora.– Celemos por el bien de nuestros hermanos, extendamos llamas de celo.– Insiste en corregir, multar y castigar a los que juran.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Homilía pronunciada el miércoles de la semana primera de Cuaresma, día 10 de marzo.

2.ª Enseña cuántos bienes nacen del temor a los Magistrados.

3.ª Resalta la acción de la Providencia en retrasar en el camino a los emisarios del Prefecto y hacer que llegase S. Flaviano para hablar al Emperador en Constantinopla antes que aquellos.

4.ª Consuela y exhorta a sufrir con paciencia y dando gracias a Dios los males de esta tribulación, asegurando que quien sufre por Dios penas indignas es digno no tan sólo de perdón, sino de premio y corona.

5.ª De todo lo que está sucediendo deduce que hay fundados motivos de esperar el perdón del Emperador.

* * *

1. En verdad hemos empleado muchos días consolándonos; con todo, no por esto cambiaré, de asunto, pues mientras dure la herida de la tristeza, aplicaremos la medicina de la consolación. Porque si las heridas corporales no cesan de curarlas los médicos hasta que ven que ha desaparecido el dolor, mucho más conviene hacer lo mismo en el alma. Puesto que herida del alma es la tristeza, también hay que ayudarla con blandas palabras, porque ni suelen las aguas calientes resolver los tumores de la carne, tanto con la fiebre del alma suele apagarse con la abundancia de consoladores discursos. Aquí no hay necesidad de esponja, como la usan los médicos, sino que en vez de la esponja menearemos la lengua; aquí no se necesita fuego con que calentar las aguas, sino que en vez de fuego usaremos de la gracia del Espíritu. Ea, pues, hagamos también hoy lo mismo. Porque si nosotros no os proporcionamos consuelo, ¿de dónde recibiréis con abundancia el alivio?

Espantan los jueces, pues razón para que los sacerdotes consuelen; amenazan los Magistrados, por lo mismo la Iglesia dé firmeza. Pues es lo que sucede con los párvulos: los maestros espantan, y castigan, y los envían llorando a las madres; pero las madres los reciben en su regazo, los estrechan, limpiándoles las lágrimas los besan, y alivian la apenada alma de los mismos, persuadiéndoles con las palabras que el respeto a los maestros les es provechoso.

El temor a los Magistrados es provechoso. Pues, porque también a vosotros han aterrorizado los Magistrados, y os han apesadumbrado, la Iglesia, nuestra común madre de todos, abriendo su seno y recibiendo con los brazos abiertos, consuela diariamente, enseñando que *es útil el temor de los Magistrados y útil también el consuelo de aquí salido*. Porque el miedo de ellos no nos deja consumirnos en la pereza, y el consuelo de esto no permite sucumbir a la tristeza, y con ambas cosas dispone Dios nuestra salvación. Porque El ha armado a los Magistrados para que espanten a los dados al placer, y El mismo ha elegido a los sacerdotes para que consuelen a los dolientes, y ambas cosas, además de las Escrituras, enseña también la misma experiencia de las cosas.

Porque si, no faltando los Magistrados y estando los soldados prestos sobre las armas, el furor de unos cuantos hombres revoltosos y advenedizos en un breve espacio de tiempo hanos causado tan grande incendio, y ha levantado tanta borrasca, y nos arrastró a todos a temer un naufragio: si hubiese faltado todo temor de Magistrados, ¿a qué extremos de furor no hubieran llegado? ¿No es verdad que habrían destruido la ciudad hasta los cimientos, y confundiéndolo todo, aun nuestras vidas hubieran quitado? Porque si quitas los tribunales judiciales, quitas todo el orden de nuestra vida; y así como si quitas de la nave al capitán, hundes la nave; si quitas del ejército al general, entregas a los enemigos los soldados maniatados: así quitar de las ciudades los Magistrados es llevar una vida más salvaje que la de las fieras del monte, mordiéndonos entre nosotros y devorándonos, al más pobre el rico, al más débil el más fuerte, al más manso el más audaz. Mas ahora por la gracia de Dios nada de esto pasa, porque quienes viven religiosamente no tienen necesidad de enmienda de esto: *"No se puso la ley, o sus penas, para el justo"* (I Timoteo, 1-9). Pero muchos que miran al vicio, si no tuvieran este inminente temor, llenarían las ciudades de infinitos males, los que conociendo también Pablo decía: *"No hay potestad que no provenga de Dios, y Dios es el que ha establecido las que hay"* (Romanos, 13-1). Pues lo que en las casas hacen (los ensamblamentos) las vigas, esto hacen los Magistrados en las ciudades, y como quitada la trabazón, sueltas las paredes, por sí se desploman, así como se quiten del mundo los Magistrados y el temor que infunden, las casas y las ciudades, y las naciones por el mucho libertinaje se arruinarán, no teniendo a nadie que contenga y rechace, y por el temor del castigo los persuada a estar quietos.

Utilidad de las tribulaciones. No nos apenemos, pues, muy amados, por miedo de los Magistrados; antes bien, aun demos a Dios gracias por haber corregido nuestra desidia y por habernos hecho más diligentes. Porque pregunto: ¿qué daño se ha seguido de este cuidado y solicitud? ¿Qué nos hemos vuelto más honestos y mansos? ¿Y más diligentes y atentos? ¿Que no vemos ningún borracho ni quien cante canciones obscenas? ¿Que las oraciones son continuas, y las lágrimas, y las súplicas? ¿Que se han expulsado la risa importuna, y las palabras torpes, y toda lascivia, y que toda nuestra ciudad imite y se parezca a una mujer honesta y noble? ¿Por esto te apenas? Antes bien gózate de esto y dar gracias a Dios es lo que se debe, por haber disuelto tanta molicie con el miedo de pocos días.

–Pero dice: No lo niego; ni solamente estuviéramos en peligro hasta tener miedo, habríamos conseguido bastante utilidad; mas ahora tememos que el mal pase adelante, a más, y que todos estemos en peligro de muerte.– Mas no temáis, es Pablo quien os consuela diciendo: *"Fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma tentación os hará sacar provecho para que podáis sosteneros"* (I CORINTIOS, 10-5-; DEUTERONOMIO, 31-6; JOSUÉ, 1-5-). Porque de haber querido castigar con las mismas cosas, y con la experiencia de los males, no nos hubiera por tantos días entregado al temor, pero no habiendo querido castigar, espanta, aterroriza, porque si hubiera de castigar, superfluo sería atemorizar, superfluo amenazar. Mas ahora pasamos una vida más pesada que innumerables muertes, temblando y temiendo tantos días, espantándonos las mismas sombras, y sufriendo la pena del mismo Caín, y saltando de la cama a media noche por la continua pesadilla, tanto que aun cuando hubiésemos irritado a Dios, habiendo pasado ahora tan grande castigo, lo habríamos vuelto propicio. Pues aunque no hemos sufrido un castigo digno del pecado, con todo es suficiente a la clemencia divina.

2. LOS NUNCIOS DE LA SEDICIÓN DE ANTIOQUÍA VIÉRONSE OBLIGADOS A DETENERSE EN EL CAMINO. Mas no solamente por esto, sino que también por muchas otras cosas débese confiar, pues no son pequeñas las prendas de buena esperanza que Dios nos ha dado. Y la primera de todas: los que como si tuvieran alas partieron de aquí, llevando la mala noticia, y poco ha creían que llegarían al campamento, están todavía a medio camino: tantos obstáculos e impedimentos se les presentaron, y dejando los caballos, ahora caminan en carruajes; por lo cual síguese necesariamente que han de llegar allá más tarde. Porque luego que a nuestro obispo y padre común le inspiró Dios a salir de aquí, y a desempeñar esta legación; luego los alcanzó en mitad del viaje, para que no adelantándose soplasen el fuego, e hiciesen después al maestro inútil la corrección, estando inflamado el ánimo real por lo oído. Y que no sin providencia de Dios se presente tal impedimento, es manifiesto por aquí: hombres que pasan toda la vida en tales caminos, y que lo tienen por oficio, usando siempre caballos, ahora deshechos de cabalgar han desfallecido, y lo que ha ocurrido ahora son cosas contrarias a los hechos de Jonás. Porque a éste, que no quería ir, Dios le urgía; a ellos que querían, los estorbó. ¡Oh cosa nueva y admirable! Jonás no quería predicar la ruina, y al que no quería, Dios

lo hizo ir; éstos se apresuran aceleradamente para anunciar la ruina y de nuevo lo prohibió a los que repugnaban.– Y finalmente, ¿por qué?– Porque ahora la celeridad era dañosa, mas entonces era provechosa: de ahí que a Jonás le hizo apresurar por un pez y a éstos ha retrasado por los caballos. ¿Conoces la sabiduría de Dios? Por lo mismo que cada cual presumió que lograría sus deseos, por eso mismo cada cual se vio impedido. Pensó Jonás que con el navío se evadiría, y el navío se le convirtió en cárcel; confiaron éstos que con caballos verían más pronto al Emperador, y los callos fuerónles estorbo; pero no, no los caballos ni el navío, sino la providencia de Dios, que siempre dispone todas las cosas suyas con sabiduría.

Y considera el modo de la providencia, como ya espantó, ya consoló. Porque el mismo día en que se perpetraron todos aquellos crímenes, permitiendo que éstos saliesen, lo mismo que si hubieran de anunciar al Emperador, todo lo sucedido, espantó a todos con la precipitación de la salida; mas luego de haber salido, cuando hubieran andado dos o tres días, cuando dábamos por inútil la salida de nuestro Prelado, puesto que había de llegar más tarde, entonces disipó el miedo y nos ha consolado, como he dicho, deteniéndolos en medio del camino, y haciendo que, los que desde allí venían hacia nosotros, nos comunicasen las penalidades de aquellos en el viaje para que respiráramos un poco; como así ha sucedido, y hemos depuesto gran parte de las ansiedades. Esto sabido hemos adorado a Dios, autor de estas cosas que ha dispuesto con más cuidado que todos los padres todas nuestras cosas, cohibiendo con poder en verdad invisible a los ímprobos nuncios, y sólo no ha dicho: ¿Por qué vais de prisa? ¿Por qué os apresuráis queriendo arruinar tan gran ciudad? ¿Es que lleváis buenas nuevas al Rey? Estaos aquí hasta que haga yo que mi servidor, como un óptimo médico, os prevenga y que hago que se adelante a vuestra llegada.

Pues si al aparecer la úlcera de la prevaricación se ha manifestado tanta providencia, mucho más después de la conversión, de la penitencia, de tanto temor, de lágrimas y preces, hemos de conseguir mayor libertad. Porque Jonás, congruentemente estaba impedido para que moviese a penitencia; pero vosotros ya habéis hecho penitencia y conversión grande, y por tanto, en adelante es necesario el consuelo, no un anunciador de amenazas. Por esto incitó a nuestro común padre, a salir de aquí, a pesar de que había muchos obstáculos, pues si no hubiere mirado por nuestra salvación, no le hubiera persuadido antes, queriendo él salir, lo hubiera estorbado.

3. Clemencia de Teodosio en la Pascua. En tercer lugar se me ocurre decir una cosa que os dará confianza, es a saber: la solemnidad presente, que hasta casi todos los infieles respetan, y este mismo religioso Emperador de tal manera la admiró y honró, que ha aventajado en piedad a cuantos le precedieron en el mando. Porque en tales días habiendo enviado carta para honrar la solemnidad, perdonó casi a todos los encarcelados. Y esa misma carta leerá nuestro Prelado ante el Emperador, y recordará las propias leyes, y le dirá: Animo, Emperador; acordaos de vuestros hechos; tenéis en casa un ejemplo de humanidad: no quisisteis hacer una mortandad según justicia, y ¿sufriréis que se cometa otra contra justicia? A los convictos y condenados perdonásteis por reverencia de la festividad, ¿y a los no culpables y que a nada hanse atrevido los condenaréis, sobre todo en la presente solemnidad? En manera alguna, oh Emperador. Vos, enviando a todas las ciudades esta carta, decíais: ¡Ojalá pudiera resucitar a los muertos! De tanta humanidad necesitamos ahora, necesitamos estas palabras. No esclarece tanto a los reyes el vencer enemigos, cuanto el dominar el ánimo y vencer la ira, porque allí el trabajo lo llevan las armas y soldados, pero aquí el trofeo te corresponde, a ti la gloria. Habéis vencido el tumulto de los bárbaros, venced también el ánimo regio: sepan todos los infieles que el temor de Cristo puede refrenar todo poder. Glorificad a vuestro Señor perdonando a los consiervos los pecados, para que El mismo os florifique, para que acordándose de vuestra clemencia os mire en el día del juicio con ojos benignos y tranquilos. Estas y muchas más cosas dirá, y nos arrebatará completamente de la ira.

Mas no solamente tenemos un muy poderoso auxilio para persuadir al Emperador en este ayuno, sino también para sobrellevar generosamente todas las desgracias, porque de este tiempo sacamos consuelo y no el menor. Porque el estar cada día congregados, y el disfrutar oyendo las divinas Escrituras, y el vernos mutuamente y lamentarnos, y orando, y recibiendo la bendición, irnos así a casa, esto nos quita mucho dolor. Así, pues, no nos arrastraremos, ni nos traicionemos por causa de la ansiedad, sino permanezcamos esperando bienes, y apliquemos la atención a lo que se ha decir, porque quiero también hoy hablar otra vez del desprecio de la muerte.

Díjeos ayer que tememos la muerte, no ciertamente porque sea terrible, sino porque no nos abrasa el amor del reino de los cielos, ni el temor del infierno nos ha dominado y además porque no tenemos

buena conciencia. ¿Queréis que haga conmemoración de una cuarta causa de esta ansiedad importuna, y no menos verdadera que las antedichas?– No vivimos con la austeridad conveniente a Cristianos, sino que gustamos de la vida fácil, suelta y muelle, y verosímilmente por esto nos recreamos con las cosas presentes.

De la maceración nace el deseo del cielo. Porque si de veras viviésemos esta vida en ayunos, vigilias y poca comida, recortando nuestras absurdas concuspicencias, moderando los placeres, aguantando las penalidades de la virtud, a imitación de Pablo corrigiendo nuestro cuerpo y obligándole a servir (I Corintios, 9-27), no secundando los deseos de la prudencia carnal, siguiendo la estrecha y escarpada senda, pronto desearíamos los bienes futuros, apresurándonos por vernos libres de los presentes trabajos.

Y que no es falaz nuestro discurso lo verás: sube a la cumbre de los montes, mira allí los monjes moradores vestidos de saco, cilicios, cadenillas, que ayunan, y están encerrados en tinieblas, y los verás a todos deseando la muerte, a la que llaman descanso. Pues como el que lucha con cestones se apresura a salir del estadio, por verse libre de heridas, y el atleta desea que los espectadores se pongan de pie para verse absuelto del trabajo, así también el que vive con austeridad y rigidez por la virtud, desea la muerte, para que sea arrebatado de los presentes trabajos, para que pueda contar con las coronas ganadas; navegando al puerto tranquilo, y transmigrando allá donde ya no es de temer el naufragio. Por esto naturalmente nos deparó Dios vida trabajosa y molesta, para que empujados por el malestar presente, apetezcamos lo venidero. Porque si habiendo tantas tristezas, y peligros y temores, y afanes que nos envuelven por todas partes, tan a gusto nos estamos en la presente vida, de no haber nada de esto, y si la vida hubiera de estar sin tristeza y calamidades, ¿cuándo jamás apetecería-mos los bienes futuros?

4. Así también lo hizo Dios con los judíos. Pues queriendo infundirles el deseo de regresar y moverlos a odiar a Egipto, permitió que trabajasen en labores de adobe y ladrillo (Exodo, 1-14), para que atormentados con la grandeza de los trabajos y miseria, acudiesen a Dios pidiendo el regreso. Pues que si una vez salidos, aunque habían pasado estas cosas se acordaron otra vez de Egipto y de la servidumbre primera, y se apresuraban a volver a tan grave tiranía (Exodo, 16-5); si no hubiesen tenido experiencia en los bárbaros egipcios, ¿cuándo jamás hubieran pensado en abandonar la tierra extraña?

Pues también para que nosotros, apegados a la tierra y anhelosos de lo presente, no emperecemos, Dios nos ha hecho trabajosa la vida, para que no olvidemos la futura.

Por tanto, no nos abracemos con la vida presente más que lo imprescindible. ¿Qué utilidad tenemos? ¿Y que provecho de la excesiva codicia de la presente vida?–¿Quieres que te diga por qué es un bien la vida presente?– Porque se nos ha hecho materia de vida futura, y ocasión y estadio para conseguir allí coronas, pues si no nos diera esto sería más miserablemente que mil muertes. Porque si viviendo no hemos de agradar a Dios, mejor es morir. Porque ¿qué hay de nuevo? ¿Qué más hay? ¿No vemos siempre el mismo sol y la misma luna? ¿No el mismo invierno y el mismo estío? ¿No los mismos negocios? *¿Qué es lo que hasta aquí ha sido?Lo mismo que será. ¿Qué es lo que se ha hecho? Lo mismo que se ha de hacer* (ECLESIASTÉS, 1-9).

Así, pues, ni tengamos por dichosos a los que viven, ni lloremos a los que mueren, sino que lloremos por los que están en pecado, ya vivan, ya estén muertos; mas a los justos, doquiera estén, tengámoslos por felices. En realidad tú tienes miedo de una muerte y lloras, mientras que Pablo, muriendo cada día, no sólo no lloraba, sino que se alegraba y saltaba de gozo. Dice: ¡Ojalá que me viera en peligro por Dios, y nada cuidaría!

Mas ni ahora estés consternado, pues no tan sólo quien sufre por Dios *merece alabanza*, sino también *quien sufre algo injustamente y lo sobrelleva generosamente* y da gracias a Dios que lo permite, no es inferior al otro que sufre lo dicho por causa de Dios. Porque el bienaventurado Job recibió muchas e intolerables plagas del demonio, que le acometía en balde, con temeridad y sin causa; pero como las soportó generosamente, y dio gracias a Dios que las permitía, recibió corona completa.

LA MUERTE NO ES DE TEMER. No te entristezcas, pues por la muerte, que es cosa de naturaleza; entristécete empero por el pecado, que es daño de la voluntad. Y si sientes tristeza por los muertos, duélete también por los que nacen: tan natural es esto como aquello. Por lo tanto, si alguien te amenaza con la muerte, dile: Enseñado estoy por Cristo a no temer a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma (MATEO, 10-28). Si te amenaza con la confiscación de la hacienda, responde: *"Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré a ella"* (JOB, 1-21). *"Nada hemos traído a este mundo, y sin*

duda, que tampoco podríamos llevarnos nada" (TIMOTEO, 6-7): y si tú no los quitares, los quitará la muerte que sobreviene, y si tú no matares, la ley de naturaleza traerá la muerte. Nada temanos, pues, de lo que nos viene por naturaleza, sino temamos lo que nos sobreviene por la mala voluntad: que éstas son las cosas que nos causan pena, y pensemos esto a la continua en *los sucesos inesperados* que nos pasan, que *no los remediamos doliéndonos* y dejaremos de dolernos, y además de esto, también esto otro: *si padecemos injustamente algo en la vida presente, deshacemos muchos pecados.*

Ahora bien: muy ventajoso es pagar aquí por los pecados, y no allí, porque aquel rico, el Epulón, nada molesto sufrió, y por lo mismo estaba allí atormentado. Y que era ésta la causa de que allí no gozase de alivio alguno, escucha lo que dice Abraham: *"Hijo acuérdate que recibiste bienes durante tu vida... tú, eres atormentado"* (LUCAS, 16-25) Y que por lo mismo a Lázaro se le han dado bienes, porque con fortaleza sufrió infinitas molestias, oye al Patriarca que también dice esto. Porque habiendo dicho al rico: *"recibiste bienes"* añadió: *"y Lázaro, al contrario, males, y así éste ahora es consolado"* Pues así como los que viven con fortaleza y atribulados tienen de Dios emolumento doble, así también quien vive en vicio y disfrutando delicias tendrá pena doble.

Otra vez repito no para acusar a los que huyen, pues dice el ECLESIÁSTICO, 4-3: *"No aflijas el corazón del desvalido"* (ECLESIÁSTICO, 4-3); queriendo no increpar, porque el enfermo está necesitado de consuelo, sino cuidando de enmendar: no busquemos nuestra salvación en la fuga; pero huyamos los pecados y alejémonos de la mala vía. Si esto hiciéremos, aunque nos encontremos entre innumerables soldados, nadie podrá dañarnos; mas si esto no hiciéremos, aunque hayamos subido a las cimas de los montes, allí encontraremos incontables enemigos.

Recuerda otra vez aquellos Tres Jóvenes que estaban dentro del horno, y que nada molesto sufrían, y que los que en el horno los habían echado y que estaban fuera del horno, todos cuantos estaban al derredor, todos fueron abrasados. ¿Qué cosa más admirable? A los que envolvía el fuego, los suelta; a los que no envolvía, los arrebató, para que adviertas que no el lugar, sino la cualidad de las costumbres, llenan la salvación o el castigo: los de dentro salieron, los de fuera quedaron abrasados. Los cuerpos eran lo mismo para unos y para otros; pero no el sentido; de ahí que los sufrimientos tampoco fueron

iguales. Como el heno, como esté cerca, aunque fuera, pronto se enciende; mas el oro, por el contrario, aun metido en el fuego, más resplandece.

5. ¿Dónde están ahora los que dicen: Lléveselo todo el Emperador con tal que nos deje con vida y libertad? Aprendan al cabo que es quedar libre el cuerpo. Porque no hace libre al cuerpo la inmunidad del castigo, sino el vivir de continuo en justicia. Los cuerpos de los Tres Jóvenes libres estaban, por más que habían sido arrojados en el fuego, porque antes habían depuesto la servidumbre del pecado. Que ésta es la única libertad, no el huir del castigo, ni el no sufrir cosa molesta. Mas tú, oyendo horno, acuérdate de los ríos de fuego de aquel día tremendo. Pues así como aquí en Babilonia a unos arrebató el fuego, pero a otros respetó, lo mismo sucederá en aquellos ríos, y si alguno tiene leños, heno y estopa, éste enciende el fuego; pero si tiene oro y plata, queda hecho más resplandeciente.

Amontonemos, pues, estos materiales, y soportemos con generosidad lo de ahora, sabiendo que de aquella pena nos libra la tribulación presente, si sabemos filosofar, y nos vuelve ahora mejores, y no sólo a nosotros, sino también a veces a los mismos que nos atormentan, si vigilamos; es tal la eficacia de esta filosofía que aun en el mismo tirano se dejó entonces sentir. Porque luego que vio que nada malo habían experimentado, escucha cuan mudado está: *"Siervos del Dios altísimo,* dijo, *salid fuera y venid"*. Pues ¿no decías poco hace: *¿y cual es el Dios que os librará de mi mano?"* (DANIEL, 3-93, 15).

–¿Qué ha sucedido? ¿De dónde tal mudanza? ¿Has visto abrasados a los que estaban fuera y llamas a los que están de pie dentro? ¿De dónde te ha ocurrido meditar así?

¿Has visto qué gran mudanza en el rey? Cuando aún no los había detenido, blasfemaba; mas luego que los echó al fuego, filosofa. Por esto también Dios permitió que se hiciera todo cuanto quiso el tirano, para demostrar que a los que El guardó no hay quien pueda dañarlos.

Lo mismo que hizo con Job, lo mismo hizo también aquí. Pues allí permitió que el diablo ostentase toda su potencia, y después que tiró todas sus saetas y cuando no le quedó medio ni asechanza por probar, entonces sacó del estadio al púgil, para que fuese más esclarecida e indudable la victoria: aquí hizo otro tanto. Quiso destruir su ciudad, Jerusalén, y no lo prohibió; quiso llevarlos cautivos, y no lo impidió; quiso atarlos, lo concedió; echarlos en el horno, lo permitió; encender extraordinariamente las llamas, y lo permitió, y cuando

nada había quedado que desear, y el tirano había agotado toda su fuerza, entonces manifestó Dios su poder y la paciencia de los Jóvenes.

¿Ves, por tanto, que Dios permitió las tribulaciones hasta el fin, para demostrar a los que ponían asechanzas tanto la virtud de los perseguidos, como la providencia de Dios? Ambas cosas aprendió entonces el que clamaba: *"Siervos del Dios, salid fuera y venid"* (DANIEL, 3-13).

Más tu reflexiona conmigo la magnanimidad de los Jóvenes, pues no salieron antes de mandato, para que nadie pensara que habían tenido miedo del fuego; ni una vez llamados permanecieron dentro, para que apareciesen como ambiciosos y contenciosos. Como si hubiesen dicho: Después que has aprendido cuyos servidores somos, después que has conocido a nuestro Señor, ahora salimos, estando todos presentes, los que seremos pregoneros del poder divino. Aún más, no sólo ellos, sino hasta el enemigo con su propia voz y lengua por medio de cartas predicaba a todos ya la constancia de los púbiles, ya el poder del juez del certamen. Y como los pregoneros, que en medio del teatro proclaman a los atletas triunfadores y dicen las ciudades de los mismos: fulano, de tal ciudad; lo mismo aquí, pero en lugar de la ciudad, se anunció y pregonó el Señor de ellos: *Sidrach, Misach y Abdemago, siervos de Dios altísimo, salid fuera y venid* (DANIEL, 3-93).

Pues ¿qué ha pasado, para que los haya llamado servidores de Dios? ¿Pues no eran servidores tuyos? –Pero, dice: Han destruido mi reino, han pisoteado mi soberbia, con las obras han demostrado quién es el verdadero Señor de ellos, si hubieran sido servidores de hombres, no se habría espantado el fuego, no habrían cedido las llamas: porque a los servidores de hombres no respetan ni honran las criaturas inconscientes. Por esto dice otra vez: *"Bendito sea el Dios de ellos, el Dios de Sidrach, Misach y Abdemago"* (DANIEL, 3-95).

Mas tú contempla conmigo cómo predica al primer remunerador: *Bendito sea el Dios de ellos, el cual ha enviado su ángel y ha librado a sus siervos* (IBIDEM). Esto del poder de Dios: canta además la virtud de los atletas. *Que creyeron o confiaron en El, y pospusieron el mandato del rey, y sacrificaron sus cuerpos por no servir o adorar a otro Dios alguno fuera de su Dios* (IBIDEM).

Y ¿qué puede compararse con la virtud? Cuando antes dijeron: *No daremos culto a tus dioses* (DANIEL, 3-18), se encendió el rey más que

el horno; pero cuando por las obras lo demostraron, no sólo no se indignó, antes bien, alabó y admiró que no le hubiesen obedecido. Es tanto el bien de la virtud, que a los mismos enemigos tiene por admiradores y alabadores. Ellos lucharon y vencieron, y él vencido, daba gracias porque no los había aterrorizado al ver las llamas, sino que los había consolado la esperanza en Dios, el Señor, y llámale Señor del orbe de la tierra por los Tres Jóvenes, sin limitar su imperio con ninguna frontera, sino como si los Tres Jóvenes fuesen como el orbe de la tierra: de ahí, que pasando por alto a tantos tiranos, reyes y príncipes, que le habían obedecido, admiró, a los tres cautivos, que habían menospreciado su tiranía. Pues no lo hacían por contradecir, sino por ejercitar la virtud; no por arrogancia, sino por religión; no hinchados de soberbia, sino abrasados de celo. Porque es un bien grande esperar en Dios: lo que aun él mismo pagano advirtió y demostrando que ellos habían así salido de un peligro, inminente, proclamó: *"Porque confiaron en El"*.

6. Todo esto digo ahora, y entresaco historias en las que hay tentaciones, calamidades, iras de reyes e insidias, para que nada temamos, sino solamente el ofender a Dios. Porque también entonces se encendió el horno, estaba encendido; pero ellos lo menospreciaron y temieron el pecado, porque sabían que encendidos no habían de padecer cosa grave, mas obrando impíamente habrían de padecer horrores.

EL PECADO MISMO ES UN GRAN SUPLICIO. Porque es un gran tormento el pecado, aunque no sea castigado; así como es el más grande honor y la mayor tranquilidad el vivir virtuosamente, aunque seamos castigados. Porque los pecados nos separan de Dios, como lo dice El mismo: *Vuestras iniquidades han puesto un muro de separación entre vosotros y vuestros Dios, y vuestros pecados, le han hecho volver su rostro de vosotros* (ISAÍAS, 59-2), mas las penas nos conducen a Dios: porque dice: *"Nos darás la paz, porque todas nuestras obras tú nos las hiciste"* (ISAÍAS, 26-12(.

Si alguno tiene una úlcera, ¿qué se debe temer, el pus o que el médico saje? ¿El bisturí o la comida destructiva de la úlcera? El pecado es la pus; la pena es el instrumento salutífero. Por tanto, así como el que tiene pus, aunque no esté sajado, tiene mal, y cuando no se saja está en mayor peligro, así el que peca, aunque no sea castigado, es el más miserable de todos, y entonces es sobre todo miserable, cuando no es castigado ni sufre nada molesto. Y como sucede a los que sufren del bazo y de hidropesía, cuando disfrutan de mesa abun-

dante y de bebida refrescante, y de platos delicados y sabrosos, entonces principalmente son los más miserables de todos, aumentado el mal con los placeres; pero si con hambre y sed, según las instrucciones de los médicos, están aumentados, tienen alguna esperanza de curación, así también los que viven en maldad si son castigados, tienen fundada esperanza; pero si con la iniquidad gozan de libertad y placeres, son mucho más miserables que los enfermos de hidropesía y que simultáneamente están dados a la crápula, y tanto más, cuanto mejor que el cuerpo es el alma. Por lo tanto, cuando veas algunos que cometen los mismos pecados, pero a los unos veas padeciendo hambre continua y males incontables, mientras los otros están borrachos, divertidos y crapulosos, ten por más felices a los que padecen graves males. Porque la llama del placer queda entredicha con estas calamidades y emigran para el futuro juicio y terrible tribunal llevando no pequeño consuelo, porque con las calamidades de esta vida expiaron muchos pecados.

SEGÚN COSTUMBRE HABLA CONTRA LOS JURAMENTOS. Pero baste ya de consolar: ya en lo restante es tiempo de pasar a la amonestación para evitar los juramentos y resolver la excusa que a los que juran parece ser fría e inútil. Porque cuando los acosamos, objetan que otros hacen lo mismo, y dicen: aquel y el otro juran. Digámosles, pues: –Pero aquel otro no jura.– Dios, no obstante, al juzgar hace comparación de aquellos que se portaron rectamente, porque los pecadores no ayudan a los que pecan con la comunicación de delitos; pero los que viven bien, condenan a los pecadores. Porque muchos eran los que no habían dado a Cristo de comer y de beber; pero en nada se ayudaron mutuamente: lo mismo que ni las cinco vírgenes hallaron venia unas de otras, sino antes que éstas, quienes se portaron rectamente, y éstas y aquellos fueron condenados y castigados.

Libres, pues, de esta necia excusa, no miremos a los que han caído, sino a quienes se portan bien, y cuidemos de sacar provecho de este ayuno. Y como muchas veces habiendo comprado un vestido, o un esclavo, o una hermosa vasija, hacemos memoria del tiempo, y mutuamente decimos: aquel siervo en tal fiesta solemne lo adquirí, el vestido lo compré en tal tiempo, así también, si guardamos esta ley, diremos: en tal Cuaresma me corregí de jurar; hasta entonces juraba, y con sólo haber oído una amonestación, me abstuve de pecar.

Pero la cosa es que las costumbres es difícil de corregirse.–También lo sé yo, y por esto me apresuro a producir en vosotros otra costumbre

buena y que provoque ganancia. Porque habiendo dicho, con dificultad desisto de la costumbre, trabaja por lo mismo en desistir, sabiendo ciertamente que si te impones la otra costumbre de no jurar, ya no tendrás necesidad de más trabajo. ¿Qué es más difícil, no jurar o aguantar todo un día el hambre y resecarse con la poca cantidad de comida y bebida? Ciertamente que ésto es más molesto que aquello, pero no obstante, es la costumbre una cosa tan fácil y expedita, que al llegar al ayuno, aunque sea uno mil veces invitado, y sea incitado a beber vino, a gustar cualquiera cosa no permitida por la ley del ayuno, preferirá sufrirlo todo antes que tomar comida prohibida; y esto no desagradándonos la mesa, y no obstante por la costumbre y por conciencia sobrellevamos y generosamente lo sufrimos todo. Pues ni más ni menos pasará con los juramentos, y como ahora, si alguien impone una necesidad la más grande, tú permaneces en observar la costumbre, así también entonces si alguno te provocare mil y más veces, no te apartarás de la costumbre.

7. Cuando, pues, hayas marchado a casa, háblalo a todos los domésticos, y así como a veces los que vuelven de un prado muchos cogen una rosa, o una violeta, o una cualquier otra flor y la llevan en la mano al volver, y otros, que del huerto van a casa trasladan ramas de los árboles cargadas de frutos, y otros de opíparos banquetes llevan para sus amigos y parientes los relieves de la mesa, así también tú, al retirarte de aquí, lleva la ensenañza a los hijos a la mujer, a todos tus allegados. Pues esta admonición es más útil que el prado, el huerto y el banquete: estas rosas jamás se marchitan, estos frutos jamás se pasan, estos platos jamás se echan a perder, y además de aquello el placer es temporal, mas de esto la utilidad es perenne, no sólo después que hayan sido acabados, sino también mientras se terminan y completan. Porque piensa lo que, es dejadas todas las demás cosas, públicas y privadas, hablar siempre de las leyes divinas, ya en la mesa, ya en la plaza, ya en las demás reuniones. Si a esto nos dedicamos, nada peligroso diremos, nada nocivo, ni pecaremos inconscientes; es más, amenazados de la tristeza, dedicándonos a hablar de estas cosas, podremos liberar el alma, desechada aquella preocupación por la cual solícitos nos preguntábamos mutuamente: ¿Si el Emperador habrá oído lo sucedido? ¿Estará irritado? ¿Y qué sentencia dictará? ¿Nadie ha habido que le haya rogado? ¿Y permitirá él que una ciudad tan grande y populosa sea totalmente arruinada? Estas y otras mil cosas parecidas dejándolas en manos de Dios, cuidemos tan sólo de sus

mandamientos: que así resolveremos también todo lo demás, y si entre nosotros hubiera siquiera diez que se hayan portado rectamente, en breve aquellos diez se harán veinte, los veinte cincuenta, los cincuenta ciento, los cientos mil, los mil toda la ciudad. Y así como con diez lámparas encendidas puede fácilmente llenarse de luz toda la casa, así en las obligaciones espirituales, con solo diez que hayan vivido rectamente, encederemos por toda la ciudad una pira luminosa y que nos proporciona seguridad. Pues ni la misma llama material enciende siempre la leña próxima tanto como la llama del celo prendida en pocas almas de virtud, avanzando despacio, podrá llenar toda la ciudad. Concededme, pues, que me gloríe de vosotros, tanto en la presente vida como en el día venidero en que serán introducidos, los que tienen los talentos prestados: será para mí suficiente recompensa vuestra claridad, y si os viere vivir con grande piedad, todo lo he recibido.

Por tanto, haced lo que ayer advertí, y hoy diré y no cesaré: contra los que juran señalad una multa, una multa en dinero, que no haga o cause daños: estad preparados como para darnos una prueba de aprovechamiento. Pues he de empeñarme en alargar el discurso con cada uno de vosotros, terminado que éste sea, para que por la extensión de las palabras venga a dar con los enmendados; y si viere a alguno que jura, lo declararé a los enmendados, todos para que reprendiéndole, arguyéndole, corrigiéndole, pronto le hagamos libre de la mala costumbre. Porque es mejor que avergonzado aquí se corrija que no en aquel día públicamente, presente todo el mundo, ser confundidos y castigados, revelados a la vista de todos los pecados nuestros. Pero no; que ninguno de los oyentes de este recogido sermón aparezca allí con tanta vergüenza, sino que corrigiendo todos los pecados por las súplicas, de los santos padres, y enriquecidos con frutos copiosos salgamos de aquí con gran confianza, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual, y con el cual sea gloria al Padre con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VII

SUMARIO.– Advertencias y análisis de la Homilía VII.

1. Flor espiritual: Dios nos ha permitido la tristeza no por otro motivo que por sólo el pecado.– Nada tememos tanto como el pecado.– Argumento de menor a mayor: los Tres Jóvenes de Babilonia.– Transición del discurso consolatorio al discurso homilítico.– Toda exposición de la Escritura es exhortación y consolación.–Tema.

2. Consolación encerrada en el tema o sentencia.–Dios hizo el cielo y la tierra para ti; te hizo imagen suya en el principado, puso al hombre en el paraíso, le dotó de alma racional e inmortal.– Dios siempre es bueno, cuando beneficia, cuando corrige y cuando castiga.

3. Las calamidades no son cosas indignas de la providencia de Dios, que hace como los padres con los hijos.– Benignidad amorosa de Dios con Adán.– Clemencia de Dios con él.

4. Adán, ¿dónde estás?– Dios a la vez que es Juez, es Médico y es Maestro.– Exhortación para evitar los juramentos.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Túvose esta homilía el día 11 de marzo, en jueves.

2.ª Insiste en que la tristeza sólo es útil para destruir el pecado.

3.ª Toda la Escritura es grandemente consolatoria.

4.ª Dios es siempre bueno: cuando premia, cuando beneficia, cuando reprende, cuando corrige, cuando castiga.

* * *

1. Mucho y de muchas cosas diserté ayer ante vosotros; pero de tantas cosas, ya que todas no os es fácil recordarlas, os ruego no olvidéis una principalmente: que *Dios nos ha permitido la tristeza no por otro motivo que por sólo el pecado*, y esto nos lo ha manifestado por la experiencia. Doliéndonos y entristeciéndonos en la multa pecuniaria, en la muerte, en la enfermedad y en otras muchas molestias que nos suceden, no sólo no alcanzamos consuelo alguno, sino que aumentamos las molestias; pero si de los pecados nos dolemos y contristamos, disminuimos la magnitud del pecado, y lo que era grande, hacémoslo pequeño, y muchas veces de raíz lo borramos todo.

Acordaos de esto asiduamente, para que os doláis sólo por el pecado y por ninguna cosa más; y también recordad esto otro, que *el pecado introduce en nuestra vida la muerte y la tristeza, y es destruido a su vez por ambas cosas*; lo cual hemos demostrado antes más extensamente. Por tanto, nada temamos tanto como el pecado y la prevaricación. No temamos la pena, y la pena evitaremos; como los Tres Jóvenes aquellos no temieron el horno, y el horno evitaron; tales conviene que sean los servidores de Dios. Porque si estando educados en el Antiguo Testamento, cuando todavía la muerte no estaba mortificada, ni las broncíneas puertas quebradas, ni los cerrojos férreos rompidos, dieron muestras de tanta audacia contra la muerte, ¿qué excusa tendremos, o qué perdón nosotros, que habiendo conseguido tamaña gracia ni siquiera les igualamos en los grados de fortaleza ahora, cuando la muerte sólo es un nombre privado de realidad? Porque la muerte nada más es que un sueño, una salida, un traslado, un descanso, un puerto tranquilo, una liberación de perturbaciones, un desentenderse de los cuidados de la vida. Y aquí interrumpamos el sermón consolatorio, pues llevamos ya cinco días consolándoos y ya parece que somos molestos. Baste, pues, lo dicho para los atentos y que son adictos, más para los pusilánimes aunque a lo dicho añadamos muchas otras cosas, de nada aprovechará.

Y es tiempo ya de que tratemos de la exposición de las Escrituras, porque así como si no hubiésemos dicho nada de la presente calamidad alguno nos habría tachado de cruel e inhumano; así si de la misma hablamos siempre, con motivo nos motejará de pusilánimes. Por tanto, encomendando vuestros corazones a Dios, que puede hablar a vuestras almas y arrojar de los pechos toda tristeza, toquemos ahora la acostumbrada doctrina, máxime cuando toda exposición de la Escritura es exhortación y consolación. Así, pues, aunque parece que nos abstenemos de consolar, de nuevo reincidimos en el mismo asunto por la exposición de las Escrituras. Y que para los que aplican la atención es consolación toda la Escritura, ahora mismo os lo haré patente. Pues no, recorriendo la historia de las Escrituras, pondré empeño en buscar algunas palabras consolatorias, sino que para hacer mas convincente la demostración de mi promesa, hoy voy a tratar sobre el libro leído, y si se quiere, del principio y proemio del mismo, que sobre todo parece no contener ni vestigio siquiera de consolación; pero que exponiendo con claridad lo que está del todo ajeno de palabras de consuelo, hará manifiesto lo que digo. Y ¿cuál es este proemio?

"En el principio crió Dios el cielo y la tierra. La tierra empero, estaba informe y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo". (GÉNESIS, 1-1-, 2). ¿Es que a algunos de vosotros les parece que esto encierra algún consuelo de la tristeza? ¿Acaso no es una narración histórica y la doctrina de la creación?

2. ¿Queréis, pues, que demuestre la consolación escondida en esta sentencia? Atended, pues, y advertid con diligencia las cosas que se han de decir. Porque cuando hayas, oído que el cielo, la tierra, el mar, el aire, las aguas, las muchas estrellas, los dos grandes luminares, las plantas, los cuadrúpedos, los peces, y las aves, y en general todo cuanto se ve, Dios lo creó por ti, para tu salud, para tu honor, ¿no es cierto que sientes grande consuelo y que recibes esta máxima manifestación del amor de Dios, cuando piensas que tanto y tal mundo, tan hermoso y grande, y admirable lo creó Dios por ti, el pequeño? Así es que cuando hayas oído: *"En el principio crió Dios el cielo y la tierra"* no pases de ligero lo dicho, sino recorre mentalmente la grandeza de la tierra y recapacita que mesa tan regalada y abundante nos presentó, y que nos dio por todas partes mucho placer; y lo que es aún lo más grande, no en retribución de algunos trabajos, ni en premio de merecimientos dio tan grande y tal mundo, sino que juntamente nos hizo, y honró a nuestro linaje con este mundo, pues dijo: *"Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra"* (GÉNESIS, 1-26).–¿Qué es: *"A imagen y semejanza nuestra"?*– De la primacía dijo la imagen, para que así como en el cielo nadie hay superior a Dios, así sobre la tierra ninguno hay superior al hombre. Pues con esto solo primero le honró porque le hizo a su imagen; en segundo lugar, porque no nos dio el imperio en premio de los trabajos, sino que manifestó solamente la gracia de su benignidad; en tercer lugar, porque nos lo ha hecho natural. Porque los imperios son ya naturales, ya electivos: son naturales, como el del león sobre los cuadrúpedos, el del águila sobre las aves; de elección, como el de nuestro Emperador. Porque éste no manda a los consiervos por ley de naturaleza. De ahí que muchas veces se pierde el imperio, porque son tales las cosas que no están inhirentes a la naturaleza, que fácilmente admiten mudanza; pero no así el león, sino que naturalmente domina a los cuadrúpedos, así como también a la aves el águila. De modo que siempre con el género está conjunta la clase de reino, y nadie jamás vio que un león haya perdido esta primacía.

Tal imperio diónos desde el principio Dios, y nos puso al frente

de todas las cosas, y no adornó con sólo esto nuestra naturaleza, sino también por la prestancia del lugar, señalándonos por egregia habitación el paraíso y dándonos la razón y concediéndonos un alma inmortal.

DIOS ES BUENO NO SÓLO CUANDO HACE FAVORES, SINO TAMBIÉN CUANDO CASTIGA. Pero no me entretendré en estas cosas, porque yo afirmo ser tan grande la sobreabundancia de la divina dirección, que no tan sólo por las cosas con que nos honró, sino que también por las que nos castigó, igualmente podemos demostrar su bondad y benignidad. Y os exhorto a considerar con toda diligencia esto sobre todo: que *Dios no sólo cuando honra y beneficia, sino cuando corrige y castiga, es bueno de igual manera,* y sea que se nos promuevan luchas bien contra los gentiles, bien contra los herejes y disputas sobre la benignidad de Dios, demostraremos su bondad tanto por las cosas con que nos honró como por aquellas con que nos castigó. Porque si fuera bueno sólo cuando honra, y cuando castiga no lo fuese, sería bueno a medias; pero no es así, de ningún modo. Cierto que esto entre los hombres es verosímil, porque aplican las penas con furor y apasionamiento; Dios, empero, no estando sujeto a ningunas pasiones, ya beneficie, ya castigue, igualmente es bueno y no menos que el reino demuestra, manifiesta su bondad la amenaza del infierno, y os diré cómo se hace esto.

Si no hubiera amenazado con el infierno, si no hubiera preparado castigo, muchos no habrían podido conseguir el reino. Porque a muchos no mueve a la virtud tan eficazmente la promesa de premios, como la perspectiva de los castigos cohibe por temor y despierta a cuidar del alma. Así, pues, por más que el infierno es contrario al reino de los cielos, ambos se dirigen al mismo fin, a la salvación de los hombres, éste, desde luego, atrayendo con aliciente; aquel, empero, compeliendo hacia el cielo y corrigiendo por el temor a los más negligentes.

3. Y no en balde prolongo este discurso, sino porque a veces al sobrevenir hambre, sequías, guerras, inminente ira del rey y otras cosas de esta especie no previstas, muchos engañan a los más sencillos diciendo que estas cosas no son dignas de la providencia de Dios. Pues para que no estemos engañados, sino sepamos cierto que, ora mande hambre, ora guerra, ora otra cualquier cosa molesta, hace esto por benignidad y grande dilección, me he visto obligado a detenerme en este discurso. Porque también los padres, que aman como ninguno

a sus hijos, le prohíben comer en la mesa, y los flagelan, y los afrentan, y con mil otras cosas parecidas corrigen a los niños juguetones; pero con todo padres son, no sólo cuando honran, sino cuando hacen todo esto, y, sobre todo, son padres entonces cuando lo hacen.

Pues si los hombres, que muchas veces por furor o ira declinan de lo útil, no por crueldad e inhumanidad, sino por cuidado y amor a los que aman, se piensa que castigan; mucho más se debe sentir así de Dios, que por su infinita bondad excede a todo el amor de padre. Y para que no pienses que esto se ha dicho por conjeturas, ea, volvamos a la Escritura con el sermón.

Poco después que el hombre fue engañado y atraído por un ímprobo demonio, veamos de qué manera trató Dios al que había cometido tal crimen. ¿Acaso lo perdió del todo? Y en verdad que la razón de justicia lo exigía, que al que nada bueno había obrado, pero que había conseguido tanta benevolencia, y que ya desde los comienzos se rebelaba, fuese quitado del medio, fuese borrado por completo. Pero Dios no hizo esto, ni le abominó, ni aborreció, al que tan ingrato se había manifestado con el bienhechor, sino que vino a él, lo mismo que un médico a un enfermo. Y no pases de ligero lo dicho, carísimo, sino recapacita lo que es no haber enviado a un ángel ni a un arcángel, ni a algún otro de los consiervos de aquel, sino que el mismo Señor bajó al caído, levantó al que estaba en tierra, y solo al solo, como a un amigo infortunado y que estaba puesto en grande adversidad se acercó.

Y que hiciese esto por su grande caridad hasta las mismas palabras que le dijo, manifiestan su inefable amor. Y ¿qué necesidad hay de que repita yo todas las palabras?, puesto que ya en la primera sentencia demuestra al momento su amor. Porque no dijo: Oh tú, malvado e infelicísimo; habiendo gozado de mi benevolencia, honrado con tal alta dignidad de rey, puesto al frente de todo lo visible, sin mérito alguno tuyo, logrado prendas de mi solicitud y verdadera prueba de la providencia, has juzgado más digno que a tu Señor y tutor, a quien confiarte, al demonio malvado y pestífero enemigo de tu salvación? ¿Pues qué es lo que él te ha dado, como yo? ¿No crié el cielo por ti? ¿Y la tierra, el mar, el sol, la luna y todas las estrellas? Porque los ángeles no necesitaban de esta creación, sino que para ti, para tu solaz, hice mundo tal y tan grande; y tú, ¿has tenido por más dignas de crédito unas palabras, una falsa promesa, promesa llena de fraude, que las mismas obras recibidas de mi beneficiencia y providencia, y te le has entregado y has pisoteado mis leyes?

CLEMENCIA DE DIOS CON EL PRIMER HOMBRE. Porque estas y muchas otras cosas era natural que dijese el ofendido, mas no así sino todo lo contrario dice Dios. Ya desde la primera palabra lo animó, y al que estaba aterrado y tímido, y temeroso le dio confianza, llamándole El primero: aún más, no sólo llamándole primero, sino llamándote por el nombre propio y diciendo: *"Adán ¿dónde estás?"* (GÉNESIS, 3-9)., manifestó su amor, y su grande solicitud acerca del mismo. Pues ya todos sabéis que esto es indicio de legítima amistad. Acostumbraron hacer esto los que recuerdan a los muertos, pronunciando con frecuencia los nombres de ellos: como a su vez los que aborrecen y sienten enemistad para con algunos, ni toleran pronunciar los nombres de quienes les han lesionado. Por eso Saúl, sin haber padecido de David injuria alguna, pero habiendo maquinado muchas y muy grandes injurias contra él, después que le tenía aversión y odio, no soportaba siquiera pronunciar su nombre, sino que estando todos sentados a la mesa, después que vio que no había acudido, ¿qué dijo? No dijo ¿dónde está Davia?, sino *"¿dónde está el hijo de Jessé?"* (I REYES, 20-27), llamándole por el padre. Y otra vez los judíos hacen lo mismo con Cristo, pues como le tenían aversión y odio, no dijeron dónde está Cristo, sino *"dónde está aquel"*. (JUAN, 7-11).

4. Mas Dios, queriendo aún en esto demostrar que ni el pecado había extinguido el amor, ni la desobediencia había quitado su benevolencia para con él, sino que todavía tenía providencia y cuidado del caído, dijo: *"¿Adán, dónde estás?"*, no por ignorar dónde vivía, sino porque a los que han pecado se les ha cosido la boca, quitándoles el pecado la lengua, y frenándola la conciencia, y están estúpidos, forzados por el silencio como por un dogal. Queriendo, pues, Dios provocarle a tener confianza y libertad de hablar, y conducirle a limpiarse de los males que había el hombre antes admitido, para que consiguiese alcanzar algún perdón, llamóle El primero, cortando con la llamada gran parte de la ansiedad, y alejando el temor, y abriéndole la boca con llamarle. Y por esto decía: "Adán ¿dónde estás? Te dejé en otra parte, dice y te encuentro ahora en está; te dejé en confianza y gloria, y ahora te encuentro en confusión y silencio.

Mas pondera la solicitud de Dios: no llamó a Eva, no llamó a la serpiente, sino al que de todos menos había pecado a éste, llama primero a juicio, para que empezando por él, que podía merecer alguna venia, también contra la que había pecado mucho, diera una sentencia más suave.

También los jueces a sus consiervos, que tiene con ellos la misma naturaleza participada, no se consienten examinar por sí mismos, sino que envían un ministro intermedio, al que mandan hacer al reo las preguntas judiciales, y por medio del mismo comunican y reciben todo cuanto quieran, mientras examinan a los reos; mas Dios no tuvo necesidad de intermediario alguno para con el hombre, sino que él por sí mismo juzga y consuela. Y no es esto solamente de admirar, sino que corrija los delitos. Porque los jueces en teniendo a los ladrones y sacrílegos, no consideran como los volverán mejores, sino en cómo les impongan las penas de los delitos; Dios empero, al contrario, habiendo dado con un pecador, no considera cómo tomar castigo, sino cómo le corrija, y le haga mejor y para lo futuro inexpugnable. Así, pues, a la vez es juez y médico, y maestro Dios, porque como juez examina, y como médico remedia, y como maestro enseña y a los que habían prevaricado los induce a toda disciplina.

Ahora bien: si una sola y breve palabra os ha mostrado la solicitud de Dios, ¿qué sería si os leyésemos todo el juicio y os explicáramos todos los documentos? ¿Ves cómo toda la Escritura es consolación y exhortación? A su debido tiempo diremos esto: antes empero que esto es necesario que digamos cuando fue dado a luz este libro; que no fue al principio, no inmediatamente después de Adán se escribieron estas cosas, sino después de muchas generaciones, y es cosa de preguntar por qué después de muchas generaciones, y además por qué sólo para los judíos y no para todos los hombres, y por qué en lengua hebrea y en el desierto de Sinaí. Pues que el Apóstol no pasa de ligero este lugar, sino que con él nos presenta una gran contemplación, diciendo así: *"Porque estos dos son los dos testamentos, el uno dado en el monte Sinaí, que engendra esclavos"* (GÁLATAS, 4-24).

LA ACOSTUMBRADA EXHORTACIÓN PARA EVITAR LOS JURAMENTOS. En verdad también otras muchas cosas sería necesario preguntar; pero estoy viendo que el tiempo no nos consiente que entremos con el sermón en tan vasto piélago; por esto dejadas para tiempo oportuno estas cosas, os hablaremos otra vez de la abstinencia de los juramentos, y os pediremos que pongáis en esto gran cuidado. Porque, ¿cómo no será absurdo que el siervo no se atreva a llamar al señor por su nombre, y sin poner delante la nota de honor: señor, don, mientras que al Señor de los ángeles con temeridad y desprecio lo arrastra por doquiera? Y si el Evangelio debes tomarlo con pureza en las manos, y lo tomas con mucha reverencia y piedad, con temor y temblor, ¿por

qué con tu lengua temerariamente con frecuencia maltratas al Señor del Evangelio? ¿Quieres saber cómo le llaman las Virtudes en los cielos, con cuánto temblor, con cuanto horror con cuánta admiración? *"Vi al Señor sentado en un solio excelso y elevado. Alrededor del solio estaban los Serafines... y con voz esforzada, cantaban a coros, diciendo: Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria"*. (ISAÍAS, 6-1, 2, 3). ¿Has visto con cuánto temor, con cuánto horror le nombran para glorificarle y alabarle? Pero tú ciertamente en las preces y súplicas le invocas con mucha tibieza, cuando era necesario horrorizarse, y vigilar, y ser sobrio; pero al jurar, cuando había que ni siquiera mentar el nombre admirable, añades y juntas unos con otros los juramentos. Pues, ¿qué perdón, qué excusa tendremos, aunque mil veces pongamos por delante la costumbre?

Cuéntase que uno de los oradores no cristiano, en fuerza de una mala costumbre al andar movía el hombro derecho constantemente, mas con todo venció la costumbre, púsose en ambos hombros puntas aceradas para corregir por miedo a los pinchazos el miembro que se movía tontamente: haz tú esto con tu lengua, y ponle en vez de punzante espada el temor de la pena divina, y ciertamente vencerás. Porque es imposible, lo repetiré, es imposible que los que esto meditan, cuidan y practican sean jamás vencidos.

Alabáis ahora lo dicho, pero cuando os hayáis enmendado, más alabaréis, no a mí, sino a vosotros mismos y con mayor placer oiréis lo que se dirá, e invocaréis a Dios con pura conciencia, a Dios, que tanto te respeta, que dice: *"Ni tampoco juraréis por vuestra cabeza"* (MATEO, 5-36); mas tú tanto le menosprecias, que hasta por su gloria juras.

–Y ¿qué haré, preguntará alguien, contra aquellos que imponen necesidad?–Oh hombre, ¿cuál necesidad? Sepan todos que tú prefieres padecer todos los males, antes que quebrantar la ley de Dios, y desistirán de ponerte en necesidad. Puesto que no es el juramento lo que hace al hombre digno de ser creído, sino el testimonio de la vida, la conversación proba, el alma buena; muchas veces los que juran fueron descubiertos y nada persuadieron; otros empero, que sólo hacían señal de anuencia, fueron tenidos por más dignos de fe que los que mucho juraron.

Teniendo, pues, sabidas todas estas cosas, poniendo ante lo ojos la pena establecida para los que juran y perjuran, abstengámonos de la

mala costumbre, para que pasando de esto a las restantes obras de virtud, consigamos los bienes futuros; que a todos nosotros sean dados, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre en unidad con el Espíritu Santo se de la gloria, el imperio, el honor, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA VIII

SUMARIO.– Advertencias y análisis de la Homilía VIII.

1. La Escritura proporciona consolación.–Utilidad de la noche.–Transición al asunto.–Dilación nueva.–Texto: "Dios se paseaba en el paraíso al aire después del mediodía".

2. El pecado arguye, condena y atormenta al pecador.–Tranquilidad del justo: Elías y Eliseo.–Las cenizas de los Mártires, ahuyentan los demonios.–El justo está sereno, como el león: aplicaciones.

3. Cuidemos de nuestra alma.–Admirable providencia de Dios.–El curar los cuerpos es costoso e inseguro; el curar el alma es fácil y seguro y sin dolor ni cansancio.–Astucia del demonio en los juramentos.

4. Exhortación moral para evitar los juramentos.–Medio.–Y ¿si hay necesidad?–Respuesta.–De circunstancias.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª En el sábado, día 13 de marzo, fue pronunciada esta octava homilía.

2.ª El impío siempre está medroso y pávido, pero el justo está siempre confiado.

3.ª Lo infiere de las palabras del Génesis: "Dios se paseaba en el paraíso al aire después del mediodía".

4.ª No debe olvidarse que el Crisóstomo cita la Escritura según la versión Alejandrina.

* * *

1. Habéis oído poco ha cómo la Escritura proporciona consuelo y refrigerio, aunque sea una narración histórica. Porque aquello: *"En el principio crió Dios el cielo y la tierra"* (GÉNESIS, 1-1), era una exposición histórica, pero el discurso demostró que también estaba henchida de grande consolación; como es, que Dios ha preparado mesa doble, poniendo a la vez mar y tierra, y doble correr del tiempo, haciendo día y noche: aquel, para trabajar; ésta, para descansar.

UTILIDAD DE LA NOCHE. Porque la noche no nos proporciona menos servicios que el día, pues así como dije de los árboles, que los que no dan frutos dan a los frutales una envidiada utilidad, haciendo que para levantar edificios no nos veamos obligados a tocar los árboles caseros, y para los animales domesticados no nos proporcionan menor utilidad los montaraces y bravos, que por miedo nos compelen a las ciudades, nos hacen más cautos, y nos obligan mutuamente, y a unos

ejercitan en la fortaleza, y a otros curan las enfermedades, puesto que los médicos confeccionan con ellos muchas medicinas, y también nos advierten del pecado original.

Pues cuando haya oído: *"Teman y tiemblen ante vosotros todos los animales de la tierra"*. (GÉNESIS, 9-2-) y después vea que este honor ha sido quitado, me acordaré del pecado, el cual soltó nuestros temores, y disminuyó nuestro principado, y me haré más prudente y mejor, contemplando los males que nos han venido del pecado. Así, pues, y lo he dicho antes, como todas las cosas antedichas nos aprovechan para la vida y muchas otras, las cuales conoce Dios, que las ha hecho; así también aun la noche nos ofrece no menor servicio que el día, siendo descanso de las faenas y medicina de las enfermedades.

Muchas veces los médicos, trabajando mucho y componiendo medicinas, sin cuento, no pudieron librar de la enfermedad al enfermo, y el sueño que espontáneamente vino resolvió toda la enfermedad y lo libró de aquellos infinitos sufrimientos, y la noche no es sólo medicina para los males del cuerpo, sino también para el alma, calmando las almas dolientes. Muchas veces alguien después que perdió un hijo, siendo muchos los que le consolaban, no pudo contener los llantos y gemidos; pero al llegar la noche, vencido por el imperio del sueño, se retiró, cerró los ojos para dormir, y logró un pequeño consuelo de los males del día.

Vamos, pues, tratemos el asunto de donde nos hemos ido. Porque se bien que todos vosotros, tenéis ansias de esto, y que cada cual desea saber *por qué razón no salió a la luz este libro desde su principio*: pero ni tampoco ahora veo que sea oportuno el tiempo para tal exposición. Pues al cabo. ¿por qué? Esta semana ha llegado a su fin, y temo tocar el asunto, teniendo después que interrumpirlo en seguida. Porque este argumento precisa de muchos días, y su mención hase de hacer frecuente; por eso difirámoslo otra vez. Mas para que no lo llevéis a mal os pagaremos la deuda y con creces, pues así conviene a vosotros y a nosotros que pagamos; pero mientras tanto diremos ahora lo que ayer quedó por decir. Y ¿qué es lo ayer dejado? "Dios se paseaba, dice, en el paraíso al aire después de mediodía" (GÉNESIS, 3-8).

Dices: ¿Cómo? ¿Dios se paseaba?–No paseaba; ¿cómo, el que está presente en todas partes y llenándolo todo? Pero en Adán produjo este sentimiento, para corregirle, para que no tuviese alguna excusa, aun antes de hablar. Lo mismo que los que han de comparecer en

juicio, para sufrir las penas de los delitos, escuálidos, sucios, tristes, despreciables, se presentan a los jueces, para moverlos por el hábito a humanidad, perdón y misericordia; lo mismo se verificó en Adán. Había que traer al tribunal a este caído; por esto Dios le previene y corrige.

Pero sintió, notó, que alguno paseaba; mas ¿por qué pensó que paseaba Dios? Esta es la costumbre de los que pecan: de todo sospechan, temen las sombras, espántase de cualquier ruido, creen que todos van en contra suya. Así es que, habiendo notado que muchos acudían a otros ministerios, los pecadores pensaron que contra ellos venían, y mientras hablaban entre sí de otras cosas, los que tenían conciencia de pecado pensaban que se trataba de ellos.

2. Pues tal es el pecado, dase a conocer sin que nadie arguya, condena sin que ninguno acuse, vuelve cobarde y tímido al pecador, así como la justicia hace lo contrario. Escucha, pues, como expresa la Escritura el miedo del primero y la libertad de este segundo: *"Huye el impío sin que nadie le persiga"* (PROVERBIO, 28-1), dice. ¿Cómo es que huye sin quien le persiga?–Dentro tiene el activo acusador de la conciencia, y éste consigo lo lleva por todas partes: y así como no puede huir de sí mismo, así tampoco del que interiormente le agita, sino que donde quiera que vaya es azotado y tiene una herida incurable.

Mas el justo no es así; pero escucha cómo es: *Mas el justo, dice, se mantiene a pie firme, como el león* (IBIDEM). Tal era Elías: vio al rey que se dirigía a él, y diciendo éste: *"¿Eres acaso tú el que trae alborotado a Israel?"*, dijo: *"No he alborotado yo a Israel, sino tú y la casa de tu padre"* (REYES, 18-17, 18). En verdad el justo confió como un león, pues como un león se alzó contra el rey, lo mismo que contra un vil cachorrillo; no obstante, púrpura vestía éste, y aquel la zamarra o melota, vestido más venerable que la púrpura.

ELISEO LA REPETICIÓN DE ELÍAS SEGÚN LA INTERPRETACIÓN DEL CRISÓSTOMO. Porque la púrpura aquella produjo una grave hambre; pero la melota ésta alejó las calamidades, ésta dividió el Jordán; ésta hizo a Eliseo una repetición de Elías (4 REYES, 2-8, 9). ¡Oh qué grande es el poder de los santos! No sólo las palabras y cuerpos de ellos, sino hasta los mismos vestidos son perpetuamente venerables para toda la creación. La zamarra de éste divide el Jordán: los calzados de los Tres Jóvenes pisotearon el fuego; el leño de Eliseo mudó las aguas e hizo que el hacha sobrenadase; la vara de Moisés dividió el mar Rojo,

abrió la peña; los vestidos de Pablo curaron las enfermedades; la sombra de Pedro ahuyentó la muerte.

Las cenizas de los Mártires arrojan los demonios. Las cenizas de los Santos Mártires arrojan los malignos demonios. Por esto lo hacen todo confiados, como Elías; porque no miraba a la corona y al externo esplendor del rey, sino a su alma arrugada, asquerosa, sucia y más criminal que la de cualquier criminal, y viéndole interiormente cautivo y servidor de vicios, despreció su reino; porque le parecía ver no un rey de verdad, sino de burla; no en realidad, sino de comedia. Porque de la exterior opulencia, ¿qué provecho, cuando tanta es la interna pobreza? Y ¿qué perjuicio de la pobreza, cuando interiormente hay tantas riquezas de repuesto?

También el bienaventurado Pablo era tan león, porque entrado en la cárcel, con la oración tan sólo sacudió todos los cimientos, limó las cadenas (Hechos Apostólicos, 16-26), no con dientes, sino con palabras, por lo cual hay que llamarlos no sólo leones, sino algo que sea más que los leones. Pues que muchas veces el león, caído en las trampas, es cogido; pero los santos, cuando son atados, entonces son más fuertes: como este bienaventurado hizo entonces en la cárcel, soltando a los encadenados, sacudiendo las paredes y sometiendo al custodio de la cárcel y conquistándolo con la palabra de la religión. El león ruge, y asusta a todas las fieras; el santo ora, y por todas partes arroja los demonios. Las armas del león, el horror de su mirada, las aceradas uñas y los agudos dientes; las armas del justo, la sabiduría, la templanza, la paciencia, el desprecio de todo lo presente. Cualquiera que tenga estas armas, no tan sólo de los hombres malos, sino también de los poderes enemigos, se burlará.

Cuida, pues, oh hombre, de vivir según Dios, y nadie te superará; aún más, aunque parezcas el más vil de todos, serás el más poderoso de todos; así como si descuidares la virtud del alma, aunque seas el más poderoso de todos, serás fácilmente expugnable a cuantos te armen asechanzas. Y esto prueban los ejemplos citados; mas si quieres, pondré esmero en enseñarte prácticamente que la fuerza de los justos es inexpugnable, y que es fácil cautivar a los pecadores. Escucha, por tanto, como el Profeta insinuó ambas cosas: *"No así los impíos, no así, sino que serán como el polvo o tamo, que el viento arroja en la superficie de la tierra"* (Salmo, 1-4). Pues como aquel está expuesto a ser fácilmente disipado por el viento huracanado; así el pecador es derribado por toda tentación. Porque al luchar él consi-

go mismo y al llevar de continuo esta lucha, ¿qué esperanza de salvación tiene el que en casa está entregado y que arrastra consigo la conciencia, enemigo continuo?

Mas el justo no así. Pues ¿cómo es?–Escucha al mismo Profeta, que dice: *"Los que ponen en el Señor su confianza estarán firmes como el monte de Sión"* (SALMO 124-1). ¿Qué es eso de como el monte de Sión?, dice.–Pues que cuantas máquinas empleares, cuantos dardos tirares queriendo demoler el monte, nunca jamás lo superarán, porque ¿cómo podrás? Las máquinas, sí que se gastarán todas, y hasta tu fortaleza destruirás.

Así es también el justo: cualquiera heridas que reciba, en verdad ningún daño sufre, pero destruye la fuerza de los perseguidores, no sólo de los hombres, sino también de los mismos demonios. Pues muchas veces has oído cuántas maquinaciones el diablo empleó contra Job, y con todo no sólo no derribó aquel monte, sino que fatigado se retiró, habiendo sido rotas las saetas y las máquinas inutilizadas en aquella lucha.

3. Sabiendo, pues, esto, cuidemos de nuestra vida, y no nos afanemos por los dineros, que perecen, ni por la gloria, que se apaga; ni por el cuerpo, que envejece; ni por la hermosura, que se marchita; ni por los placeres, que se pasan; sino empleemos todo cuidado en nuestra alma, y a ésta atendamos de todos modos. Porque no a todos es fácil curar los cuerpos enfermos, pero medicinar el alma que sufre es cosa facilísima a cualquiera; y en verdad para curar el cuerpo se necesitan medicinas y dineros, mas para curar el alma todo está fácil y sin gastos: la carne, por naturaleza, con grande trabajo queda libre de las heridas perniciosas, ya que a veces se tiene que emplear el bisturí y las purgas amargas; mas para el alma nada de esto: basta querer y desear, y todo queda remediado.

Y esto fue obra de la providencia de Dios, pues porque de la enfermedad corporal no puede seguirse mucho mal, ya que por más que no enfermemos la muerte que sobreviene lo corromperá, y lo deshará por completo, para nosotros, empero, todo está puesto en la salud del alma: hizo fácil la curación de la parte mucho más útil y más necesaria y que no cuesta ni dispendio, ni dolor. Así es que ¿tendremos alguna excusa? Y ¿qué venia, cuanto tan grande cuidado ponemos para el cuerpo, en el que se gasta dinero, y se llaman médicos, y se aguanta mucho dolor, principalmente no siguiéndosenos de la enfermedad un daño grande y que despreciemos el alma, y esto no

teniendo que gastar dinero, ni molestar a otros, ni soportar dolores, sino que sin nada de esto, con sólo el propósito y la voluntad, podemos hacer toda la corrección, y sabiendo perfectamente que como esto no hagamos, hemos de padecer penas extremas, y tormentos y suplicios inevitables? Porque dime: si alguien te prometiese que en corto espacio de tiempo te enseñaría el arte de la medicina sin costarte dinero, ni trabajo, ¿no le tendrías por un bienhechor? ¿No aguantarías el hacer y sufrir cuantas cosas hubiese mandado el que promete? Pues he ahí que sin trabajos se pueden encontrar los remedios de las heridas, no del cuerpo, sino del alma, y ponerla en salud sin dolor alguno; por tanto, no lo descuidemos.,

Ahora dime: ¿qué dolor tiene el que está triste en dejar pasar la ira? Cierto es un dolor acordarse de las injurias y no reconciliarse. ¿Qué trabajo hay en orar y pedir incontables beneficios a Dios que da pronto? ¿Qué trabajo en no murmurar de nadie? ¿Qué dificultad en librarse de la envidia y malignidad en no hablar palabras torpes, en no afrentar ni injuriar? ¿Qué cansancio en no jurar? Y otra vez recaigo en la misma amonestación. Antes bien, el mayor trabajo es jurar, pues muchas veces poseídos de la ira y el furor, juramos que no nos reconciliaríamos con uno de los que nos dañan; después, apagada la ira y calmado el furor, queriendo reconciliarse, forzados por la imposición del juramento, nos hemos sentido como colgados de un lazo y enredados en trampas irrompibles.

Esto sabe también el diablo, y porque bien conoce que la ira es fuego, y que con facilidad se extingue, y una vez la ira apagada se sigue la reconciliación y amistad, deseando que el fuego éste sea inextinguible, muchas veces nos enredó con el juramento para que si la ira ya cesó, estando la obligación del juramento, conserve el ardor en nosotros, y de dos cosas se haga una: o que reconciliados perjuremos, o no reconciliados nos hagamos reos de pecado de odio.

4. Exhortación moral para evitar los juramentos. Conociendo, pues, estas cosas, huyamos de los juramentos y asiduamente diga nuestra boca Cree; que ésta será señal de toda piedad para nosotros. Porque la lengua enseñada a decir esta sola palabra se confunde y avergüenza de proferir palabras torpes y absurdas; y si acaso por la costumbre es arrastrada, teniendo muchos acusadores, se corrige. Pues cuando alguno viere que el que no jura profiere palabras torpes, al punto le insultará, se le burlará y bromeando dirá: Tú que en todo dices, Cre, que no te atreves a proferir un juramento, ¿cómo es que

contaminas tu lengua con torpes conversaciones? Así es que aun sin querer obligados, empujados por los presentes, volveremos a la piedad.

Pero ¿qué si hay necesidad de jurar?, pregunta alguno.–Donde hay prevaricación de la ley no hay necesidad.–Y ¿es posible, añade, no jurar del todo?–¿Qué dices?–¿Dios mandó y tienes atrevimiento de preguntar si es posible guardar la ley? Antes bien es imposible no guardarla. Y por las cosas presentes quiero persuadiros esto, que no es imposible no jurar, sino jurar. Pues he aquí que a los habitantes de la ciudad se les ha mandado, lo que al parecer de muchos excede sus fuerzas, sacar el oro, y la parte mayor está ya reunida, y se puede oír a los cobradores, que dicen: hombre, ¿por qué tardas? ¿Por qué de día en día nos lo difieres? Que no te puedes escapar: es ley del Emperador, que no admite demora.

Te pregunto: ¿Qué dices?–El Emperador mandó pagar el impuesto, y no es posible que no lo pagues; Dios mandó huir los juramentos, y dices ¿que no podemos huir los juramentos? Ya es el día sexto en que os aviso de este mandamiento; en adelante quiero pactar con vosotros, como quien desiste, para que temáis. En adelante no tendréis excusa ni perdón, máxime porque aunque nada hubiésemos dicho, esto debe corregirse por vosotros mismos: que no es ni muy vario ni exige mucha preparación. Mas habiendo tenido tantas advertencias y consejos, cuando acusados en aquel tribunal tremendo se os exijan las penas de esta prevaricación, ninguna excusa podrá presentarse, sino que será necesario o bien salir ya enmendados, o bien ser castigados, por no haberse encomendado. Por lo tanto, pensando todos en esto, salidos de aquí con mucho cuidado, exhortaos a guardar en vuestro entendimiento cuidadosamente las cosas que en tantos días se han dicho: con lo cual, aunque callemos nosotros, enseñando el uno al otro, edificándoos, exhortándoos, demostréis mucho provecho, y cumpliendo todas las restantes leyes, gozaréis de eternas coronas: las cuales a todos se nos conceda conseguir, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea dada gloria al Padre juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA IX

SUMARIO.–Advertencias y análisis de la Homilía IX:

1. Solicitud del Crisóstomo por su iglesia y ciudad.–Oyentes pronto enmendados de los juramentos.–Combate la idea supersticiosa de que, después de haber comido, es indigno ir a escuchar la divina palabra. –Antes por el contrario, es útil.

2. Sentimiento por causa de los que no están presentes y remedio.–Por qué la Escritura no fue dada antes.–Objección y respuesta.–Las Escrituras son útiles y necesarias.–Primero, nos enseñó Dios por la misma creación.–Testimonios fehacientes.–Los cielos, publican la gloria de Dios.–El día y la noche.

3. Sabiduría de Dios en el orden de las cosas naturales.–El modo de la creación manifiesta al Creador.–"Dios afirmó la tierra sobre las aguas".

4. Esto es obra de una superior providencia.–El sol y la luz también la prueban y manifiestan, y las aguas que están sobre el firmamento, y el mar contenido por la menuda arena, y la contrariedad de los elementos componentes.

5. Exhortación moral: glorifiquemos a Dios con nuestra vida ordenada y santa.–Desterremos la mala costumbre de jurar.–La luz volante.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Parece ser que fue dicha el 15 de marzo, lunes de la segunda semana de Cuaresma.

2.ª Después de una alabanza deshace una idea supersticiosa y explica el texto: "Los cielos publican la gloria de Dios".

* * *

1. Y hace poco me he dirigido a vosotros, y ahora os dirijo la palabra; y ojalá siempre estuviera con vosotros, si no con la presencia corporal, al menos por la fuerza de la caridad, porque yo no tengo más vida que vosotros y que el cuidado de vuestra salvación. Pues así como el colono sólo se preocupa de las semillas y cosechas, y el navegante de las olas y los puertos, así el que habla, cuida de los oyentes, y de su provecho, como yo lo hago ahora. Por esto también a todos vosotros llevo en mi alma; pero no aquí sólo, sino también en casa. Porque aunque la población es grande y la medida de mi corazón pequeña, mas la caridad es ancha, y. *"No están mis entrañas cerradas para vosotros"* (2 CORINTIOS, 6-12); pero no añadiré lo que

sigue, porque nosotros tampoco las tenemos cerradas en vosotros. ¿En que se ha esto manifestado?

Se de muchos que dicen: ya hemos cumplido el mandamiento imponiéndonos la ley, y determinando penas para los que juran, y aplicando la multa a los quebrantadores de la ley, una multa conveniente a vosotros, lo cual es señal de máxima calidad. Porque no me avergüenzo de estar solícito, por estas cosas, puesto que en ello no hay curiosidad, sino que es la solicitud de la providencia. Pues si al médico no es oprobioso el preguntar sobre el enfermo, tampoco será para nosotros crimen el preguntar inquiriendo de vuestra salvación. Porque así advertidos de lo que os ha aprovechado y de lo que ha faltado, os aliquemos lo restante en la forma congruente.

Oyentes pronto enmendados de los juramentos. Así es que, habiendo cuidadosamente escudriñado estas cosas, hemos conocido y dado gracias a Dios que no hemos sembrado en un cantarral, ni hemos echado la semilla entre espinas, y que no hemos necesitado ni largo tiempo, ni mucha dilación. Por esto asiduamente os llevo en mi corazón, por esto no siento el trabajo de enseñar, aliviado por el lucro de los oyentes. Porque esta recompensa puede repararnos, y aliviarnos, y hacernos prontos y alegres para soportar todo trabajo en favor vuestro. Ya, pues, que habéis dado muchas muestras de ánimo agradecido, hora es de que paguemos la deuda que hace poco habíamos prometido, aunque no vea estar presentes todos aquellos que habían venido aquí cuando hice la promesa. Y ¿esto por cuál causa? ¿Qué es lo que los ha alejado de nuestra mesa?

Según parece, quien tocó la mesa corporal creyó que era cosa indigna el venir a escuchar las divinas palabras después de la comida del cuerpo. Mas en esto no sienten rectamente, porque de ser esto absurdo, no hubiera Cristo tenido muchos y largos sermones después de la mística Cena; de seguro que, siendo esto incongruente, no hubiera comunicado también sus discursos a los que por dos y más veces había dado de comer en el desierto. Porque, si se me permite, hasta diré algo en que no pensáis: que precisamente es entonces utilísimo aplicar los oídos a las palabras divinas.

Porque cuando estuvieres persuadido que es necesario acercarse a la sagrada reunión (synaxa) después de tomar alimento y bebida, aun sin pensar ni querer guardarás del todo la sobriedad, y jamás serás gobernado ni por la crápula, ni por la embriaguez, porque el cuidado y la expectación de reunirse en la iglesia enseña a tomar el manjar y

la bebida en la medida conveniente, para que una vez entrado y mezclado entre los hermanos, después oliendo a vino y eructando inmodestamente, no seas objeto de risa para todos los presentes. Esto digo, no a vosotros ahora presentes, sino que lo digo a los ausentes, para que lo sepan por vosotros.

Porque no es obstáculo para oír el comer, sino el quedarse aletargado; mas tú, que estimas ser un crimen el no ayunar, incurres en otro crimen, mucho peor y más grave, por no participar de esta sagrada mesa, y porque alimentando tu cuerpo, consumes de hambre tu alma. Y ¿qué excusa tendrás? Porque con el ayuno corporal podrías quizá alegar la debilidad del cuerpo, pero para no oír, ¿qué podrías decir?, porque la debilidad del cuerpo no prohíbe el participar de las divinas palabras. Que si hubiese dicho: Nadie que haya comido se mezcle con los otros, después de comer nadie escuche, hubieras tenido algún perdón; mas ahora cuando os estamos atrayendo, y halagando, y llamándoos, al resistiros, ¿qué excusa tendréis? Porque aquel no sería oyente idóneo, no el que hubiera comido o bebido, sino el que no atendiera a las palabras, bostezando y distraído, el que teniendo aquí el cuerpo, anduviese vagando por otras partes mentalmente; este, aunque ayune, es inútil para oír: al contrario, el despierto y vigilante, y que pone atención, aunque haya comido y bebido, para nosotros será el mejor de todos los oyentes.

En los juicios y consejos de los extraños debidamente prevaleció esta ley, porque no saben moderarse, por eso no comen para nutrirse, sino para estallar: a veces beben hasta la saciedad; por esto haciéndose ellos ineptos para la administración, faltan a los senados y juicios para todo el día, no acudiendo. Pero aquí no es así, en manera alguna, sino que quien come, por la modestia del ánimo es igual al que está ayuno, porque ni come ni bebe para estallar el vientre o para oscurecer la razón, sino para reparar el cuerpo debilitado.

2. Pero para amonestación baste; mas ahora es ya tiempo de pasar al argumento, aunque nuestro pensamiento rehuya y emperece sobre esta doctrina por causa de los que no han venido. Y como la piadosa madre que pone la mesa, al no estar presentes todos los hijos, duélese y suspira esto mismos sufro yo ahora, y pensando en la ausencia de nuestros hermanos, me contengo de cumplir las promesas; pero vosotros podéis desechar este entorpecimiento. Porque si me prometéis que habéis de contarles todo diligentemente al punto os repartiremos todas las cosas, pues así por la enseñanza de vuestra caridad, tendrán

consuelo de su abstención, y vosotros nos escucharéis con más atención, sabiendo que es preciso que estas cosas las refiráis a otros.

Pues para que el sermón nos sea más claro, lo diremos volviendo a lo arriba dicho.

POR QUÉ LA ESCRITURA NO FUE DADA NI EN TIEMPO DE ADÁN NI DE NOÉ, NI DE ABRAHÁN. Poco ha preguntábamos por qué causa se dio a la luz después de tantos años, ya que ni en tiempos de Adán, ni de Noé, ni de Abrahán, sino en los de Moisés fue publicado este libro. A muchos oigo que dicen: si era útil, desde un principio debía haber sido dado, y si era inútil, no debía darse después.

Mas este discurrir es insubsistente, porque no totalmente y desde luego hay que dar lo que más tarde ha de ser útil; ni tampoco es preciso que perdure totalmente después todo lo que fue dado al principio. Así, útil es la leche; pero el pecho no se nos da siempre, sino de niños; útil es el alimento sólido, pero nadie nos lo da al principio, sino cuando hemos salido de la edad infantil. Igualmente útil es el estío, pero no es para siempre constante, y el invierno, útil es, pero también pasa.

¿Habrá, pues, quien diga que las Escrituras no son útiles? Ciertamente utilísimas, y aun más, necesarias. Pero replica: si útiles, ¿por qué razón no se nos dieron desde el principio?

–Porque Dios quería enseñar al linaje humano, no por escrito, sino por las cosas mismas. ¿Y qué quiere decir por las cosas mismas? Por la misma creación. Pues recayendo en esta sentencia el Apóstol y dirigiéndose a los gentiles que decían: No hemos aprendido desde el principio a conocer a Dios por las Escrituras, mira cómo responde: Pues habiendo dicho: *"Se descubre también la ira de Dios del cielo sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios"* (ROMANOS, 1-18), y habiendo advertido la objeción que le salía al paso, y a muchos que preguntaban por dónde los gentiles hubiesen conocido la verdad de Dios, infirió diciendo: *"Puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios"* (IB. v. 19). ¿Y cómo fue manifestada en ellos?. ¿Y cómo podían conocer a Dios? ¿Quién lo manifestó?, di. *"Porque Dios se lo ha manifestado"* dice. ¿Por qué medio? ¿Enviando algún profeta, evangelista o doctor, ya que aún no había Escrituras? *En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas"* (IB. v. 20). Y

lo que dice, así es: A la vista de todos puso la creación patente, para que conjeturen por las obras al creador; lo mismo que dijo también otro: *"Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se puede a las claras venir en conocimiento de su Creador"* (SABIDURÍA, 13-5). ¿Has visto la grandeza? Considera con admiración el poder del Creador. ¿Has visto la hermosura? –pásmete la sabiduría del decorador– como lo hacía el profeta diciendo: *"Los cielos publican la gloria de Dios"* (SALMO 18-2).

Mas yo pregunto: ¿cómo pregonan? Por la sola contemplación. Porque cuando hayas visto la hermosura, la grandeza, la excelsitud, el sitio, la forma que perdura tanto tiempo, como quien oye una voz, y quien dice por el aspecto, adoras al que crió un mundo tan hermoso y admirable. Calla el cielo, pero su vista da una voz más clara que la de la trompeta, enseñándonos por los ojos, no por los oídos, porque aquel sentido no es naturalmente más cierto y más claro. Pues si nos hubiera enseñado mediante libros y escritos, los instruidos y peritos hubiesen aprendido los escritos, mientras que el no instruido se retiraría sin provecho alguno, de no haber dado con alguien que lo introdujese; el rico habría comprado el libro, el pobre no habría podido comprarlo; además, el que supiera la lengua aquella en que está la escritura hubiera sabido las cosas dentro contenidas; pero el Escita, el Bárbaro, el Indio, el Egipcio y todos los que desconocen aquella lengua, se marcharían sin haber aprendido nada.

Mas del cielo nada de esto puede decirse, sino que el Escita, y el Bárbaro, y el Indio, y el Egipcio, y todo hombre que anda sobre la tierra, oirá esta voz, puesto que no por los oídos, sino por los ojos entra en nuestra alma. Y la participación de lo visible es una misma, y que no se diferencia como las lenguas; en este libro lo mismo podrán leer el idiota y el sabio, el pobre y el rico, y de cualquiera parte venga uno, mirando el cielo, recibirá con la vista doctrina suficiente; y en verdad indicando y demostrando esto el mismo profeta decía que la creación da una voz fácil de ser entendida tanto por los bárbaros, como por los griegos y por todos los hombres del universo: *"No hay lenguaje, ni idioma en los cuales no sean entendidas estas sus voces"* (SALMO 18, 4). Y lo que afirma, tal es: No hay gente, ni hay lengua que no puedan entender esta lengua, sino que su voz es tal, que pueda ser oída por todos los hombres, y no tan sólo la del cielo, sino también la del día y de la noche.

–Y ¿cómo la del día y de la noche?– Porque aquél, el cielo, tanto

con su hermosura, como por su grandeza, como con muchas otras cosas, sobrecoge a los espectadores y los induce a la admiración del mismo Creador; pero el día y la noche, ¿qué podrían ostentarnos?

En verdad que nada como esto; pero sí otras cosas no inferiores a éstas: la conveniencia, el orden exactísimamente observado. Porque cuando hayas pensado cómo están distribuidos por todo el año, y cómo se dividen todo el tiempo del año lo mismo que dos pesos puestos en una balanza, admirarás al que lo ordenó. Pues lo mismo que unas hermanas se han repartido la herencia del padre con gran armonía y sin disputa ni altercado, lo mismo el día y la noche se distribuyen el año con tan grande igualdad y se mantienen entre sus propios términos y nunca jamás la una molesta a la otra. Así es que jamás en invierno el día fue largo, como ni en el estío fue nunca larga la noche, después de pasadas tantas generaciones, sino que en ese mismo intervalo de tiempo, en tanta longitud, no tuvo la una más que la otra ni un poco, ni media hora, ni el tiempo de un guiño de ojo.

3. Sabiduría de Dios en el orden de las cosas naturales. Por lo que admirado el Salmista de la igualdad de los mismos, exclamaba diciendo: *"La una noche las comunica a la otra noche"* (Salmo 18-3). Si sabes filosofar sobre estas cosas, admirarás tanto a aquel que desde un principio puso linderos invariables. Oigan esto los avaros y ambiciosos de los bienes ajenos e imiten la igualdad del día y de la noche: óiganlo los hinchados y engreídos, y que no quieren conceder a otros los primeros puestos. El día cede a la noche y no invade dominios ajenos, y tú disfrutando siempre honor, ¿no te digas comunicarlo a los hermanos?

Y considera conmigo la sabiduría del legislador. Dispuso que durante el invierno la noche sea larga, cuando las semillas más reblandecidas y más necesitadas de enfriarse ni toleran rayo más cálido; mas después que fueron creciendo, a la vez que ellas crece también el día, y se alarga más aún, cuando ya se sazona el fruto.

Y esto no es sólo oportuno para las semillas, sino también para los cuerpos. Porque en el invierno el navegante, patrón y pasajero, el soldado y el labrador permanecen en casa, obligados por el frío, y el invierno es tiempo de descanso, dispuso Dios que se emplease más tiempo en las noches, para que el día largo no resulte inútil a los hombres que no pueden hacer nada.

¿Quién puede ponderar el orden de las estaciones del año, que a manera de unas doncellas que juegan a la rueda, vanse sucediendo

con mucho modo, y del medio y sin ruido no censan de sustituirse poco a poco en los puestos contrarios? Por esto ni el paso es del invierno al estío, ni del estío al invierno sin intermedios, sino que van interpuestas la primavera (y el otoño) de tal manera que sucediéndose despacio e insensiblemente, preparan nuestros cuerpos para llevarlos sin molestias a la estación calurosa o fría, porque como las súbitas mudanzas en contrario engendran daño y enfermedad mortal, dispuso Dios que sea primavera quien nos recibe al salir del invierno, y el estío al pasar de primavera, y el otoño al terminar el estío, para de ahí entrarnos en el invierno; así las mudanzas inofensivas y espaciosas nos sobrevienen de los contrarios tiempos por los intermedios.

¿Quién es, pues, tan miserable y desgraciado, que al mirar el cielo, y también el mar y la tierra, la templanza de las estaciones del año tan diligentemente ordenada, y el no interrumpido orden del día y de la noche, piense que esto está hecho espontáneamente, y no adore a aquél que todas las cosas dispuso con la congruente sabiduría?

Tengo que decir aún cosas mayores, porque no sólo la grandeza y hermosura, sino también el mismo modo de la creación manifiesta al Creador de todas las cosas. Porque como no estábamos presentes desde el principio al que formaba y creaba todo, ni aunque lo hubiésemos estado podíamos saber cómo eran hechas, siendo todo compuesto por un poder invisible, hizo que el mismo modo de la creación nos sea el mejor maestro, arreglando todo cuanto se hacía por una deducción sobrenatural.

4. ¿No son –dime– acaso estas cosas no son visibles a un ciego e inteligibles a los muy tontos, ya que han sido hechas y se mantienen por alguna providencia? Porque, ¿quién será tan tonto y estúpido que viendo mole tan grande, tanta hermosura, tanto adorno, tanta composición, la no interrumpida pugna de tales elementos y su contrariedad, y la perseverancia, no reflexione para sí y diga: si no hubiese una providencia que sustenta el peso de los cuerpos, y que no permite que todo se haga pedazos, no habría podido el universo ni permanecer, ni durar? Tan regular orden de las estaciones del año, tan grande armonía de la noche y el día, tanta variedad de animales irracionales, de plantas, de semillas y hierbas que conservan su manera de ser, y hasta el momento nada estorba y nada se ha consumido totalmente.

5. Mas no éstas sólo, sino otras muchas cosas y más profundas que éstas podían decirse y discurrirse de la creación; pero dejándolo para mañana, pongamos cuidado con retener lo dicho y en hacerlo

llegar a otros. Y sé de seguro que la profundidad de las enseñanzas es algo no acostumbrado para vuestros oídos; pero si vigilamos un poco y nos acostumbramos a ellas, también fácilmente seremos doctores para los otros.

Pero mientras tanto es necesario decir a vuestra caridad: como Dios nos ha glorificado por medio de creación tan grande, así nosotros también glorifiquemos a Dios por medio de nuestra conversación pura. *"Los cielos publican la gloria de Dios"* (SALMO 18-2), con sólo aparecer, y nosotros hemos de pregonar su gloria, no sólo hablando, sino que también callando, y con lo esclarecido de la vida llevando a todos a la admiración. Pues dice: *"Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos"* (MATEO, 5-16). Porque cuando el infiel te vea a ti, fiel, compuesto, modesto, adornado, se admirará y dirá: ¡En verdad que es grande el Dios de los Cristianos! ¡Qué hombres ha formado! ¡Y de cuáles los ha hecho! ¡De hombres los ha vuelto ángeles! Cuando alguno los ha injuriado, no injurian; si se les hiere, no lo llevan a mal; a los ultrajes responden orando por los que les han lesionado; no tienen enemigo; no saben guardar rencor, desconocen las burlas; no han aprendido a mentir; no toleran ser perjuros; es más, ni el jurar, y preferirían que les fuese cortada la lengua antes que su boca dijese un juramento.

Démosles para que digan de nosotros estas cosas, y desterremos la mala costumbre de los juramentos, y demos a Dios tanto honor siquiera cuanto damos a nuestros vestidos más preciosos. Porque ¿cómo queréis que no sea un absurdo que, teniendo un vestido mejor que los otros, no permitís el usuarlo frecuentemente, y el nombre de Dios lo arrastréis temerariamente por doquiera, como ocurre?

Por tanto, ruego y suplico que no descuidemos así nuestra salvación, sino más bien pongamos en práctica el deseo que ya teníamos desde el principio acerca de este mandamiento. Por esto hago yo una no interrumpida exhortación de los juramentos, no porque vea vuestra lentitud, sino por ver a la mayor parte corregida por vosotros, y pretendo, y me apresuro para que todo quede perfecto y tenga remate. Así es como lo hacen los espectadores que alientan a los que están más próximos a la meta. Por lo mismo no nos cansemos nosotros, puesto que estamos cerca del término o hito de la corrección total, y lo difícil estaba al principio. Pero ahora, cuando está ya cortada la costumbre por mucho, y poco es lo que resta, ya ni es necesario

esfuerzo alguno, sino un poco de miramiento, y necesitamos una breve diligencia para que, corregidos nosotros, seamos maestros para los otros, y con confianza veamos la Pascua, y con grande placer recibamos dobladas y triplicadas las acostumbradas alegrías. Porque no es el estar libres de las molestias y sufrimientos del ayuno lo que nos agrada tanto, cuanto el presentarnos en aquella sagrada solemnidad con merecimiento y espléndida corona, corona que nunca se marchita.

Y para que la enmienda sea más rápida, haz lo que digo: Pinta en la pared de tu casa, y graba en la pared de tu corazón, aquella hoz volante, y piensa que ésta vuela para maldición (ZACARÍAS, 5-1, 5), y reflexiona con asiduidad sobre ella, o si ves a otro que jura, cohibe, veda, cuida de tus siervos. Pues si esto consideramos, así como no solamente nosotros mismos nos portaremos bien, sino que también induciremos a otros a lo mismo, de prisa conseguiremos el fin nosotros. Porque en acometiendo el corregir a otros, nos avergonzamos y confundimos, si omitimos lo que a otros imponemos. Y no es necesario decir más, pues ya se han recordado antes muchas cosas, y lo que se ha dicho sólo ha sido para refrescar la memoria.

Dios, empero, que perdona a nuestras almas más que nosotros, nos haga perfectos en esto y en todo lo bueno, para que habiendo conseguido todo fruto de justicia seamos contados por dignos del reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre y al Espíritu Santo sea gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

INDICE

INTRODUCCIÓN 3

HOMILIA I

SUMARIO: Advertencias y análisis de la homilía I. 6

1. Doctrina de S. Pablo.– Valor de toda sentencia, por corta que sea, de la Escritura.– Elección del tema de esta homilía.
2. Anuncia que profundizará en el tema.– Enumera objeciones y preguntas a que responderá.– Propone una digresión
3. Alabando la virtud de Timoteo y la paternal solicitud de Pablo.– Los santos tanto más temen cuanto más abundan en méritos.
4. Medios con que Timoteo se fortifica contra los peligros de la juventud.– Enfermo, no descuida los asuntos de Dios.– La advertencia: usa un poco de vino, lejos de ser una condescendencia, es una llamada a la sobriedad.– El vino es un don de Dios; la embriaguez, es obra del demonio
5. Permitido es usar moderadamente del vino.– De la embriaguez.– Regla de la templanza.– Solución de las cuestiones propuestas.– Elevando el discurso, de un caso concreto, lo generaliza para todos cuantos sufren tribulaciones
6. Causa varias por que Dios permite que los santos padezcan: 1.ª La tribulación los hace modestos y humildes
7. 2.ª Manifiesta el poder de Dios. 3.ª Evita que sean tenidos por más que hombres: la idolatría es intento diabólico
8. 4.ª Manifiesta que los buenos sirven a Dios no por los bienes presentes; ejemplo de Job. 5.ª Es consuelo de los demás atribulados. 6.ª Confirma la verdad de la resurrección y vida eterna
9. 7.ª Invita a que imitemos a los que son hombres, como nosotros. 8.ª Enseña a quiénes debemos llamar dichosos y a quiénes desgraciados. 9.ª Hace más estimables a los que sufren tribulaciones. 10.ª Repara las faltas de la vida pasada. 11.ª Aumenta los premios y las coronas
10. Exhortación.– No pidamos cuenta a Dios de los trabajos, sino glorifiquémosle en todo.– Comparación entre los frutos de la paciencia y de la limosna.– Ejemplo de Job.– Aplicación a los atribulados.– Job, Lázaro el Pobre, los Apóstoles, los Profetas, los Patriarcas, los justos
11. La acción de gracias contrapuesta a la blasfemia.– Sé constante en el bien por más que sufras
12. Los blasfemos sean corregidos y castigados.– Ejemplo de Juan Bautista.– Se responde al dicho: a mí, ¿qué me importa?, no me toca nada.– Conclusión

HOMILIA II

SUMARIO: Advertencias y análisis de la homilía II 30

1. ¿Hablaré o callaré?– La sedición lo ha trastornado.– Dejadme llorar.– Calamidad de los Antioquenos
2. Antes por el terremoto, ahora por el inminente gravísimo peligro.– Bellísima enumeración descriptiva.– Transición
3. Hablaré para disipar la nube de tristeza.– El cristiano debe soportarlo todo generosamente por la esperanza de lo futuro.– Insiste contra los blasfemos.– Os lo predije
4. Ha sucedido.– Es castigo de la negligencia el reprimir a los blasfemos.– Rechaza los aplausos y propone el fruto que desea.– Entra en el asunto de la homilía.– Cuales son verdaderas riquezas
5. No manda la pobreza, sí la modestia y humildad.– La arrogancia.– No son malas las riquezas, sino la avaricia.– La pobreza es electiva, no impuesta.– Quién es rico.– La hospitalidad.– Las casas: su fin y su uso.– Falacia de los bienes materiales.– Cristo recibe, guarda, agradece, premia y devuelve los depósitos que en los pobres le son confiados
6. Frutos de la limosna.– Es útil para lo futuro y para lo presente.– Inconstancia de las riquezas.– De ellas tenemos el uso, no el dominio.– Bienes comunes son los necesarios; los particulares no son necesarios
7. Fines concretos de las riquezas.– Grande riqueza es el temor de Dios.– En sólo una cosa parecen superar las riquezas a la pobreza.– Ni aún en esto las superan: en comidas, bebidas
8. Sueño.– El pobre como, bebe y duerme más a placer que el rico.– Elogio de la vida de trabajo: Adán y Pablo.– La pobreza es para los que la saben sobrellevar una rica posesión.– Antítesis del pobre y del rico.– En las injurias
9. La pobreza no daña, sino ayuda.– Elías fue pobre.– Elías dejó su manto a Eliseo; Cristo nos ha dejado su carne al ascender al Padre.

HOMILIA III

SUMARIO: Advertencias y análisis de la homilía III 48

1. S. Flaviano, obispo de Antioquía, como buen Pastor, marcha a Constantinopla para aplacar al Emperador.– Elogio de este santo obispo.– Confianza inspirada en la persona de Flaviano, en su prudente exposición, en la eficacia de sus ruegos al Emperador y a Dios.– Alabanza de Antioquía
2. Confiemos, no obstante, mejor en la misericordia de Dios: sigue elogiando la ciudad.– Roguemos a Dios, que vehementemente desea que acudamos a El.– Repitamos la oración de Ester en favor del obispo.– Poder sacerdotal
3. El ayuno, poderoso medio de conseguir la liberación y la salvación.– Símiles del invierno y la primavera, del soldado, del labrador, del navegante, del viajero, del atleta.– Mas la utilidad del ayuno es nula, si no nos abstenemos de los vicios.– El ayuno es medicina moral muy útil, si se usa como es debido

4. Ejemplo del ayuno de los Ninivitas.– La mudanza total de la vida y costumbres.– En esto consiste el verdadero ayuno.– Abstinencia de los ojos y de los oídos
5. Abstinencia de la boca y lengua: de la murmuración y efectos en quien murmura y en quien oye murmurar.– No lo digas a nadie.– Hay que evitar la murmuración
6. La murmuración agrava los pecados: Dios dictará la sentencia por el juicio nuestro sobre los demás.– ¿De qué hemos de abstenernos?– Calamidad de Antioquía.– Misericordia de Dios.– Terremotos en Antioquía.– Exhortación moral.– Promesa condicionada de liberación

HOMILIA IV

SUMARIO: Advertencias y análisis de la homilía IV 65
1. Alivio y provechos de la calamidad actual.– No estemos sentidos de esta tristeza, sino agradecidos a Dios
2. Frutos de las calamidades.– Buen cambio nacido de la calamidad.– Crece la religión por motivo de la tribulación
3. Regla prudentísima.– Los Tres Jóvenes del horno babilónico.– Cómo el diablo se destruye a sí mismo.– El fuego entre los Persas
4. Dios puso a los enemigos por testigos del trofeo.– La máxima alabanza fue la acusación.– Al justo nada puede vencerlo ni espantarlo
5. Ten a Dios benévolo y nada te dañará.– No el lugar, sino la mala conciencia perjudica.– Prudentes como serpientes.– Dejemos la excesiva solicitud.– Guarda de la lengua.– De todos los sentidos
6. Exhortación moral.– Cambiar las malas costumbres, como la de los juramentos, es completar el ayuno

HOMILIA V

SUMARIO: Advertencias y análisis de la homilía V 78
1. Consolación que recibe el alma recordando los hechos de los Tres Jóvenes metidos en el horno de Babilonia, y del justo Job.– Es muy útil este recuerdo.– Ganancia de las tribulaciones.– Quienes pacientemente sufren las tribulaciones se vuelven más esclarecidos
2. De los males humanos ninguno es grave, sino el pecado.– El temor de la muerte en el cristiano es un temor pueril.– S. Pablo no temía la muerte, y tú puedes parecerte a Pablo.– Los que esperan la vida futura no deben temer la muerte
3. Los pecadores deben temer la muerte y porqué es pésima.– Menos es de temer la muerte injusta que la justa.– Causas porque se teme la muerte: por no ansiar los bienes del cielo, por no temer el infierno, referencia a la sedición: miedo que ha quitado otro miedo.– La muerte ha de ser despreciada: por qué

4. Teme la muerte quien no tiene limpia la conciencia; no la teme el justo.– La tristeza, ¿para qué vale?– No remedia calamidades; pero borra los pecados.– La muerte se vence no temiéndola
5. Si nos convertimos, Dios nos sacará con bien de la actual calamidad –como a los Tres Jóvenes– y a los Ninivitas
6. Los Ninivitas, bárbaros paganos, se convirtieron al oír las amenazas de Dios por Jonás; nosotros en vez de cambiar de costumbres, cambiamos de lugares; ellos sin saber de cierto que serían perdonados; nosotros ni aun sabiéndolo.– Nuestra salvación no está en huir de la ciudad, sino en alejarnos de las malas costumbres
7. Evítense los juramentos.– Por qué insiste sobre esto.– Medio eficaz de dominar este vicio.– Provecho práctico de esta homilía.– Jamás hay necesidad de pecar.– La necesidad única es la de no ofender a Dios.– Los vicios se vencen, uno por uno, con examen particular

HOMILIA VI

SUMARIO: Advertencias y análisis de la homilía VI 95

1. Continúa consolando a los atribulados.– Los sacerdotes hacen como las madres.– El temor de los Magistrados es provechoso.– Utilidad de las tribulaciones.– Dios nos ha permitido estar tantos días atormentados del miedo, porque quiere espantarnos, para no castigarnos
2. Los nuncios de la sedición de Antioquía forzados a detenerse en el camino para Constantinopla.– Motivos de confiar.– La providencia de Dios, el modo con que obra, para favorecernos
3. Clemencia de Teodosio en la Pascua.– Del desprecio de la muerte.– Cuarta causa de temer la muerte: el no vivir con la austeridad que corresponde a Cristianos.– De la maceración nace el deseo del cielo.– Para esto Dios ha hecho trabajosa esta vida
4. Ejemplo de los hebreos residentes en Egipto.– Por qué es útil la vida presente.– La muerte no es de temer.– La vida regalada es de temer: Epulón y Lázaro.– Huyamos los pecados.– Esto nos da seguridad
5. No hace libres el no tener castigo, sino el vivir según las leyes.– La tribulación mejora a nosotros y a los que nos la causan, si la llevamos bien.– Ejemplo de Nabucodonosor, admirado y transformado
6. Nada temamos sino ofender a Dios.– El pecado es un gran suplicio.– Las penas nos llevan a Dios.– La úlcera sajada.– Ten por más felices a los que sufren penas, habiendo pecado, que a los que siendo pecadores no son afligidos: como los hidrópicos.– Evitar los juramentos.– No vale decir: "otros lo hacen".– Miremos a los que se portan bien.– Un hábito destruye otro hábito; una costumbre, otra.– Más fácil es no jurar que jurar
7. Llevarse la flor y el fruto del sermón.– Hablando de estas cosas evitaremos el peligro de hablar mal y desecharemos la preocupación que nos entristece ahora.– Celemos por el bien de nuestros hermanos: extendamos llamas de celo.– Insiste en corregir, multar y castigar a los que juran

HOMILIA VII

SUMARIO: Advertencias y análisis de la homilía VII 110

1. Flor espiritual: Dios nos ha permitido la tristeza no por otro motivo que por solo el pecado.– Nada temamos tanto como el pecado.– Argumento de menor a mayor: los Tres Jóvenes de Babilonia.– Transición del discurso consolatorio al discurso homilítico.– Toda exposición de la Escritura es exhortación y consolación.– Tema
2. Consolación encerrada en el tema o sentencia, Dios hizo el cielo y la tierra para ti, te hizo imagen suya en el principado, puso al hombre en el paraíso, le dotó de alma racional e inmortal.– Dios siempre es bueno, cuando beneficia, cuando corrige y cuando castiga
3. Las calamidades no son cosas indignas de la providencia de Dios, que hace como los padres con los hijos.– Benignidad amorosa de Dios con Adán.– Clemencia de Dios con él
4. Adán, ¿dónde estás?– Dios a la vez que es Juez, es Médico y es Maestro.– Exhortación para evitar los juramentos

HOMILIA VIII

SUMARIO: Advertencias y análisis de la homilía VIII 119

1. La Escritura proporciona consolación.– Utilidad de la noche.– Transición al asunto.– Dilación nueva.– Texto: "Dios se paseaba en el paraíso al aire después del mediodía"
2. El pecado arguye, condena y atormenta al pecador. Tranquilidad del justo: Elías y Eliseo.– Las cenizas de los Mártires ahuyentan los demonios.– El justo está sereno, como el león: aplicaciones
3. Cuidemos de nuestra alma.– Admirable providencia de Dios.– El curar los cuerpos es costoso e inseguro; el curar el alma, es fácil y seguro y sin dolor ni cansancio.– Astucia del demonio en los juramentos
4. Adán, ¿dónde estás?– Dios a la vez que es Juez, es Médico y es Maestro.– Exhortación para evitar los juramentos.– Medio.– Y ¿si hay necesidad?– Respuesta.– De circunstancias

HOMILIA IX

SUMARIO: Advertencias y análisis de la homilía IX 126

1. Solicitud del Crisóstomo por su iglesia y ciudad.– Oyentes pronto enmendados de los juramentos.– Combate la idea supersticiosa de que, después de haber comido, es indigno ir a escuchar la divina palabra.– Antes por el contrario, es útil
2. Sentimiento por causa de los que no están presentes y remedio.– Por qué la Escritura no fue dada antes.– Objeción y respuesta.– Las Escrituras son útiles y necesarias.– Primero, nos enseñó Dios por la misma creación.– Tes-

timonios fehacientes.– Los cielos publican la gloria de Dios.– El día y la noche

3. Sabiduría de Dios en el orden de las cosas naturales.– El modo de la creación manifiesta al Creador.– "Dios afirmó la tierra sobre las aguas"
4. Esto es obra de una superior providencia.– El sol y la luz también la prueban y manifiestan –y las aguas que están sobre el firmamento –y el mar contenido por la menuda arena –y la contrariedad de los elementos componentes
5. Exhortación moral: glorifiquemos a Dios con nuestra vida ordenada y santa.– Desterremos la mala costumbre de jurar.– La hoz volante.

SAN JUAN CRISOSTOMO

LAS XXI HOMILIAS DE LAS ESTATUAS

VOLUMEN II

Versión y notas por el

M. I. Sr. Juan Oteo

Serie
Los Santos Padres
N.º 25

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-544-1991
I.S.B.N.: Tomo II - 84-7770-192-X
I.S.B.N.: Obra Completa - 84-7770-193-8
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

SAN JUAN CRISOSTOMO

Las XXI Homilías de Las Estatuas predicadas por San Juan Crisóstomo, siendo Presbítero, en la Palea o Iglesia llamada la Antigua al pueblo de Antioquía (de Siria).

VOLUMEN II

HOMILIA X

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía X.

1. Congratúlase con los oyentes porque han obedecido sus advertencias.–Es lícito oír la palabra divina aun después de haber comido el alimento corporal.–No es ignominioso comer, sí lo es el privarse por ello de las solemnidades de los fieles, aunque es mejor acudir ayuno.–Vale más oír la palabra de Dios que ayunar.–Hermosa enumeración y antítesis.
2. Agradecimiento y paga del servicio.–Repetición resumida de cosas antedichas.–Del orden, disposición, hermosura y grandeza del mundo.–La providencia de Dios demostrada por el cuerpo humano.–El mundo no puede subsistir sin la providencia de Dios.
3. Sigue la demostración, por ejemplos.–Objetan los gentiles: respuesta.–Ni el universo ni el sol son dioses.
4. Otra respuesta a la objección: la creación es corruptible.–Aun el sol se eclipsa.–De solo Dios es propio no necesitar.
5. Prueba por rápida enumeración.–Pablo enseña la verdad de que toda criatura es corruptible.
6. Exhortación moral.–Glorifiquemos a Dios por la óptima conversación, especialmente absteniéndose de juramentos.–No hay pretexto alguno que alegar.–Por qué insiste sobre este tema.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Escribió León XIII en la Encíclica *Providentissimus Deus:* "El intérprete... tenga cuidado en no olvidar que ya ha sucedido más de una vez que las teorías científicas, traídas como ciertas, han sido después discutidas y cayeron, por fin, repudiadas."

2.ª Conviene no desatender la regla de crítica que enseña: Los hombres, los hechos, las doctrinas deben juzgarse según el tiempo, sitio, lugar, ambiente y circunstancias en que vivieron los autores; nunca pueden ser juzgados por nuestro actual modo de ser y de pensar. Los hechos son siempre circunstanciales.

3.ª Según esta prudente regla de Crítica, hoy nadie se maravillará de las ideas que expone el autor sobre la Cosmogonía y biología humana. En el siglo IV, en que San Juan Crisóstomo vivió y escribió las ideas que expone en esta X Homilía repitiendo las ya dichas en la IX, eran las más seguidas. Claudio Tolomeo, astrónomo y geógrafo griego que floreció en Alejandría hacia el 125 de la Era cristiana, resucitó la hipótesis, que considera a la tierra como centro del universo, y procedía de ideas caldeo-egipcias. La hipótesis anduvo muy válida hasta Copérnico (Nicolás, 1475-1543). Este explicó la doctrina [1] heliocéntrica, contraria a la geocéntrica de Tolomeo, la misma que completada y perfeccionada es hoy en día única admitida. Cosa parecida puede repetirse en lo tocante a Biología. A cada siglo su ciencia.

4.ª A pesar de lo dicho, los razonamientos son en sí eficaces para el fin intentado, que es moralizar al pueblo fiel, y pueden verse empleados en obras de Teodicea y Apologética ("Lecciones de Apologética", de N. Marín Negueruela, números 763, 764, sexta edición. Madrid, 1944).

5.ª Pasaron algunos días entre las homilías IX y X, no pronunciándose ésta al día siguiente de la novena. El santo autor lo indica con decir: poco ha...

* * *

1. Me gozo y congratulo de todos vosotros, porque habéis cumplido la advertencia que poco ha os hice para con los que no ayunan y que por esta causa estaban ausentes. Pues estoy pensando que son muchos los que cenados hoy están presentes y hermosean por completo esta oración mía; lo que conjeturo así, porque se ha agrandado el espectáculo y el número de los oyentes. Según aparece, no en vano hemos hablado mucho de los mismos hace poco, exhortando a vuestra caridad que los atrajéseis a la madre, y que les persuadiéseis que es lícito, aun después de la comida del cuerpo, no quedarse defraudados de la participación del alimento espiritual. Mas yo os pregunto, mis

---

1. Barruntos de la doctrina heliocéntrica hubo ya seis siglos antes de Jesucristo; algunos filósofos afirmaron que el sol era centro fijo del universo, en cuyo derredor giraban los cuerpos celestes. Así ANAXIMANDRO, siguiendo a HIERÓN DE ESMIRNA, decía que la tierra se movía alrededor del centro del mundo. PITÁGORAS y sus discípulos sostuvieron la misma doctrina. FILOLAO DE CROTONA, pitagórico, explicaba que la tierra gira sobre su eje, alrededor del sol. NICETAS DE SIRACUSA completó la teoría. Como defensores del geocentro cítanse a HOMERO, TALES DE MILETO, ARISTÓTELES, ERATÓSTENES, POSIDONIO, ESTRABÓN, POMPONIO MELA, PLINIO....

amados: ¿cuándo lo habéis hecho mejor? ¿Acaso cuando, dejada de lado la sinaxa, después de la mesa os íbais a dormir, o ahora cuando, después de la mesa, os habéis juntado para oír las leyes divinas? ¿Cuando os estábais en la plaza y tomábais parte en sesiones de ningún provecho, o ahora cuando estáis reunidos con vuestros hermanos y oís las palabras de los profetas? No es ignominioso el comer, queridos, pero sí lo es que, tomado el sustento, permanezcáis en casa y estéis privados de esta sagrada solemnidad. Porque al quedarte en casa estarás más ocioso y perezoso: pero acudiendo aquí, sacudirás el sueño y la pereza, y no sólo la pereza, sino que también, deponiendo la tristeza, estarás más pronto y más alegre para cuantos casos ocurran. Y ¿qué necesidad hay de añadir más? Con que te pongas cerca de alguno que ayuna, al momento sentirás una suavidad de olor del mismo. Porque quien ayuna es un espiritual ungüento, que trasciende la buena disposición del alma por los ojos, por la lengua y por todo su ser. Esto he dicho, no para acusar a los que han comido, sino para señalar la ventaja del ayuno.

Vale más oír la palabra de Dios, que ayunar. Pero llamo ayuno, no sólo al abstenerse de alimentos, sino más que a esto, a la huida de pecados: porque el convidado, y que ha acudido aquí con la modestia congruente, no es vencido gran cosa por el que ayuna; como a su vez el ayunante que no atiende con empeño y diligencia a lo que se dice, de tal ayuno sacará bien poca utilidad. Pues el que come y participa del santo sermón con el correspondiente cuidado, es mucho mejor que el que nada come y está ausente: porque no puede ayudarnos la dieta tanto, cuanto la asistencia a la doctrina espiritual aprovecha y reporta ventaja. ¿Dónde oirás estas cosas? ¿Lo que aquí filosofas? Si vas a la plaza, allí riñas y peleas; si a la curia, los cuidados de las cosas civiles; si a la casa, atormenta por doquiera la solicitud de las cosas privadas; si a los consejos y sesiones del foro-mercado, allí todo lo terreno y corruptible, porque todos cuantos a él acuden hablan o de lo que se vende, o de los tributos, o de las comidas exquisitas y abundantes, o de la venta de campos, o de otros contratos, o de testamentos, o de herencias, o de otras cosas parecidas. Y si te acercas a los salones regios, allí también oirás que todos hablan de dinero y riquezas, del poder, de la gloria, cosas aquí estimadas; pero de lo espiritual, nada. Aquí, empero, todo lo contrario: de las cosas que hay en el cielo, del alma, de nuestra vida, del por qué hemos sido criados, y por qué estamos aquí tanto tiempo, y para dónde emigramos de aquí, y

qué nos recibirá después de esto, y por qué motivo tenemos cuerpo bajo, y cuál es la naturaleza de la muerte, y por fin qué es la vida presente y cuál la futura; absolutamente de nada terreno, sino que todos nuestros discursos tratan de las cosas espirituales; y los que tomemos grandes viáticos de nuestra salvación, de aquí saldremos así con fundada esperanza.

2. Y puesto que no en balde arrojamos las semillas, sino que, como os había exhortado, habéis cazado a todos cuantos habíanse distanciado de vosotros, vamos a pagaros el servicio, y recordando unas pocas cosas anteriormente dichas, demos también las restantes.

Y ¿cuáles cosas están antedichas? Preguntábamos cómo y de qué manera ordenó Dios nuestras cosas anteriormente del don de las Escrituras, y decíamos que por la creación había enseñado a nuestro linaje, extendiendo el cielo y mostrándolo, libro máximo para ignorantes y para sabios, para pobres y para ricos, para escitas y para Bárbaros, y útil en general para todos los que habitan la tierra, el libro más grande de los que se enseñan. También disertamos muchas cosas de la noche y del día, y del orden de éstos, y de la conveniencia diligentemente guardada por ellos: y mucho sobre las estaciones del año, sobre su número y de su igualdad. Pues así como el día ni media hora siquiera tiene más que la noche en todo el año, así las estaciones se han distribuido por igual los días todos: y como antes decía, demuestran al creador no sólo la grandeza y hermosura de la creación, sino también el mismo modo del conjunto de los elementos naturales, y porque el orden de la creación está sobre la razón y sus deducciones. Porque en razón estaba que el agua fuese llevada sobre la tierra; pero ahora vemos lo contrario, que la tierra está llevada sobre las aguas. Natural es que el fuego tienda hacia arriba; mas ahora vemos lo contrario, que los rayos solares se dirigen hacia abajo, hacia la tierra, y que las aguas están sobre los cielos, y que no son consumidas; que el sol, al correr por debajo, no es apagado por las aguas, ni evapora aquel agua. A esto añadimos que todo está compuesto de cuatro elementos entre sí contrarios y en lucha, y que el uno no destruye al otro, aunque deba consumirlo dada su naturaleza. De lo cual es manifiesto que un cierto poder invisible lo prohíbe, y que el vínculo es la voluntad de Dios. Hoy quiero detenerme más en este discurso, pero despertad y estadme atentos con diligencia.

Mas para que el milagro se haga más patente tomaré la demostración de nuestro propio cuerpo. Porque este nuestro corto y pequeño

cuerpo se compone de cuatro elementos: así la sangre es caliente, la bilis amarilla es seca, la pituita es húmeda, la otra bilis es fría. Y nadie tenga este discurso por incongruente: porque *"el hombre espiritual discierne de todo, y nadie puede a él discernirle"* (1 Cor. 2-15). Así también Pablo tocó razones de la agricultura, al disertarnos de la resurrección: *"¡Necio! lo que tú siembras no recibe vida si primero no muere"* (1 Cor. 15-36). Pues si aquel bienaventurado trataba de agricultura, nadie nos acuse si tocamos en cosas de medicina: pues de Dios, de la creación de Dios hablamos ahora, y nos es necesario un argumento de esta ciencia. Pues como he dicho arriba, nuestro cuerpo está compuesto de estos cuatro elementos, y si una parte se separa del todo, de esta disidencia proviene la muerte: así, por razón de ejemplo, al sobreabundar la bilis se produce fiebre, y si prevalece desmesuradamente, ocasiona muerte arrebatada: otras veces, con exceso de frío, nacen parálisis, temblores, apoplejías e innumerables enfermedades, y finalmente, cualquier clase de enfermedades nace del exceso de estos humores, siempre que uno de ellos, saliendo de los propios límites, insurge contra los otros, y daña toda la proporción.

El mundo no puede subsistir sin la providencia de Dios. Pregunta, pues, a quien diga que todas las cosas, nacidas por sí mismas, por sí subsisten. Si este pequeño y diminuto cuerpo, usando medicamentos y de la ciencia médica, con el alma que interiormente lo arregla, y con mucha filosofía, y con otras incontables ayudas, no puede estar siempre en buena salud, sino que muchas veces perece y se corrompe por una perturbación que le sobrevino: ¿cómo un mundo tan grande, que tiene tantas moles de cuerpos, y que está compuesto de los mismos elementos, si no gozase de mucha providencia, habría podido permanecer no turbado en tanto tiempo? Porque no se compagina razonablemente que nuestro cuerpo, teniendo providencia interior y exterior, apenas pueda conservarse; y que mundo tan grande, sin disfrutar de providencia, por tantos años no haya sufrido nada de lo que padece nuestro cuerpo. Porque pregunto yo: ¿cómo es que de estos elementos ninguno se ha excedido, ni ha consumido a los otros? y ¿quién los juntó desde el principio? ¿quién los ató? ¿quién los frenó? ¿quién los contiene durante tanto tiempo? Porque si la mole del mundo hubiera sido un cuerpo simple y uniforme, no hubiera sido tan imposible lo que se dice: pero cuando hubo desde el principio tan grande lucha de elementos, ¿quién tan demente que piense que éstos se hayan concertado por sí mismos sin nadie que obligase, y que

hayan permanecido juntos? Que si nosotros, no por el natural, sino por voluntad, malamente afectados unos con otros no nos concertamos espontáneamente, sino que persistimos enemistados y estamos en mutuo desacuerdo por el ánimo ofendido; y necesitamos de un tercero que nos junte, y después que nos haya juntado, nos constriña y nos persuada a permanecer en paz, y a no separarse otra vez: ¿de qué manera los elementos, que no están dotados ni de razón, ni de sentido alguno, y que por naturaleza son entre sí enemigos, que se rechazan, hubieran convenido y marchado los unos con los otros, y hubieran podido permanecer el uno con el otro, si no hubiera una potencia indecible que los juntase, y una vez reunidos los contuviera siempre con tal vínculo?

3. ¿No ves cómo este cuerpo, en volando el alma, se cae, y marchita, y perece, y cada uno de los elementos se va por su lado? Esto mismo, de seguro, sucedería también en este mundo si el poder perpetuo que lo gobierna lo hubiese dejado sin la propia providencia. Puesto que si una nave sin capitán no perduraría, sino que fácilmente se vería hundirse: ¿cómo subsistiría el mundo tanto tiempo sin que nadie lo gobierne? Y para no decir más, piensa que el mundo es un navío, su quilla es la tierra, su velamen el cielo, los navegantes pasajeros los hombres, el mar es el abismo inferior: ¿pues cómo en tanto tiempo no ha ocurrido un naufragio? Si no, deja un navío por un solo día sin alguien que gobierne y sin marineros, y al momento lo verás hundido; mas al mundo nada semejante le ha pasado, teniendo ya cinco mil y muchos más años. Pero ¿qué digo un navío? Levantó alguien en la viña una casucha o una choza, y una vez cogido el fruto la deja abandonada, y muchas veces ni dos días dura, sino que se deshace y se cae. Ahora bien, el tugurio no estaba en pie sin alguien que proveía; y una creación tan grande, tan hermosa, tan admirable, y las leyes del día y de la noche, y la danza o curso de las horas, y la natural sucesión variada y omnímoda en la tierra, en el mar, aire, cielo, y en las plantas, y en las aves que vuelan, en los nadadores, en los seres que andan, en los que se arrastran, y en la especie humana, que a todos ellos sobrepuja en dignidad, ¿hubiera permanecido estable por tanto tiempo sin ninguna providencia?

Además, acompáñame mentalmente recorriendo las huertas, las clases de flores, todas las hierbas y sus empleos, las fragancias, figuras, el lugar, sólo los hombres, los árboles frutales y de leña, la naturaleza de los metales, de los animales terrestres, de los marinos, de los

acuáticos, de los que andan por los aires, los montes, los bosques, las arboledas, abajo el prado, arriba prado, pues hay prado en la tierra, y le hay en el cielo, las flores varias de los astros, correspondientes a las rosas de abajo, arriba el iris. ¿Quieres que te muestre un prado en las aves? Mira el cuerpo del pavo real, variado de colores y que aventaja a todo lo teñido, y a las avecillas de color de púrpura. Piensa en la hermosura del cielo, cuánto tiempo lleva, y no se ha empañado, sino que está como recién fabricado, tan brillante y resplandeciente está: piensa en el vientre de la tierra, que pare hace tanto, en cómo no se ha debilitado su fecundidad. Piensa en las fuentes, cómo brotan, y no se han secado desde que fueron puestas, manando continuamente de día y de noche; piensa en el mar, que recibiendo tantos ríos, nunca salió de madre. Pero ¿hasta dónde vamos a proseguir lo incomprensible? Justo es que en cada cosa enumerada se diga: *"¡Cuán grandiosas son todas tus obras! Todo lo has hecho sabiamente"* (Ps. 103,24).

Mas ¿qué suelen responder a esto los infieles, cuantas veces les recordamos la grandeza del mundo, el ornato, la abundancia, la riqueza en todo? Precisamente, dicen, esto mismo es el mayor motivo de quejarnos, por haber Dios hecho el mundo tan grande y tan hermoso: pues de no haberlo hecho grande y hermoso, no le hubiéramos hecho dios; mas ahora, heridos por la grandeza, y admirando su hermosura, lo hemos juzgado dios.

Pero este discurso es vano: pues que ni la grandeza ni la hermosura sean la causa de la impiedad, sino el desconocimiento de ellos, lo declaramos porque entre nosotros no pasa eso. Pues ¿por qué motivo no les tributamos honores divinos? ¿Es que no los miramos con parecidos ojos? ¿o es que no recibimos de la creación lo mismo? nuestra alma ¿no es lo mismo que la de ellos? ¿no poseemos cuerpo idéntico al de ellos? ¿no pisamos la misma tierra? Pues ¿cómo es que la hermosura y la grandeza no nos persuaden a sentir como ellos? Y no tan sólo por esto se hace patente, sino también por otros lados. Y que lo hayan consagrado no por la hermosura, sino por la propia estulticia, que lo prueben y digan por qué han adorado la mona, el cocodrilo, el perro, los más viles entre los animales. En verdad, *"Devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas, y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios"* (Rom. 1,21-22). Con todo, no responderemos sólo con estas razones, sino que también diremos algo más.

4. Porque previendo antes Dios esto, hasta este agarradero de la sabiduría de ellos les quitó: por esta razón creó el mundo no tan sólo

admirable y grande, sino también corruptible y marchitable, y le puso muchas tachas de su flaqueza: y lo que hizo en los apóstoles, esto mismo hizo en todo el mundo.

–Y ¿qué hizo en los apóstoles?– Porque hacían muchos prodigios, grandes milagros y cosas admirables, no obstante permitió que a veces fuesen azotados, ser desterrados, habitar en cárcel, padecer enfermedades corporales, estar de continuo atribulados, para que la grandeza de los prodigios no hiciese que fuesen tenidos por dioses entre los hombres; por lo cual, habiendo dado tanta gracia, permitió que el cuerpo fuese mortal, y en muchos valetudinario; y no demudó el natural de la enfermedad, para insinuar la humana condición. Y no es mío este pensamiento, sino de Pablo en persona, que decía: *Si quisiese gloriarme, podría hacerlo sin ser imprudente, porque diría verdad, pero me contengo, a fin de que nadie forme de mi persona un concepto superior a aquello que en mí ve o de mí oye (2* Cor. 12,6); y otras ves: *Este tesoro lo llevamos en vasos de barro* (2 Cor. 4,7). Y ¿qué es lo de vasos de barro? ¿frágiles, quebradizos? Dice: En este cuerpo mortal y corruptible. Porque así como la vasija de barro se hace de lodo con fuego, así también el cuerpo de aquellos santos, siendo de barro y habiendo recibido la eficacia del fuego espiritual, quedó convertido en vasija o instrumento. Y ¿por qué se hizo así y puso en un cuerpo mortal y corruptible un tal tesoro y tanta abundancia de gracias. *Para que la grandeza del poder sea de Dios, y no nuestra* (Ib.). Pues cuando vieres a los apóstoles que en verdad resucitan muertos, y que ellos mismos están enfermos, y que no pueden librarse de la enfermedad, entenderás claramente que no fue por el poder del que hace resucitar al muerto, sino que la resurrección fue obra del Espíritu. Y que con frecuencia enfermaban, oye lo que de Timoteo dice el Apóstol: *Usa de un poco vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades* (1 Tim. 5,23); y otra vez de otro: *A Trófimo lo dejé enfermo en Mileto* (2 Tim. 4,20). Y escribiendo a los Filipenses, decía: *Epafrodito ha estado enfermo a punto de muerte* (Filp. 2,27). Pues si, aun con todo esto, los consideraban dioses, y se preparaban a sacrificar, diciendo: *Dioses son éstos que han bajado a nosotros en forma de hombre* (Act. 14,10), de no haber sucedido tales cosas, ¿adonde hubiera llegado la impiedad, vistos los milagros?

Pues así como aquí permitió que estuviesen enfermos por causa de la grandeza de los prodigios y de la naturaleza de ellos, y permitió frecuentes tentaciones para que no fuesen tenidos por dioses; de se-

mejante modo ha hecho algo parecido en las criaturas del universo. Porque ha hecho la creación hermosa y grande, pero también la instituyó corruptible. Ambas cosas nos las enseñan las Escrituras: porque éste, para contarnos la hermosura de los cielos, nos dice: *Los cielos publican la gloria de Dios* (Ps. 18,2); y otra vez: *Es es el que extendió los cielos como un velo o una cosa muy leve y los desplegó como una tienda de campañas en que se ha de habitar* (Is. 40,22); y de nuevo: *Ciñe el cielo con el cerco glorioso* (Ecclo. 43,13). Pero otro, aunque demostrándolo hermoso y grande, pero a la vez corruptible, dice así: *Oh Señor, tú eres el que al principio criaste la tierra: los cielos obra son de tus manos. Estos perecerán; pero tú eres inmutable. Vendrán a gastarse como un vestido. Y los cambiarás como quien muda una capa, y mudados quedarán* (Ps. 103,26-27). Y otra vez David dice del sol: *A manera de un esposo que sale de su tálamo, salta como gigante a correr su carrera. Sale de una extremidad del cielo, y corre hasta la otra extremidad del mismo* (Ps. 18,6-7). ¿Has visto cómo ha puesto ante tus ojos la hermosura y a la vez la grandeza de la estrella, del astro? Porque como el esposo que sale de un tálamo, así en la aurora el sol despide sus rayos, y hermoseando el cielo con purpúreo manto, tornando en rosicler las nubes, y avanzando todo el día sin tropezar, no se interrumpe la marcha con ningún obstáculo. ¿Habéis, pues, visto su hermosura? ¿habéis visto su grandeza? Ved, pues, también la muestra de su debilidad. Porque para demostrarla decía un sabio: *¿Qué cosa más resplandeciente que el sol?, pues éste también se eclipsa* (Ecclo. 17,30). Y no por sólo esto se manifiesta su debilidad, sino también por el amontonamiento de las nubes. Así es que poniéndose por debajo una nube, enviando los rayos y empeñado en deshacerla, no prevaleció al ser la nube más densa y no querer rendírsele. –Mas opones: alimenta los sembrados–. Pero no solo él los desarrolla, porque está necesitado de la tierra, del rocío, de las lluvias y vientos, y de la conveniente distribución de las estaciones del año; como todas estas cosas no concurran, es inútil que el sol luzca.

De solo Dios es propio no necesitar. Pero esto no es propiedad de Dios, el necesitar de otros para hacer lo que ha de hacerse: pues lo más propio de Dios es el no necesitar. Así El no crió las simientes de la tierra; sólo mandó, y todas germinaron. Y además, para que aprendas que, no los elementos de la naturaleza, sino el mandato divino, ha hecho todas las cosas, y produce los mismos elementos que no existían, sin necesitar nada, envió a los judíos el maná: *El pan de cielo les*

dio, dice (Ps. 77,24). Y ¿qué digo, que para hacer vegetar los frutos y para madurarlos necesita el sol de otras cosas elementales, cuando hasta en su constitución necesita de muchas, sin que pueda bastarse a sí mismo? Porque para marchar, necesita el cielo, extendido como pavimento; y para lucir, de la pureza y claridad del aire; que si éste se condensa demasiado, aquél no puede ostentar su luz: y para no resultar intolerable a todo, y para no agostarlo todo, necesita de nuevo también de frío y de rocío. Por tanto. véncenle los restantes elementos, y remedian su impotencia: pues lo vencen las nubes, los muros, y otros cuerpos opacos que no dan paso a la luz; y otros remedian su destemplanza, como el rocío, las fuentes, el frescor del aire; ¿cómo puede éste ser Dios? Porque para ser Dios es preciso que NO NECESITE, no tener necesidad de cosa alguna, y ser autor de todos los bienes para todos, y no estar prohibido por nada, como lo dicen de Dios Pablo y el profeta Jeremías, éste hablando de su propia persona, diciendo: *¿Por ventura no lleno Yo, dice el Señor, el cielo y la tierra?* (JER. 23,24), y también: *¿Acaso piensas tú que yo soy dios de cerca y no soy Dios desde lejos?* (IB. 23,23), y otra vez David: *Yo dije al Señor: Tú eres mi Dios, que no tienes necesidad de mis bienes* (Ps. 15,2); y Pablo, para demostrar la riqueza de Dios, que de nada necesita, y para ostentar que estas dos cosas, sobre todo, son propias de Dios, el no necesitar de nada y el suministrarlo todo a todos, dice así: *El Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no... ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa* (ACT. 17,24-25).

5. Podíase también recorrer otros elementos, el cielo, el aire, la tierra, el mar, y demostrar la flaqueza de los mismos, y que cada uno necesita del vecino, y sin él perece y se corrompe. Pues la tierra, si le faltan los manantiales, y la humedad del vapor acuoso evaporado del mar y de los ríos, abrasada se desgasta en breve; y los restantes elementos necesitan el uno del otro, el aire del sol, y el sol del aire: pero para no hacer el discurso más prolijo, baste con lo dicho haber dado a los que quieran muchas oportunidades. Pues si el sol, el más admirable de todas las criaturas, se presenta en tanto grado débil y necesitado; mucho más las otras partes del mundo: lo cual he dicho para dar a los aplicados lo que ha de ser recogido; disertaré otra vez de las Escrituras con vosotros, demostrando que no solamente el sol, sino que también todo el mundo es corruptible. Pues consumiéndose

mutuamente los elementos, y el frío mayor que sobreviene corrige la potencia solar, y a su vez a éste consume el calor que prevalece, y los elementos producen y sufren unos de otros cualidades y disposiciones contrarias: cierta cosa es que éstos dan prueba de grande corrupción, y de que cuanto se ve son cuerpo. Mas por ser este discurso más levantado que vuestra medianía, vamos a conduciros a las dulces fuentes de las Escrituras, y halaguemos vuestros oídos. Mas no os hablaremos separadamente del cielo y de la tierra, sino de toda la creación juntamente os mostraremos que habla el Apóstol, que dice así claramente, que toda criatura está sujeta ahora a corrupción, y por qué está sujeta, y ocupando se mudará, y a qué condición pasará. Porque después que dijo: *Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros,* infirió: *Así las criaturas todas están aguardando con grande ansia la manifestación de los hijos de Dios. Porque se ven sujetas a la vanidad* o mudanza *no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujeción, con la esperanza* (Rom. 8,18,19,20). Y lo que dice es de este tenor: la creación es corruptible: que esto es *están sujetas a la vanidad:* mas ha sido criada corruptible por mandarlo Dios; y Dios lo dispuso así por nuestra estirpe, pues tenía que sustentar al hombre corruptible, ella también debía serlo; porque no era decente que cuerpos corruptibles viviesen en una creación incorruptible. Pero, dice, no permanece tal, sino que *serán también ellas liberadas de esa servidumbre a la corrupción* (Rom. 8,21); después, señalando cuándo sucederá esto, y por quiénes, infirió: *para la libertad de los hijos de Dios.* Pues cuando hayamos resucitado, añade, y hayamos recibido cuerpos incorruptos, entonces también el cuerpo del cielo y de la tierra y el de todo el mundo quedará incorrupto e inmarchitable. Por tanto, cuando hayas visto al sol saliente, admira al creador; cuando le veas ocultarse y desaparecer, recuerda la inestable naturaleza, y no le adores como a un dios. Que por esto puso Dios en la naturaleza de los elementos prueba de su flaqueza de ellos, pero además, a los hombres servidores suyos mandoles que los dominasen, para que si por la contemplación de los mismos no conoces su servidumbre, aprendas de los que mandan, que todas las cosas son conservidoras tuyas. Por esto Josué, hijo de Nave, dice: *Sol, no te muevas de encima de Gabaón; ni tú, Luna, de encima del valle de Ayalón* (Jos. 10,12). Y otra vez el profeta Isaías le hizo volver atrás su camino al contrario en tiempo del rey Ezequías (Isaías, 38,8), y Moisés también mandó al

aire, al mar, a la tierra y a las peñas: Eliseo mudó la condición de las aguas (4 Reyes, 3), los Tres Jóvenes vencieron el fuego. ¿Adviertes cómo proveyó Dios ambas cosas, ciertamente guiándonos por la hermosura de los elementos al conocimiento de su divinidad, pero por la flaqueza de los mismos no permitiéndonos caer en la adoración de ellos?

6. Exhortación moral para evitar los juramentos. Así pues, glorifiquemos a nuestro Gobernador por todas estas razones, y no sólo de palabra, sino también con obras, y demos pruebas de óptima conversación no tan sólo acerca de las demás cosas, sino también por la abstinencia de los juramentos. Porque no todo pecado merece la misma pena, pero los que son fáciles de corregir la incurren mayor: lo que indicaba Salomón al decir: *No es tan gran culpa el que uno hurte, pues que hurta para saciar su hambre. Con todo eso, si lo cogen, lo pagará con las setenas; pero el adúltero acarrea con su insensatez la perdición de su alma* (Prov. 6,30, 31, 32). Y esto es lo que dice: cierto que es grave cosa el robo, pero no lo es tanto como el adulterio: porque el ladrón tiene alguna causa, aunque fútil, pero puede pretextar necesidad por pobreza; pero el adúltero, sin causa alguna obligante, se precipita en la sima del pecado sólo por demente.

Esto mismo puede repetirse de los que juran, pues no tienen pretexto alguno que presentar, sino solamente el desprecio. Me doy cuenta de parecer ser pesado y cargante y que soy molesto por la frecuente repetición de la advertencia; con todo, no desisto, para que al menos avergonzados de mi descaro, os abstengáis de la ímproba costumbre de jurar. Pues si aquel juez áspero y cruel, molestado de las instancias de la viuda, mudó de conducta (Lc, 18,2ss), con más razón lo haréis vosotros, y máxime haciéndolo yo y pidiéndooslo, no para mi provecho, sino para vuestra salvación; más aun, no negaré que también lo hago por mi propia salvación: porque computo que vuestros bienes son méritos míos. Querría, pues, que como yo ahora trabajo y me fatigo por vuestra salvación, así vosotros tengáis cuidado de vuestra alma: así fácilmente se pondría fin en este negocio tan grande.

Y ¿para qué necesitamos decir más?, porque no había de haber infierno ni tormento para los contumaces, ni premio para los obedientes, pero si, acercándome yo a vosotros, os hubiera pedido este favor, ¿no hubiérais debido concederlo y otorgar la petición al que tan poca cosa pedía? Pues haciéndolo Dios, quien la pide, no para sí, sino para vosotros, dándoos, que no recibiendo, ¿quién será tan ingrato, quién

tan miserable, quién tan desdichado que no dé a Dios, que pide esta obra buena, sobre todo siendo quien da el mismo que ha de gozar del beneficio?

Pensando, pues, todo esto, y recogiéndoos en vuestra mente, repasadlo todo, y por todos los medios corregid a los que no lo observan, para que recibamos la recompensa de los merecimientos propios y ajenos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual, y con el cual, al Padre sea dada la gloria en unión del Espíritu Santo ahora, y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XI.

1. Acción de gracias a Dios por la tranquilidad concedida a la ciudad después de tantos terrores.–Por qué calló algunos días.–Efectos de la tristeza: ejemplos.
2. Oportunidad actual para decir y oír sermones.–Breve recopilación de lo antedicho otros días.–Contra los Maniqueos.–Objeción y respuesta.–Definición del hombre según los filósofos.–Dios, para quitar la raíz de la soberbia, sabiamente fabricó el cuerpo humano,–y aun en lo que hizo con el alma.
3. Admira la grandeza del arte divino en formar al hombre.–Sabiduría de Dios en la constitución de los ojos,–en las pupilas, pestañas, cejas;–en la del cerebro;–en la del corazón, de las uñas, de los dedos.
4. El hombre aventaja a los animales.–Objeción.–Respuesta.–Excelencia del cuerpo humano.–Ayuda universal mutua.–El hombre, señor de todo.
5. Sabiduría de Dios que resplandece en la variedad de árboles y plantas.–Otra objeción y respuesta.–Exhorta a corregir la costumbre del juramento.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Hubo unos días de terror entre la homilía X y esta XI. Las gentes, consternadas por los falsos rumores de asolamiento de la ciudad, en gran número habían huído y no estaban para escuchar sermones.

2.ª Disipados que fueron los terroríficos anuncios, tornó a la ciudad la calma, y la tranquilidad atrajo a los que habían huído.

3.ª Ya tranquilos los fieles Antioquenos, pronunció el Crisóstomo esta homilía en el lunes de la cuarta semana de Cuaresma, como acertadamente calcula Tillemont. No será preciso recordar que entre los Griegos la Cuaresma se contaba desde el lunes de Quincuagésima y las semanas eran adelantadas en una unidad respecto a nuestro actual cómputo. Y según este uso, la homilía XI fue dicha en el lunes de la cuarta semana griega=tercera semana de la Cuaresma según el rito romano.

4.ª Repítanse las advertencias puestas en la homilía X y no se descuide la 4.

5.ª Cuando en el n.º 4 habla el Santo de la andadura de un veloz y residente caballo no dudamos que hace hincapié no en el número de 200 estadios, que pone como ejemplo, sino en la proporción entre 200 y 2.000.

* * *

1. Cuando pienso en la tempestad pasada y en la actual tranquilidad, no ceso de decir: Bendito el Señor, que todo lo hace y todo lo muda; que sacó luz de las mismas tinieblas (Amós, 5,8, y Job, 37,15), que conduce a las puertas del infierno y retrae (1 Reg. 2,6), que castiga y no mata (2 Cor. 6,9): y deseo que vosotros lo digáis asiduamente, y no desistáis. Pues si El nos ha favorecido con hechos, ¿qué perdón podríamos merecer no recompensándole ni siquiera con palabras? Por esto os exhorto a nunca cesar de darle gracias. Puesto que si le somos agradecidos por los primeros, es seguro que también de otros disfrutaremos. Digamos, pues, continuamente: Bendito el Señor, que a mí me ha concedido el presentaros confiadamente la acostumbrada mesa, y a vosotros os ha dado que con seguridad oigáis mis sermones: bendito el Señor, porque hemos concurrido aquí, no ya para huir de los peligros exteriores, sino deseando oír sermones; nos hemos juntado aquí, no ya con ansiedad, temor y solicitud, sino confiados, sacudiendo todo temor, con el que hemos andado en los días anteriores fluctuando en alta mar, presintiendo a cada hora el naufragio, y no encontrábamos cosa mejor, sobresaltados durante todo el día con infinitos rumores, perturbados y escondidos en todas partes, solicitando todos los días y preguntando deseosos de saber: ¿Quién ha venido del campamento y qué anunció el que ha llegado? ¿no se dice nada, o verdadero, o falso?, y pasando las noches sin dormir, y contemplando la ciudad con lágrimas, porque luego perecería.

Por esto yo callé los días anteriores, porque toda nuestra ciudad estaba exhausta, todos se habían marchado a las soledades, y los que quedaban, por la nube de la tristeza andaban turbados en su mente. Porque el alma, una vez henchida de tristeza, no está para escuchar nada.

De ahí que los amigos de Job, viendo la tragedia de aquella casa, y al justo sentado en el muladar, y cubierto de llagas, rasgaron sus vestidos, y sollozaron, y en silencio se sentaron (Job. 2,11-13), significando desde un principio que para los pacientes nada hay tan oportuno como la quietud y el silencio: porque mayor que el consuelo era la tristeza.

De ahí también que los judíos, obligados con los materiales de barro y ladrillo (Ex. 5,10-11), viendo acercárseles Moisés, no podían atender a lo que se les decía por causa de la pusilanimidad y tribulación que sufrían. Y ¿qué de admirar es esto, si han pasado por esto algunos hombres pusilánimes, cuando vemos que los discípulos de

Cristo han contraído esta enfermedad? Porque después de aquella mística cena, cuando Cristo les hablaba, llamados aparte, desde un principio preguntábanle los discípulos: ¿Adónde vas?; mas cuando les dijo los males que les alcanzarían poco después, guerras, persecuciones, enemistades de todos, azotes, cárceles, juicios, deportaciones, como con carga pesadísima oprimido el ánimo de los mismos por el miedo de las cosas dichas y por la tristeza de las venideras, luego se quedó estúpido: por tanto, al verlos Cristo consternados, y echándoselo en cara, decía: *Mas ahora me voy a aquél que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿adónde vas? Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza* (Jn. 16,5-6).

Por esto yo también he callado los días pasados, esperando la presente oportunidad. Que si quien tiene que rogar a otro, aunque se haya de tratar de cosas convenientes, espera, no obstante, la ocasión oportuna, para que halle tranquilo y bien impresionado al que ha de otorgar la petición, a fin de que habiendo logrado el auxilio del tiempo, consiga el beneficio; con mucha más razón necesita el orador buscar tiempo cómodo para pronunciar los discursos ante auditorio bien afecto y libre de toda solicitud y tristeza, que es exactamente lo que ahora he hecho.

2. Ahora, pues, ya que habéis sacudido la tristeza, quiero primero refrescar la memoria de lo dicho, para que el discurso os sea más claro, pues lo que dije en la creación del mundo, que lo fabricó Dios, no sólo pulcro y admirable, sino también enfermo y corruptible, y además que dejó de esto muchas demostraciones, dispensando ambas cosas para provecho nuestro, guiándonos por la hermosura a la admiración del criador, y por la flaqueza retrayéndonos de adorar la criatura: y que esto también es de ver cómo ha sucedido en nuestro cuerpo, pues sobre éste preguntan tanto los enemigos de la verdad como de los nuestros no pocos, ¿para qué ha sido hecho corruptible y mortal?

Contra los Maniqueos. Pero muchos de los gentiles y de los herejes ni admiten que ha sido hecho por Dios: porque estiman indigno de Dios que haya en la creación horduras, sudores y lágrimas, y trabajos, y calamidades y otras cosas más, discurriendo por todo el cuerpo. Pero yo, ya que he empezado a tratar de esto, podría responder primeramente: No me hables de este hombre que, habiendo prevaricado, está privado de honor y condenado; pero si quieres aprender qué tal cuerpo nos figuró Dios al principio, vamos al paraíso y veamos al hombre hecho desde el principio.

Porque aquel cuerpo no era así corruptible y mortal, sino como una estatua de oro recién salida del horno y espléndidamente refulgente; así estaba aquel cuerpo libre de toda corrupción, y ni el trabajo le atormentaba ni le perjudicaba el sudor, ni le acosaban los cuidados, ni le envolvía la tristeza, ni sufría cosa alguna que perjudicarle pudiera; después, empero, no usó moderadamente de la felicidad, sino que el hombre injurió al bienhechor, y pensó que un mentiroso demonio, siendo Dios quien gobierna, es quien le había puesto en honor, y que era más digno de crédito, y confió que iba a ser hecho dios, y concibió una opinión mayor que la propia dignidad: entonces, sí, entonces también Dios, para enseñarle prácticamente, le volvió corruptible y mortal, y le sujetó con muchas necesidades, no aborreciendo, ni desdeñando, sino ayudando y destruyendo de raíz aquella ímproba y pestilente soberbia que brotaba, y no permitiendo pasar más adelante, sino enseñándole, por la experiencia misma de las cosas, que era mortal y corruptible, y persuadiéndole así que jamás pensase o soñase tales cosas, porque el diablo había dicho: *Seréis como dioses* (Gén. 3,5). Queriendo, pues, arrancar de raíz esta sentencia, hizo el cuerpo del mismo enfermizo, sujeto a enfermedades y miserias, enseñando por la misma naturaleza, para que jamás admitiera tal pensamiento.

Y que esto es la verdad, es manifiesto ciertamente, sobre todo por lo acaecido en su derredor, puesto que luego de aquella esperanza fue castigado con la pena. Y reflexiona conmigo la prudencia de Dios: no permitió que él mismo muerta el primero, sino que esto lo padezca su hijo, para que habiendo visto por sus ojos el cuerpo que se descomponía y marchitaba, recibiese de este aspecto una gran lección de filosofía, y se diera cuenta de lo que había sucedido, y así bien corregido se retirase de allí.

Definición del hombre según los filósofos. Sobre todo, pues, por lo que he dicho y por las cosas hechas, está manifiesto, pero no lo será menos por las que se han de decir claro. Pues si constriñéndonos tal necesidad, y muriendo todos, y padeciendo corrupción, y marchitándose a vista de todos, y convertidos en polvo, y dando todos los filósofos una misma definición completa; pues preguntados qué es, en fin de cuentas, un hombre, dicen un animal racional, mortal; si pues confesando esto todos, se han atrevido muchos a hacerse inmortales, según opinión de muchos, y testificando los ojos la muerte, pretendieron ser declarados dioses, y fueron adorados como dioses: si no hubiese la muerte enseñado a todos lo mortal y corruptible de la natura-

leza, ¿en qué extremos de impiedad no hubieran incurrido los hombres? Escucha si no lo que dice el profeta de cierto rey bárbaro arrebatado de este furor: *Sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, ... sobrepujaré la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo* (Is. 14,13-14). Pero riéndose del mismo, y declarando su muerte, dice: *Tendrás por colchón la podredumbre, y tu cubierta serán los gusanos* (Ib. 14,11). Y lo que dice es así: Un hombre a quien aguarda tal fin, ¿se atreve a pensar tales cosas? Y de nuevo habló de otro, del rey de Tiro, que se preparaba cosas parecidas y que quería ser tenido como dios, dice: *Siendo tú un hombre sujeto a los que te han de matar, y no un dios* (Ezq. 28,9).

Así pues, para quitar totalmente desde un principio todo motivo de soberbia e idolatría, Dios nos preparó tal cuerpo. Y ¿de qué te admiras, si esto se ha hecho en nuestro cuerpo, pudiendo verse otro tanto obrado en nuestra alma? Es decir: Dios no la ha hecho mortal, sino inmortal quiso que fuera; pero la sometió al olvido, y a la ignorancia, y a la tristeza, y a los cuidados: e hizo esto, para que al mirar la propia generosidad, no conciba una opinión más grande que la propia dignidad. Porque si algunos, aun siendo esto así, se atreven a decir que el alma es de la sustancia de Dios, de haber estado exenta de tales defectos, ¿a qué excesos no se habrían propasado los tales? Sin embargo, lo que decía de la creación del mundo, también lo digo del cuerpo, que por ambas cosas admiro igualmente a Dios, tanto por haberlo hecho corruptible, como por haber demostrado en lo corruptible su poder y sabiduría. Pues que podía hacerlo de materiales mejores lo enseña en los cielos y en el sol. Pues el que los hizo tales, también hacer éste tal, de haber querido, hubiese podido: mas la causa de la instabilidad es la que arriba hemos dicho. Pero esto no debilita la fuerza admirable del Creador, sino que más la provoca: pues la vileza de la materia más demuestra la abundancia y excelencia del arte, que con lodo y pavesa ha logrado tanta armonía, y tales y tan varios sentidos, y omnímodos y que tanto pueden filosofar.

3. Así pues, cuanto más acusas la pobreza de la sustancia, tanto más admira la grandeza del arte divino. Porque también al escultor admiro, no sólo cuando fabrica una hermosa estatua de oro, sino cuando, en fuerza del arte, consigue exhibir una admirable y no sospechada belleza trabajada con deleznable barro. En aquél hasta la materia de la estatua favorece, pero en ésto sólo hay ostentación de arte.

Sabiduría de Dios en la constitución de los ojos. Mas si tú quieres aprender cuánta es la sabiduría de Dios, que nos ha criado, piensa en lo que de barro se hace: ¿qué será sino ladrillo y vasijas de barro? No obstante, Dios, artífice sumo, del barro de donde sólo ladrillos y vasijas salen, pudo hacer el ojo tan hermoso, que todos los que lo miran quedan estupefactos, ya de que tenga tanto poder, que pueda contemplar la grandísima mole del aire, y que ayudado de tan pequeña pupila pueda abarcar tantos cuerpos, y los montes, y los bosques, y los valles, y los mares, y el cielo. No me hables de lágrimas ni de legañas: esto ha sobrevenido por tu pecado; sino piensa en su hermosura, y en la facultad de ver, y cómo recorriendo tanta extensión de aire, ni trabaja, ni se fatiga; mientras que los pies, a poco que hayan andado, se lastiman y se cansan, el ojo, traspasando tanta profundidad de aire y tanta anchura, no siente debilidad ninguna. Pues siéndonos éste uno de nuestros miembros más necesarios, no permitió que sea abatido del trabajo, para que así tuviéramos expedito y libre su ministerio. Pero ¿quién sería capaz de exponer todo el poder de este miembro?

Y ¿qué hablo de la pupila y de la potencia de ver? Que si lo que parece lo más vil de todos los miembros, los párpados y pestañas del ojo, escudriñares tan sólo, aun en esto descubrirás la grande sabiduría de Dios Creador. Pues así como las aristas en las espigas, a manera de lanzas presentadas, rechazan a los pájaros, no permitiéndoles descansar sobre el grano y romper la débil cañita: asi también en los ojos están puestas las pestañas de los párpados a guisa de aristas y espinas, que rechazan el polvo, las pajas y todo cuanto atormenta del exterior, y que no permiten que los párpados se infesten.

Pero admira también otra vez la sabiduría no inferior a ésta en las cejas. ¿Quién no queda estupefacto del sitio mismo?, porque ni están desmedidamente largas, ni tampoco están más recogidas que lo preciso (o ni están demasiado prominentes, ni tampoco demasiado hundidas), de modo que oscurezcan los ojos; sino a modo del alero de la casa, así sobresalen por arriba, a fin de recoger el sudor que corre de la frente y que no pueda dañar a los ojos. Para esto también tienen los pelos naturales, que por estar espesos, sostienen lo que fluye, y que protegen cuidadosamente, a la vez que proporcionan a los ojos gran belleza. Ni es esto sólo lo que podrían admirarse, sino también otra cosa no menos que ésta. ¿Por qué motivo los pelos de la cabeza crecen y se cortan, y no así los de las cejas? Porque hemos de pensar que esto no se ha hecho temeraria ni fortuitamente, sino para que no

obscurezcan los ojos al caerse, que es lo que pasa a los viejos decrépitos.

Y ¿quién sería capaz de conmemorar toda la sabiduría demostrada en el cerebro? Porque primero lo hizo tierno, muelle, porque es el origen fontal de todos los sentidos; luego, para que no se perjudicase por su propia naturaleza, lo defendió con huesos por todos lados; además, para que por la dureza de los huesos no quede desmenuzado, le puso intermedia una membrana, y no un sola, sino otra, la primera en el contacto con la calavera, y la otra envolviendo la masa del cerebro por arriba (aquélla, la duramáter; ésta, la píamáter), más dura aquélla que ésta. Lo cual fue así hecho, ya por la mentada causa, ya para que las heridas recibidas en la cabeza no vayan a dar primero en el cerebro, sino que poniéndose delante las dichas membranas, lo preserven de todo daño en los golpes y lo conserven sano.

Es más, porque el que los huesos que los defienden no sean uno solo y continuo, sino que tengan muchas suturas de muchos huesos, es para él causa de grande seguridad. Pues que de los vapores que lo contienen tiene por las dichas suturas fácil respiración, de suerte que no esté ahogado: y si de otra parte se le hiere, el daño no se produce por todo. Pues si la cubierta ósea fuera sola y continua, herida que se hiciera en una parte, hubiera lesionado el todo; ahora, empero, habiendo sido dividido en muchos huesos, esto no podría verificarse. Que si acontece que una parte es herida, sólo queda herido el hueso que está próximo al lugar, pero todos los demás quedan ilesos, siendo interrumpida la continuidad de la herida por la división de los huesos, sin que pueda extenderse al inmediato. Por lo cual le formó Dios la cubierta o tegumento de muchos huesos; y así como quien edifica una casa, sobrepone techo y tejas, así Dios sobre la cabeza colocó los huesos, e hizo nacer el pelo, para que sirviesen de una especie de cubierta.

Otro tanto hizo también en el corazón. Pues porque el corazón es el más principal de los miembros nuestros, y toda la firmeza de nuestra vida tiene encomendada, y herido de cualquier modo el corazón sobreviene la muerte, lo protegió por todas partes con sólidos y duros huesos, por delante con el pecho prominente y por detrás con las espaldas; y lo mismo que en el cerebro con las membranas se hizo también en éste. Pues para que en los frecuentes saltos, y al palpitar con ira con tales movimientos no sea destrozado por la aspereza de los huesos que lo envuelven y no sienta dolor, también lo defendió

con muchas membranas, y sobrepuso el pulmón, como un blando colchón preparado a los saltos del mismo, a fin de que impunemente salte en erupciones sin que padezca mal alguno.

Mas, ¿qué estoy diciendo del cerebro y del corazón, siendo así que, si alguno investiga, hasta sobre sus uñas, también hallará que aparece la gran sabiduría de Dios en ellas, tanto por la forma de ellas, como por la materia y el sitio de las mismas? Podría decir o hablar también sobre el porqué tenemos los dedos desiguales, y sobre muchas otras más cosas; mas por lo dicho, bastantemente para los que quieren reflexionar resplandece la sabiduría de Dios nuestro Creador: dejando, pues, esta parte para que los aplicados trabajadores lo busquen con diligencia, trataré de otro punto.

4. El hombre aventaja a los animales; cómo. Son muchos los que, además de lo dicho, objetan también así: –¿cómo es que, si el hombre es el rey de los animales, son muchos de entre ellos los que le ganan en fuerza, en agilidad, en velocidad? Porque el caballo es más veloz que el hombre, y el buey más resistente, y más ligera el águila, y más fuerte el león.

Pues ¿qué podemos responder a esto? Que también de esto se nos hace muy cognoscible la sabiduría de Dios, y la honra con que nos adornó.

Cierto que el caballo es más veloz que el hombre, pero el hombre para la velocidad de las marchas es más cómodo que el caballo. Porque el caballo, aun el más veloz y resistente, apenas en el día correrá doscientos estadios[2]; mientras que el hombre, mudando sucesivamente los caballos de su carroza, podrá hacer los dos mil estadios. De suerte que lo que la velocidad da al primero, la razón y el arte dan al segundo con mayor ventaja: y no teniendo el hombre pies tan veloces como aquél, tienen no obstante los pies ajenos que le sirven como los propios.

Porque de los brutos ninguno podrá someter a otro para su servicio, mientras que el hombre con todos lo intenta, y por varias mañas recibidas de Dios, somete a cualquiera de los animales para el servicio que le resulta más conveniente. Pero si las piernas del hombre hubieran sido tan fuertes como las de los caballos; para otras cosas hubieran sido inútiles, para las escabrosidades y cimas de los montes,

---

2. Medida de 100 pasos griegos=600 pies=125 pasos romanos ó 635 pasos geométricos. 29 estadios=legua castellana=5,555 metros (Torres Amat.).

para subir a los árboles: porque el casco suele ser estorbo para tales cosas. Así resulta que los pies de los hombres, aunque más blandos, son no obstante más oportunos para muchos usos, y en nada están dañados por la debilidad, sirviéndole la fuerza del caballo, y aventajándole por la variedad de los andares.

También el ala del águila es más leve; pero tengo yo la razón y la astucia por la que puedo cazar toda suerte de animales voladores y cogerlos. Mas si quieres ver mis alas, las tengo mucho más leves, no hasta unos diez estadios, o hasta veinte, y aun hasta el cielo; que vuelan hasta sobre el cielo, y sobre el cielo supremo, en donde Cristo está sentado a la diestra de Dios.

Además, los brutos en su cuerpo llevan armas: así el toro, los cuernos; el jabalí, los colmillos; el león, las garras; pero a mí no me repostó Dios de armas en el cuerpo, sino fuera del cuerpo, para enseñar que el hombre es animal manso, y que no en todo tiempo tengo las armas, porque con frecuencia las deseo, y otras veces las cojo en las manos, y para que ande libre y suelo, y no esté siempre cargado con las armas, Dios las puso separadas de mi naturaleza. Pues no sólo avantajamos a los animales porque tenemos naturaleza racional, sino que en el cuerpo les aventajamos: y esto, que es conveniente a la nobleza del alma e idóneo para sus mandatos, Dios lo ha preparado; pues no a tontas hizo tal el cuerpo, sino cual era conveniente para ser el servidor de la naturaleza racional, que de no ser así hubiéranse estorbado grandemente las operaciones del alma, como está manifiesto en las enfermedades. Pues a poquito que se desvíe de la propia constitución la situación de la carne, muchas de las operaciones del alma están impedidas, por ejemplo: si el cerebro se pone más caliente, o más frío. Así es que se puede observar la mucha providencia de Dios también por el cuerpo, no solamente porque al principio lo hizo mejor que lo es ahora, sino también porque Dios lo resucitará luego para gloria mucho mayor.

Mas si aún quieres aprender cuánta sabiduría haya demostrado Dios acerca del cuerpo, añadiré esto, que parece que Pablo admiraba a la continua más que todo. Y ¿qué es ello? Hizo que el un miembro aventaje al otro, no en lo mismo, sino que dispuso que los unos aventajen por la hermosura, los otros por la robusted; así: hermosos los ojos, pero más fuertes los pies; preciosa la cabeza, pero no puede decir a los pies: no os necesito (1 Cor. 12,21). También puede observarse esto en los brutos, e igualmente en toda la vida. Pues el rey

necesita vasallos, los vasallos de rey, como los pies de la cabeza. Otro tanto sucede en los brutos, pues los unos son más fuertes, los otros más hermosos; los unos nos recrean, los otros visten; el pavón nos deleita, las gallinas y los puercos nos alimentan; las ovejas y cabras nos visten, el caballo y el asno colaboran. Pero también hay otros que nada de esto nos proporcionan, pero ejercitan nuestra virtud, como las fieras, que aumentan la fortaleza de los cazadores, y por el miedo instruyen a nuestro linaje, y le vuelven más cauto, y no dejan de proporcionar a la medicina un gran tributo con sus cuerpos y propios miembros.

Cuando, pues, alguien te diga: –¿Cómo eres señor de los brutos tú que temes los leones?, responde que al principio no fue así, cuando los hombres eran estimados de Dios, cuando moraban en el paraíso; mas luego que ofendí al Señor, quedé sometido con los siervos, aunque no del todo, ya que tengo el arte con que supero a las fieras. Que también sucede algo así en las grandes casas, que los hijos, aunque sean nobles, mientras tienen poca autoridad temen a muchos servidores; y cuando además han caído en falta, la ansiedad mucho más se acrece. Esto puede aplicarse a las serpientes, escorpiones y víboras, que por nuestro pecado nos resultan temerosas.

5. Mas no sólo en nuestro cuerpo y en las varias condiciones, y en los brutos, sino que también en los árboles puede notarse esta variedad, y verás que el más despreciable de todos muchas veces gana al mayor, y que no se junta todo en todos, para que tengamos necesidad de todos, y notemos la varia sabiduría del Señor.

No acuses, pues, a Dios porque el cuerpo es corruptible, antes bien adórale por esto, y admira la sabiduría y providencia del mismo: la sabiduría, sí, porque pudo poner tanta armonía en cuerpo tan corruptible; la Providencia, porque lo formó corruptible para utilidad del alma, para comprimir la hinchazón y corregir la soberbia.

Mas dirá alguno: ¿Por qué Dios no lo hizo así desde un principio? El se excusaba ante ti con las mismas obras y tan sólo le faltaba decir por lo acaecido: Yo en verdad te llamaba para mayor honor, pero te has hecho indigno de esta distinción, cayendo en el paraíso; con todo, ni aún así te despreciaré, sino que, corrigiendo tu pecado, te guiaré al cielo. Pues por esto he permitido que por tanto tiempo te consumas y corrompas, para que por la prolijidad del tiempo se te asentase por regla la enseñanza de la humanidad, y nunca más vuelvas a los primeros pensamientos.

Demos, pues, gracias al benigno Dios por todo esto, y respondamos con gratitud por este cuidado; que también nos sea útil, y del mandamiento de que muchas veces os he hablado, tengamos mucha cuenta. Que no desistiré hasta que lo hayáis cumplido, porque no se me pregunta si he tenido que usar de pocas o de muchas advertencias, sino si he amonestado hasta que os haya persuadido. Dios cierto es que por el profeta decía a los judíos: *Ayunáis para seguir los pleitos y contiendas y herir con puñaladas a otro sin piedad* (Is. 58,4). A vosotros, empero, os dice por mí: Si para jurar y perjurar ayunáis, ¿para qué ayunáis? Porque, ¿cómo veremos la Santa Pascua? ¿Cómo recibiremos el Santo Sacramento? ¿Cómo participaremos en los misterios admirables con aquella lengua con la que pisoteamos la ley de Dios, con aquella lengua con la que hayamos contaminado el alma? Si nadie se atrevería jamás a tocar la púrpura regia con las manos manchadas, ¿cómo recibiremos el Cuerpo del Señor con lengua poluta? Puesto que el juramento es del maligno, pero el sacrificio-sacramento es del Señor. "¿Qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas? O ¿qué concordia entre Cristo y Belial (2 Cor. 6, 14-15)?".

Ya sé claramente que cuidaréis de veros libre de esta mancha impía; mas como a cada cual no es fácil lograrlo por sí mismo, hagamos compañía y secciones; y como hacen en los convites los pobres, ya que uno sólo no puede ofrecer un banquete completo, reúnense todos y dan un convite a escote: hagamos también nosotros lo mismo, cuando de nosotros somos perezosos, habiendo repartido los cuidados, pactemos el formar un consejo que amoneste, exhorte, increpe, amenace, para que con el cuidado de cada uno todos nos portemos rectamente. Pues ya que lo que toca a los prójimos lo vemos más agudamente que no las cosas nuestras, no seamos custodios de los demás, sino que les encomendemos la guarda de nosotros, y hagamos esta hermosa contienda, a fin de que venciendo esta torpe costumbre, lleguemos confiados a esta santa solemnidad, y seamos particioneros del santo sacrificio con esperanza feliz y buena conciencia, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre sea gloria en unidad con el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XII.

1. Recomiéndase la memoria de los miedos pasados como despertadora de la gratitud para con Dios.–Provechos de lo sucedido que Dios nos ha buscado.–Nos ha quitado el temor y ha alejado con celeridad el peligro.–Seámosle agradecidos.

2. Recapitulación de las homilías IX, X, XI.–Sigue el discurso sobre el modo de conocer a Dios por medio de la creación.–Dios ha fabricado el mundo para todos.–Nos enseña por los animales.–La hormiga.–La abeja.–Imita a la abeja, no a la araña,–y a otros animales.–Enumeración de los animales que hemos de imitar y de otros que no han de ser imitados.

3. En el mundo nada hay inútil, aunque nos parezca otra cosa,–aunque no lo entendamos.–Fin de Dios al limitar los conocimientos humanos.–Dios inspiró al hombre la ley natural desde un principio.–Qué es ley natural.

4. El conocimiento del derecho natural está infundido por Dios en el hombre.–Ejemplo en Adán, en Caín y Abel.–En los gentiles,–por las leyes y las artes.

5. Siguen los testimonios de Pablo.–Prueba tomada de los castigos de los impíos que obran contra conciencia.–La longanimidad de Dios en castigar invita a penitencia.

6. De los juramentos.–Insiste con vergüenza y con temor.–Símil del prestamista.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Esta homilía díjose al día inmediato siguiente de la undécima. Fue, pues, el martes de la semana cuarta de Cuaresma según el cómputo griego, como se dice en la advertencia 3.ª de la homilía XI.

2.ª Sinaxa llamábase la congregación de los fieles en lugar sagrado para oír las enseñanzas de las Escrituras y verdades reveladas con participación en el sagrado culto y en los misterios.

3.ª Léase lo dicho en la advertencia 3.ª de la homilía X y la nota que la ilustra.

4.ª Magnífica manera de entender la creación es la contenida en este pensamiento: "En el mundo nada hay inútil, aunque nos parezca otra cosa." Forma que tomó en el siglo IV la actual ley física de la conservación de la materia y energía.

5.ª Ley natural en lo moral es la conciencia de lo que es bueno y de lo que es malo.

* * *

1. Dije ayer: Bendito sea Dios, y hoy otra vez repetiré lo mismo. Pues si es verdad que ha pasado ya lo grave, no obstante no debe

borrarse la memoria de ello, no para dolernos, sino para dar gracias. Pero aunque perdure la memoria de los males, jamás nos urgirá la experiencia de ellos. Siéndonos correctivo la memoria, ¿qué necesidad tenemos de pasarlos? Porque así como Dios no ha permitido que en las actuales tormentas fuéramos sumergidos, nosotros tampoco permitamos que, alejadas éstas, seamos deshechos. Nos consoló entonces que estábamos tristes; ahora que estamos alegres démosle gracias; consoló a los que suspiraban, y no los abandonó, pues nosotros, que estamos en prosperidad, no nos traicionemos cayendo en olvido desidioso; que escrito está: *Acuérdate de la pobreza en tiempo de la abundancia* (ECLO.181,25). Recordemos, pues, los tiempos de la prueba y también que estamos en día de perdón; aun más, esto mismo hagamos con los pecados. Si hubieres pecado, y Dios te ha perdonado los pecados, recibe, sí, el perdón, y dale las gracias; pero no te olvides del pecado, no para que te consumas pensando, sino para que enseñes al alma a no entregarse al placer y a no recaer en los mismos otra vez. También Pablo obró así: pues habiendo dicho: *Me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio a mí, que fui antes blasfemo, y perseguidor y opresor...* (TIM. 1,12-13). Dijo: sea manifiesta la vida del siervo, para que aparezca la humanidad del Señor. Pues aunque recibí el perdón de los pecados, no rechazo sin embargo la memoria de los pecados. Y esto no sólo era demostrar la benignidad del Señor, sino que a la vez le hacía a él más esclarecido. Porque cuando hayas aprendido a conocer quién había sido antes, entonces más le admirarás; y cuando hayas visto de quién y quién ha sido hecho, entonces más le conminarás; y dado que hayas pecado mucho, cambiado después, tendrás gran esperanza, pues además, el ejemplo es alentador para los que están tentados de desesperación y los hace levantarse.

Esto también sucederá ciertamente en nuestra ciudad: pues todo cuanto ha sucedido es también una manifestación de vuestra fortaleza, ya que por la persistencia habéis podido desechar tanta tristeza; y predica la clemencia de Dios, que por poca penitencia ha quitado la inminente y grande nubada; también anima a los desesperados, que por lo que nos ha pasado aprenden que no puede verse hundido quien mire a lo alto y al auxilio de Dios, aunque las olas por doquiera aturdan. Pues, ¿quién ha visto, quién ha oído casos semejantes a los nuestros? Cada día sospechábamos que nuestra ciudad iba a ser arrasada hasta los cimientos con todos los habitantes; pero cuando el enemigo se prometía hundir la nave, entonces devolvió Dios la pura tranquilidad.

No olvidemos, pues, la magnitud de los males, a fin de que nos acordemos de la magnitud de los beneficios conferidos por Dios, puesto que quien desconoce la naturaleza de las enfermedades, jamás apreciará el arte del médico. Enseñemos también estas cosas a nuestros niños, y que pase por mil generaciones, y sepan todos cómo el diablo se empeñó en arrasar asolando nuestra ciudad, y cómo Dios ha podido levantar de nuevo a la que estaba arruinada y abatida, y no consintió que sufriese mal alguno, y además le quitó el temor, y alejó con grande celeridad el peligro.

Porque durante la pasada semana temíamos todos ser despojados de las haciendas, y que los soldados fueran enviados, y sospechábamos otros males sin cuento: mas he aquí que todo ha pasado, como una nube, como una sombra ambulante, y hemos sido castigados solamente por el temor; más aún, ni castigados, sino corregidos hemos sido, y hechos mejores, porque Dios ablandó el corazón del Emperador. Digamos, pues, siempre y cada día: Bendito sea Dios, y con más empeño dediquémonos a la sinaxa, y corramos a la iglesia, en donde hemos recogido tan grande provecho. Pues sabéis adónde os habéis refugiado desde el principio, dónde habéis concurrido, dónde habéis tenido la salvación. Asgamos, por tanto, el áncora sagrada, y como no nos delató ni abandonó en tiempo de los peligros, así nosotros tampoco la abandonemos en tiempo del perdón, sino que perseveremos con solicitud, y hagamos cada día reuniones y preces, y oigamos la divina palabra, y el tiempo que malgastábamos andando solícitos y preguntando con curiosidad, asaltando a los que habían venido de los campamentos, poniendo solicitud por los males presentes, todo esto empleemos en escuchar las leyes divinas, y no en ejercicios inoportunos e inútiles, para que no nos pongamos otra vez en la necesidad de tales trances.

2. En los tres días pasados hemos buscado un modo de conocer a Dios, y lo terminamos interpretando cómo *Los cielos publican la gloria de Dios* (Ps. 18,2), y también este dicho de Pablo: *Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ella nos dan las criaturas* (Rom. 1,20), y hemos manifestado cómo por la creación del mundo, y cómo por el cielo, la tierra, el mar es glorificado el Creador. Hoy, empero, habiendo filosofado un poco sobre este asunto, pasaremos a otro discurso; pues no tan sólo hizo el mundo, sino que hizo que lo hecho fuese operativo, y ni dejándolo del

todo inmóvil, ni mandando que todo esté en movimiento, sino que el cielo sí que permaneció fijo, como dice el profeta: *El es el que extendió los cielos como una cosa muy leve, y los desplegó como una tienda de campaña en que se ha de habitar* (Is. 40,22); pero el sol con todas las estrellas corre a diario, y a su vez la tierra está fija, pero las aguas siempre se mueven, y no sólo las aguas, sino que también las nubes, las lluvias frecuentes y sucesivas que vienen en sus tiempos, y siendo una misma la condición natural de las lluvias, son diversas las cosas que por ellas son hechas, porque la lluvia se hace vino en la vid, aceite en el olivo, y savia o humores en otras plantas.

Igualmente uno es el seno de la tierra, pero diferentes frutos produce: uno es el calor del rayo solar, pero diferentemente lo madura todo, unas cosas más tarde, otras más pronto, para ofrecerlas para gastarlas. ¿Quién no se espanta y admira estas cosas? Pero ni sólo esto es de admirar que lo haya fabricado vario y diferente, sino que lo haya puesto para todos en común, para los ricos y para los pobres, para los pecadores y para los justos. Lo cual verdaderamente decía Cristo: *el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos; y llover sobre justos y pecadores* (Mt. 5-45); y llenándolo de incontables animales, y poniendo en los brutos costumbres naturales, nos mandó que a unos imitásemos, y de otros huyamos, por ejemplo: la hormiga es laboriosa y hace un trabajo pesado. Pues si lo observas, recibirás de este animal una máxima lección, para no dejarte ablandar, o para que no rehuyas los trabajos y sudores; por eso la Escritura también al perezoso envía a este animal diciendo: *Anda, oh perezoso, ve a la hormiga, y considera su obrar, y aprende a ser sabio...* (Prov. 6,6). ¿No quieres, dice, aprender de las Escrituras que es bueno el trabajar, y que no debe comer el que no trabaja? ¿No quieres escuchar esto de los doctores? Apréndelo de los brutos. También en las casas hacemos así muchas veces: cuando los mayores y de más prestigio han faltado, les exhortamos a que se fijen en los niños más ingeniosos, diciendo: ¡Mira al que es menor que tú, cuán trabajador e ingenioso es!

El hombre es enseñado de los más pequeños animales. Tú también, pues, saca de este animal una máxima exhortación a la aplicación, y admira a tu Señor, no sólo porque ha hecho el sol y el cielo, sino también porque hizo la hormiga. Pues aunque es animal exiguo, contiene una grande manifestación de la magnitud de la sabiduría divina. Considera pues cuánta es la prudencia, y admira cómo ha podido Dios en tan pequeño cuerpo infundir tantas ansias de obrar

constante. De ésta aprende el cuidado afanoso de trabajar, y de la abeja la limpieza, la diligencia y la caridad. Porque ella no trabaja más para sí que para nosotros, y se fatiga cada día, cosa muy propia del Cristiano, el no buscar sus intereses, sino los de los demás. Así pues, como ella vuela por todos los prados del contorno para preparar comida a otras, haz también tú, oh hombre, otro tanto: reúnes dineros, empléalos en otros; si tienes palabras para enseñar, no las entierres, sino expónlas con claridad a los necesitados; si tienes alguna otra cosa particular, sé útil a los que necesitan el fruto de tus trabajos. ¿No ves que la abeja es el más glorioso de los animales, no porque trabaja, sino porque trabaja para los otros? Porque la araña también trabaja y se fatiga, y extiende las tenues telarañas por las paredes, aventajando la habilidad de la mujer en ellas; pero es un animal innoble, porque su obra de ninguna manera nos es útil: así son los que para sí trabajan y se cansan.

Imita la simplicidad de la paloma, aprende del asno y del buey el amor para con el amo, copia la seguridad de las aves, que mucho puede lograrse de los brutos para corregir las costumbres.

Cristo nos instruye también por los animales, pues dijo: *Habéis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas* (Mt 10,16). Y otra vez: *Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni siegan, ni tienen graneros y vuestro Padre celestial las alimenta* (Mt. 6,2.6). Y el profeta, para avergonzar a los ingratos judíos, así dijo: *El buey reconoce a su dueño,* y el *asno el pesebre de su amo; pero Israel no me reconoce, y mi pueblo no entiende mi voz* (Is. 1,3). Y otra vez: *La tórtola, y la golondrina, y la cigüeña saben discernir constantemente la estación de su transmigración; pero mi pueblo no ha conocido el tiempo del juicio del Señor* (Jer. 8,7).

De estos y de semejantes animales aprende a ejercitar la virtud, y de los contrarios a huir de los vicios. Que así como es benéfica la abeja, es perniciosa la avispa y el áspid [3]; por tanto, aléjate de su malicia, para que no oigas: *Veneno de áspides es lo que tienen debajo de ellas [las lenguas]* (Ps. 139,4). Atrevido es, a su vez, el perro, pues aborrece también esta mala costumbre: dolosa y fraudulenta es la zorra, no imites este vicio, mas al modo que la abeja, volando por los prados, no lo recoge todo, sino que tomadas las sustancias útiles deja

3. Abeja=apis; aspis=áspid, en latín; en español dice mejor: abeja y avispa.

las restantes; así lo hagas tú al recorrer los géneros de animales: si hay en ellos alguna cosa útil, tómala, y las habilidades que ellos tienen de la naturaleza, tú por tu albedrío adquiérelas, pues también estás honrado de Dios por esto, que las prerrogativas naturales de los brutos te concedió a ti conseguirlas por tu libre albedrío, para que tengas premios. Pues en aquéllos las obras buenas no son por elección y por razón, sino por sola naturaleza. Verbigracia: la abeja fabrica miel, no inducida a ello por la razón, sino guiada por la naturaleza: porque de no ser obra natural, y propiedad de toda la especie, sería del todo preciso que hubiese algunas no prácticas o inexpertas del arte: pero desde que fue el mundo hecho y hasta el día presente nadie ha visto abejas que están paradas y que no fabrican miel. Que las cosas estas naturales son comunes a toda la especie, mas las que dependen del libre albedrío no son comunes, pues necesitan del trabajo para lograr éxito.

3. En el mundo nada hay inútil, aunque nos parezca otra cosa. Tomando, pues, todo lo mejor, serás recubierto de un manto, pues eres el rey de los irracionales; y los reyes, todo cuanto de bueno hay en los súbditos, sea oro, sea plata, sean piedras preciosas, sean vestidos lujosos, todo lo poseen ellos con sobreabundancia: y por la criatura admira al Señor. Pero si algo de lo visible te aventaja, y no das con la razón, entonces glorifica al Creador, porque a tu mente sobrepuja la sabiduría de sus obras.

Nunca digas: esto, ¿por qué? ¿para qué esto? porque toda cosa es útil, aunque ignoremos la razón. Pues así como si entras en el gabinete de un médico y ves expuestos muchos instrumentos admiras tanta variedad, aunque desconozcas el uso de los mismos, haz otro tanto también con la creación, y cuando vieres en los animales, hierbas, plantas y otras cosas muchas cuyas utilidades desconozcas, admira la variedad de las mismas y queda estupefacto también de Dios óptimo y opífice y Creador de ellas: porque ni te dio conocimiento de todas, ni todas son incógnitas. Porque o las hizo todas incógnitas, para que no digas que el mundo existe sin providencia; mas no te permitió que todas las cosas te fueran conocidas, para que la grandeza del conocimiento no te levantase a soberbia.

Pues por ahí atacó al primer hombre un ímprobo demonio, el que le precipitó, con la esperanza de ciencia mayor, quitándole la que tenía: por esto cierto sabio amonesta diciendo: *No te metas en inquirir lo que es sobre tu capacidad, ni en escudriñar aquellas cosas que*

exceden tus fuerzas, sino piensa siempre... (Eccl. 3,21-22): porque muchas de sus obras están secretas; y otra vez: *Muchas cosas se te han enseñado que sobrepujan la humana inteligencia* (Ib. 3,25). Pero dijo esto para consolar al triste y apenado de que no todo lo conoce, pues dice, hasta lo que conoces excede en mucho a tu prudencia, que no lo has inventado tú, sino que has sido por Dios enseñando.

Está, pues, contento con las riquezas recibidas, y no preguntes más, sino da gracias por lo que has recibido, no te indignes por lo que no has recibido, y por las cosas que conoces glorifícale, para que no seas escandalizado por las que no conoces: ambas cosas las ha hecho Dios útilmente, atendiendo a tu salvación, unas te ha revelado, mientras te ha ocultado otras.

Como he dicho, hay un solo modo de conocer ciertamente a Dios, capaz de consumir muchos días. Porque para recorrer la composición del hombre sólo con diligencia (digo con la posible diligencia, no con la verdadera diligencia: porque aunque hemos dicho muchas razones de las obras, hay, no obstante, muchas otras arcanas, conocidas de Dios que las hizo; pues nosotros no todas las sabemos): pues para discurrir con diligencia sobre la formación del hombre, y que en cada miembro descubramos la sabiduría, ya consideremos en los nervios, venas, arterias la distribución, el sitio, y la formación de todo lo demás, ni el año entero nos bastaría para esta exposición. Por esto, dando aquí fin a este discurso, y sirviendo de norma para recorrer las otras partes de la creación a los laboriosos y diligentes lo dicho, vamos a mudar el sermón a otra hipótesis, también demostrativa de la Providencia de Dios.

Pues ¿cuál es la segunda hipótesis?–Dios, cuando al principio hizo al hombre, le inspiró la ley natural.– Pero, y ¿qué es la ley natural? Nos imprimió la conciencia, y quizo que por la naturaleza fuese puesta en nosotros la ciencia de lo bueno y de lo malo contrario. Pues no tenemos que aprender que es malo el fornicar, y que es bueno el ser continente, sino que lo sabemos desde un principio. Y para que aprendas que sabíamos esto desde el principio, el legislador, al dar después las leyes, y decir: "No matarás" (Ex. 20,13), no añadió: porque matar es malo, sino sencillamente dijo: "No matarás": que sólo vedó el pecado, mas no enseñó. Pues, y –¿por qué el que dijo: "No matarás" no añadió porque el matar es malo?– Porque antes nos enseñó esto la conciencia, y habla para los que sabían y entendían. Mas cuando habla de otro precepto, que no nos era conocido por la con-

ciencia, no sólo prohíbe, sino que alega la causa. Así pues, al dar la ley sabática y decir: *Ningún trabajo harás en él [sábado]* (Ex. 20,10), añadió la causa de la cesación simultáneamente: ¿cuál? –*Por cuanto en seis días el Señor hizo [todas las cosas] el cielo, y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansó en el día séptimo: por esto bendijo el Señor el día de sábado y lo santificó* (Ib. 20,11) (Dt. 24,18). Dimes pues:–¿Por qué alegó causa para el sábado, y nada semejante hizo para el no matar?– Porque éste del sábado no era un mandamiento de los primarios, ni de los encontrados por la conciencia, sino particular y temporal; por esto después fue quitado; mas los necesarios y que encierran nuestra vida son aquéllos: *no matarás, no hurtarás, no fornicarás* (Ex. 20,13-15): y, por tanto, de ninguna manera añade el motivo, ni aduce doctrina, sino que juzga que sólo es necesario prohibirlo.

4. El conocimiento del derecho natural está infundido en el hombre. Y no sólo por esto, sino por otras cosas, tengo empeño en demostraros cuál había sido instituido el hombre para el conocimiento de la virtud. Primeramente Adán admitió el pecado, y después del pecado, al momento se escondió. De no haber conocido que había perpetrado algo malo, ¿por qué se ocultó? Porque no había escrituras, ni ley, ni Moisés: ¿cómo conoció el pecado, pues se escondía? Y no sólo se encubre, sino que al haber sido recriminado, procura echar la culpa a tercero diciendo: *La mujer, que tú me diste por compañera, me ha dado del fruto de aquel árbol y he comido* (Gén. 3,12). Y ella, a su vez, traspasa la culpa a otro, es decir: a la serpiente. Pero advierte la sabiduría de Dios: pues habiendo dicho Adán: *He oído tu voz en el paraíso, y he temido porque estoy desnudo, y así me he escondido* (Ib. 3,10), Dios no reprende, desde luego, lo hecho, y no dijo: pues ¿por qué comiste del árbol? –Sino ¿cómo? *Pues ¿quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto de que yo te había vedado que comieses...?* (Ib. 3,11). Ni calló, para provocarle a que confesase, ni claramente le reprendió, para que no lo pusiera todo Dios y él quedase privado del perdón, que se nos proporciona con la confesión. Por esto no dijo manifiestamente la causa, de la cual había nacido el conocimiento, o la mutación, sino que le dirige la palabra en forma de pregunta, para dejarle puerta abierta para la confesión.

Otro tanto puede observarse en Caín y Abel. El primero ofrecía a Dios las primicias de sus trabajos. Porque demostramos que el hom-

bre había sido dotado de ciencia, no sólo del pecado, sino también de la virtud. Que el hombre sabía que el pecado era el mal, demostrolo Adán, pero que sabía que la virtud era el bien, también lo manifestó Abel. Porque ni fue enseñado por otro, ni por haber oído la ley que imponía las primicias, sino enseñado por su conciencia ofreció aquel sacrificio. Por esto no desciendo a los posteriores, sino que trato de los hombres primeros, cuando ni había escrituras, ni ley, ni profetas y jueces, sino tan sólo Adán con sus hijos, para que aprendas que la ciencia de lo bueno y de lo contrario había sido infundida antes en la naturaleza. De ella, pues, aprendió Abel que eran buenas las ofrendas, que era bueno el venerar a Dios, y el darle gracias en todo. –Pero, ¿es que Caín no ofreció?– En verdad, también éste ofreció, pero no de igual manera. Y de aquí también se manifiesta de nuevo el conocimiento de la conciencia: pues porque envidiaba al que había sido honrado, y deliberaba de matarle, ocultaba su engañosa determinación, y ¿qué dice?: *Salgamos fuera* (Gén. 4,8). Otra falacia, pues hay simulación de caridad: otra la sentencia, que es la deliberación de fratricidio. Porque si no juzgaba por malo su consejo, ¿por qué lo ocultaba, y aún después de cometida la muerte, otra vez preguntado de Dios: *¿Dónde está tu hermano Abel?* dijo: *No lo sé: ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?* (Gén. 4,9). Pues ¿por qué niega? ¿no es manifiesto que se condena a sí mismo grandemente? Pues así como su padre se había escondido, éste niega; y después de la pregunta dice otra vez: *Mi maldad es tan grande, que no puedo ya esperar perdón* (Ib. 4,13). –Mas el gentil no lleva o admite estas cosas–. Ea pues, hablemos también con él, y como lo hemos hecho con la creación, no sólo por las Escrituras, sino también con razones promoviendo disputas contra ellos, hagamos también lo mismo ahora acerca de la conciencia. Porque Pablo emplea también este argumento contra aquellos paganos.

Y ¿qué es, en limpio, lo que dicen? –No tenemos ley impuesta de suyo por la conciencia, ni Dios la imprimió en la naturaleza–. ¿De dónde, entonces, de dónde, preguntaré, los legisladores de entre ellos escribieron sobre las nupcias, muertes, testamentos, depósitos, de no oprimir a los prójimos y de infinitas más cosas y sobre esto legislaron? Porque los presentes quizá lo han aprendido de los mayores, y éstos de los anteriores, y aún estos también de los predecesores: pero los primeros de todos y que desde un principio dieron leyes entre ellos, ¿de quién aprendieron? ¿No es verdad que de la conciencia?

Pues no podrían decir que hayan estado con Moisés, que hayan oído a los profetas: ¿cómo? ¿los que eran gentiles? Mas patente está que ellos pudieron haber dado las leyes y haber inventado las artes y otras mil cosas mediante esta ley que Dios, al formar al hombre desde un principio, le impuso: que también las artes se han desarrollado cuando aquellos antiguos, por su ingenio propio, se aproximaron a ellas. Así se establecieron los tribunales y las penas: lo que también dice Pablo. Pues como muchos de los gentiles habían de contradecir y dirían: ¿Cómo juzgará Dios a los hombres anteriores a Moisés? No envió legislador, ni dio ley, no preparó profeta, ni apóstol, ni evangelista: ¿cómo podrá imponerles las penas?, queriendo Pablo demostrar que tenían enseñada la ley por la naturaleza y manifiestamente sabían lo que debía hacerse, oye lo que dice: *Cuando los gentiles, que no tienen ley [escrita], hacen por razón natural lo que manda la ley, estos tales, no teniendo ley, son para sí mismos ley [viva], y ellos hacen ver [que] lo que la ley ordena [está] escrito en sus corazones.* –¿Cómo sin escrituras?– *como se lo atestigua la propia conciencia y las diferentes reflexiones que allá en su interior ya los acusan, ya los defienden, [como se verá] en aquel día, en que Dios juzgará los secretos de los hombres, por medio de Jesucristo...* (Rom. 2,14-16). Y otra vez: *Todos los que pecaron sin [tener] ley [escrita], perecerán sin [ser juzgados por] ella; mas todos los que pecaron teniéndola por ella serán juzgados* (Rom. 2,12). ¿Qué es eso: "perecerán sin ella"? No acusando la ley, sino la conciencia y los pensamientos. Pero si no hubiesen tenido la ley de la conciencia, no debían perecer los mismos que pecaban: pues ¿cómo si pecaron sin ley? Mas cuando dice *sin ley*, no dice que no tuvieron ley, sino que no tuvieron ley escrita, pero que tuvieron la ley natural. En otro lugar (v. 10): *Mas la gloria, el honor y la paz de todo aquel que obra bien, del judío primeramente y del griego.*

5. Pues todo esto decía de los tiempos anteriores, que fueron antes de la venida de Cristo. Y llama aquí Griego no al idólatra, sino al que adoraba a un solo Dios, pero que no era seguidor de las observancias judaicas, del sábado, de la circuncisión y de las varias purificaciones; pero que practicaba la sabiduría y toda piedad. Y de nuevo, hablando de lo mismo, dijo: *Así que, tribulación y angustias [aguardan sin remedio] al alma de todo hombre que obra mal, del judío primeramente, [y después] del griego* (Rom. 2,9). Otra vez llama aquí Griego al que está libre de las observancias de los Judíos. –Pues ¿cómo, si no

oyó la ley, ni trató con los Judíos, cómo tendrá ira, indignación y tribulación por obrar lo malo?– Porque tiene en lo interior la conciencia que increpa, y enseña, e instruye sobre todas las cosas. –¿Por dónde es manifiesto?– Por aquellas cosas en que a otros castigó, dio leyes, constituyó tribunales. Que para declarar esto, Pablo decía de los que vivían en el vicio: *Los cuales, en medio de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver, que los que hacen tales cosas, son dignos de muerte, y no sólo los que las hacen, sino también los que aprueban a los que las hacen* (Rom. 1,32). Y ¿por dónde conocieron ser voluntad de Dios que los que viven en impiedad sean castigados? ¿por dónde?–Por las cosas en que juzgaban a los que pecaban. Porque si no juzgas que es malo el matar, al haber cogido a un homicida no le castigarás por sentencia tuya: si no tienes por malo el adulterio, cuando cayere un adúltero, líbralo de pena. Pero si para los pecados ajenos dictas leyes, aplicas penas y eres juez severo: ¿qué excusa puedes tener, en las cosas en que tú mismo pecas, diciendo que ignorabas lo que debía hacerse? El y tú habéis fornicado. ¿Por qué a él castigas y a ti juzgas digno de perdón? Porque si no sabías que el adulterar era malo, ninguno de los dos debía ser castigado; pero si al otro de los dos castigas, mientras que a ti te estimas para huir la pena, ¿cómo puede parecer conforme a la razón que los reos de los mismos crímenes no paguen las mismas penas? Por tanto, Pablo, acusando esto mismo, decía: *Tú, pues, oh hombre, que condenas a los que tales cosas hacen, [y no obstante] las haces, ¿piensas acaso que podrás huir del juicio de Dios?* (Rom, 2,3). No es así, no lo es: porque por el juicio que diste contra otro, por éste entonces te juzgará Dios: que ciertamente no eres tú justo y Dios injusto. Pues si no desdeñas al que ha sufrido una injuria, ¿cómo lo desdeñará Dios? Si tú castigas los pecados de los otros, ¿cómo Dios no te castigará? Pero si no te aplica inmediatamente la pena, por esto no confíes, antes bien teme. Así lo mandó también Pablo diciendo: *¿O desprecias tal vez las riquezas de su bondad, y de su paciencia, y largo sufrimiento? ¿no reparas en que la bondad de Dios te está llamando a la penitencia?* (Rom. 2,4). Pues por esto tolera, no para que te hagas peor, sino para que hagas penitencia; pero si no quieres, tienes mayor motivo de castigo en la longanimidad de Dios, ya que permaneces en pecado sin arrepentirte. Y porque al declarar esto decía: *Con tu dureza y corazón impenitente vas atesorando ira y más ira para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios (*Rom. 2,5), *el cual ha de*

pagar a cada uno según sus obras (v. 6). Pues porque a cada uno da según sus obras, ya por esto nos infundió la ley natural, ya después nos dio la ley escrita, para exigir las penas de los pecadores, y para coronar a los que se han portado rectamente; así es que con mucho cuidado desempeñemos nuestras obras, como que hemos de entrar en un tremendo juicio, sabiendo que no hemos de conseguir perdón alguno, si descuidamos nuestra salvación después de la ley natural, y de la ley escrita, y de tanta enseñanza, y de amonestación tan asidua.

6. Nuevamente de los juramentos. Quiero, pues, hablaros otra vez de los juramentos, pero tengo vergüenza. No me es pesado el deciros día y noche lo mismo; pero después de haberos amonestado durante estos muchos días, temo que no ponga de manifiesto vuestra grande condenable apatía, pues en cosa tan fácil necesitáis de amonestación continua. Y no sólo me avergüenzo, es que temo por vosotros. Porque la enseñanza asidua, para los que reflexionan, es ciertamente útil y saludable, es empero peligrosa para los desidiosos. Pues cuanto uno más oyere, tanto más se atrae la venganza, no haciendo lo que se dice. Así es como echando esto en cara a los judíos decía Dios: *Os ha enviado muy a tiempo todos sus profetas; sin que vosotros, mientras los enviaba, los escucháseis* (Jer, 25,4). Porque nosotros lo hacemos por la gran solicitud, pero tememos que en aquel día tremendo no os sea a todos vosotros un obstáculo esta amonestación y este consejo. Porque siendo fácil la obra buena, y no faltando quien asiduamente amonesta, ¿qué excusa podremos alegar? ¿o qué motivo nos librará del castigo? Porque dime: si acontece que hayas prestado algún dinero, ¿no es verdad que al encontrarte con el deudor, siempre le avisas del préstamo? Haz también ahora esto, y cada uno piense que el prójimo le debe dinero, es decir: el cumplimiento de este mandato, y saliendo al encuentro amonéstele del cumplimiento de la obligación, sabiendo que hay un no pequeño peligro para nosotros, si no tenemos cuidado de nuestros hermanos. Por esto tampoco yo desisto de repetir lo mismo: porque temo que tenga que oír aquel día: *¡Oh siervo malo y perezoso!... debías haber dado a los banqueros mi dinero, para que yo a la vuelta recobrase mi caudal con los intereses* (Mt. 25,26-27). He aquí que he distribuido, no una ni dos, sino muchas veces; pero a vosotros toca obtener rédito: y la usura, el interés está en poner por obra la amonestación escuchada, pues del Señor son las cosas que se dan en préstamo. No recibamos, pues, con negligencia, sino que guardemos diligentes el depósito, para devolverlo en

aquel día con mucho lucro de negociación. Mas si no indujeres también a otros para este deber, oirás aquella voz que oyó el que enterró el talento. Mas para que no os suceda oír ésta, sino la otra, que pronunció Cristo del que había negociado, al decir: *Muy bien, siervo bueno y leal: ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho* (Mt. 25,26-27).

Y oiremos esta palabra, si pusiéremos el mismo empeño que aquél; y pondremos el mismo empeño, si hiciéremos lo que digo. Mientras que está caliente lo oído, al salir exhortaos vosotros mutuamente; y así como os apartáis con un saludo, así cada uno vaya a casa con una amonestación y diga al prójimo: Piensa y acuérdate cómo guardas lo mandado; y ciertamente superaremos. Pues cuando los amigos te hayan despedido, y llegado a casa otra vez te diga lo mismo la mujer, y estando solos nuestra oración os ocupe, pronto rechazaremos esta mala costumbre. Bien conozco que os admiráis porque pongo tanto empeño en este precepto: pero cumplido y entonces callaré. Porque repito entretanto, que este mandamiento es ley divina, y que no hay seguridad en traspasarlo; mas si lo viere cumplido, os recordaré también otra causa no menor que ésta para que aprendáis que yo con motivo he puesto tanto cuidado por esta ley.

Resta que acabe el sermón con una súplica. Digamos, pues, todos a una: Oh Dios, que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, concédenos que, habiendo cumplido ésta y todas las otras leyes, de tal modo estemos en el tribunal de Jesucristo, que con grande confianza lleguemos al reino para gloria tuya, porque a Ti es debida la gloria, en unión de tu Hijo Unigénito y del Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XIII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIII.

1. Acción de gracias a Dios.–De miércoles a miércoles.–Conmemoración de hechos.–Consternación de los Antioquenos durante la inquisición sobre las estatuas derribadas.–Silencio de la multitud puesta en la plaza del juzgado.–Espectáculo miserable.

2. Vanidad de vanidades.–Símil del ave a la que han robado los polluelos.–Si nadie puede librar a un reo en el tribunal humano, ¿quién librará a los reos en el tribunal de Jesucristo?–Y eran juzgados los primates de la ciudad.–Súplicas a Dios, a los Jueces, a todos.–La calamidad guía hacia la virtud.–Si el temor del infierno nos dominase.

3. Sobre la ley natural moral.–Ley de caridad para con el prójimo.–Hacer lo bueno, huir de lo malo.–Beneficio de la conciencia antecedente.

4. Otros preceptores además de la conciencia.–Contra los juramentos.–Los buenos ejemplos.

5. Razón de cuidar de nuestra enmienda de costumbres.–El magisterio exige solicitud en los discípulos.–Exhortación a las obras buenas.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Fue pronunciada esta homilía el miércoles de la semana IV de Cuaresma, al día siguiente inmediato de la homilía XII. (Recuérdese las advertencias de las homilías XI y XII, 3.ª, y nota ilustrativa.)

2.ª Brabeyas llamábanse los premios de los juegos y certámenes públicos entre los Griegos. Es el *bravium* a que alude San Pablo en sus cartas a los Corintios y a los Efesios. Brabeuta llamábase el Magistrado que daba el premio al vencedor en los juegos públicos.

3.ª Continúa el argumento fundado en la creación del hombre y habla de la ley moral universal impresa por Dios en la conciencia, que conoce el bien y el mal.

* * *

1. Por el mismo principio y por los mismos proemios, por los que comencé ayer y anteayer, daré también hoy comienzo, y diré ahora: Bendito sea Dios. ¿cómo pasamos el miércoles anterior y cómo vemos ahora éste? ¡Cuánta oscuridad había en aquél, y cuánta tranquilidad en el actual! En el mismo día aquel tremendo tribunal en la

ciudad sacudió todos los corazones, e hizo que el día en nada fuese mejor que una noche, no por haberse extinguido las luces, sino por la tristeza y el temor que ofuscaban vuestros ojos. Pues para que tomemos más placer también nosotros, quiero conmemorar unas cuantas cosas que sucedieron. Tanto a vosotros como a vuestros descendientes todos veo que es útil la narración de éstas, porque también a los náufragos, que están salvos, es agradable recordar el oleaje, y la tempestad, y los huracanes, una vez que llegaron al puerto; y a los que han estado enfermos es muy grato el contar a los otros después de su enfermedad las fiebres por las que llegaron a estar en peligro de muerte. Que una vez que han pasado los peligros graves, el recuerdo de éstos contiene placer, cuando el alma no teme, sino que experimenta mayor delectación. Porque la memoria de los males pasados ofrece la tranquilidad presente para saborearla con más cuidado.

Consternación de los Antioquenos durante la inquisición sobre las estatuas derribadas. Pues luego que la mayor parte de los ciudadanos, por miedo y a causa de aquella amenaza, se marchó a los desiertos, a las cuevas de los montes y a los lugares ocultos, obligándoles el miedo en todas partes; y las casas estaban vacías de mujeres, la plaza de hombres, y apenas dos o tres se veían andando a la vez, y aun éstos parecían esqueletos animados que ambulaban: acudíamos al foro judicial para ver en qué paraban los hechos, y mirando las restantes multitudes reunidas, hemos admirado esto más que todo, que permaneciendo la muchedumbre delante de las puertas, lo mismo que si no hubiera nadie era profundísimo el silencio, mirándose todos unos a otros, sin que ninguno se atreviese a preguntar al presente, o a escuchar algo del mismo. Porque cada uno tenía por sospechoso al próximo: pues fueron muchos ya los que impensadamente contra toda esperanza arrebatados del medio de la plaza eran encerrados adentro; y todos igualmente mirábamos al cielo, y extendíamos las manos, esperando silenciosamente ayuda de lo alto, y suplicando a Dios que asistiese a los que debían ser juzgados, y ablandase los corazones de los jueces, y que suavizase la sentencia. Y así como los que desde tierra ven a los náufragos, que sí se acercan, y alargan las manos, pero no pueden vencer el peligro, por verse alejados por las olas, desde fuera en la misma orilla, levantando las manos y llorando oran a Dios que asista a los que fluctúan; así también allí todos tácitamente invocaban a Dios, pidiendo que alargase la mano a los llevados al tribunal, arrebatados por el oleaje, y no permitiese que la nave se hundiese, y que

no resolviese el juicio de los jueces en el extremo naufragio. Y esto era sí lo que estaba delante de las puertas; mas después que entramos dentro de la sala, vimos de nuevo cosas aún más terribles, soldados con espadas y clavas armados, y que proporcionaban a los jueces interiormente gran tranquilidad. Pues porque todos los allegados, las mujeres, las madres, las hijas, los padres se habían apostado en las puertas, para si acontecía que alguno fuera a la muerte conducido, encendido con el espectáculo de la calamidad, provocase un tumulto y perturbación, a todos los alejaban los soldados, que se apoderaban del ánimo de los mismos con el pavor.

Espectáculo miserable. Pero lo más miserable de todo, que la madre y la hermana de uno, que era dentro juzgado yacían por tierra a la entrada de los jueces, cubriéndose de polvo, convertidas en un espectáculo para todos los circunstantes, tapados los ojos, y avergonzándose tan sólo tanto, cuanto consentía la inminencia de la calamidad: no les asistían ni sirvienta ni vecina, ni amiga, no otra alguna allegada, sino solas, vilmente vestidas, puestas en medio de tantos soldados aproximándose arrastradas por tierra a las mismas puertas, padecían tormentos mayores que los que dentro eran juzgados, oyendo la voz de los verdugos, el sonido de los azotes, el llanto de los azotados, las tremendas amenazas de los jueces, y en tanto que cada uno era flagelado, se consumían éstas con dolores más graves que aquéllos. Pues porque había peligro de declaración de crímenes en los testimonios de los otros, si alguna vez oían que uno era azotado para que dijese los reos, y que se lamentaba, mirando al cielo rogaban a Dios que le diese fortaleza y tolerancia, para que no fuese traicionada la salvación de los allegados por la debilidad de los que no tenían valor para soportar el cruel dolor, y sucedía de nuevo lo que a los náufragos suele. Pues así como éstos, si ven de lejos el golpe de las olas que se levanta, que poco a poco crece y amenaza sumergir la nave, aun antes que esté más cerca, se quedan como muertos de miedo: lo mismo ellas, cuando oían salir las voces y lamentos, temerosas de que agotados algunos de los que en tormento eran obligados a declarar, no lo hicieran en contra de algún allegado, veían ante los ojos muertes sin cuento. Y eran de ver tormentos dentro, tormentos fuera, pues a aquéllos los atormentaban los verdugos, a éstas el imperio de la naturaleza y la compasión de las entrañas: dentro llantos, fuera llantos; dentro los de los reos, fuera los de los parientes. Y aun más si sólo los mismos, que hasta los mismos jueces lloraban de

corazón, y obligados a prestar servicio en tan acerba calamidad, sufrían más que todos.

2. Yo pues que asistía y veía estas cosas, que las mujeres y las doncellas virginales, acostumbradas a los tálamos (recatadas), ahora están para común espectáculo de todos, y las que usaban blanda cama tener ahora por cama la tierra, y las que poco ha tenían tanto servicio de sirvientes, eunucos y de toda la restante pompa, privadas ahora de todas aquellas cosas, estuvieron posternadas a los pies de todos, pidiendo a cada uno que ayudaran en algo, según pudieran, a los que habían de ser juzgados, y a la vez que todos diesen a los reos alguna misericordia, dije lo de Salomón: *Vanidad de vanidades y todo vanidad* (Ecl. 1,2). Porque veía cumplirse realmente éste y otro oráculo, a saber: *toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del prado. Se seca el heno y la flor cae* (Is. 40,6-7).

Pues entonces eran nada la nobleza, el linaje esclarecido, el patrocinio de los amigos, el parentesco, y todas las ayudas de la vida, por el pecado y la maldad cometidos que destruye todo este auxilio; y así como la madre que al venir ve robados sus polluelos y al encontrar vacío el nido, aunque no puede ciertamente arrebatar los polluelos cogidos, pero volando en derredor del cazador, con esto mismo manifiesta su dolor; así hacían aquellas mujeres, habiendo sido sus hijos arrebatados de la casa, y en lo interior como enredados en un lazo o red, no podían de cierto acercarse, ni arrancar los presos; pero revolcándose postradas ante las puertas, llorando, gimiendo, y tentando de aproximarse a los soldados de guardia, manifestaban el dolor.

Y entonces al ver estas cosas, pensé en el juicio tremendo, y decía para mí: Si ahora, que son jueces los hombres, no hay quien pueda librar a los reos, ni la madre, ni la hermana, ni el padre, ni otro que sea, aunque esté inmune de lo perpetrado, ¿quién nos asistirá en el tremendo juicio de Cristo, estando nosotros para ser juzgados? ¿Quién se atreverá a levantar la voz? ¿Quién podrá arrebatar libres a los conducidos a las penas aquellas intolerables?

Ahora bien: los que entonces eran juzgados eran los primates de la ciudad, la primacía de la nobleza. Sin embargo contentos se habrían visto, si se les hubiese concedido que, perdiéndolo todo, y si fuera preciso, hasta la misma libertad, conservaran la vida presente. Mas pasado el día, muy entrada la tarde, esperando el final del juicio, estaban todos en mayor ansiedad, y a Dios pedían que se diese alguna dilación y prórroga, y al irritado ánimo de los jueces, que dieran

cuenta al Emperador de lo actuado para que él sentenciase: pues algún bien habría en esta dilación. Y se hacían a los benignos oídos de Dios súplicas comunes del pueblo para que salvase las reliquias de la ciudad, y no dejase que fuese totalmente arrasada. Y no había uno que con lágrimas no le clamase. Sin embargo, nada de esto doblegó entonces a los jueces que actuaban en estas causas; sólo a una cosa miraban, a que se hiciese una diligente indagación de los hechos; y al fin encadenados eran conducidos por medio de la plaza a la cárcel hombres que en su casa mantenían caballos, acostumbrados a proyectar conquistar brabeyas (premios públicos) y que podían contar otros innumerables preclaros oficios: los bienes eran confiscados, y en las puertas de todos podían verse las señales. Y las mujeres de éstos arrojadas de la casa paterna, cada una prácticamente cumplía aquello de la mujer de Job: vagaban de una casa a otra, las que necesitaban posada, que ni esto les era fácil encontrar, temiendo y temblando cada cual de recibir a alguno, pariente de los reos, y de cuidarle.

La calamidad guía hacia la virtud. No obstante los que tanto pasaron, de todo estaban contentos porque no habían muerto; y ni la multa pecuniaria, ni la ignominia, ni tanta tropelía, ni cosa alguna semejante les atormentaba. Pues la magnitud de la calamidad, y la presunción de padecer otras mayores hízoles filosofar tanto en sus almas; y entonces aprendían cuánto nos es la virtud fácil y propensa, expedita, y que sólo por nuestra negligencia parece ser trabajosa. Porque éstos, que poco antes no soportaron bien una pequeña multa, impresionados por un miedo más grande, habiendo perdido todos los bienes, igual que si hubieran encontrado un tesoro, así se portaban, porque no habían perdido la vida. Así es que si el temor del infierno futuro no dominase, y meditásemos aquellas intolerables penas, aunque entregáremos la hacienda, la vida, el cuerpo por las leyes de Dios, no nos doleremos, sabiendo que más ganamos al librarnos de las penas futuras.

Acaso vuestro corazón se ha enternecido no poco en la deplorable exposición de lo dicho; pero no lo llevéis a mal: porque como he de emprender más graves sentencias, y necesito de corazones tiernos, lo he hecho intencionadamente, para que sacudida toda pereza, con el temor de la narración, vuestra mente, despegándose de todos los cuidados de la vida, con grande facilidad recoja en lo hondo del alma el poder de lo que se ha de decir.

3. Pues bastante y anteriormente nos ha demostrado el discurso que en nosotros hay infundida naturalmente la ley de lo bueno y de lo

contrario; mas con el fin de que la demostración nos resulte más clara, vamos también hoy a trabajar el sermón sobre el mismo asunto.

Y que Dios, desde el principio, al formar al hombre, lo hizo conocedor de ambas cosas (del bien y del mal), lo demuestran todos los hombres; en pecando nos avergonzamos ante los súbditos, y a veces el señor que iba a una ramera, habiendo visto a alguno de los siervos, que son más modestos, se avergonzó, y desistió de su mala andanza. También cuando otros nos llaman apodos que envuelven o indican nuestros vicios decimos que eso es contumelia; y si lo llevamos a mal, citamos a juicio a los que lo han hecho. Así es que sabemos qué cosa es vicio, qué sea virtud.

LEYES DE LA CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO. Pues bien: declarando eso mismo Cristo, y demostrando que El nada nuevo, o que trascendiese nuestra naturaleza, sancionaba, sino lo que desde el principio había impreso en nuestra conciencia, después de tantas bienaventuranzas decía así: *Haced vosotros con los hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros* (MT. 7,12). Que fue como decir: No son necesarios muchos discursos, ni prolijas leyes, ni varia doctrina: tu voluntad sea la ley.–¿Quieres obtener beneficios?–Haz a otro favor.–¿Quieres conseguir misericordia?–Compadécete del prójimo.–¿Quieres ser alabado?–Alaba a otro.–¿Quieres ser amado.–Ama.–¿Quieres ocupar las primerías?–Antes ofrécelas a un tercero. Sé tú el juez, sé el legislador de tu vida. Y otra vez: *Guárdate de hacer jamás a otro lo que no quisieras que otro te hiciese a ti.* (TOB. 4,16). Con esto induce a la fuga de lo malo, con aquello a la práctica de la virtud. Lo que odias, a nadie lo hagas. ¿Aborreces el padecer contumelia?–No contumelies a otro.–¿Aborreces el ser engañado?–Tú no engañes a otro.–Y realmente, si guardamos estos dos mandatos, no necesitaremos más disciplina.

Infundió en nuestra alma el conocimiento de la virtud, pero la acción y aplicación la dejó a nuestra voluntad. Puede que esté oscuro lo que he dicho: por esto voy a proponerlo con más claridad.

Para que sepamos que la templanza es buena, no tenemos necesidad de palabras ni de doctrina: porque en la naturaleza tenemos mal conocimiento, ni es preciso que con trabajos y fatigas vayamos de una parte a otra y preguntemos si la templaza es buena y útil: porque todos de común acuerdo lo confesamos, y nadie duda de la virtud. Y del mismo modo juzgamos que el adulterio es malo, y tampoco en esto hay que trabajar ni necesitamos enseñanza para que sea conocida

la malicia de este pecado, sino que en estas materias todos estamos enseñados por nosotros mismos; y recomendamos la virtud, aunque no la practiquemos; como así mismo aborrecemos el vicio, aunque lo cometamos.

Y esto ha sido un máximo beneficio de Dios, el que aplicara nuestra conciencia y voluntad, aun antes de la operación a la virtud, y que la hiciese contraria a la maldad. Pues como he dicho, el conocimiento de estas dos cosas está impreso en la conciencia de todos los hombres, y no necesitamos de maestro para aprenderlo; pero la práctica es cosa de trabajos, de voluntad y de cuidado. Y ¿por qué? –Porque si todo lo hubiese dado la naturaleza estaríamos sin coronas y premios, y así como los brutos no deben ser recompensados ni alabados de las virtudes que les son naturales, lo mismo seríamos nosotros, si hubiésemos tenido algo semejante. Pues la alabanza y encomio de los bienes naturales no pertenecen a los que los tienen, sino al que los da. Que por esto no lo cedió todo a la naturaleza, ni tampoco concedió que la voluntad cargase con todo el peso, ora del conocimiento, ora de la aplicación, para que no aborreciese la virtud por causa del trabajo; sino que la conciencia dicta lo que debe hacerse y a la voluntad toca poner lo pertinente a la operación. Así conocemos sin trabajo que es cosa buena el vivir con regla y medida, porque éste es conocimiento natural; pero no podemos practicar la templanza, si no es trabajando y refrenando las concupiscencias y soportando mucho trabajo. Porque esto no lo tenemos de la naturaleza, como el conocimiento, sino que exige constancia y empeño.

Y no nos alivió el peso así sólo, sino además de otro modo, dejando que tengamos algunas cosas naturales de los mismos merecimientos. Porque el indigno junto con los que padecen contumelia todos lo tenemos de natural (porque al momento nos convertimos en enemigos de los que atacan, aunque nosotros nada hayamos sufrido), y el congratular a los que reciben defensa y auxilio, y el afligirnos en las calamidades ajenas, y el recrearnos con el mutuo amor. Pues aunque los acaecimientos parezcan poner o indicar alguna cierta enemistad, sin embargo tenemos entre nosotros un amor común. Y para indicar esto decía el sabio: *Todo animal ama a su semejante; así también todo hombre debe amar a su prójimo* (Eccl. 13,19).

4. Pero Dios nos ha dado muchos otros preceptores además de la conciencia; porque los padres para los hijos, los señores para los siervos, los maridos para las mujeres, los doctores para los discípulos,

los legisladores y los jueces para los súbditos, y los amigos para los amigos. Pero a veces aun de los enemigos nos lucramos no menos que de los amigos; porque habiéndonos echado en cara nuestros pecados, aun sin pretenderlo nos invitan a corregirlos.

Pues tantos doctores nos ha impuesto, para que se nos hiciera fácil el dar con lo útil y el reparar, estando la muchedumbre que nos obliga a esto y no permite que nos desviemos de lo que nos es conveniente. Porque si despreciamos a los padres, por temor a los magistrados seremos más afables: y si no los miramos en los pecados, jamás podemos huir de la reprensión de la conciencia; y si a ésta desdeñamos y rechazamos, temiendo la opinión común, seremos mejores; si de ésta no nos avergonzamos, el infuso temor de las leyes podrá corregirnos aun sin quererlo nosotros, y los maestros y los padres a los que son jóvenes, y los legisladores y príncipes arreglan a los adultos que toman a su cuidado, y los siervos, que perezosamente se portan, tienen necesidad de observar modestia tanto por los antedichos, como por los señores, y las mujeres por los maridos; y por doquiera tiene nuestro linaje muchos muros para que no resbalemos y caigamos con facilidad en el vicio.

Y además de todo esto, ya las enfermedades, ya los apuros de los negocios nos enseñan: porque la pobreza coarta, la multa corrige, el peligro retrae, y mil otras cosas semejantes. ¿No imponen terror el padre, ni el maestro, ni el príncipe, ni el legislador, ni el juez, ni te confunde el amigo, no te muerde el enemigo, no te castiga el señor, no te enseña el marido, no corrige la conciencia? Pero la enfermedad corporal, que sobreviene, a veces todo lo corrigió, y la multa volvió más humano al audaz; y lo que es más, ciertamente, no sólo a nosotros, sino también a los demás suelen ayudar grandemente los males que acaecen, y sin haber pasado nada grave, habiendo visto que otros eran castigados, hemos quedado no menos corregidos que ellos.

Contra los juramentos. Esto puede también cualquier ver que acontece en las obras buenas, pues así como unos se hacen mejores cuando ven que otros son penados, así por los que se portan bien son muchos los que se estimulan a imitarlos, y es lo que sucede en huir de los juramentos. Pues muchos, habiendo visto que otros han abandonado la mala costumbre de jurar, han imitado el cuidado y han vencido el pecado; por este motivo también nosotros tocamos otra vez más pronto la misma amonestación. Porque no me diga ninguno: muchos se han corregido; no es esto lo que se busca, sino que todos (se

corrijan). Hasta que haya visto esto, no puedo respirar. Aquel pastor que tenía cien ovejas, habiendo perdido una, no sintió contento de las noventa y nueve, hasta que la encontró y restituyó a la grey (Mt. 18,12-13). ¿No ves que se hace esto en el cuerpo?, pues aunque no sea más que el haberse quebrado o levantado una uña al tropezar, todo el cuerpo conduele al miembro. No digas, pues: Unos cuantos han quedado que no se han corregido; antes bien, considera que estos pocos no corregidos corromperán a muchos otros. Pues aunque entre los Corintios sólo uno había fornicado, con todo gemía Pablo como si estuviese perdida toda la ciudad(1 Cor. 5); y con razón: porque sabía que, no habiendo corregido a aquél, el vicio que se deslizaba invadiría también a todos los demás. Poco hace he visto en el tribunal atados y conducidos por medio del foro aquellos varones ilustres, y mientras que algunos se admiraban del exceso de contumelia, decían otros: no hay de qué admirarse, pues cuando hay sentencia de condena, de nada aprovecha la dignidad. Y cuando haya impiedad, ¿no habrá mucha mayor razón de que en nada ayuda la dignidad?

5. Pensando, pues, estas cosas, despertémonos: que si vosotros no pusiéreis cuidado, en vano lo hacemos todo. Y esto ¿por qué? ¿Porque el magisterio no es como las restantes artes? El platero maestro, que ha labrado un objeto cualquiera y lo ha guardado, al día siguiente lo encontrará otra vez igual; y el broncista, y el marmolista, y cualquier otro artista tal cual deja su trabajo, así de nuevo lo encontrará. Pero no es así en nosotros, sino todo lo contrario: pues no labramos cosas inanimadas, sino que forjamos las almas racionales. De aquí que no os encontramos tal como os dejamos, mas después que a los que hemos recibido, los hayamos con mucho trabajo reformado y corregido, y los hayamos hecho más fervorosos, una vez salidos otra vez los pervierte la concurrencia de los negocios que se ofrece por todas partes, y nos ocasiona mayor dificultad. Por esto suplico y ruego que pongáis mano alargándola, y todo el empeño que pongo aquí yo para vuestra correción, otro tanto pongáis vosotros acerca de vuestra salvación, cuando de aquí hayáis salido. Ojalá fuera posible que yo mereciese mucho por vosotros, y que vosotros recibiéseis los premios (=brabeyas) de los merecimientos, y nos os habría vejado tanto.

Pero ¿qué hacer? Esto es imposible: a cada uno se retribuirá según sus obras. Así pues, como la madre que está viendo al hijo febriciante, que asiste al enfermo y febril, llorando dice al hijo enfermo: hijo, ojalá pudiera yo quitarte la fiebre, pasando a mí la calentura; así es

como en verdad os digo yo ahora: Ojalá fuera posible que, trabajando yo por vosotros, hiciese a todos bien. Pero esto no es posible; no, no es posible, sino que es necesario que cada cual dé cuenta de sus actos, y no se puede ver que sea castigado uno en vez de otro. Por esto me duelo y lloro, porque no podré asistiros a vosotros acusados en aquel día, máxime no teniendo tanta confianza ante Dios; pero aunque tuviese confianza, no soy más santo que Moisés, ni más justo que Samuel, a quienes habiendo alcanzado tanta virtud, respondió que en nada podían ayudar a los Judíos, porque le habían servido con demasiada pereza (JER. 15,1).

Ya, pues, que por nuestras obras somos castigados y salvados, cuidemos, os lo pido, con todos los demás guardar cumpliendo este mandato, para que, al partir de aquí en buena confianza, consigamos los bienes prometidos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre sea dada gloria en unión del Espíritu Santo, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XIV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIV.

1. De los nuevos sobresaltos nos ha consolado Dios,–manifestándonos además su providencia en haberlos permitido.–Lo mismo hizo con Pablo para que de él aprendamos.–Dios nos pone en nuevas pruebas buscando el hacernos más piadosos.

2. Nuevamente contra los juramentos.–La cabeza de Juan Bautista.–El juramento, tanto que se observe, como que se quebrante, hace reos de pena a los que juran.–El que suele jurar, generalmente perjura.–No sólo los perjuros, sino también los que motivan los perjurios, son reos de tal crimen.–Astucia del demonio en los juramentos.–Juramento y perjurio de Saúl.

3. Violación del juramento de Saúl,–por Jonatás.–Ejemplo de Jefté, que sacrificó a su hija por observar un juramento.–Providencia de Dios al no estorbarlo.–De Saúl y Jonatás.

4. Los judíos eran inexpugnables mientras no pecaban: ejemplo de los Madianitas.–Costumbres meretricias.–Saúl no obtiene respuesta del Señor.–Temeridad del nuevo juramento de Saúl.

5. Las suertes.–Jonatás declara y se entrega.–Tercer juramento de Saúl.–El pueblo salva a Jonatás de la muerte.–Juramento del pueblo contrario del que hizo el rey.–Muchos daños de los juramentos.–Perjurios cometidos.

6. Un solo juramento acarreó a los judíos males sin cuento.–El Emperador prohibió a los Antioquenos los baños por castigo.–Si se observa este mandato, que es molesto, ¿por qué no se guarda el de no jurar, que es fácil y provechoso?–Heridas y deshonor que causan los juramentos en las almas.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª No consta ciertamente en qué día se pronunció esta homilía ni hay por qué adivinarlo.

2.ª Libre y esperanzada la ciudad, de nuevo algunos con rumores infundados y tremebundos la turbaron, pero fueron convictos de falsedad.

3.ª Eficazmente insiste sobre los juramentos y confirma la doctrina con los tristes ejemplos de Saúl y Jonatás, de Jepté y su hija, del pueblo judío, de Herodes, etc.

4.ª La enseñanza moral es muy abundante, la exposición clara, la exhortación patética.

* * *

1. Ayer no nos perturbó poco el diablo la ciudad, mas Dios aún nos ha consolado de nuevo y no poco, de tal suerte que cada uno de nosotros pueda repetir el dicho del profeta: *A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos llenaron de alegría a mi alma* (Ps. 93,19). Y no sólo al consolar, sino también al permitir que seamos perturbados, Dios nos ha manifestado su providencia. Pues lo que nunca he cesado de decir, lo diré hoy también, que no tan sólo el solucionar las calamidades, sino que, asimismo, el permitirlas es cosa de la benevolencia de Dios. Pues en viéndonos que nos dejamos inclinar a la pereza, y que nos apartamos de su trato familiar, y que tenemos a menos las cosas espirituales, nos deja un poco, para que así castigados volvamos a El con más deseo. Y ¿por qué te admiras, si hace esto con los que andamos perezosos, habiendo dicho Pablo que tanto en él como en sus discípulos era ésta la causa de las tentaciones? Pues enviando a los Corintios la segunda carta, decía así: *No quiero, hermanos, que ignoréis la tribulación que padecimos en el Asia, de que nos vimos abrumados, [males] tan excesivos y tan superiores a nuestras fuerzas que nos hacían pesada la misma vida. Pero sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte* (2 Cor. 1,8-9); como diciendo: tan grandes peligros nos han sobrevenido, que abominaríamos de vivir, y no esperábamos ya más que sobrevendría algún buen cambio, ni que se hubiera de esperar más que la muerte; que esto vale aquel *Sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte,* pero con todo, después de tanta desesperanza, Dios disipó la tormenta, y alejó la nube, y nos arrebató de las mismas fauces de la muerte. Luego, para demostrar que el conceder que cayésemos en tan grande peligro era una grande obra de providencia, hace recuento de las ganancias nacidas de las tentaciones; y éstas eran el mirar a El con asiduidad, pero sin engreírse ni ensoberbecerse por nada. De aquí que habiendo dicho *Sentimos pronunciar allá dentro el fallo de nuestra muerte,* alegó a la vez la causa. Y ¿cuál es esta causa? *A fin de que no pusiésemos nuestra confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita a los muertos.* Pues suele despertar a los que dormimos y estamos remisos, y hacernos más piadosos por la condición de las tentaciones.

Así pues, querido, cuando vieres una prueba en verdad ya extinguida, pero que otra vez está encendida, no decaigas de ánimo ni rehuyas, sino ten buen esperanza, pensando en tus adentros que Dios te pone en manos de los enemigos no por odio ni aversión, sino

buscando el hacernos más cuidadosos y más familiares o piadosos con El.

Por lo tanto no nos desalentemos, ni perdamos la esperanza de ir a mejor, sino esperemos una rapidísima tranquilidad que vendrá; y dejando a Dios el poner fin a todos estos tumultos por los que estamos agitados, toquemos de nuevo los acostumbrados asuntos y presentemos la doctrina que solemos: pues otra vez quiero hablaros de la misma materia, para extirpar radicalmente de vuestra alma la ímproba costumbre de jurar.

2. Nuevamente contra los juramentos. Por esto tengo necesidad de acogerme otra vez a la misma súplica. Pues antes os rogué que, tomando la cabeza de Juan Bautista, que destilaba aún sangre caliente y había sido cortada, cada uno se volviese así a su casa, y cada cual piense que tiene a la vista a aquél que hablaba y decía: Tened odio a mi verdugo el juramento: lo que no pudo la ira del tirano, consiguiolo la necesidad de un juramento. Es así en verdad: cuando era reprendido públicamente oyéndolo todos, el tirano soportó generosamente la increpación; pero cuando se envolvió en el juramento obligante, entonces cortó aquella dichosa cabeza.

Pues lo mismo os pido también ahora, y no cejaré, para que dondequiera fuéremos, vayamos llevando esta cabeza, y la enseñemos a todos clamando y vituperando los juramentos. Pues por más desidiosos y negligentes que seamos, cuando miremos aquellos ojos, que nos miran terribles, y que amenazan a los perjuros, contenidos por este miedo con más fuerza que con cualquier freno, podremos cohibir y apartar fácilmente la lengua del precipicio de jurar.

Porque ni es sólo esto lo malo del juramento, porque ya se observe, ya se quebrante, a los reos de juramento los hace reos de pena, cosa que no sucede con ningún otro pecado, como puede ver cada cual. Mas todavía hay un mal mayor que éste. –¿Qué cuál es?– Que muchas veces no es posible jurar debidamente aun queriéndolo e intentándolo. Primero, porque el que jura con frecuencia, sea queriendo, sea sin querer, a sabiendas, o sin saber, ya en serio, ya en broma, unas veces arrebatado de la ira, otras de mil cosas más, generalmente perjurará. Y no contradirá nadie a esto: tan claro y manifiesto es que quien jura mucho, es preciso que sea perjuro. En segundo lugar, aunque no arrebatado, o sin querer o sin darse cuenta, quien padece esto, por la misma naturaleza del juramento, se verá forzado a perjurar. Pues muchas veces estando en casa comiendo y faltando alguno de

los siervos, juró la mujer que le castigaría, el marido juró al momento lo contrario, y resistió, y no lo permitió. En este caso, hagan lo que hagan, necesariamente hay un perjurio: pues ni por más que ellos quieran e intenten es posible guardar el juramento, sino que suceda lo que suceda, uno de los dos se hará reo de perjurio, o antes bien los dos, de una manera que diré: porque esto es para admirado. El que juró que azotaría al siervo, o a la esclava, impedido después, ya perjuró, porque no ha hecho lo que juró, y al que le prohíbe y le impide verificar el juramento se hace reo de perjurio. Porque no sólo los que perjuran, sino también los que a otros ponen tal necesidad, son reos de los mismos crímenes, y no solamente en casa, que también en público vea cada uno hacerse, y sobre todo en las luchas, cuando los que luchan juran cosas contrarias: el uno que azotará, el otro que no será azotado; éste que ha de quitar la capa, aquél que no se la dará; y los luchadores juran muchas otras cosas de este tenor. Vea, asimismo, cada uno que lo mismo sucede en las oficinas y en las escuelas. Muchas veces el artífice juró que no permitiría que el discípulo comiese y bebiese antes de que hubiera entregado acabada la obra o tarea impuesta. Asimismo, el pedagogo a veces con el niño, y el ama con la esclava, lo hizo; y cuando cae la tarde y la faena no está concluida, hay que, o dejar morir de hambre a los que no han cumplido la obra, o que perjuren en absoluto los que habían jurado.

Porque el maligno demonio está siempre insidiando a las buenas obras nuestras, y oyendo la obligación de los juramentos, empuja a los delincuentes hacia la desidia, o maquina otra dificultad, para que no habiendo cumplido la obra, se sigan castigos, y contumelias, y perjurios y mil otros males. Como pasa a los muchachos que tiran de una cuerda larga, pero pasada, en sentido contrario y con mucho ímpetu, que caen todos de espaldas rota la cuerda por la mitad, y éstos quedan heridos en la cabeza, aquéllos en otras partes del cuerpo: así sucede entre los que juran cosas contrarias, quebrantando el juramento por la necesidad de las cosas, caen todos en el infierno del perjurio, éstos porque perjuran, y aquéllos porque dan a los otros causa para jurar.

Por la historia de Saúl se manifiesta el daño de los juramentos. Y para que no tan sólo por lo que en las casas y plazas sucede a diario, sino también por las mismas Escrituras, quede manifestado esto, os narraré una historia antigua, que conviene con lo dicho. En cierta ocasión, habiendo los enemigos invadido la Judea, y habiéndo-

les acometido Jonatás (éste era el hijo de Saúl), y habiéndolos degollado a unos, y a los otros obligado a huir: queriendo Saúl su padre levantar un ejército más numeroso en contra de los que restaban, y hacer que no desistiera antes de haberlos aplastado a todos, hizo lo contrario de lo que intentó: juró que nadie comería pan hasta la noche, hasta la venganza de sus enemigos. ¿Qué podría haberse hecho más tontamente? Pues cuando había debido refocilar a los soldados, fatigados y oprimidos por el mucho trabajo, y más fortalecidos echarlos contra los enemigos, los sometió a lo que es más grave que los enemigos, al hacerles sufrir hambre grandísima en fuerza del juramento (1 Reg. 14,24ss). Puesto que es en verdad peligroso por sí mismo el jurar (que muchas veces nos hallamos forzados por las circunstancias); pero es mucho más peligroso obligar la palabra de otros con la fuerza de los juramentos, y sobre todo cuando se jura, no por uno, dos, o tres, sino por una multitud infinita, como entonces lo hizo Saúl inconsideradamente, y probablemente ni pensó que uno siquiera quebrantaría el juramento, ni tuvo cuenta con los soldados, y con soldados que peleaban y muy ajenos de la filosofía, que no podían vencer (el hambre) exigencia del vientre, y precisamente habiendo tanto trabajo. Mas él, menospreciando todo esto, como si jurara en nombre de uno solo, a quien con facilidad pudiera cohibir, lo mismo pensó de todo el ejército. Y así abrió al diablo puerta tan ancha que no dos, o tres, o cuatro, sino muchos más perjurios enlazaba en corto tiempo con este juramento. Pues así como nada jurando le cerramos todas las entradas, así con un solo juramento que hayamos pronunciado le damos grande poder de arreglar infinitos perjurios. Y así como quien recoge una cadena, como tenga el eslabón primero, con facilidad y prontitud despacha la serie de anillas; pero si no hay uno que lo haga, ni a comenzar puede: de igual manera el diablo, que forja también cadenas de pecados nuestros, como no tenga principio en nuestra lengua, ni intentarlo puede ciertamente: pero con sólo que nosotros hayamos dado comienzo con la lengua en vez de mano, a los que retiene con el juramento, trabaja en su maligno arte con gran libertad, componiendo y tejiendo de un juramento mil perjurios: que es precisamente lo que hizo allí con Saúl. Mira qué tal lazo nace de este juramento.

El ejército pasaba por un bosque que tenía colmenas o enjambres de abejas, y la miel estaba al alcance de todos, y el pueblo no tocó a los panales, y pasaba hablando (sin acercársela a la boca). –¿Ves

cuánta confusión?– Una mesa extemporánea, para que la facilidad de acercarse, y la suavidad de la comida, y la confianza de quedar oculto, los halagase para quebrantar el juramento. Porque el hambre, el trabajo y el tiempo, pues dice: *Se hallaba miel en la superficie del campo* (1 Reg. 14,25), provocaban entonces a prevaricar. También la vista de los panales, quebrantando la fortaleza del ánimo, los invitaba desde fuera. Puesto que tanto la dulce mesa, como la fácil provisión, como la dificultad de ser descubierto el hurto eran capaces de engañar a toda filosofía (ascética). Porque si hubieran sido carnes, que había que cocer o tostar, no hubiesen solicitado tanto sus ánimos, teniendo que detenerse y tardar en cocerlas y prepararlas para comer, temiendo verse sorprendidos en esto: mientras que ahora no hay nada de esto, es miel sólo, en la que nada hay que hacer; pues era bastante extender la mano y coger de la mesa. Con todo, ello vencieron su apetito y no dijeron interiormente: ¿a nosotros qué? ¿acaso lo ha jurado alguno de nosotros?, el pagará su merecido del inconsiderado juramento. Pues ¿por qué juraba?

Pero nada de esto pensaron, sino que pasaban con grande reverencia: y siendo tantos los alicientes que los solicitaban, guardaban la disciplina, *nadie osó tocarla y acercarse a la boca* (1 Reyes, 14-26). ¿Qué es esto: hablando? Hablaban entre sí consolando con palabras el dolor.

3. Pero después que el pueblo observó disciplina, ¿es que no hubo nada más, sino el juramento cumplido? Ni así quedó cumplido, sino violado. Y vais a oír al momento cómo y de qué manera, para que aprendáis toda la maña del diablo. *Jonatás* [4], *que no había oído la protesta que su padre había hecho al pueblo con juramento, alargó la punta del bastón que tenía en la mano, y mojola en un panal de miel, y aplicola a su boca, con lo que recobró el vigor de sus ojos* (1 Reg. 14,27). Observa a quién empujó a perjurio, no a uno de los soldados, sino al mismo hijo del que había jurado, puesto que no quería tan sólo que se cometiera el juramento, sino que preparaba la muerte del hijo, y aún esto intentaba primero, y se precipitaba a dividir la naturaleza contra sí misma; y se prometía que había de repetir ahora lo que antes había hecho en Jepté. Porque éste, habiendo prometido a Dios que

4. "Pero Jonatán, que nada sabía del juramento que su padre había hecho hacer al pueblo, metió la punta del bastón que llevaba en la mano en un panal de miel, y se lo llevó a la boca con la mano, y le brillaron los ojos." Así traduce Nácar-Colunga, pág. 286.

sacrificaría al primero que le saliese al encuentro después de la victoria, cayó en matar a la hija; que a la hijita, que le salió a recibir, inmoló, y Dios no lo estorbó.

Con el ejemplo de Jepté se manifiesta el daño de jurar. Ya sé que muchos infieles nos echan en cara la crueldad e inhumanidad de este sacrificio; pero yo diría que es una gran demostración de mucha providencia la permisión que hubo en este sacrificio, y que quien cuida de nuestro linaje no haya estorbado aquella muerte. Porque si después de aquel voto y promesa hubiera prohibido el sacrificio, muchos después de Jepté, esperando que Dios no lo aceptaría, habrían hecho votos parecidos y andando poco a poco habrían caído en la muerte de los hijos, cuando ahora, permitiendo ejecutarle por obra, los prohibió a todos los venideros.

Y de que es esto verdad, una vez sacrificada la hijita de Jepté, para que quedase eterna memoria de esta desgracia y no se olvidase el daño, diose entre los judíos ley, que las doncellas que vivían entonces, llorasen durante cuarenta días la muerte dada, para que, renovando con el llanto la memoria de la muerte, se hagan los venideros todos más prudentes, y aprendan aquéllos que no fue designio de Dios que se hiciera esto: porque no habría permitido que las jóvenes llorasen e hicieran llanto. Y que lo dicho no es una conjetura lo demostró el fin. Puesto que después de aquel sacrificio, nadie hizo a Dios tal voto; por esto no lo estorbó, mientras que lo que El había mandado a Abrahán, El mismo lo vedó, demostrando con ambas cosas que no son de su agrado semejantes sacrificios.

Pero el maligno demonio pretendía también ahora cometer una tragedia parecida y, por tanto, empujó a Jonatás a prevaricar. Porque si uno cualquiera de los soldados hubiera prevaricado, no le parecía grande mal; pero ahora el que es insaciable de humanos males y nunca está satisfecho de nuestras miserias, pensaba que nada grande hacía con intentar y tramar una muerte vulgar, sino estaba pensando que nada digno hacía si no manchaba la mano derecha del rey con la muerte del hijo. Mas ¿qué digo con la muerte del hijo?, pues ¿preparó aquel malvado el maquinar una muerte más execrable que ésta otra vez? Que si a sabiendas hubiera pecado, y hubiera sido muerto, esto no era más que muerte del hijo: pero ahora que faltó por ignorancia (que no oyó los juramentos) y después interfecto, hubiera causado a su padre un doblado dolor: porque tendría que inmolar al hijo, y al hijo que no había pecado. Mas ya hemos de seguir la historia.

Pero después que comió *recobró el vigor de sus ojos*, dice. Y por esto se acusa la grande insensatez del rey, al declarar que los soldados casi todos no veían de hambre, y que los habían envuelto en obscuridad. Después, uno de los soldados que le hubo visto, dijo: *Tu padre ha obligado al pueblo con juramento, diciendo: Maldito sea el hombre que probare hoy bocado (Estaban ya todos desfallecidos). A lo que respondió Jonatás: Mi padre lo ha echado a perder todo* con ese juramento (1 Reg. 14,28-9).

¿Qué quiere decir *disolvit*? Ha perdido, ha corrompido a todos. Así es que violado el juramento, todos callaban, y nadie se atrevía a declarar al reo. Y no pequeño crimen fue el que se cometió entonces; pues no sólo los perjuros, sino los que son conscientes y los que encubren, comunican en los crímenes.

4. Pero veamos lo restante. *Dijo después Saúl: Echémonos esta noche sobre los Filisteos, y acabemos con ellos antes que amanezca, sin dejar hombre con vida. Respondió el pueblo: Haz todo lo que bien te parezca. Mas el sacerdote dijo: Acerquémonos antes aquí a consultar a Dios* (1 Reg. 14,36). Porque antiguamente era Dios el general de la guerra, y sin orden suya jamás se habrían atrevido a entrar en batalla, y la guerra se les convertía en materia de piedad. Y no eran vencidos por debilidad del cuerpo, sino por pecados, cuando eran vencidos; y no por la potencia y fortaleza, sino por la celeste benevolencia vencían, siempre que vencían; tanto la victoria como la derrota era para ellos un ejercicio y una instrucción de virtud, y ni para ellos solos, sino hasta para los que los combatían.

Porque una cosa les resultaba manifiesta, que no por la naturaleza de las armas, sino por la vida de los que guerrean y por los méritos se resolvía la guerra con los judíos. Sabiendo, pues, esto los Madianitas, y conociendo que aquella gente era inexpugnable, y que no podía ser expugnada ni con máquinas ni con armas, pero que sólo por el pecado era fácil de tomar, adornando a las doncellas hermosas y poniéndolas delante de los ejércitos en vanguardia, provocaban a los soldados a la lujuria, pretendiendo quitarles con la fornicación el auxilio de Dios, como, en efecto, sucedio. Porque después que cayeron en pecado, para todos quedaron expugnables: y a los que no pudieron coger ni armas, ni caballos, ni jinetes, ni soldados, ni tantas máquinas, a estos la condición natural del pecado entregoles atados a los enemigos: pues inútiles eran los escudos, las lanzas y las saetas; pero la hermosura del rostro y el ánimo lascivo derribó y venció a los antes denoda-

dos. Por lo cual alguien amonesta diciendo: *Aparta tus ojos de la mujer lujosamente ataviada y no mires estudiosamente una hermosura ajena* (Ecclo. 9,8). *Los labios de la ramera son como un panal que destila miel, y son más suaves que el aceite sus palabras. Pero sus dejos son amargos como ajenjo, y penetrantes como espada de dos filos* (Prov. 5,3).

Costumbres meretricias. Porque la meretriz no sabe amar, tan solamente tiende lazos; veneno tienen sus besos, un tósigo mortífero su boca. Pero si no aparece desde luego, por esto se la tiene que huir más, porque oculta el daño y tiene disimulada la muerte, y no permite que aparezca claro desde los comienzos. Así, pues, si alguno persigue el bienestar y una vida llena de alegría, huya de trato con mujeres que fornican, porque llenan los ánimos de los amantes con innumerables guerras y tumultos, moviéndoles luchas continuas y disputas de palabra y de obra; y lo mismo que los más encarnizados enemigos, lo mismo exactamente también éstas lo hacen y negocian todo para que ellos caigan en ignominia y en pobreza extrema. Y lo mismo que los cazadores ojean los animales silvestres, echándolos a las redes tendidas, para matarlos; lo mismo éstas, después que han extendido por todas partes las alas de la lascivia por los ojos, los trajes, las palabras, después envuelven a sus amantes, y los atan, y no los dejan retirarse hasta tanto que les hayan chupado la sangre, e insultándolos después, y burlándose de la estupidez de ellos, y haciendo ruidosa algazara y burla de ellos. Aunque no es digno de que nadie tenga misericordia de este tal, sino de que sea burlado, zaherido, ya que se presenta más estólido que una mujer y que una mujer prostituta. Por esto nos advierte otra vez aquel sabio diciendo: *Bebe el agua de tu aljibe, y de los manantiales de tu pozo;* y en otro lugar: *Sea ella tus delicias... y como gracioso cervatillo; sus cariños sean tu recreo en todo tiempo* (Ib. 5,19)...; diciéndolo de la mujer que cohabita según ley matrimonial: ¿Por qué dejas a tu ayudadora, y corres a la que pone asechanzas? ¿Por qué tienes aversión a la compañera de la vida, y sigues a la que pervierte tu vida? Esta es miembro y cuerpo tuyo; la otra es una cortante espada. Así, pues, queridos, huid la fornicación, ya por los males presentes, ya por la pena futura.

Quizá parezca que nos hemos salido del asunto, pero esto no es salirse; pues no intentamos sólo el leeros simplemente una historia, sino el corregir cualquier desorden que os inficione: por esto os hacemos frecuentes correcciones, desarrollando varios discursos para vos-

otros, porque es verosímil que en población tan grande haya varias enfermedades; y no nos hemos propuesto curar sólo una herida o llaga, sino muchas y varias; por eso debe también ser vario el medicamento de la doctrina. Pero volvamos al punto de que nos hemos apartado para decir estas cosas.

Mas el sacerdote dijo: acerquémonos antes aquí a consultar a Dios. Y consultó Saúl al Señor diciendo: ¿Seguiré al alcance de los Filisteos? ¿Los entregarás en las manos de Israel? Y no le dió el Señor respuesta en aquel día (1 Reg. 14,36-37).

Admira la benignidad y la mansedumbre del clementísimo Dios. No envió un rayo, ni tampoco sacudió con temblor la tierra, sino lo que los amigos hacen con los amigos, cuando han sido contumeliados, esto es lo que hizo el Señor con su siervo: calló tan sólo, hablando por el silencio y demostrándole toda su indignación. Saúl conoció esto: *Por lo que dijo Saúl: Haced venir aquí todos los principales del pueblo, y averiguad y ved por culpa de quien sucede esto hoy. Vive el Señor, que es el Salvador de Israel, que si la causa de esto es mi hijo Jonatás, morirá sin remisión* (1 Reg. 14,38-39).

¿Has visto cuánta temeridad? Habiendo visto violado el anterior juramento, ni así se enmienda, sino que de nuevo añade otros. Pero considera la malignidad del diablo. Pues porque conocía que muchas veces el joven sorprendido y llevado delante podía sólo con ser visto al instante mitigar al padre y dulcificar la ira del rey, se le adelantó a la sentencia por la obligación de los segundos nuevos juramentos, estrechándole con doble vínculo y no permitiéndole ser dueño de su sentencia, sino empujándole por todos lados a la inicua muerte aquella, y antes de haber descubierto al que había pecado, hizo el juicio, y desconociendo al reo, condenole con sentencia dada: y el padre quedó hecho verdugo del hijo, y dió sentencia de muerte antes del examen (o juicio). ¿Qué cosa más contra razón podría hacerse?

5. Así fue que al decir él esto, más temió el pueblo, y todos estaban poseídos de mucho temblor y temor, pero el diablo se alegraba, habiendo puesto en ansiedad a todos. *A lo cual ninguno del pueblo le contradijo. Y dijo a todo Israel: Separaos vosotros a un lado, y yo con mi hijo Jonatás estaremos en el otro* (Ib. 14,39-40). Y lo que dice, así es: Nada más procuráis, dice, que el entregaros a los enemigos, y el haceros esclavos en vez de hijos, instigando a Dios en contra de vosotros, al no entregar al reo. Advierte, empero, también otra contrariedad suscitada por el juramento. Porque no teniendo nada

para amenazar, si quería encontrar al reo, y no obligar con juramento a la pena, y así los más decididos animados entregarían más pronto al reo; él otra vez arrebatado de ira, de gran furor, y de la insensatez precedente hace nuevamente lo contrario de lo que quiere. ¿Qué necesidad hay de añadir más? Confío a la suerte el asunto, y por la suerte son examinados Saúl y Jonatás: *Dijo entonces Saúl: Echad suertes entre mí y Jonatás, mi hijo. Dijo, pues, Saúl a Jonatás: Declárame qué es lo que has hecho. Jonatás lo confesó todo diciendo: Gusté ansiosamente con la punta del bastón que traía en la mano un poquito de miel, y he aquí que voy a morir por eso. Aquí me tienes; yo moriré* (vv. 42-43). ¿A quién no hubieran doblegado, a quién no habrían movido a misericordia estas palabras?

Considera la horrorosa tormenta que pasó luego Saúl, cuando se le desgarraban las entrañas, y de ambos lados se presentaba un precipicio; pero con todo, ni así se enmendó, pues ¿qué dijo? *Tráteme Dios con todo el rigor de su justicia; si tú, Jonatás, no mueres hoy sin remedio* (v. 44). Ahí está otra vez un tercer juramento, y no sencillamente tercero, sino además con gran premura de tiempo. Pues no dijo sólo: *Morirás,* sino *Hoy morirás.* Porque el diablo se aceleraba para llevarle y empujarle a esta muerte impía. Por lo cual, ni prometió esperar al día señalado para la sentencia, a fin de que por cualquier demora no haya arrepentimiento y corrección del mal.

Pero el pueblo dijo a Saúl: *¡Con qué ha de morir Jonatás, que acaba de salvar de un modo maravilloso a Israel! Ni hablarse debe de tal cosa. Vive el Señor que no ha de caer en tierra ni un sólo cabello de su cabeza; porque él ha obrado en este día con beneplácito y asistencia de Dios* (v. 45).

Ahí está el pueblo que juró el segundo, y juró lo contrario que el rey. Ahora, pues, recordad lo de la soga estirada por los muchachos, y rota y que deja de espaldas a los que tiraban. Juró Saúl no una ni dos veces, sino muchas; lo contrario juró el pueblo, y ya se contendía. Del todo era necesario que un juramento se quebrantase.

MUCHOS DAÑOS DE LOS JURAMENTOS. Y no me digas lo sucedido, pero piensa en los muchos males que nacían, y en la tragedia y tiranía que el diablo preparaba por esto semejantes a los venideros por Absalón. Porque si el rey se hubiese empeñado en resistir y pasar a cumplir el juramento, todo el pueblo en masa hubiera resistido, y hubiera habido una tiranía cruelísima; y por otro lado, si el hijo, mirando por su vida, hubiera querido entregarse al ejército, al punto hubiera sido

parricida. Ya ves la tiranía, la muerte del hijo, el parricidio y la guerra civil, y la lucha, y las muertes, y la sangre, y cadáveres sin número, cometido todo por un juramento. Porque si hubiera sucedido hacerse la guerra, quizás habrían sido muertos Saúl y Jonatás, y muchos soldados hubieran sido cruelmente degollados: y así el juramento para ninguno hubiera resultado beneficioso. Ni pienses ahora en que no ha sucedido; pero piensa en que la natural condición del juramento llevaba a que fuese hecho: pero venció el pueblo.

Ahora contemos los perjurios cometidos. El primer juramento de Saúl fue violado por el hijo; luego el segundo y tercero de la muerte del hijo; y parece que el pueblo juró en verdad, pero si diligentemente se examina, también por otro lado todo el pueblo se hizo reo de los crímenes del perjuro, pues hicieron que jurase el padre de Jonatás, no entregando al padre el hijo. ¿Ves a cuántos hombres, ya queriéndolo, ya no queriéndolo, ha hecho reos de perjurio un solo juramento? ¿Cuántos males ha maquinado, cuántas muertes ha perpetrado?

6. Pero al comenzar el sermón prometí que demostraría que de los juramentos contrarios por necesidad nace el perjurio, mas por la historia recorrida he demostrado mucho más de lo que me propuse: la historia os ha exhibido no a uno, dos, o tres hombres, sino a todo un pueblo que violó no uno, dos y tres juramentos, sino muchos más. Y podíase referir otra historia, y de ella demostrar que un solo juramento produjo una calamidad más dura y mayor que ésta. Porque un solo juramento acarreó a todos los judíos incontables y muy graves males, la cautividad de las mujeres y de los niños, el incendio y devastación de las ciudades por los extranjeros, la profanación de los lugares y cosas santas. Mas veo que me he extendido demasiado, por lo cual suspendiendo aquí el referir esta historia, os exhorto a que con la cabeza de Juan (Bautista) recordéis la muerte de Jonatás y el daño general de todo el pueblo, aunque no sucedieron, pero que provenían de la obligación de los juramentos, y entre vosotros habléis en casa, y en la plaza, con las mujeres, con los amigos, con los vecinos, y en general con todos, tened cuenta de esto: y no penséis que nos servirá de buena defensa lo que no sea cambiar la costumbre. Y que no es sino excusa y pretexto y culpa, no de la costumbre, sino de la desidia, por los casos sucedidos voy a persuadíroslo.

El Emperador había prohibido a los Antioquenos, en castigo, los baños. Cerró el Emperador los baños de la ciudad, y mandó que nadie se bañase; y nadie se ha atrevido a traspasar la ley, o a criticar el

hecho, o a alegarle costumbre; sino que los hombres enfermos crónicos, las mujeres, los niños, los ancianos y las mujeres que recientemente han librado, y todos cuantos por necesidad reclamaban este remedio, quieran o no quieran llevan este mandato, y ni la enfermedad del cuerpo, ni la tiranía de la costumbre, ni el estar castigados por otros que pecan, ni nada parecido alegan, sino que reciben buenamente este castigo, porque estaban aguardando males mayores, y piden cada día que el furor regio pare sin ir adelante. ¿Adviertes cómo cuando hay miedo, fácilmente se quebranta la costumbre, por más que sea antigua y necesaria?

Ahora bien: no bañarse es molesto, grave; pues aunque le demos cien razones, la condición del cuerpo es tal, que con solos raciocinios no se ve ayudado para la propia salud; pero no jurar es muy fácil, no causa perjuicio ninguno, ni en los cuerpos, ni en las almas; antes bien, grandes ventajas, grande utilidad, mucha opulencia. Pues, ¿cómo no será absurdo que, mandando el Emperador, se sufran las cosas más difíciles y que imponiendo Dios lo que ni es gravoso, ni difícil, sino facilísimo y cómodo, despreciarlo, burlarse de ello y alegar costumbre?

No, no, os lo ruego, no descuidemos tanto nuestra salvación, sino temamos a Dios, como tememos a un hombre. Conozco que os habéis horrorizado con lo oído; pero es para horrorizarse el que no tributemos a Dios ni tanto honor como a los hombres tributamos, sino que, observando los decretos imperiales con cuidado, son a su vez conculcados los del cielo bajados de Dios, y que es superfluo pensar en cuidado de esto. ¿Qué excusa nos quedará? ¿ni qué perdón, después que tantas veces amonestados permanecemos en lo mismo? Porque al aparecer esta calamidad que envuelve la ciudad, comencé esta amonestación; y ya es hora de que se acabe; pero nosotros aun no hemos cumplido el único mandamiento. Pues ¿cómo pediremos solución de los males que nos detienen, cuando no hemos sabido cumplir ni un solo mandamiento? ¿Y cómo esperaremos una mudanza para bien, y cómo rogaremos? ¿Con qué lengua invocaremos a Dios? Pues si cumplimos la ley, tendremos gran placer, habiéndose reconciliado el Emperador con la ciudad; mas si perseveráremos en el pecado, por todas partes tendremos vergüenza y oprobio, puesto que habiendo Dios quitado el peligro, nosotros nos estamos de asiento en la misma negligencia. ¡Oh, si me fuera dado con frecuencia descubrir las almas de los que juran, y ponerles a la vista las heridas y cicatrices que reciben

cada día por los juramentos!... No necesitaríamos ni de amonestaciones, ni de consejo; porque la vista de las heridas, con más eficacia que cualquier sermón, podría alejar de esta ímproba costumbre hasta a los muy apegados a ella. Pero ya que no a los ojos, ciertamente que podemos mostrar a la consideración de los mismos la deshonra de su alma y cómo está deshecha y corrompida. *Pues así como un esclavo puesto a todas horas a cuestión de tormento, nunca estará sin cardenales: así todo el que jura y repite aquel Nombre, jamás estará enteramente limpio de culpas* (Eccl. 23,11). Porque es imposible, es imposible que la boca acostumbrada a jurar, no perjure frecuentemente.

Por esto, a todos suplico que, dejando de verdad esta perniciosa e ímproba costumbre, consigáis otra corona. Y así como en todas partes se proclama de nuestra ciudad haber sido la primera de todo el orbe que se adornó con el nombre de Cristianos; haced también que todos digan que sola la ciudad de Antioquía de todas las del mundo ha desterrado de sus términos los juramentos. Aun más, como esto se haga, no tan sólo será coronada, sino que con su celo arrastrará a las otras para lo mismo. Y así como el nombre de Cristianos, que brota de aquí como de una fuente, inundó todo el mundo, así, en efecto, también este mérito, tomando de aquí raíz y ocasión, hará discípulos vuestros a todos los que habitan la tierra, a fin de que tengáis triple recompensa, ya de vuestros merecimientos, ya de la enseñanza de los otros. Esto será para vosotros más espléndido que cualquier diadema; esto os hará la ciudad metrópoli no sólo en la tierra, sino también en los cielos; esto nos protegerá también en aquel día, y nos traerá la corona de justicia, la cual todos consigamos se otorgue por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, con quien sea la gloria al Padre y simultáneamente al Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XV.

1. Motivos de tratar de la templanza.–La tribulación maestra de la virtud.–Eficacia del temor.–El temor del infierno ofrece la corona de un reino.–Grandes frutos del temor.

2. Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín.–Daños de los festines.–Provechos de los lutos.–El temor del infierno es bueno.–Caminamos en medio de enemigos resentidos, pero el temor es de gran defensa.–Conócelo.

3. Estemos advertidos.–¿Por qué tantos lazos?–La experiencia, maestra de la cautela.–El lazo más grande, ¿Es la mujer hermosa?; no, sino la mirada lasciva.–De la pobreza.–De las riquezas.–Job: rico y pobre, siempre virtuoso.

4. Deben evitarse las ocasiones;–muchas cosas en sí indiferentes son ocasión de pecados.–Huyendo de los placeres se arrancan de raíz las concupiscencias y vicios.–La petulancia de la lengua.

5. Los juramentos.–Por qué vuelve sobre lo mismo.–La hoz volante.–No conjuremos a los hermanos.–Malicia del juramento en la iglesia,–con la mano en los Evangelios.–Jesucristo manda que de ningún modo se debe jurar.–En todos los negocios miremos al juicio de Dios y no tan sólo a los provechos o inconvenientes actuales.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Fue el sábado de la semana IV de Cuaresma cuando se pronunció esta homilía.

2.ª Con ocasión del miedo de que estaban agitados los Antioquenos, habla muchas cosas del bien que causa.

3.ª Habla no sólo contra los que juran, sino contra los que exigen de otros el juramento.

4.ª Dice en el n.º 5: "Ayer convine con vuestra indulgencia que yo no hablaría más de este precepto.:–Cierto que el *ayer* no se puede referir a las homilías inmediatas, XIV, XIII, XII, XI, X, IX, en las cuales no se halla el pacto de referencia. Mas en la homilía VIII, pronunciada en el sábado, día 13 de marzo, dícese: "en adelante quiero pactar con vosotros, como quien desiste, para que temáis". Debe por tanto de referirse el *ayer* de esta XV homilía, dicha en sábado, al sábado en que se dijo la VIII.

5.ª En ella se adoctrina de muchas virtudes y se descubren muchos vicios, peligros y ocasiones.

* * *

1. Tanto en este sábado como en el anterior debía tenerse sermón sobre el ayuno. Nadie tenga esto por intempestivo. Porque si ciertamente en los días de ayuno ninguna necesidad hay de aconsejar ni amonestar, siendo la misma presencia de los días la que despierta aún a los más negligentes para la práctica del ayuno; pero porque muchos hombres, que guardarán (o acometerán) el ayuno, lo mismo que si el (estómago) vientre se hubiera de entregar a un prolongado asedio, se adelantan y se dan a la crápula y embriaguez; y luego salidos como de una larga hambre y sueltos de la penosa cárcel del ayuno, corren a comer con grande desdoro, como tratando de perder las utilidades conseguidas por el ayuno con los nuevos excesos de la gula; por esto fue necesario entonces y ahora tratar de la templanza.

La tribulación maestra de la virtud. Con todo, ni antes dijimos algo de esto ni diremos ahora: porque el temor de la calamidad que tenemos encima vale para moderar los ánimos de todos más que cualquier consejo y advertencia. ¿Quién será tan miserable y desgraciado que se embriague en tanta tempestad? ¿Quién tan insensato que, estando la ciudad así fluctuante y amenazando tal naufragio, no sea sobrio y vigile, y con esa ansiedad no se corrija con diligencia mayor que con todo consejo y amonestación? Porque la palabra no será tan eficaz como lo es el temor, cosas que es fácil de probar por los sucesos actuales. ¿Pues cuántos sermones hemos empleado para avisar a muchos tibios y aconsejarles que dejasen los espectáculos teatrales y las lascivias de allí provenientes? Pero no se abstenían, sino que continuamente hasta hoy concurrían a los ilícitos espectáculos de los que bailan, formaban concurso diabólico en contra de la plenitud de la iglesia de Dios, y las salmodias de este lugar interrumpían con gritos dados con toda vehemencia. Pero he aquí que ahora, callando nosotros, y sin decir nada de esto, espontáneamente han obstruido la orquesta y el circo está hecho inaccesible. Antes, muchos de los nuestros concurrían con ellos; mas ahora de allí todos se han refugiado en la iglesia, y todos alaban a nuestro Dios.

El temor del infierno ofrece la corona de un reino. ¿Te das cuenta de cuánta ganancia se ha tenido del temor? Si el temor no fuera bueno, los padres no presentarían a los pedagogos los hijos, ni los legisladores a las ciudades magistrados algunos.

¿Qué hay más penoso que el infierno? Pero nada hay más útil que el temor de él: porque el temor del infierno nos ofrece la corona de un reino. Donde hay temor, no hay envidia, odio; donde hay temor, no

atormenta la codicia del dinero; donde hay temor, se apagó el furor, se remedió la desordenada codicia, se exterminó toda irracional pasión. Y así como en la casa donde hay siempre un soldado armado, ni ladrón, saqueador, ni nadie de semejante ralea de malhechores se atreverá a aproximarse, así también al ocupar el miedo nuestras almas, difícilmente nos asaltará alguna perturbación indigna de hombres libres, sino todas huyen, van empujadas y por el imperio del temor por doquiera ojeadas. Y no es esto sólo lo que ganamos con el temor, sino otra cosa aún mucho mayor. Porque no tan sólo arroja fuera nuestras malas pasiones, sino que a la vez con suma facilidad induce toda virtud. Donde hay temor, allí hay deseo de limosna, e intención de orar, y lágrimas fervorosas y continuas, y gemidos que tienen mucha compunción. Porque no hay nada que tanto consuma los pecados y haga germinar y crecer la virtud, cuanto la naturaleza del temor asiduo. Por lo cual quien no vive en temor, no es posible que obre rectamente; y al contrario, es imposible que peque quien vive con temor.

Por tanto, queridos, no nos dolamos, ni desesperemos en nuestro ánimo por causa de la presente tribulación , sino admiremos la solícita sabiduría de Dios. Pues de donde el diablo esperó que trastornaría la ciudad, Dios de lo mismo ha restituido y corregido a la misma. A saber: el diablo inspiró a ciertos hombres impíos que deshonrasen las estatuas de los Emperadores, con lo cual el solar mismo de la ciudad fuese destruido; pero Dios ha empleado este mismo hecho para mayor corrección nuestra, lanzando toda pereza con el temor de la amenaza prevista; y sucedido ha en contra de lo que el demonio quería por las mismas cosas que había él preparado. Porque diariamente se nos espurga la ciudad, y las callejuelas, los cruces de caminos, las plazas se ven libres de juegos y cantares lúbricos, y adonde quiera vuelva uno los ojos verá súplicas y bendiciones y lágrimas en lugar de risotadas, y las palabras de grande filosofía en vez de las palabras torpes; y toda la ciudad tenemos hecha iglesia, cerradas las oficinas, gastando completo el día todos en estas súplicas en común, e invocando a Dios a la vez y en común con mucha viveza. ¿Qué sermón hubiera podido obtener esto? ¿Cuál consejo? ¿En cuánto espacio y tiempo?

2. Por lo cual demos gracias a Dios, no lo llevemos a mal y no nos indignemos. Pues que sea bueno el temor, hasta lo recordado lo demostró; pero oye a Salomón también que discurre así de esto, a Salomón, digo, criado en toda suerte de comodidades, y que disfrutó de

toda libertad. Y ¿Qué dice él? ... *Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín* (Ecl. 7,3). –Pregunto: ¿Qué es lo que dices? ¿En donde hay llanto, y lágrimas, y gemidos, y dolor, y tanta tristeza es mejor estar que allí en donde hay bailes, y danzas, y címbalos, y risas, y delicias, y crápulas, y embriaguez? –Sí; responde. –Pero insisto: ¿Por qué razón, por que causa? –Porque allí (en el festín) de seguro hay petulancia, mientras que de aquí brota la modestia, y si alguien acude al convite de uno más opulento, no volverá a la casa con la misma alegría, sino que de cierto triste volverá a su mujer, y triste participará de su mesa también, y será molesto a los siervos, a los hijos, y a todos los domésticos, cuando compare más diligente su pobreza con la ajena abundancia. Y no sólo esto es grave, sino que no pocas veces envidia al que le convida al banquete, y no tomando apenas nada de lo bueno y agradable, se vuelve a casa.

Mas nada parecido puede decirse acerca de los que lloran, sino que en ello hay mucha filosofía, mucha modestia. Desde el momento en que uno ha entrado en el vestíbulo de la casa que tiene un muerto, y visto al muerto, mudo, yacente, y a la mujer que se arranca los cabellos, que se hiere las mejillas, y se saja los brazos, está corregido, se entristece, y cada uno de los asistentes no habla a su vecino, sino que somos nada y de que es indecible nuestra malicia. ¿Qué puede haber más sabio que estas palabras, en que reconocemos la vileza de la naturaleza, y acusamos nuestra maldad, y pensamos que todo lo presente es nada; diciendo sí con otras palabras, pero con la sentencia de Salomón aquello tan admirable y lleno de mucha filosofía: *Vanidad de vanidades y todo vanidad?* (Ecl. 1,2). Quien entró en la casa de los que lloran, al punto llora al difunto, aunque sea enemigo. ¿Has visto cuánto mejor es esta casa que la otra? Aquél, aun siendo amigo, envidia; y éste, aunque sea enemigo, llora; y esto es lo que Dios busca sobre todo, que no insultemos a los que nos han contristado.

Y de aquí pueden ser recogidos no estos bienes tan sólo, sino también otros no menores que éstos. Pues cada cual se acuerda de sus pecados, del tremendo tribunal, y de las penas aquellas, y del juicio, y aunque haya padecido de otros infinitos males, y en casa tenga tristezas, con medicina para todos recogida, así se vuelve. Pues pensando que él y todos los que están hinchados de soberbia han de padecer lo mismo dentro de poco, y que son transitorias todas las cosas presentes, tanto las placenteras como las ingratas; deponiendo toda tristeza y envidia, y aliviando el alma, se volverá a casa; y después con todos

será más afable, más humano, más benigno y más sabio, habiendo el temor de lo futuro entrado en su alma y embotando todas las espinas. Y conociendo todas estas cosas decía aquél: "Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín. De aquí nacen el tedio y la ansiedad; de allí el desprecio y el temor que nos guía de la mano a toda virtud:

Si el temor no fuera bueno, no habría Cristo gastado muchos y largos sermones hablando de la pena y suplicio que allí habrá. El temor no es otra cosa que un muro, una fortaleza, una torre inexpugnable: pues que necesitamos de mucha defensa, porque tenemos por todas partes armadas muchas asechanzas, como el mismo Salomón para advertirnos decía: *Sábete... que tú caminas en medio de lazos, y andas entre las armas de gente resentida* (Ecl. 9,20). ¡Oh cuántos bienes encierra esta sentencia, y no menos que la susodicha!

En el mundo todo está lleno de lazos. Por lo mismo, cada uno escribámosla en nuestra mente, y llevémosla siempre en la memoria, y no pecaremos fácilmente. Escribamos aprendiéndola antes con toda diligencia. Porque no dijo: mira que pasas en medio de lazos, sino: *Conoce*. Y ¿Por qué dijo *Conoce*? –El lazo está tapado, dice: pues es propio del lazo, el que no aparezca manifiesta ni la muerte ni el peligro, sino que están tapadas por doquiera: por esto dijo *conoce*. Necesitas considerar y escudriñar con mucha diligencia, pues como los muchachos tapan con tierra la trampa o cepo, así el demonio tapó los pecados con los placeres de la vida.

Mas *conoce* escudriñando con diligencia, y si te sale al paso una ganancia de lucro, no mires solamente al lucro, mas escudriña diligentemente, no sea que la muerte y el pecado estén escondidos en el lucro: y si lo vieres, huye. En otra ocasión, cuando el deleite y el placer te asalte, no mires sólo al placer, no sea que en lo oculto del placer haya escondida alguna iniquidad, sino considéralo como diligencia, y si la encuentras, retírate. Sea que alguien te aconseje, te adule, te obsequie y te secunde, te prometa honores, o cualquier otra cosa; examinémoslo todo con diligencia, y consideremos por todos lados, no sea que nos sobrevenga algún daño, o algún peligro ora del consejo, ora del honor, ora del obsequio, y no vayamos precipitada e inconsideradamente. Porque si los lazos fueran sólo uno o dos, fácil sería guardarse; pero ahora, queriendo Salomón enseñar la multitud de los mismos, escucha cómo lo dice: *Sábete... que caminas en medio de lazos* (Ib.).

No dijo: pasas cerca de los lazos, *sino en medio de los lazos*. Abismos tenemos por ambos lados, por ambos lados engaños. Fue

uno a la plaza, vio a un enemigo, se encendió con sólo verlo; vio a un amigo que era alabado, y envidió; vio a un pobre, lo menosprecio, le despreció; a un rico, y envidió; vio que alguien era injuriado, y lo llevó a mal; vio a una mujer bella, y quedó preso. ¿No ves cuántos lazos? Por esto dice: conoce, *sabe que caminas en medio de lazos.* Lazos en casa, lazos en la mesa, lazos en las juntas populares. Las más veces confiando, sin pensarlo, entre amigos dijo uno palabras que no deben decirse, y acarreó tal peligro que alborotó toda la casa.

3. Escudriñemos, pues, diligentemente las cosas, por todos lados, y la mujer muchas veces se convirtió en lazos sin que lo advirtamos, muchas otras los hijos, los vecinos muchas otras. Y ¿por qué razón tantos lazos? –Para que no volemos hacia abajo, sino que nos remontemos a las alturas. Porque las aves, en tanto que cortan por alto los aires, no son fácilmente cazadas; así tú, mientras a lo alto miras, ni con lazo ni con algunas trampas serás fácilmente cogida. El cazador es el diablo: por lo mismo sube más alto que sus varetas y saetas. Quien a lo alto se remonta, ya no admira cosa alguna de los hombres, sino que, a semejanza de cuando hemos subido a la cima de los montes, parécennos pequeñas la ciudad y las murallas, y los hombres nos parecen como hormigas que andan sobre la tierra; de igual manera, después que hayas ascendido a la excelsa razón filosófica, de lo terreno nada te podrá vencer, antes bien todo parecerá pequeño, sean riquezas, sea gloria, sea poder, sea honor, y cualquier cosa parecida, mirando a las cosas del cielo: como es de ver en Pablo, a quien todo parecía pequeño, y más inútiles que a los muertos las cosas espléndidas de esta vida. Así es como exclamaba: *El mundo está crucificado para mí* (Gál. 6,14). Y así nos amonestaba con estas palabras: *Buscad las cosas que son de arriba* (Col. 3,1).

¿Que están arriba? ¿A qué te refieres?, dime, ¿Adónde el sol, adónde la luna? –No, dice. –¿Pues adónde? ¿Adónde los Angeles, los Arcángeles, los Querubines, los Serafines? –No, dice. –¿Pues adónde? *Donde Cristo está sentado a la diestra de Dios* (Ib.).

Obedezcamos, pues, y asiduamente razonemos esto, que lo mismo que al pajarillo, cogido en el lazo, nada le aprovechan las alas, y en vano e inútilmente las agita; así para ti es inútil todo discurso, si estás cazado por alguna mala concupiscencia, pues estás cazado, por más que te revuelvas. A las avecillas diéronse alas para que huyan de los lazos; a los hombres se han dado las razones para que eviten los pecados. Por tanto, ¿Qué perdón, qué defensa tendremos, siendo menos sensatos que los brutos?

La experiencia maestra de la cautela. Porque el pajarillo, una vez cogido en el lazo, como luego haya escapado, y el ciervo que cae en la red y se escapa, difícilmente son cazados en los mismos lazos: la experiencia es para cada uno maestra de cautela. Nosotros, empero, cogidos muchas veces en lo mismo, volvemos a caer en ello, y ni la prudencia y cuidado de los brutos imitamos nosotros, adornados como estamos de la razón. Porque ¿cuántas veces, habiendo mirado a una mujer, hemos estado muy atormentados, hemos vuelto a casa habiendo concebido una pasión, y hemos estado atormentados de dolor, consumidos, durante muchos días? No obstante, no nos enmendamos, sino que apenas curada la anterior herida, otra vez caemos en lo mismo, y somos combatidos por lo mismo, y por un momentáneo placer de la vista, sufrimos un largo y continuo dolor. Mas si nos enseñamos a repetirnos con frecuencia este dicho, nos abstendremos de todos los males. El lazo más grande, la hermosura de la mujer: pero no, no es la hermosura de la mujer, sino la mirada lasciva. No calumniemos las cosas, sino reprendámonos a nosotros y nuestra pereza; ni digamos: No haya mujeres, sino: No haya adulterios; no digamos: No haya belleza, sino: No haya fornicación; y no digamos: No haya estómago, sino: No haya crápula, que no es el estómago quien hace la crápula, sino la desidia nuestra. No digamos: porque se come y se bebe, por esto todos los males, que no es por esto, sino por nuestra desidia y glotonería. En verdad que ni comió ni bebió el diablo, y cayó: comió y bebió Pablo, y subió al cielo.

¡A cuántos oigo que dicen!: ¡que no haya pobreza! –Pues hagámosles enmudecer a los que mal la soportan: porque es blasfemia decir tal cosa. Mas nosotros digámosles: ¡que no haya pusilánimes!: porque la pobreza atrajo innumerables bienes a nuestra vida, y sin la pobreza inútiles son las riquezas. Así pues, ni a éstas ni a aquélla calumniemos; tanto la pobreza, como las riquezas, son armas, que nos conducen a la virtud, si nosotros queremos. Lo mismo que el soldado valiente, con cualquier espada que coja, manifiesta su valor; así al cobarde y flojo todo lo estorba.

Y para que veas cómo es verdad esto, acuérdate de aquel Job, que sucesivamente fue rico y pobre, y manejó ambas armas, y con las dos venció. Y decía siendo rico: *Siempre estuvo mi puerta abierta al pasajero* (Job. 31,32); y siendo pobre decía: *El Señor me lo dio; el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado* (Job. 1,21). Mientras fue rico manifestó mucha hospitalidad, mientras fue

pobre mucha paciencia. Así pues, tú, si eres rico, da mucha limosna; si has quedado hecho pobre, ten mucha paciencia y tolerancia. Pues no es un mal esencial ni las riquezas, ni la pobreza, sino que se hacen buenas o malas ambas cosas según sea el ánimo de quienes las usan.

4. Por tanto, enseñémonos nosotros mismos a formar de las cosas conceptos tales, que no acusemos las obras de Dios, sino la ímproba voluntad de los hombres. Ni al pusilánime pueden ayudar las riquezas, ni al magnánimo daña jamás la pobreza.

DEBEN EVITARSE LAS OCASIONES. Conozcamos, pues, los lazos, y vayamos lejos de ellos; conozcamos los precipicios, y no nos acerquemos. Esto nos servirá de seguridad máxima, no sólo el huir de los pecados, sino también de las cosas que parecen diferentes en verdad, pero que nos hacen caer en pecados. Por ejemplo: reír, y decir palabras jocosas, no parecen ciertamente ser pecado manifiesto, pero llevan a un manifiesto crimen; las más veces de la risa brotan las palabras torpes, y de las palabras torpes nacen más torpes acciones. Muchas veces de las bromas y risas de burla síguense improperios y contumelias; de la afrenta y contumelia, los golpes y heridas; de los golpes y heridas, las muertes y homicidios.

Por tanto, si has de mirar por tu bien, no sólo de las palabras torpes, ni sólo de las acciones torpes, ni de los golpes, heridas, muertes y homicidios has de huir, sino hasta de las mismas intempestivas risas y de las palabras chocarreras, puesto que suelen ser la raíz de los males que siguen. Por esto Pablo dijo: *Ni palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas...* (EPH. 5,3). Porque si bien ello en sí parece poca cosa, se convierte en causa ocasional de grandes males para nosotros. Lo mismo que en sí no parece malo claramente el tener tiempo libre para disfrutar, ni que sea manifiesto delito; sin embargo, nos engendra muchos males, embriaguez, furor, avaricia, rapiñas. Porque el suntuoso y glotón, y el que sirve al vientre intolerables servicios, muchas veces se ve precisado a robar, a arrebatar lo ajeno, a oprimir, a violar. Por tanto, si huyes de los placeres, has quitado el cebo de la avaricia, de la rapiña, de la embriaguez, y de innumerables males, cortando la raíz de la iniquidad desde el principio.

Por esto también decía Pablo: *La que vive en deleite [la viuda], viviendo está muerta* (1 TIM. 5,6). El acudir otra vez a los teatros, y a las carreras de caballos, y jugar a las cartas y dados no lo tienen muchos por pecado manifiesto, pero suele llevar consigo males sin cuento. Puesto que la insistencia en los teatros engendró fornicación,

petulancia y toda suerte de incontinencia; y la asistencia a espectáculos de circo, peleas, insultos, heridas y otros infinitos males más graves que éstos ha producido. Por lo tanto, no huyamos sólo de los pecados, sino hasta de las cosas que parecen indiferentes, pero que paulatinamente nos arrastrarán a los pecados. Pues quien marcha al borde de un precipicio, aunque no caiga, tiembla, y las más de las veces perturbado del miedo, cae; así también el que no huye lejos de los pecados, antes camina cerca de ellos, vivirá con temor, y las más veces caerá en ellos. Pues quien con curiosidad mira las hermosuras ajenas, aunque no fornique, puede que haya deseado, y según la sentencia de Cristo, ya se ha hecho adúltero (Mt. 5,28); y muchas veces de la misma concupiscencia es arrastrado a realizarlo. Así pues, nosotros coloquémonos a distancia de los pecados.

–¿Quieres ser continente? –Pues no huyas sólo del adulterio, sino también de las miradas petulantes. –¿Quieres estar lejos de palabras torpes? –No huyas tan sólo de palabras torpes, sino hasta de la risa disoluta y de toda concupiscencia. –¿Quieres verte lejos de matar? –Huye de los insultos también. –¿Quieres estar alejado de la embriaguez. –Huye de los placeres y de los banquetes, y desarraiga del todo el vicio.

La petulancia de la lengua es un grande lazo, que está muy necesitado de freno. De ahí que dijo uno: *Tú te has enlazado mediante las palabras de tu boca, y ellas han sido el lazo en que has quedado preso* (Prov. 6,2).

5. Otra vez en contra de los juramentos. Moderemos, pues, más que todos los restantes miembros, la lengua, refrenémosla, arrojemos lejos de nuestra boca los insultos, y las contumelias, y las conversaciones torpes, y las maldiciones, y la perversa costumbre de los juramentos; que de nuevo el discurso nos ha llevado a la misma amonestación. En verdad que ayer convine con vuestra indulgente caridad que yo no hablaría más de este precepto, puesto que durante todos los anteriores días suficientemente se ha hablado de él; pero ¿qué voy a hacer? Hasta que os vea corregidos, no puedo abstenerme de daros consejo: porque también Pablo, que dice a los de Galacia: "En adelante que nadie me dé trabajos", otra vez volvió y habló. Así son las entrañas paternales, que por más que digan los padres que se han de marchar, no se ausentan hasta que ven a sus hijos corregidos.

¿Habéis oído hoy al profeta que nos habla del juramento? *–Y volvime, y levanté los ojos, y vi [*una hoz (Los Setenta) *que volaba]*

un volumen, que volaba. Y díjome el ángel: ¿Qué es lo que ves? Yo veo, respondí, un volumen [UNA HOZ] *que vuela y es de veinte codos de largo y diez de ancho. A lo que repuso él: Esta es la maldición que se derrama por toda la superficie de la tierra; ...y condenados serán igualmente todos los perjuros... y caerá encima de la casa..., y del que jura falsamente en mi Nombre, y se pondrá en medio de sus casas, y las consumirá juntamente con sus maderas y piedras* (ZAC. 5,1.2.3.4).

Al fin, ¿qué se ha dicho? y ¿por qué motivo bajo el símbolo de UNA HOZ, y de UNA HOZ QUE VUELA aparece el castigo que sigue a los perjuros? –Para que veas que el castigo vengador es inevitable y que el suplicio no se puede ladear. Quizá alguno podrá evitar el golpe de una espada volandera, pero la hoz aplicada al cuello y puesta por dogal nadie puede huirla; y cuando tiene alas, ¿qué esperanza de salvación habrá después?

Y ¿por qué motivo consume los maderos y piedras del que jura? –Para que la ruina sirva de corrección a otros. Porque ya que es necesario tapar con tierra al muerto perjuro, la casa caída y convertida en ruinas a todos los que pasan y la miran es una advertencia, para que no se atrevan a lo mismo, a fin de no padecer otro tanto, y aquello siempre arguye el crimen del que jura. No, no punza tanto una espada, como la naturaleza de un juramento; no mata la espada tanto como la herida del juramento. El que jura, aunque al parecer vive, ya murió y recibió la herida, y así como el que forma en la cuerda, antes que salga de la ciudad y llegue al precipicio, y vea al verdugo que amenaza, murió tan pronto como traspasó el umbral del pretorio; lo mismo el que ha jurado. Reflexionemos esto y no conjuremos a los hermanos.

¿Qué haces tú, oh hombre? ¿Juras sobre la sagrada mesa, allí donde Cristo está puesto inmolado, y allí inmolas a tu hermano? En verdad los ladrones matan en los caminos; mas tú inmolas al hijo en presencia de la madre con mayor crueldad que Caín, cometiendo el homicidio. Porque él mató a su hermano en descampado y con muerte actual, mientras que tú inmolas a tu hermano en medio de la asamblea de los fieles, y esto con muerte futura inmortal. ¿Acaso la iglesia, la reunión, se hizo para que juremos? No; que se hizo para que oremos. ¿Acaso se puso la mesa para que juremos? No; que se puso para que paguemos por los pecados, no para que los hacinemos.

JURAMENTOS PONIENDO LA MANO SOBRE LOS EVANGELIOS. Pero tú, cuando no otra cosa, respeta al menos el mismo libro, que alargas

para el juramento, y el Evangelio, que teniéndolo entre manos mandas jurar, ábrelo, y al oír qué dice en él de los juramentos Cristo, horrorízate y desiste.

–Y ¿qué es lo que allí dice de los juramentos? –*Yo os mando más, que de ningún modo juréis* (Mt. 5,34). ¿Y tú para jurar presentas la ley que prohíbe jurar? ¡Oh contumelia, oh insania! Haces lo mismo que el que obliga a ser compañero de un crimen de muerte al legislador que prohíbe matar. Pues yo, tanto como lamento y deploro oyendo que algunos han sido muertos en los caminos, lamento y lloro, y me horrorizo cuando veo que alguno se aproxima a esta mesa, e impone las manos, y jura tocando los Evangelios. Pregunto yo, ¿no te fías de las riquezas, y matas el alma? ¿Pues qué tanto ganas en comparación del daño que causas a tu alma y al prójimo? Porque si crees que es hombre veraz, no añadas la obligación del juramento; pero si sabes que miente, no le obligues a perjurar.

–Pero es que para hacer plena fe había que insistir, dice. –Pues con mayor razón, entonces la confianza te sería ratificada, cuando no le hubieras obligado a jurar. Ahora, empero, vuelto a casa, está la conciencia remordiéndote de continuo, pensando esto: ¿Acaso no he jurado en vano? ¿El no perjuró acaso? ¿No he sido yo la causa del pecado? –Pero si no hubieres jurado, vuelto a casa, recibirás gran consuelo, dando gracias a Dios, y diciendo: Bendito sea Dios, porque me he contenido, y no he jurado en vano ni temerariamente. Deplorado sea el oro, perezcan las riquezas, con tal que esto nos haga fe del todo plena de no haber quebrantado la ley, y no haber obligado al otro a que lo hiciera.

Reflexiona por qué cosas no juraste, y séate suficiente refrigerio y consolación. Porque muchas veces, cuando la lucha está entablada, los que sufrimos la injuria la sobrellevamos generosamente y decimos al que nos ultraja: ¿Qué te haré? Aquel tu patrón me detiene y ata mis manos. Y esto nos basta para nuestro consuelo. Así también tú, cuando hayas conjurado a alguno, contente, prohíbete, y di al que ha de jurar: ¿Qué te haré? Dios ha mandado no jurar, El me contiene ahora. Y esto es bastante para honrar al legislador, y para seguridad tuya, y para temor del que ha de jurar. Pues al ver que así tenemos vergüenza de que otros juren, mucho más fácilmente tendrá temor de jurar él mismo. Si dijeres esta palabra, te volverás a casa con una grandísima seguridad. Escucha, pues, a Dios en sus mandamientos, para que El te escuche en las oraciones. Esta palabra escríbese en el cielo, y se te presentará en el día del juicio y soltará muchos pecados.

Y esto no solamente en el juramento, sino también en todos los negocios pensemos; y cuando debemos hacer algo bueno por Dios, lo cual luego cause algún daño, no miremos sólo el daño del negocio, sino al lucro que recogeremos haciéndolo por Dios. Por ejemplo: ¿Alguien te contumelia? Soporta generosamente, y soportarás generosamente, si no piensas en la contumelia tan sólo, sino en la dignidad de quien manda soportarlo; y lo sufrirás con mansedumbre. –¿Diste una limosna? –No pienses sólo en lo gastado, sino también en el provecho del gasto. –¿Has sido multado en dinero? –Da gracias, y no mires tan sólo la pérdida dolorosa, sino el lucro de la acción de gracias. –Si de esta manera nos comportamos, ninguno de los graves accidentes nos contristará, sino que en las cosas que parecen tristes, ganaremos; y el daño nos resultará más grato y deseable que las riquezas, la tristeza que el placer y deleite, la contumelia que el honor, y todas las cosas contrarias se nos convertirán en ventaja, gozaremos aquí de mucha tranquilidad, y allí conseguiremos el reino de los cielos, el cual seamos todos merecedores de conseguir debido a la gracia y clemencia de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre en unidad con el Espíritu Santo sea la gloria, el imperio y el honor, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XVI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVI.

1. Providencia del Prefecto de Antioquía.–Sentimientos del Santo.–Porque somos hombres hemos de tener serenidad en los peligros.–Ejemplos de serenidad: Job, el Capitán de navío.–Profunda tristeza y vergüenza, originadas de la cobardía de los fieles, que no deja hablar al Santo.

2. Recapitulación.–Ley de Dios es y no de hombres: No jurarás.–Guardémosla por lo menos como guardamos las leyes humanas.

3. Pablo, preso por Jesucristo.–La paciencia en los sufrimientos es más gloriosa que los dones gratuitos.–Las coronas y las cadenas.–Las cadenas de Pablo por doquiera se predican,–y son gloriosas.

4. Los santos no buscan el verse libres de los perseguidores tanto como el ganarlos para Dios.–Pablo ganó a Festo.–¿Por qué dice "salvo estas cadenas"?–Gloríase Pablo, no de los milagros obrados, sino de las tribulaciones.–Jesucristo, que no engaña, nos ofrece tribulaciones para esta vida, coronas para la venidera.

5. Dios procede con nosotros como los padres con sus hijos.–Con las tribulaciones nos enseña y perfecciona,–y consuela.–Fruto de la sentencia en los hombres y en las mujeres.

6. Moral exhortación a la enmienda.–Ayunar es pasar el tiempo del ayuno con obras buenas.–Ejemplos.–Gozo del bien obrar.–Nadie puede quitárnoslo.–Nada hay comparable al placer de la virtud.–Debemos ser maestros de otros.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª ¿Cuándo fue pronunciada esta homilía? En el n.º 6 dice el Santo: "Hemos terminado la segunda semana del ayuno." Por otra parte, hay quienes dicen que fue en el domingo cuarto de la Cuaresma cuando se pronunció. Conviene tener presente la manera de contar los tiempos y semanas de Cuaresma, ora entre los griegos, ora en la Liturgia Romana.

2.ª Habiéndose anunciado al Prefecto el asolamiento de la ciudad y tratando todos de huir, entrando aquél en la iglesia, los consoló y animó.

3.ª Luego de haber echado en cara la pusilanimidad de los Antioquenos con amarguísimo sentimiento, habla del temor y respeto a las leyes de Dios y pone a Pablo, preso por amor de Jesucristo, como ejemplar de paciencia primero, de gloria después.

* * *

1. Alabé la providencia del Prefecto, que habiendo visto a la ciudad en tumulto y que todos deliberaban sobre la fuga, entró y os consoló y os condujo a tener esperanza: mas estoy corrido y avergonzado por vosotros, pues habéis necesitado ajenos consuelos exteriores después de muchos y prolijos sermones. He deseado que la tierra se abriera y me tragase, cuando le estaba oyendo que os hablaba y que ora consolaba esta intempestiva e irracional pusilanimidad, ora la inculpaba. Puesto que no debíais vosotros ser enseñados por él, sino estar vosotros convertidos en maestros para todos los infieles. Porque Pablo no permitió que fueseis juzgados de los infieles (1 Cor. 6,1); pero tú, después de tanta amonestación de los Padres, has necesitado de maestros de fuera, y los fugitivos y los bribones, unos cuantos, han tumultuado de nuevo la ciudad y han huido precipitadamente. ¿Con qué ojos miraremos en adelante a los infieles, siendo tan cobardes y espantadizos? ¿Con qué lenguaje les hablaremos, y les persuadiremos a confiar contra los males que amenazan, habiéndonos hecho más medrosos que las liebres en la ansiedad presente?

–Y ¿qué haríamos, se dice? Porque somos hombres. –Pues por esto mismo no hay que turbarse, porque somos hombres y no brutos. Estos se espantan todos con fragores y estrépitos, pues carecen de la razón que pueda repeler el temor; mas tú, adornado de razón y de consejo, ¿cómo es que caes en la estupidez de aquéllos? ¿Ha entrado uno y anunciado una incursión de soldados? No te turbes, sino que, dejándole, dobla las rodillas, ora a tu Señor, gime amargamente y alejará la adversidad. Tú, verdaderamente, por haber oído la incursión de los soldados, no estás en peligro de ser arrebatado de esta presente vida; el bienaventurado Job, empero, llegando nuncios continuos y que le anunciaban cosas graves, y añadiendo la intolerable pérdida de los hijos, no dio alaridos, no gimió, sino que se volvió a la oración, y daba gracias a Dios. Imita tú a éste. Cuando alguien que llega anunciare que los soldados han sitiado la ciudad, y que han de robar los bienes, acude a tu Señor y di: *El Señor me lo dio; el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* (Job. 1,21). A él no le aterrorizó la experiencia de los males, ¿a ti empero te aterroriza sólo el oírlos? ¿Qué estimación merecemos se tenga de nosotros, que obligados a portarnos valerosamente aun contra la muerte, así estamos trastornados por un falso rumor? El que se turba, no sólo recoge el temor que no existe, sino también la perturbación que no aparece; mas el que está con el ánimo sosegado y

tranquilo, hasta el real descarta. ¿No ves a los capitanes de navío que, enfureciéndose la mar, corriendo las nubes, estallados los rayos, estando todo lo del navío trastornado, él está sentado al lado del gobernalle sin temblor ni miedo, y está dedicado a su arte, para apartar la inminente tempestad? Imítalos tú, y asiendo el áncora sagrada, la esperanza en Dios, permanece inalterado e inmutable.

Quienquiera *que oye estas instrucciones que doy, dice, y no las pone por obra, será semejante a un hombre loco, que fabricó su casa sobre arena. Y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fue grande* (Mt. 7,26s). ¿Ves cómo el caer y desplomarse es por la estulticia? Pero aun somos nosotros más necios, ni siquiera nos parecemos a aquél, sino que caímos más miserablemente que él, pues la casa de éste cayó después de desbordados los ríos, de lluvias caídas, de vientos furiosos; pero nosotros no al caer las lluvias, ni al desbordarse los ríos, no al soplar los vientos, sino antes de tener experiencia de los males, sólo de haber oído, estamos trastornados, y hemos desperdiciado todo cuanto razonábamos.

¿Qué ánimo pensáis que tengo ahora? ¡cómo estoy corrido de vergüenza! ¡cómo estoy deprimido! ¡cómo me sonrojo! De no haber sido compelido por la grande autoridad de los padres, ni me hubiera levantado, ni hubiera hablado, asombrado con el dolor de vuestra pusilanimidad, pero ni ahora puedo volver en mí: tanto obsesionan mi ánimo la indignación y la tristeza. Pues ¿quién no llevará a mal, quién no se inflamará, cuando después de tanta instrucción habéis tenido necesidad de doctores gentiles, que os exhortasen y amonestasen a que soportáseis con ánimo generoso la presente causa de temor? Pedid, pues, que me sean dadas palabras al abrir mi boca, para que podamos sacudir esta tristeza y despertar un poco al alma. Porque la vergüenza de vuestra pusilanimidad grandemente ha derribado nuestra alma.

2. Muchas cosas he dicho poco ha a vuestra caridad, ya de los lazos que por todas partes están tendidos, ya del temor y la tristeza, ya del llanto y el placer, ya de la hoz volandera; pues de todas esas cosas en verdad muchas, sobre todo recordad lo dicho de la hoz voladora, que se vuelve en daño de quien jura, que consume las piedras y los maderos, y que lo destruye todo. Y a la vez también observad cuán grande locura sea tomar el Evangelio para jurar, y la ley que prohíbe jurar hacer que sirva para el juramento; y que más vale perder dineros

que ofrecer a los prójimos un juramento, porque esto cede no poco en honor de Dios. Pues cuando digas a Dios: por respeto a Vos no juré al que había robado y había hecho mal, por este respeto te dará grande gracia ya ahora, ya en el tiempo venidero.

Todo esto decidlo a otros y observadlo vosotros. Sé que aquí somos más reverentes, y que deponemos toda costumbre mala; pero lo que se busca es esto: no que sólo aquí filosofemos, sino que tomando de aquí la piedad, la guardemos fuera, donde necesitamos sobre todo de la misma. Porque los que van por agua, no sólo mientras están en las fuentes tienen llenas las vasijas, y al volver a casa las vacían, sino que con grande cautela las ponen en casa para que no se caigan y el trabajo resulte inútil: imitemos también nosotros a éstos, y con cuidado llegados a casa conservemos lo dicho. Porque si aquí permanecéis saciados, pero a casa volvéis vacíos, llevando las vasijas de vuestra mente vacías de la amonestación, ninguna utilidad tendréis de esta hartura. No me muestres el atleta en la palestra, sino en la lucha: no me muestres tu religión durante el tiempo de la instrucción, sino en la acción. Alabas ahora las cosas que se dicen: cuando vinieres a jurar, entonces acuérdate de todas ellas. Si cumplirse esta ley, promoveré mayor enseñanza de otras cosas.

Es ya el año segundo desde que os diserto, y aun ni un centenar de versos de las Escrituras he podido exponeros. Mas la causa es que necesitáis aprender de nosotros las cosas que vosotros podéis cumplir en casa y la mayor parte de los discursos los tenemos que gastar en asuntos morales. Pero no convenía hacerlo así, sino que el cuidado de las costumbres debíais ponerlo vosotros, y a nosotros nos sería permitido exponer los sentidos de las Escrituras y otras especulaciones. Y si era preciso también el oír de nosotros, más de un día no convenía. Porque no es una cosa variada y difícil de inventar lo que se dice, y no que necesite preparación.

Pues habiéndolo denunciado Dios, no hay necesidad de crujidos. Dios dijo: "No jurarás"; no me preguntéis ya más por las causas. Es ley regia: quien la ha dado, conoce también la razón de ella; si no hubiese sido útil, no lo habría prohibido, no lo hubiera vedado. Los reyes dan leyes, y no todas útiles muchas veces: pues son hombres, y no pueden como Dios dar con lo útil; con todo, obedecemos. Ya al tomar mujer, ya al hacer testamento, ya se hayan de adquirir siervos, o comprar casas, o tierras, o hacer cualquier otra cosa, no lo hacemos según nuestro capricho, sino de la manera que ellos hayan mandado;

y ni para que nuestras cosas se dispongan a nuestro modo somos apenas dueños, sino que por doquiera servimos al parecer de ellos; y si hacemos algo fuera de lo que les parece, lo invalidan e inutilizan. Así pues, a las leyes de los hombres prestamos tanto acatamiento; y ¿así pisaremos las leyes de Dios?, pregunto yo. ¿Qué defensa merecería esto? ¿Qué perdón? Dijo: "No jurarás": con tus obras no pongas otra ley contraria a la suya, para que todo lo hagas y digas con seguridad.

3. Pero ya es bastante lo dicho: ahora de lo que hoy se ha leído, proponiéndoos una sentencia, terminemos el sermón. *Pablo, preso por [amor de] Jesucristo, y Timoteo [su] hermano* (FILM. 1).

Magnífico apelativo de Pablo; no es nombre de principado y honor, sino que recuerda grillos y cadenas: magnífico de veras; aunque muchas otras cosas le hagan ilustre, como el ser arrebatado al cielo, ser llevado al paraíso, oír palabras inefables; sin embargo, nada de esto puso, sino en lugar de todo esto la cadena: ésta mejor que aquello le hacía ilustre y espléndido. ¿Y por qué? Porque ciertamente aquéllos son dones gratuitos de la benignidad de Dios, mientras que ésta es señal de la tolerancia y paciencia del siervo. Y los amantes tienen costumbre de aficionarse más a lo que padecen por los amados que a los beneficios que de ellos reciben. No se gloría el rey de su corona tanto como él con los grillos se deleita, y con motivo. Porque la corona sólo es ornato de la cabeza coronada, la cadena empero, a la vez que de adorno mucho mayor, sirve de tutela. Muchas veces la corona real delató a quien la tenía ceñida en la cabeza, levantó innumerables insidiadores, e invitó a pretender la tiranía; y en las guerras este adorno es tan peligroso que se lo quitan y esconden. En las batallas algunas veces los reyes, cambiando el traje, vienen así a las manos con los enemigos: tanto delata la corona. Las cadenas, al contrario, nada de todo esto ocasionan a quienes las llevan; cuando el que lucha y pelea contra los demonios y poderes enemigos presentándolas quien está rodeado de ellas, rechaza las acometidas de aquéllos. Y cierto que muchos magistrados de los extraños no sólo mientras mandan, sino también al cesar en el mando están rodeados de fama.

LAS CADENAS DE PABLO POR DOQUIERA SE PREDICAN. Aquél se llama ex cónsul, aquél ex prefecto: mientras que de éste sólo se dice por todo título *el preso por el amor de Jesucristo,* y con muchísima razón. Porque aquellos mandos no son apenas demostraciones de virtud, pues son comprables por dinero, y están necesitados de las recomen-

daciones de los amigos; pero esta magistratura desde las cadenas es indicio de la disciplina del alma, y del ardiente deseo de Cristo es la más grande señal. Y aquéllos son de corta duración, pero en esta magistratura nadie es el sucesor. Mira tú cuánto tiempo ha transcurrido desde él hasta ahora; y el nombre de este preso se ha vuelto más espléndido: y los cónsules todos que han sido en tiempos pasados efectivamente están en el silencio, que ni por sus nombres son del vulgo conocidos; mas el de este *preso,* el del bienaventurado Pablo, aquí en verdad mucho, y mucho en las tierras de bárbaros, entre los Escitas y los Indios, y hasta en los confines de la tierra que vayas, oirás este apelativo, a cualquier lugar que uno llegare, oirá que el nombre de Pablo está en boca de todos. Y ¿qué de admirar es que en la tierra y en el mar, si en los cielos también el nombre de Pablo es muy honrado de los Angeles, de los Arcángeles, de las Virtudes de lo alto y del rey de ellas, Dios?

Y pregúntase: ¿Pues qué tales eran aquellas cadenas, pues que tanta gloria han dado al preso? ¿No fueron de hierro fabricadas? –Sí, de hierro fueron fabricadas, pero tenían mucha gracia del Espíritu, gracia eflorescente; porque por causa de Cristo había sido rodeado de ellas. ¡Oh milagro! Los servidores están presos, el Señor fue crucificado, y la predicación a diario crece; y por las obras porque se creía que estaría impedida, por las mismas se inflama; y la cruz, y los grillos, que se tenían por abominables, se han hecho signos de salvación, y aquel hierro es para nosotros más precioso que todo el oro, no por ser de su naturaleza tal, sino por este motivo y argumento.

Mas veo que nos sale de esto una pregunta al paso, y si escucháis con diligencia, diré la cuestión, y propondré la resolución. –¿Qué es finalmente lo que se pregunta? –Cierta vez, habiendo entrado este Pablo a Festo, y hablándole y disculpándose de los crímenes con que le apuraban los judíos, y diciendo cómo vio a Jesús, cómo oyó aquella venturosa voz, cómo por la ceguera llegó a la claridad, cómo cayó y se levantó, cómo entró en Damasco cautivo, encadenado sin cadenas ni grilletes, y hablando de los profetas y de la ley, y manifestando que todas estas cosas las habían ellos predicho, ganó al juez y casi le persuadió a convertirse a su religión.

4. Así son las almas de los santos: al haber caído en un peligro, no consideran cómo librarse de los peligros, sino cómo conquistar a los que los persiguen, a esto lo ordenan todo; como entonces sucedió: entró para defenderse y se retiró habiendo ganado al juez. Y esto lo

testificó el mismo juez diciendo: *Poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano* (Act. 26,28). Pues esto convendría que sucediese hoy, que el prefecto este admirara vuestra magnanimidad, sabiduría (filosofía), y perfecta tranquilidad, y de vuestro orden aprendiese la disciplina, y al marcharse así, admirara el sermón, alabase la concurrencia, y de las mismas cosas aprendiera cuán grande diferencia hay entre cristianos y gentiles.

Pero para volver a lo que decía, después que Pablo le ganó y él dijo: *Poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano,* Pablo respondió así: *Pluguiera a Dios, como deseo, que no solamente faltara poco, sino que no faltara nada, para que tú y todos cuantos me oyen llegaseis a ser hoy tales, cual soy yo, salvo estas cadenas* (Act. 26,29). –¿Qué dices, oh Pablo? Porque escribiendo a los Efesios dices: *Yo, pues, que estoy entre cadenas por el Señor, os conjuro que os portéis de una manera digna del estado a que habéis sido llamados* (Eph. 4,1). Y hablando a Timoteo: *Por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas, como malhechor* (2, Tim. 2,9). Y otra vez a Filemón: *Pablo, preso por* amor de *Jesucristo* (Film. 1,1), y disputando con los Judíos dices: *Por la esperanza de Israel me veo atado con esta cadena* (Act. 28,20). Y escribiendo a los Filipenses decías: *Y muchos de los hermanos en el Señor cobrando bríos con mis cadenas, con mayor ánimo se atreven a predicar sin miedo la palabra de Dios* (Filp. 1,14). Por todas partes llevas la cadena, en todas partes propones grillos, y te glorías con semejante negocio; pero cuando vienes a juicio has perdido la filosofía, precisamente cuando más convenía que te comportaras libremente, y dices al juez: *Pluguiera a Dios que tú llegases a ser como yo Cristiano, salvo estas cadenas* (Act. 26,29). Es decir: si son buenas las cadenas, y tan buenas que dan también a otros ánimos para que prediquen la palabra de Dios (pues esto es lo que has dicho antes: *Muchos de los hermanos en el Señor cobrando bríos con mis cadenas con mayor ánimo se atreven a predicar sin miedo la palabra de Dios);* ¿Cómo es que delante del juez no te glorías de esto, sino que haces lo contrario? ¿O no parece ser esta una cuestión?

Pero al momento presento la solución. Porque Pablo no hacía esto ni por ansiedad, ni por timidez, sino por mucha sabiduría y espiritual providencia: y con qué propósito, yo lo diré. Hablaba a un gentil e infiel y que desconocía nuestras cosas. No quería por lo mismo introducirle por lo pesado, sino que decía: *Con los que no estaban sujetos a la ley, como si yo tampoco lo estuviese* (1, Cor. 9,21); esto es lo que

aquí hacía. Si hubiese oído cadenas, dice, y tribulaciones, al punto rehusaría, no habiendo conocido el poder de las cadenas. Hágase antes fiel y guste la predicación, y entonces él mismo también acudirá a estas cadenas. He oído a mi Señor que dice: *Nadie echa un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo; de otra suerte rasga lo nuevo parte de lo viejo, y se hace mayor la rotura. Ni tampoco echan el vino nuevo en odres viejos; porque si esto se hace revienta el pellejo, y el vino se derrama, y piérdense los cueros* (Mt. 9.16-17). El alma de éste (Prefecto Festo) era vestido viejo y pellejo viejo; no está renovado por la fe, no es nuevo por la gracia del Espíritu, está débil todavía, y como terreno gusta de la vanidad mundana, quiere la gloria presente. Si desde los principios oyere al momento, que una vez Cristiano, al punto será preso, y rodeado de cadenas; confuso y avergonzado se retirará de la doctrina predicada. Por lo cual dice: "*Salvo estas cadenas,* no que él rechace las cadenas, en modo alguno, sino para condescender con la debilidad de aquél, porque así y tanto las ama él mismo, como la ambiciosa mujer sus joyas.

Gloríase Pablo, no de los milagros obrados, sino de las tribulaciones. –¿Por dónde lo sabemos? –*Yo al presente me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo* (Col. 1,24). Y otra vez: *Por Cristo se os ha hecho la gracia, no sólo de creer en El, sino también de padecer por su amor* (Filp. 1,29). Y otra: *Ni nos gloriamos solamente en esto, sino también en las tribulaciones* (Rom. 5,3). Pues si se goza y se gloría, y a esto llama don gratuito, cierto es que al hablar al juez por esta causa decía: porque teniendo además otras razones de gloriarse, señala esto mismo diciendo; "Gustosamente me gloriaré de mis flaquezas, necesidades, contumelias, persecuciones, angustias", *para que haga morada en mí el poder de Cristo* (2, Cor. 12,9); y nuevamente: *Si es preciso gloriarse en alguna cosa, me gloriaré de* aquellas que son propias de *mi flaqueza* (2, Cor. 11,30). Y antes comparándose con otros, y manifestándonos su excelencia por comparación, dice así: *¿Son ministros de Cristo? (aunque* me expongo a pasar por *imprudente),* diré que *yo lo soy más* que ellos (2, Cor. 11,23). Y al querer demostrar la ventaja, no dijo que ha resucitado muertos, arrojado demonios, limpiado leprosos, o cualquier cosa parecida; sino ¿qué? –Que ha padecido innumerables molestias; porque habiendo dicho, *Yo más,* alegó multitud de pruebas. Me he visto en muchísimos más trabajos, más en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de

muerte frecuentemente. Cinco veces recibí de los Judíos cuarenta azotes, menos uno. tres veces fui azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragué, estuve una noche y un día como hundido en alta mar (Cfr. 2 Cor. 11,23ss), y todo lo restante. Así se gloría siempre en las tribulaciones Pablo, y por esta causa adórnase de admirable manera, y con mucha razón. Porque esto es lo que sobre todo manifiesta el poder de Cristo, porque con estos medios vencieron los Apóstoles, con las cadenas, tribulaciones, azotes y males extremos. Pues estas dos cosas anunció Cristo: tribulación y perdón, trabajos y coronas, sudores y recompensas, suavidades y tristezas; sino que lo triste, es verdad, lo dio a la presente vida, pero la alegre difiriolo para la venidera, manifestando a la vez que El no engaña a los hombres, y estando solícito en disminuir de algún modo el peso de las calamidades. Porque quien engaña propone primero lo agradable, y luego mete lo duro. Por ejemplo: los ladrones de niños pequeños que están dedicados a esta caza no les prometen castigos, azotes ni cosas a esto parecidas, sino comidas y golosinas y otras cosas que gustan a la edad infantil, eso les alargan, con el fin de que, alagados y entregando su libertad, caigan en el lazo fatal. Otro tanto hacen los cazadores y pescadores, que ceban a lo que cazan, dándole primero el cebo acostumbrado a lo que se ha de coger y que les gusta y así esconden el lazo. Por tanto, esta es obra muy propia de los que engañan, proponer antes lo suave, que luego causa lo amargo y triste; de los que son providentes y amantes es propio todo lo contrario. Así los padres hacen lo contrario que los ladrones de niños; enviando los niños a las aulas, les proponen los pedagogos, les amenazan con castigos, les ponen temor, y habiendo pasado así la edad primera, entonces habiéndolos vestido de hombres, les entregan honores, poderes y placeres y sus riquezas.

5. Así es como lo ha hecho también Dios, no como los ladrones, sino a estilo de los padres, que tienen cuidado: presentó primero las cosas tristes y adversas, entregándonos a la actual tribulación como a pedagogos y maestros, para que por esto moderados y corregidos, después que toda tolerancia, y toda disciplina hayamos aprendido, luego llegados a edad perfecta, alcancemos la herencia del reino de los cielos; mas primero nos hace idóneos para la administración de las riquezas y después nos dará las mismas riquezas. Porque si no hubiera hecho esto, la entrega de las riquezas no hubiera sido un don, sino un castigo y pena. Así como el muchacho imprudente y pródigo que

recibe la herencia paterna, por la misma se arruina al no tener la prudencia necesaria para la administración de las riquezas; pero si es prudente, probo, templado y modesto que gasta los bienes paternos en cosas necesarias, se hace así más espléndido y más ilustre; así es también necesario suceda a nosotros. Habiendo conseguido espiritual prudencia, cuando todos hayamos llegado a ser varones perfectos, a medida de la edad, entonces nos entrega todo cuanto ha prometido; mientras que ahora nos enseña como a niños pequeños con exhortación y consolación.

Y no es éste el solo emolumento que tenemos de las pasadas tribulaciones, que otro hay y no inferior a éste. Pues el que antes vivía en delicias, esperando luego tras los placeres castigo, ni disfruta de los presentes placeres por causa de la presunción temerosa de las molestias futuras; mas el que vivía en tristeza, que después ha de gozar de suavidades, aun las presentes dificultades desprecia con la esperanza de los bienes futuros. Por tanto, no sólo por nuestra tutela, sino que también para nuestro placer y consuelo, estatuyó que las cosas primeras fuesen molestas, para que aliviados con la esperanza de las futuras, no hagamos sentimiento alguno de las presentes. Y significando esto mismo, decía Pablo: *Porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria, y así no ponemos nosotros la mira en las cosas visibles, sino en las invisibles* (2, Cor. 4,17-18). Ligera llamó la tribulación, no atendiendo a la naturaleza de los males, sino por la esperanza de los bienes futuros. Pues como el mercader no siente el trabajo de la navegación animado por la esperanza de lucros, y como el púgil animoso soporta las heridas de la cabeza mirando la corona, así en verdad nosotros también mirando al cielo y a los bienes celestes, cuantas cosas molestas sobrevengan, todas las llevaremos con valor, fortalecidos con la esperanza fundada de lo venidero.

Salgamos, pues, de aquí habiendo recogido esta sentencia, pues aunque sea sencilla y corta, contiene mucha enseñanza filosófica. El que está dolorido y atribulado hallará conveniente consolación; el que en placeres y diversiones, tendrá una grande exhortación para moderarse. Pues cuando te sientes a la mesa, y recuerdes esta sentencia, al momento te alejarás de la embriaguez y la crápula, aprendiendo de esta sentencia, que es conveniente que estemos temerosos, y dirás en tu interior: Pablo en cadenas y cárceles, y yo en embriaguez y banquetes: ¿Qué venia alcanzaré?

También esto es oportuno dicho a las mujeres. Porque las ambiciosas y suntuosas y que se adornan con oro por todas partes, acordándose de esta cadena, aborrecerán, creo yo, y abominarán de aquel adorno, y se refugiarán a estas cadenas. Porque son aquellos adornos causa de muchos males y provocaron muchas desavenencias dentro de casa y dieron por resultado venganzas, envidias y odio como hijos; cuando éstas soltaron los pecados del mundo, y horrorizaron a los demonios y ahuyentaron al diablo. Mientras que con ellas vivía en la cárcel persuadió al alcaide, con éstas atrajo a Agripa, con éstas Pablo adquirió muchos discípulos; por esto decía: *Por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas, como malhechor; si bien la palabra de Dios no está encadenada* (2, Tm. 2,9). Porque como no es posible atar un rayo de sol, ni tampoco cerrarlo en la casa, así tampoco la palabra de la predicación. Y lo que es mucho más: el doctor estaba preso, y la palabra volaba: él habitaba una cárcel; y la doctrina alada corría por diversas partes en el orbe de la tierra.

6. Moral exhortación a la enmienda. Sabiendo, pues, estas cosas, no sucumbamos en las cosas adversas, sino más bien hagámonos entonces más fuertes y más poderosos: "La tribulación ejercita la paciencia (Rom. 5,3). No nos dolamos en las calamidades que se nos proporcionan, sino en todas demos gracias a Dios.

Hemos terminado la segunda semana del ayuno, pero no consideremos esto: pues esto no es haber cumplido el ayuno, si hemos pasado el tiempo, sino si lo hemos pasado con obras buenas. Recapacitemos en nosotros si nos hemos hecho más diligentes, si hemos corregido alguno de nuestros defectos, si estamos limpios de crímenes. Es costumbre de todos durante la cuaresma el preguntar a cada uno cuántas semanas de la cuaresma haya ayunado; y puede oírse a los que dicen, unos pues que dos, otros que tres, y otros que todas las semanas han ayunado. Y ¿qué ganancia tenemos de haber pasado el ayuno, si carecemos de obras buenas? Si otro dice: he ayunado toda la cuaresma, responde tú: yo tenía un enemigo, y estoy reconciliado; tenía costumbre de murmurar, y he desistido; estaba sujeto con el hábito de jurar, y la ímproba costumbre está enmendada. Ninguna utilidad tienen los mercaderes si recorren grande distancia marina, pero sí cuando han navegado con grande acopio de mercancías y con mucha ventaja: nosotros ninguna utilidad tenemos del ayuno, si pasamos el tiempo sin fruto y temerariamente. Si ayunamos de manjares, pasados cuarenta días termina el ayuno; mas si nos abstenemos de pecados, ya

pasado el ayuno, aquello queda, y tenemos esta utilidad continua, y antes del reino de los cielos nos dará aquí no pequeñas retribuciones. Pues así como quien vive en maldad es castigado antes del infierno, estimulado (punzado) por la conciencia; así el que abunda en merecimientos también disfruta de alegría grande antes del reino, apacentándose en la buena esperanza.

Por esto dice Cristo: *Yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo* (Jn. 16,22). Sentencia corta, pero encierra mucha consolación. –Pues, ¿qué quiere decir *Nadie os quitará vuestro gozo?* –Si tienes dinero, muchos pueden quitarle el gozo tuyo de las riquezas: ora el ladrón que perfora la pared, ora el siervo que roba lo encomendado, ora el Emperador que impone tributos del fisco, ora un hombre envidioso que te calumnia. Si tienes potestad, muchos pueden quitar tu gozo de ella. Pues en habiendo acabado el mando, acabará también el placer; aun más, durante el mando, muchas cosas que suceden, que tienen dificultades y preocupaciones, disminuyen tu alegría. Si tienes robusted de cuerpo, una enfermedad que sobreviene disuelve la alegría de aquéllos nacida: si tienes hermosura y bella forma, la senectud que viene la destruyó y se llevó el gozo; si disfrutas en un banquete, al caer de la tarde se ha disipado la alegría del convite. Cualquiera de las cosas del mundo puede fácilmente viciarse, y no nos proporciona un estable placer; mas la piedad y la virtud del alma, al contrario.

Así: si dieres limosna, nadie puede quitar el mérito, aunque ejércitos, y reyes, e infinitos calumniadores y emboscados insten por todas partes, no pueden quitar la riqueza puesta en los cielos, y así el gozo permanece perenne. Pues dice: *Derramó a manos llenas sus bienes entre los pobres: su justicia permanece eternamente* (Ps. 111-9). Y no sin razón: porque están puestas en las arcas de los cielos, en donde el ladrón no los desentierra y roba, ni la polilla los consume (Mt. 6,20), Si hicieres preces continuas y atentas, nadie podrá quitar el fruto de ellas: pues este fruto está arraigado en el cielo, libre de toda calumnia y permaneciendo inatacable. Si hicieres bien por mal, si pacientemente sufrieres las heridas de las maldiciones, si ultrajado bendijeres; estos merecimientos permanecen para siempre, y nadie quitará la alegría de esto nacida, antes siempre que de los mismos te acuerdes, te gozas y alegras y disfrutas de un gran placer. Así también si nos empeñamos en huir de jurar, y cuidamos de imponer a nuestra lengua el abstenerse de esta perniciosa costumbre, el trabajo del mérito se

acabará pronto en poco tiempo, y la alegría de lo merecido constantemente y sin cesar durará.

Además, vosotros tenéis que ser maestros y guías de los otros: los amigos deben recibir, formar e inducir a los amigos, los compañeros de servicio, a los compañeros, y los jóvenes, a los de su edad.

¿No es verdad que si se te hubiese prometido un escudo de oro por cada hombre que hubieses corregido hubieras puesto todo empeño y hubieras estado asiduo en persuadir y exhortar? Pues ahora no uno, ni diez, ni veinte, o ciento, o mil escudos de oro, ni toda la tierra te promete Dios en recompensa de estos trabajos, sino lo que es mayor que el orbe entero, esto te da, el reino de los cielos.

Y no esto sólo, sino además otra cosa. Y ¿qué es? *Si sabes separar lo precioso de lo vil, tú serás como otra boca mía* (JER. 15,19), dice. –¿Qué puede ser igual a esto en razón de honor y seguridad? –Y ¿qué excusa y perdón puede haber para nosotros, descuidando la salvación de los prójimos después de tan grande promesa?

Porque si tú ves que un ciego va a caer en un precipicio, le das la mano, y tienes por cosa indigna no atender al que está en peligro de perecer; y viendo a diario que todos los hermanos se precipitan en la ímproba costumbre de los juramentos, ni una palabra te atreves a proferir.

Mas lo hiciste una vez, y no te oyó. Por lo tanto, repite dos, tres y tantas veces cuantas precises hasta que le hayas persuadido. Cada día Dios nos habla a nosotros, y no le oímos; pero no desiste de hablar: imita tú esta solicitud para con el prójimo. Por esta causa estamos reunidos entre nosotros, y habitamos las ciudades, y nos congregamos en las iglesias, para que el uno comporte las cargas del otro, para que el uno corrija los pecados del otro. Y así como muchos hombres, que habitan la misma oficina, todos ciertamente trabajan de diferente modo, pero todo el trabajo lo ponen en común: nosotros también hagamos otro tanto. Cuantos beneficios puede cada uno hacer al prójimo, que no emperece, ni lo difiera, sino que se haga alguna negociación y una espiritual colecta, para que poniendo en común todas las cosas, y habiendo conseguido muchas riquezas, y habiendo acopiado un grande tesoro, todos juntos alcancemos el reino de los cielos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea dada gloria al Padre a la vez que al Espíritu Santo ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XVII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVII.

1. Alegre acción de gracias por la resolución favorable del asunto de la sedición.–Demos gracias por todo.–Debemos ser cautos en la tranquilidad.–Perseverancia en las virtudes.–Los monjes bajan de los montes a Antioquía para impetrar perdón para la ciudad.–Ejemplos admirables de caridad y fortaleza de los monjes.–Palabras de Macedonio monje.

2. Madre admirable de un reo.–Los monjes hicieron más que esta madre.–Todos los filósofos abandonaron la ciudad en la calamidad.–Los ricos y poderosos huyen acobardados, los pobres del yermo se presentan con valor de leones.–Rápida resolución obtenida.–Valentía de los monjes delante de los jueces.–Prudentes palabras.–Salida de los Jueces llevando los memoriales.–Fama recuperada.–Diferencia entre la doctrina moral de los filósofos y de los monjes cristianos.–Grandeza de ánimo de los sacerdotes.

3. Penas infligidas por el Emperador a los Antioquenos.–La dignidad de Metrópoli trasladada a Laodicea.–Las disposiciones dadas no son para contristar, son de agradecer.–Baños.–dignidad de metrópoli.–La verdadera dignidad de Antioquía.–Aquí los discípulos empezaron a llamarse Cristianos.–Socorrieron a los fieles de Jerusalén.–No admitieron las prácticas de los judaizantes.–La virtud es la honra de los ciudadanos y de la ciudad.–El templo de Jerusalén.–Sodoma y ciudades vecinas.–Abraham.

4. No es la grandeza, sino la virtud, lo que adorna las ciudades.–Así Antioquía está más virtuosa después de lo pasado.–En el ánimo está la hermosura y fortaleza de la persona.–Compadezcamos y roguemos por los que están en penas.–La compasión caritativa agrada a Dios.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Después del miércoles de la IV semana de Cuaresma parece que pronunció el Santo esta homilía.

2.ª Comisionados del Emperador llegaron a Antioquía Helebico [5] y Cesáreo, hombres probos, Magistrados de alta jerarquía, con fama de clementes, para instruir el proceso de la sedición y derribo de las estatuas.

3.ª Mientras duraron las averiguaciones del suceso, los filósofos, los potentados, los ricos, los nobles huyeron espantados por los rumores de temerosos castigos; mas los monjes cenobitas y ermitaños se presentaron a los Jueces intercediendo por la ciudad y ofreciéndose a sobrellevar por ella los castigos merecidos, hasta a morir.

4.ª Teodosio se contentó con imponer leves penas a la ciudad y dejarla sin la dignidad de Metrópoli, la que confirió a Laodicea.

5.ª Es una magnífica exposición del gran moralista cristiano de Antioquía.

* * *

1. Hoy todos hemos cantado oportunamente: *Bendito sea el Señor Dios de Israel; sólo El hace maravillas* (Ps 71,18). Porque se han resuelto negocios que son para admirados y que exceden la opinión: en un instante de tiempo ha librado del naufragio a toda la ciudad y a tanta población, que estaba para hundirse y verse puesta bajo las olas y que al momento había de perderse del todo. Demos, pues, gracias, no sólo porque ha calmado la tempestad, sino también porque permitió que se fraguara; no sólo porque nos ha salvado del naufragio, sino también porque permitionos caer en tanta angustia, y que nos amenazase peligro extremo. Así dispuso Pablo que demos gracias por todo. Mas al decir: *Dad gracias por todo* (1 Tes. 5,18), significa esto que no sólo por la resolución de los males, sino que también durante las pruebas y tentaciones: *Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios* (Rom. 8,28). Nosotros demos gracias por la resolución de las pruebas, y de éstas jamás nos olvidemos: dediquémonos a las oraciones, a las no interrumpidas súplicas, a la piedad intensa. Cuando al principio, habiéndose encendido la grande hoguera de estos males, os decía que no era tiempo de adoctrinar, sino de orar: pues lo mismo digo ahora una vez apagada; ahora es más tiempo de oraciones aún que antes; ahora sobre todo es tiempo de lágrimas, y de compunción, y de ansia del alma, y de mucho cuidado y cautela. Pues entonces la misma condición de las tribulaciones, aunque no quisiéramos, nos corregía y hacía modestos, y nos encaminaban a mayor reverencia, pero ahora, quitado el freno y pasada la nube, es de temer que declinemos a la pereza, que nos volvamos otra vez más desidiosos por el perdón, que alguien diga también de nosotros: *Cuando el Señor hacía en ellos mortandad entonces recurrían a El, y volvían en sí, y acudían solícitos a buscarle* (Ps 77,34). Por tanto, Moisés amonestaba a los Judíos diciendo: *Cuando comieres y* (bebieres) *te saciares, cuida con gran diligencia de que no te olvides del Señor* (Dt, 6,12-13).

---

5. Llámasele *Magíster mílitum*, que debe de ser el General que cuidaba de todos los servicios; otras veces se le nombra sólo *Magíster*, aunque había otros, como *Magistri scriniorum*=secretarios, *epistulárum et libellórum*=de memoriales=de los griegos. Al *Magíster officiorum*=empleados, estaba encomendada la intendencia de palacio. Helebico era Intendente General de Teodosio, Cesáreo debió de ser Ayudante.

Ahora se verá la sinceridad de vuestro propósito, si permanecéis en el mismo deseo piadoso; porque antes muchos atribuían al temor y a los males inferidos vuestro cuidado; mas ahora, si perseveráis en el mismo, será puro merecimiento vuestro. Porque también que un párvulo, mientras está ejercitado por un áspero pedagogo, viva con compostura y docilidad, nada es de admirar; porque todos atribuyen la modestia del niño al temor del pedagogo; pero que, una vez salido de la dependencia, guarde él la misma compostura, y la misma modestia que tuvo anteriormente, esto todos se lo atribuyen a él. Hagamos también nosotros esto, perseverando en la misma reverencia, para que del anterior cuidado recibamos de Dios mucha alabanza.

Temimos innumerables males: que las haciendas todas serían robadas, que las casas con los moradores serían quemadas, que la ciudad había de desaparecer de la tierra, y que su suelo sería arado y todas sus reliquias habían de perecer; pero todo esto quedó sólo en temor de expectación y no llegó a ser realidad de hecho. Y no esto sólo es de admirar, el que Dios ha quitado tanto peligro, sino que además nos ha distinguido con grandes beneficios, y ha adornado nuestra ciudad y por medio de esta prueba y calamidad nos ha hecho más acrisolados. De qué manera, yo lo diré.

Los monjes bajan de los montes a Antioquía para impetrar perdón para la ciudad. Pues cuando los enviados del Emperador, para inquirir sobre los crímenes cometidos, constituyeron aquel tremendo tribunal, y todos eran citados por reos de los crímenes, y todos tenían el temor de varias clases de muerte, entonces los monjes que habitaban en las cimas de los montes, hicieron exhibición de su filosofía. Pues los que escondidos en sus cavernas tantos años, sin que nadie llamase, y nadie persuadiese, después que vieron la nube tan grande que rodeaba la ciudad, dejando sus tiendas y cavernas, de todas partes acudieron, como unos ángeles bajados del cielo; y era entonces de ver la ciudad parecida a un cielo, encontrándose en todas partes aquellos santos, que con sólo verlos consolaban a los que estaban oprimidos por el dolor, y que alentaban a menospreciar toda calamidad. Porque habiéndolos contemplado, ¿quién no se reiría de la muerte y menospreciaría la vida?

Y no sólo esto era lo admirable, sino el que, acercándose a los príncipes, les hablaban con valor en favor de los reos y todos estaban dispuestos a derramar la sangre y a perder las cabezas para librar a los presos de las temidas tribulaciones, y aseguraron que no se retirarían

antes que los jueces perdonasen a la población de la ciudad, o que, juntamente con los reos, fuesen enviados al Emperador. Es religioso, dijeron, quien domina en nuestro orbe, es fiel, el que vive piadosamente; por tanto, de seguro lo reconciliaremos nosotros, no permitiremos, no os consentiremos manchar la espada, ni cortar la cabeza de uno sólo. Pero si no os contenéis, también nosotros seguramente moriremos con los mismos. Cierto que son graves los crímenes perpetrados, lo confesamos, pero la maldad de lo hecho no vence o excede la humanidad del Emperador.

Cuéntase que uno de los mismos *(refiérese aquí al monje Macedonio)* añadió otra sentencia llena de filosofía: Las estatuas derribadas en verdad han sido nuevamente erigidas, y han recobrado la forma propia, y el crimen ha tenido celérrima reparación, pero si vosotros matáis a quien es imagen de Dios, ¿cómo podréis revocar de nuevo al que pereció? ¿Cómo resucitar a los ejecutados y devolver las almas a los cuerpos? Y también les disertó largo sobre el juicio.

2. ¿Quién no quedaría estupefacto? ¿Quién no admiraría la sabiduría de los varones? Porque si (cuando) una madre de los reos, con la cabeza desnuda y enseñando canas, cogiendo por el freno el caballo de quien ha de juzgar, y atravesando la plaza, así ha entrado con él juntamente en el tribunal, quedamos todos estupefactos, todos admirados de su piedad y magnanimidad; ¿cuánto más debemos pasmarnos de éstos? Pues aquélla, aunque hubiese muerto por el hijo, nada es de admirar; es grande el poder de la naturaleza e irrompible la ligadura de las entrañas: éstos, empero, a los que ni engendraron, ni criaron, aun más, a los que no han conocido, cuyo nombre ni han oído, con los que jamás han conversado, a los que sólo han conocido por la calamidad, tanto los han amado, que aunque hubiesen tenido infinitas vidas, querrían darlas todas por la salvación de aquéllos. Y no me vayas a decir esto, que no están ejecutados, que no han derramado la sangre, sino que han hablado con tanta libertad delante de los jueces, cuanta sólo es verosímil que empleen los que están desesperanzados de su vida; y con este pensamiento desde los montes acudieron al tribunal. Pues si antes no se hubieran preparado para cualquier muerte, no hubieran podido hablar a los jueces con tanta libertad, y manifestar entonces tan grande magnanimidad: porque si pasaban los días enteros sentados ante las puertas del pretorio, preparados para arrancar de las manos de los verdugos a los que debían ser conducidos (al suplicio).

TODOS LOS FILÓSOFOS ABANDONARON LA CIUDAD EN LA CALAMIDAD. ¿Dónde están ahora los que llevan las capas y cultivan luenga barba, y llevan bastones en la diestra, los filósofos de los paganos, los cínicos, más despreciables que los perros que están debajo de las mesas, los que todo lo hacen por causa del vientre? Todos abandonaron entonces la ciudad, todos se alejaron, se han encerrado en las cavernas; mas sólo los que por las obras en verdad muestran filosofía, como si ningún mal hubiese sobrecogido a la ciudad, así intrépidos hanse presentado en la plaza. Y los que habitaban la ciudad volando se fueron a los montes y desiertos; pero los habitadores del yermo han entrado en la ciudad, demostrando con sus mismas obras lo que en anteriores días no he desistido de decir, a saber: al que vive virtuosamente en nada le puede lesionar ni un horno ardiente. Tanto la sabiduría del ánima es más alta que todas las cosas, ya sean alegres, ya tristes; pues ni en aquéllas se debilita, ni en éstas se contrae y se rebaja, sino en medio de todas permanece igual exhibiendo la propia fortaleza.

¿A quién no habría vencido la dificultad del tiempo presente? Los próceres de nuestra república colocados en los poderes, que habían recogido riquezas inmensas, que tenían ante el Emperador gran confianza, dejando desiertas, abandonadas las casas, todos miraban de ponerse a salvo a sí mismos: toda amistad y parentesco era superado entonces, y a los que en otro tiempo habían conocido, en el de la calamidad hacían por desconocerlos y por ser de los otros desconocidos. Los monjes, empero, hombres pobres, que no tenían otra cosa que un vil vestido, que vivían en la soledad de los montes, que parecían no ser nadie, que estaban en montes y bosques, como unos leones, dotados de grande y elevado sentido, poniéndose en medio, cuando estaban todos estupefactos y temblorosos, han resuelto el daño, no en muchos días, sino en un breve momento de tiempo. Y como los valientes guerreros, no sólo cuando cruzan las armas, sino también vistos de los enemigos en el cuerpo de ejército y que vociferan, ahuyentan a los adversarios; así también éstos en un sólo día descendieron, y hablaron y disiparon la calamidad y se volvieron a sus propias tiendas. ¡Tan grande es el valor de la filosofía de Cristo enseñada al género humano!

Mas ¿por qué digo de los ricos y poderosos, cuando hasta los mismos que habían conseguido la potestad de juzgar, los más altos magistrados, rogados por estos mismos monjes que diesen la senten-

cia con benignidad, habían negado que fuesen dueños de hacerlo; pues no seguro, sino peligroso resultaba esto, dejar impunes, no sólo el ser injuriado el Emperador, sino también a los que estaban convictos de contumelia? Pero éstos fueron más valerosos que todos, y con grandeza y tolerancia de ánimo perseverantes suplicaron que hicieran uso de un poder que no habían recibido del Emperador; y habiendo cogido a los que eran reos, pudieron persuadir a los jueces que no diesen sentencia condenatoria, sino que los dejasen a voluntad del Emperador, y prometieron que ellos le persuadirían, y lograrían que concediese un total perdón a los que habían faltado contra él, y emprendieron la peregrinación. Mas los jueces, respetuosos del parecer de los mismos, y sorprendidos de la elevación de sentimientos, no consintieron que emprendieran este largo viaje, sino que, si por escrito tenían las exposiciones de los mismos, dijeron y prometieron que ellos con los memoriales partirían y rogarían al Emperador que depusiera todo su enojo, lo cual confiamos que sucederá. Porque cuando se daba la sentencia, los que han entrado han dicho palabras de mucha sabiduría, y por los memoriales han suplicado al Emperador, y han hecho mención del juicio, y han dicho que ellos expondrían sus cabezas si esto no se hiciera.

Y después de tomadas por escrito estas manifestaciones, los jueces marcharon, lo que ha adornado a nuestra ciudad más espléndidamente que todas las coronas. Y oirá el Emperador las cosas aquí realizadas ahora, las oirá también la gran ciudad, las oirá todo el orbe; oirán que tales monjes habitan la ciudad de los Antioquenos, que inspiran la confianza apostólica, y por los escritos ahora hechos, en los campamentos admirarán todos la magnanimidad de los mismos, todos a nuestra ciudad la llamarán feliz, y alejaremos la mala fama; y sabrán todos que los crímenes hechos no lo fueron por los habitantes de la ciudad, sino por hombres extraños y perdidos, y el testimonio de los monjes será idónea demostración de las costumbres de la ciudad.

No nos entristezcamos, pues, oh queridos, sino perseveremos enseñados con buenas esperanzas. Porque si la libertad ante los hombres ha podido evitar tanta molestia, ¿qué no conseguirá la confianza ante el mismo Dios? Digamos también estas cosas a los gentiles, cuando se atrevan a disputar con nosotros de los filósofos. Patente es por lo de ahora que también fue falso lo de antes entre ellos, y por lo presente está manifiesto que entre nosotros fueron verdad lo de Juan, de Pedro y Pablo, y de todos los otros. Pues porque fueron sucesores de

ellos en la religión, por esto dieron ejemplos de confianza como ellos: porque fueron educados con las mismas leyes, por esto también han imitado su virtud. Así es que no tenemos necesidad de las cartas para demostrar la virtud apostólica, estando los hechos que claman y los discípulos que honran a los maestros, y los de los filósofos mismos que pregonan la pusilanimidad de éstos, así ahora como antes, porque entre ellos todo resulta cuentos fabulosos, escenas y ficciones.

Pero no sólo los monjes, que también los sacerdotes dieron pruebas de la misma grandeza de ánimo y atendieron a nuestra salvación. Porque el uno se dirigió en efecto al campamento, posponiéndolo todo al amor para con vosotros, y él mismo preparado estaba a morir, si no persuadía al Emperador, y los otros que aquí quedan, bien haciendo lo mismo que los monjes, bien deteniendo con sus propias manos a los jueces, no los dejaban entrar antes de que prometiesen acabar el juicio; y cuando los veían que renunciaban (y de hecho se resistían), también ellos usaron a su vez de mucha valentía. Y una vez que los vieron condescender, abrazados a los pies y a las rodillas y besando las manos, dieron muy abundantes pruebas de ambas virtudes, de libertad y de bondad de alma. Pues que la valentía no era de soberbia, lo probaron besando las rodillas y abrazando los pies; y por otro lado, que aquella humillación no era lisonja ni servidumbre, nacida de la condición de siervos, las cosas que procedieron a su valor dieron testimonio.

Y ni sólo estos bienes hemos ganado con la prueba, que también mucha modestia, y mansedumbre, y la ciudad se nos ha tornado de repente en monasterio. No la habría nadie adornado tanto si alguien hubiera erigido en la plaza estatuas de oro cuanto es ahora esclarecida e ilustre la que ha levantado estatuas de virtud y hace gala de sus propias riquezas.

3. Penas infligidas por el Emperador a los Antioquenos. La dignidad de Metrópoli trasladada a Laodicea. Mas las disposiciones dadas por el Emperador contristan: pero ni aun éstas son ciertamente graves, sino que también han aportado muchas ventajas. Dime: ¿Qué molestias han causado? –¿Que han cerrado la orquesta? ¿Que el circo no está accesible, que han cerrado y cegado las fuentes de maldad? Pluguiera a Dios que no se concediese jamás abrirlas otra vez. De ahí las raíces de maldad, que germinaron en la ciudad, de ahí los que deshonran las costumbres de la ciudad, esos que a los danzantes venden sus voces, y por tres óbolos véndenles su salud y lo confunden

todo. ¿Por esto te pones triste, carísimo? Antes bien, es para gozarse y alegrarse y para dar gracias al Emperador: porque su venganza fue corrección y el castigo enseñanza, y la ira doctrina.

–¿Es acaso porque se nos han cerrado los baños? –Pero esto no es intolerable el que aun a pesar nuestro, a los que llevan la vida divertida, o muelle y disoluta, se les reduzca a filosofar.

–¿Es porque a la ciudad quitó la dignidad, y no ha permitido que en adelante sea llamada metrópoli? [6]. –Pues ¿qué había que hacer? ¿Acaso alabar los hechos y dar gracias? Y ¿quién no le hubiera acusado de que ni siquiera en apariencia hubiera dado muestras de indignación? Además, ¿no ves cómo los padres hacen esto muchas veces con los hijos? Los rechazan y no los admiten en la mesa. Pues esto también ha hecho el Emperador imponiendo semejantes castigos, que no contienen daño ninguno, pero que en sí llevan mucha correción. Reflexiona en lo que temimos y en lo que ha sucedido, y así es como grandemente conoceremos la gracia de Dios.

La verdadera dignidad de Antioquía. ¿Estás sentido porque han quitado a la ciudad el título de dignidad? –Pues aprende qué es en último término lo que forma la [verdadera] dignidad de una ciudad, y entonces sabrás manifiestamente que, si los habitadores de ella no la traicionaren, ningún otro podrá quitarle la dignidad de ciudad. No el que sea metrópoli, ni que tenga magnitud y ornato de edificios, ni que tenga muchas columnas y anchos pórticos, y paseos, ni que sea nombrada en cabeza de las otras, sino la virtud y religión de los habitantes, ésta es la dignidad, el adorno y la tutela de la ciudad, de modo que si esto falta, será la más vil de todas, aunque el Emperador la colme de infinitos honores.

¿Quieres aprender la verdadera dignidad de tu ciudad? ¿Quieres conocer sus escudos de familia? Lo diré exactamente, no sólo para que los conozcas, sino para que los imites.

Finalmente, ¿cuál es la dignidad de nuestra ciudad? *Aquí en Antioquía los discípulos empezaron a llamarse cristianos* (Act 11,26), y esto ninguna de cuantas ciudades hay en el mundo lo tiene, ni la

---

6. Efectivamente, los derechos y privilegios de metrópoli fueron trasladados a Laodicea, como refiere Teodoreto, I, 5, c. 19: "Privilegia civitati ademit, urbique vicinae primatum tribuit, putans hoc illi maximo dolori futurum. Invidebat enim jam olim Antiochiae Laodicaea." Puede verse en la vida del Crisóstomo por *Montfaucón*, t. I. año 387.

misma ciudad de Rómulo, por esto puede levantar sus ojos en presencia de todo el orbe terráqueo: porque tiene la bandera del amor de Cristo, por la confianza, por aquella fortaleza.

¿Quieres oír otra dignidad y elogio de la ciudad? Antiguamente hubo de ocurrir una hambre extrema, y los que habitaban en Antioquía acordaron que, según cada cual podía de su abundancia, se enviase a los fieles, que vivían en Jerusalén (Act, 28,29). Ahí está un segundo título de dignidad, caridad durante el hambre. No cerró sus manos el tiempo, ni los hizo más remisos el temor de la calamidad, sino que cuando otros recogen lo ajeno, entonces ellos envían lo propio, y no sólo para los que estaban presentes, sino para los que vivían lejos. ¿Has visto la fe en Dios y la caridad para con el prójimo?

¿Quieres saber aún otra dignidad de esta ciudad? Bajaron algunos de Judea a Antioquía, que perturbaban la predicación y que imponían las observancias judaicas (Act. 15,1). No recibieron ellos con facilidad la innovación, ni se aquietaron, sino que reuniéndose y formando asamblea, iglesia, enviaron a Jerusalén a Pablo y a Bernabé y consiguieron que los apóstoles predicasen por toda la tierra los dogmas limpios de enfermedad judaica. Esta es la dignidad de la ciudad, ésta la prestancia, ésta la hace metrópoli, no en la tierra, sino en el cielo. Así pues, todos los otros honores son corruptibles, y caducos, y se terminarán con la vida presente; y con frecuencia tienen fin antes que la vida presente, como lo han tenido ciertamente ahora.

Para mí, la ciudad que no tiene ciudadanos píos es más vil que cualquier villorrio y más innoble que cualquier caverna. Mas ¿qué digo de una ciudad? Pues para que aprendas diligentemente que solamente la virtud honra a los ciudadanos, no te digo nada de la ciudad, sino lo que es más venerable que toda ciudad, poniendo ante la vista el templo de Dios en Jerusalén me esforzaré en demostrarlo. Pues este templo en el que había sacrificios, oraciones y cultos, en el que estaba el santasantórum y los Querubines y el Testamento, y el arca de oro, grandes señales de la providencia divina para con aquella gente: en donde continuamente se daban oráculos de lo alto, en donde los profetas eran inspirados del numen divino; en donde estaba un modelo, no de arte humano, sino de la sabiduría divina; en donde las paredes refulgían con el mucho oro y sobre manera, tanto por la hermosura de preciosísimos materiales, cuanto por el arte exquisito con que estaban trabados, demostraron que en aquel entonces era templo único sobre la tierra; es más, que no sólo la exquisitez del arte, sino también la

sabiduría de Dios adornó aquel edificio. Porque no por propio impulso, ni de suyo, sino aprendiendo Salomón de Dios y conformándose a la descripción del cielo, así lo dibujó y erigió (3 Reg. 6). Con todo, un templo tan hermoso, y admirable, y santo, perdidos los que lo usaban, se tuvo por tanta ignominia, y tan despreciado y profanado quedó que antes de la cautividad se le llamaba cueva de ladrones (Mt. 21,23) y guarida de hienas; y después de esto fue entregado en manos de bárbaros e inmundos y profanos.

¿Quieres oír esto mismo también de la ciudad? ¿Qué hubo más preclaro que Sodoma y las ciudades vecinas? Por las casas y edificios espléndidos, y las hermosísimas paredes que tenían, por la pingüe y fértil región, que se parecía a un paraíso de Dios; al contrario, la tienda de Abraham vil y pequeña y sin defensa; pero habiéndose declarado cierta vez la guerra de los bárbaros, minaron y tomaron las ciudades fortificadas y, llevando cautivos a los moradores, se marcharon, pero al morador de la soledad Abraham, que caía sobre ellos, no lo llevaron. Y no sin motivo: porque tenía una fuerza mucho mayor que la de la multitud y de los muros, a saber: la piedad.

Si eres cristiano, no tienes ciudad sobre la tierra. El artífice de nuestra ciudad y el arquitecto es Dios; aunque ocupemos todo el orbe, somos huéspedes y peregrinos en todo él. Estamos inscritos en el cielo, allí vivimos, no hagamos como los niños pequeños, que no hacen caso de las cosas grandes, para admirar las pequeñas.

4. No la grandeza sino la piedad adorna las ciudades. No la grandeza de la ciudad, sino la virtud del ánimo es su ornamento y fortaleza defensiva. Mas si piensas tú que también la grandeza es dignidad de una ciudad, piensa cuántos rufianes y cuántos afeminados y perdidos y que están plagados de vicios participan de la dignidad ésta, y entonces despreciarás esta honra. Mas no es tal aquel otro: porque no puede tener parte en él quien no dé pruebas de toda virtud. Por tanto, no nos hagamos necios, sino que entonces nos dolamos cuando alguien nos quitare la dignidad de nuestra alma, cuando hayamos cometido [algún] pecado, cuando hayamos ofendido al común Señor de todo: puesto que lo que ahora se ha perpetrado, no solamente en nada dañará a la ciudad, sino que, como seamos sobrios, hasta grandemente la ayudarán. Porque ahora semejante es nuestra ciudad a la mujer hermosa, y libre [no sierva] y modesta. El temor la ha hecho más afable y más honesta, y la ha liberado de aquellos malvados, que se atrevieron a cometer estos nefandos crímenes. No lloremos, pues,

con llanto de mujer, pues he oído en la plaza a muchos que decían: ¡Ay de ti, Antioquía! ¿qué se te ha hecho? ¿Cómo se te ha despojado de la honra? Y me reí de la idea pueril de los que decían tales cosas. Porque no se tienen que decir ahora estas palabras, sino cuando vieres a los que saltan, y que beben, y que blasfeman, juran, perjuran, mienten, entonces haz uso de estas palabras: ¡Ay de ti, oh ciudad! ¿qué se te ha hecho? Mas si vieres la plaza con unos cuantos hombres afables y modestos y moderados, llama dichosa aquella ciudad. En nada podrá dañarla la poca población, como no le falte la virtud; y al contrario, jamás le aprovechará de nada la multitud, como haya maldad. *Porque aun cuando tu pueblo, oh Israel, fuese como la arena del mar, [solamente] los restos de él se convertirán* (Is. 10,22; Rom. 9,27). La muchedumbre, dice, nada podrá rogarme.

Así también hizo Cristo, llamó miserables a las ciudades, no por la poquedad, ni tampoco porque no eran metrópolis; y en otra ocasión a Jerusalén llamó desgraciada por esto mismo, diciendo así: *¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas, y apedreas a los que a ti son enviados* (Mat. 23,37). Porque, dime: ¿Qué provecho me proporcionará la multitud, si vive mal? Antes por lo contrario, hasta daño nace de esto. Pues ¿qué es lo que ha causado los daños inferidos sino esto? ¿No fue acaso la desidia, el desprecio y la maldad de los habitantes? ¿Es que aprovechó a la ciudad su dignidad? ¿O la grandeza de los edificios? ¿Acaso el ser metrópoli? Pues si ante el rey de la tierra de nada aprovechó esto a la que había prevaricado, sino que todo esto le fue quitado; mucho menos le aprovechará esta dignidad ante el Señor de los ángeles, pues nada podrá ayudarnos en aquel día el que habitemos en la metrópoli, que tiene anchos pórticos y otros parecidos títulos.

Mas ¿por qué digo en aquel día? ¿Qué nos podrá aprovechar, aunque sea para esta presente vida, el que la ciudad para ti sea la metrópoli? ¿Es que acaso el que ha tenido la casa mal dispuesta la ha corregido por esto? ¿O que desechó la tristeza? ¿O qué ha vencido una enfermedad corporal? ¿O algo que mejore la condición del alma? No juguemos, queridos, y no atendamos a las opiniones del vulgo, sino aprendamos en qué está después de todo la dignidad de ciudad, en qué el ser metrópoli.

Y no digo esto porque desespere que esta ciudad vuelva a tomar su anterior belleza, y a estar en su propia presidencia; porque humano y piadoso es el Emperador, mas quiero que vosotros, aunque haya

sido restituida, no os engriáis por eso, ni os gloriéis, y que por estas cosas estiméis en más la ciudad. Cuando quieras enaltecerme las alabanzas de la ciudad, no me alegues que Dafnes es un barrio, ni la altura y multitud de cipreses, ni las fuentes de aguas, ni los muchos hombres habitantes de la ciudad, ni que hasta muy entrada la noche se vive con toda libertad en la plaza, ni que hay abundancia en los mercados de cosas vendibles, siendo todas estas cosas sensibles y que duran sólo cuanto la presente vida; sino si puedes contar virtudes, la mansedumbre, la limosna, las vigilias nocturnas, las oraciones, la modestia, la sabiduría del alma, por todo esto recomienda a la ciudad. Si estas cosas existen en los moradores del yermo, hácenlo más espléndido que todas las ciudades; y al contrario, hacen la más vil de todas a la ciudad en cuyos ciudadanos faltan ellas.

Esto hagamos no en la ciudad tan sólo, sino también en los hombres. Si ves a un hombre corpulento, y muy elegantemente vestido, de alta estatura, y que sobresale entre los demás por su altura, ni le admires en tanto que no hayas conocido el ánimo. Juzguemos que todos son felices, no por la externa pulcritud, sino por la hermosura de la mente. Pequeño y corto de talla era David (1 Reg. 17); no obstante, aquel bajito y pequeño y desprovisto de todas armas, a un ejército tan grande y a una torre de carne como aquella derribó de un solo golpe, no arrojando un lanza, ni tirando una saeta, ni blandiendo una espada, sino que lo deja todo concluido tirando un pequeño guijarro; por esto avisa uno diciendo: *No alabes al hombre por su bello aspecto, ni desprecies a nadie por su sola presencia exterior. Pequeña es la abeja entre los volátiles, mas su fruto es el primero en la dulzura.* (Ecclo. 10,2-3).

Esto digamos tanto de las ciudades como de los hombres, y filosofemos entre nosotros, y demos a Dios gracias con asiduidad lo mismo por lo de ahora que por lo de antes, y simultáneamente roguémosle con todo empeño, para que los que están en las cárceles, y los que han de ser llevados al destierro, aquéllos sean puestos en libertad, y que éstos vuelvan. Miembros nuestros son, y ellos con nosotros han estado fluctuando, con nosotros padecieron la tormenta: roguemos, pues, a la divina benignidad, para que con nosotros alcancen tranquilidad.

–Nadie diga: ¿Qué cuidado tengo yo además? Yo mismo estoy libre de peligro, que perezca él, que muera el otro.

No irritemos a Dios por este desprecio, sino como si estuviéramos en la adversidad, así nos dolamos, así pidamos a Dios con asiduidad,

cumplimentando aquel dicho de Pablo: *Acordaos de los presos, como si estuviérais con ellos en la cárcel, y de los afligidos, como que también vosotros vivís en cuerpo* (Heb. 13,3), *y llorad con los que lloran, estad siempre unidos en unos mismos sentimientos* (Rom. 12, 15-16). Y esto nos aprovechará a nosotros mismos grandemente, pues nada suele agradar más a Dios como el que nos compadezcamos con mucha efusión de los miembros nuestros. Oremos, pues, al mismo simultáneamente, ya por lo presente, ya por lo futuro, para que nos libre de aquella pena. Que lo presente, sea lo que sea, es tolerable y tiene fin; mas aquellos tormentos son inmortales e inevitables.

Además del consuelo, cuidemos, empero, nosotros de no caer otra vez en tales pecados, sabiendo que no hemos de conseguir más perdón. Caigamos, pues, simultáneamente delante de Dios todos, ya mientras estamos aquí, ya cuando salgamos para casa, digamos: "Justo eres en todo aquello que has hecho con nosotros, oh Señor (Dan. 3,27), pues justos fueron los juicios según los cuales hiciste recaer estas cosas sobre nosotros. Si estorbaren nuestros pecados, hazlo con nosotros por tu nombre y no permitas que experimentemos más tales molestias." Y no nos dejes caer en tentación, más líbranos de mal (Mt 6,18), porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XVIII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVIII.

1. Motivo de alegría verdadera.–Pusilanimidad de quienes se preocupan de la cuaresma venidera y no disfrutan los bienes de la actual.–De qué manera es provechoso el ayuno.–La buena disposición del alma produce en el ayuno placer puro y continuo.–Es posible vivir siempre alegres.–Todos buscan el placer.–Las riquezas no engendran la alegría.–Es la apreciación de las cosas lo que las hace pequeñas o grandes para nosotros.

2. La buena salud corporal, ¿causa la alegría?–La gloria de los magistrados y reyes no es causa de la alegría.–El temor de Dios es fuente de alegría perpetua.–El varón fiel disfruta de continua alegría.–No puede no estar siempre alegre: aun en la muerte propia,–de los hijos,–en las demás contrariedades.–En la enfermedad.–Los santos se dolían.–La tristeza según Dios es mucho mejor que la alegría mundana.

3. Borra el pecado.–Compasiva tristeza de los pecados.–Los felices según Dios y Jesucristo.–Pablo se alegraba en las tribulaciones.

4. Si quieres alegría, ásete a la virtud, teme sólo a Dios.–Nadie nos hace desgraciados, sino nosotros mismos.–Reprende a los reincidentes desidiosos.–No aguantamos estar sin bañarnos.–Exhortación.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Probablemente se pronunció en la dominica V de Cuaresma.

2.ª Trátase en esta homilía de la razón esencial del ayuno, que no está sólo en no comer por algún tiempo, sino en abstenerse de pecar, en desarraigar vicios y en practicar virtudes.

3.ª Habla extensamente de la alegría según Dios, de las causas y efectos de ésta y por oposición de las causas y efectos de la alegría mundana.

4.ª Del menosprecio de salud, honores, riquezas y placeres y aprecio de la tristeza según Dios.

5.ª Exposición del consejo de San Pablo a los fieles de Filipos, cap. IV, v. 4: "Vivid siempre alegres en el Señor; vivid siempre alegres repito."

* * *

1. He visto a muchos que se alegran y dicen: Hemos vencido, hemos superado, la mitad del ayuno se ha concluido. Mas a los tales exhorto yo a no gozarse porque se haya concluido la mitad del ayuno,

sino a pensar en si se ha concluido la mitad de los pecados; y entonces regocíjate: que esto es digno de satisfacción, esto es lo que se busca, y por lo que se ha hecho todo, para que corrijamos nuestros defectos, para que no salgamos del ayuno tales cuales entramos en el ayuno, sino lavados; y depuesta toda mala costumbre, celebremos así la grande solemnidad. Como esto falte, no sólo no tendremos utilidad alguna, sino que del ayuno terminado tendremos grandísimo daño. No nos alegremos, pues, de que nos hayamos desembarazado del prolijo ayuno, que esto nada importante es, pero alegrémonos, cuando lo hayamos pesado en obras buenas, de modo que aun terminado el mismo, brille el fruto suyo. Porque la ventaja del invierno se manifiesta sobre todo entonces cuando ya ha pasado: porque las sementeras primaverales y los árboles, que se visten de hojas y frutos, por sola su vista claman que también para ellos ha sido útil el invierno. Que suceda esto en nosotros. Porque hemos disfrutado de lluvias continuadas y repetidas en el invierno durante el tiempo del ayuno, sacando doctrina sin cesar, y hemos recibido las espirituales semillas, y hemos arrancado las espinas de los deleites. Perseveremos, pues, guardando con diligencia las que hemos recibido, para que, pasado el ayuno, brote el fruto del ayuno, y por los bienes que de él hemos recogido, nos acordemos también del mismo.

Si nos comportamos así, el ayuno siguiente lo recibiremos otra vez con alegre placer. Porque estoy viendo a muchos tan pusilánimes, que ya ahora están preocupados de la cuaresma futura, y a muchos he oído que dicen que ellos, después de la liberación del ayuno, no sienten placer del perdón a causa de la preocupación del año venidero. Pregunto yo: ¿Qué puede haber más pusilánime que éstos? ¿Pero cuál es la causa de esto? –Porque no cuidamos de disponer bien el alma para cuando venga el ayuno, sino que lo limitamos en abstenernos de manjares.

De qué manera aprovecha el ayuno. Así pues, si en la correción de costumbres hubiéramos de tener ventaja con el ayuno, cada día desearíamos que fuese ayuno, dándonos cuenta del mérito suyo por las mismas obras, y jamás rechazaríamos el deseo del mismo, jamás esperándolo nos pondríamos tristes y con inquietud. Porque al que se halla bien dispuesto mentalmente y al que tiene cuidado de su alma, nada podrá contristarle; éste, empero, disfrutará de un placer puro y continuo. Que esto es verdad habéis oído hoy a Pablo que nos amonesta y dice: *Vivid siempre alegres en el Señor, vivid alegres repito*

(FILP. 4,4). Sabemos que a muchos parece no ser hacedero lo dicho. Porque dicen: ¿cómo puede ser que el que es hombre viva siempre alegre? Porque el vivir alegre no es cosa difícil, mas el vivir perpetuamente alegres, me parece imposible, quizá dirá alguno: porque necesariamente nos rodean muchas tristezas. Pues o alguien ha perdido a un hijo, a la mujer, o a un sincero amigo, más íntimo que cualquier consanguíneo, o hecho quiebra en las riquezas, o se ha puesto enfermo, o en otras cosas ha experimentado reveses, o se ha sentido de haber sufrido una injuria contra la dignidad, o el hambre, o la peste, o una exacción que no puede soportarse, o los negocios de familia; aún más, no acabaríamos nunca de contar todo cuanto, ya privada, ya públicamente, suele entristecernos. Así pues, ¿cómo es posible vivir siempre alegres?

–Muy posible es, oh hombre; y si no fuera posible, no hubiera avisado Pablo, ni hubiera aconsejado, siendo un hombre dotado de espiritual sabiduría. Por esto frecuentemente os lo decía, y no desistiré de repetirlo: las cosas que en ninguna parte podéis aprender de otro, éstas podéis aquí filosofarlas. Porque todos buscan el placer y desean alegrarse, y para esto lo hacen y dicen y negocian todo. Pues por esto el mercader navega, por reunir dineros; y reúne dineros para que teniéndolos de repuesto viva alegre; y el militar para esto está en la milicia; y el labrador por esto cultiva la tierra, y cada cual por esto trabaja en su arte [u oficio]; y los codiciosos del poder por esto lo ambicionan, por gozar de gloria; pero quieren gozar de gloria, para vivir alegres, y observe cualquiera que todo negocio nos conduce a este fin, y cada cual mirando a él por todos medios se apresura a ir a él.

LAS RIQUEZAS NO ENGENDRAN LA ALEGRÍA. En verdad todos quieren la alegría, como he dicho, pero no todos pueden alcanzarla, porque desconocen el camino que allá guía, aunque muchos piensan que nadar en riquezas sea la causa de la alegría. Mas si ésta fuera la causa, ninguno de los que poseen riquezas se hubiera visto oprimido de dolor; cuando ahora muchos ricos piensan que la vida no es digna de vivirse, y apetecen mil muertes, cuando experimentan alguna adversidad, y éstos son los que más que todos se conduelen. Así que no me hagas mirar sus mesas, ni los aduladores y parásitos, sino las cosas que nacen de ellos, las persecuciones y calumnias, los peligros, las perplejidades y lo que es mucho más molesto que estas cosas, que sin preparación envueltos en ellas, con tales cambios, no saben filosofar ni sobrellevar con valor los casos. Por tanto, a los mismos no sólo les

parecen gravosas las cosas que por su naturaleza lo son, antes aun las leves parécenles ser intolerables, sucediendo en los pobres todo lo contrario, que tienen por tolerables aun las que son intolerables, porque anteriormente están ejercitados en muchas semejantes. Que no es tanto la naturaleza de las cosas, cuanto la disposición de los pacientes, la que hace que parezcan ser pequeños o grandes los males que nos sobrecogen. Y para no buscar más lejos ejemplos de ambas cosas, alegaré sobre las que nos han sucedido.

Mirad si no cómo en verdad todos los pobres se evadieron, está la población libre de peligro y goza de serena [tranquilidad] seguridad; y los que manejaban los asuntos públicos, y criaban caballos en casa, y ofrecían brabeyas [premios] en los certámenes y administraban otras cosas, los mismos moran actualmente en la cárcel, temen de muerte, y solos ellos pagan las penas de los crímenes por todos perpetrados, y viven en miedo continuo, y son ahora más miserables que todos no por la grandeza de los peligros, sino porque anteriormente pasaron la vida entre delicias.

2. Porque muchos, cuando los exhortábamos y avisábamos que sobrellevasen con valentía las adversidades, decían: Jamás nos hemos ejercitado en ello, ni hemos filosofado, pensado en tales cosas: por esto estamos necesitados de grande consolación.

Otros también piensan que la causa de la alegría es la buena salud corporal; pero no lo es, porque muchos bien sanos también desearon mil veces morir, para no soportar las afrentas que les habían sido inferidas.

Otros, además, pregonan que la causa de una alegría perpetua está en poseer la gloria, en estar investidos de insignias de mando, y en desempeñar magistraturas; pero tampoco es esto. Y para no hablar de otras magistraturas, aunque subamos mentalmente a la misma del imperio, también al que vive en ella encontraremos rodeado de muchas molestias, que tiene tantos más motivos de tristeza, cuanto está circundado de mayor fausto. Y ¿qué necesidad hay de conmemorar las guerras y luchas, y las acometidas e incursiones de los bárbaros? Con frecuencia teme a los mismos que viven con él en casa. Porque muchos reyes, escapados de manos enemigas, no se libraron de las celadas de los encargados de su personal custodia. En verdad tienen los reyes tantos motivos de tristeza como olas tiene el mar.

Si, pues, el reino puede hacer que la vida no tenga tristeza, ¿qué otra cosa podrá darlo? Ciertamente, de las cosas humanas, nada; pero

esta sola palabra, breve y pasajera, de Pablo nos abrirá este tesoro. Pues no son necesarios muchos discursos, ni largos rodeos; pero si pensamos en sólo la sentencia, encontraremos el camino que a ella conduce: que no dijo sencillamente: *Vivid siempre alegres,* sino que de seguida añadió la causa de la alegría, cuando dijo: *Vivid siempre alegres en el Señor* (FILP. 4,4). Quien vive alegre en el Señor, por ningún accidente puede quedar sin este placer. Pues todas las otras cosas en que nos alegramos son mudables, disolubles, y con facilidad se invierten y no tienen sola esta molestia, sino que también las que duran no nos traen tanta alegría, que repelan la tristeza nacida de otras y la oscurezcan; pero el temor de Dios tiene ambas cosas, es estable e inmóvil, y despide tanta alegría, que ningún otro sentimiento de los otros males se apodera de nosotros. Porque quien a Dios teme como se debe, a la vez que le teme, confía en El, ha adquirido la fuente del placer, y posee el manantial de toda alegría; y así como al caer en el mar inmenso una pequeña chispa, fácilmente desaparece; así cuanto sucede a quien a Dios teme, como si cayera en un vasto piélago de alegría, se extingue y se pierde. Y en verdad esto es grandemente de admirar, que cuando las cosas que suelen contristar están presentes, él permanece viviendo alegre. Porque si no hubiese presente cosa triste, para él no sería grande vivir siempre alegre, pero sobreviniendo muchas cosas que empujan hacia la tristeza, hacerse superior a todas y alegrarse en medio de lo triste, esto es lo admirable. Y así como nadie admiraría que los Tres Jóvenes no hubiesen ardido, si hubieran estado lejos del horno de Babilonia; porque lo que a todos consternó fue que, habiendo estado tanto tiempo volcados en el fuego, salieron menos lesionados que los que no habían sido lanzados; así puede también decirse de los santos, porque si no les hubiese instado ninguna tentación, no admiraríamos que ellos hubieran vivido siempre alegres. Mas es para espantar y cosa sobre la humana naturaleza que, envueltos por todas partes de infinitas olas, están mejor afectados que los que disfrutan de pura tranquilidad.

EL VARÓN FIEL DISFRUTA DE CONTINUA ALEGRÍA. Así es que demostrado queda por lo dicho que no es posible encontrar alguna vida exterior que tenga continua alegría, pero que el fiel no pueda no disfrutar de alegría continua, nuevamente me esforzaré en demostrar lo mismo, no para que lo aprendáis solo, sino también para que sigáis esta vida carente de tristeza.

Haya, pues, uno que no tiene nada digno de reproche, sino confiado en la buena conciencia, anhelante de los bienes futuros y esperan-

do aquella dichosa esperanza, pregunto yo: ¿Qué podría causarle tristeza [ponerle en estado de tristeza]? ¿Acaso no es la muerte lo que parece más intolerable de todas las cosas? Mas la espera de ésta no solamente no le entristece, sino que antes le deleita, pues conoce que la presencia de la muerte es la liberación de los trabajos, y la carrera para las coronas y premios con la piedad y virtud adquiridos.

–Pero, ¿y la prematura muerte de los hijos? –Pues esto también lo lleva con valentía y repetirá las palabras de Job: *El Señor me lo dio, el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor* (Job, 1,21). Pues si la muerte y pérdida de los hijos no pueden contristar, mucho menos la pérdida de dineros, las acusaciones contumeliosas y las calumnias pueden alcanzar a tan grande y valerosos ánimo, ni tampoco el dolor corporal, porque también eran azotados los Apóstoles ciertamente, pero no se quejaban. En efecto, éstas son cosas grandes, mas es mucho mayor que, no tan sólo no se quejaban, sino que los mismos azotes convertían en materia de mayor alegría, y se retiraban *de la presencia del concilio muy gozosos, porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús* (Act. 5,41).

¿Injurió e insultó a tal un cualquiera? Mas por Cristo formado está para las contumelias. Pues dice: *Alegraos y regocijaos, cuando los hombres por mi causa os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira toda suerte de maldad contra vosotros, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos* (Mt. 5,11-12).

Para cuando cae enfermo ya ha oído al otro que amonesta y dice: *Acepta todo cuanto te enviare [ya enfermedad, ya pobreza], y en medio de los dolores sufre con constancia, y lleva con paciencia tu abatimiento. Pues al modo que en el juego se prueba el oro y la plata, así los hombres adeptos [a Dios] se prueban en la fragua de la tribulación* (Ecclo. 2,4-5). No pudiendo, pues, ni la muerte, ni la pérdida de dinero, ni la enfermedad corporal, ni la ignominia, ni el ultraje, ni otra cosa alguna parecida contristarle, sino más bien deleitarle, ¿qué materia de tristeza podrá tener jamás?

–Pues ¿qué dice: los santos no se dolían? –Pues ¿no oyes a Pablo que dice: *Estoy poseído de una profunda tristeza y de continuo dolor en mi corazón?* (Rom. 9,2). –Pues esto mismo es lo admirable, a saber: que la tristeza acarreaba ganancia y del llanto salía placer. Así como los azotes no proporcionaban dolores, así por otra manera la tristeza aquellas magníficas coronas. Y eso también es de admirar,

que del mundo no sólo la tristeza, sino hasta la alegría tiene mal extremo; y en los espirituales todo lo contrario, que no sólo la alegría, sino la tristeza, contiene un rico tesoro de bienes. Por ejemplo; alégrase uno en el mundo frecuentemente al ver al enemigo en trabajos, y por esta alegría se atrae mucha pena; pero otro a su vez que ve a un hermano caído se conduele, y por esta tristeza se adquiere la benevolencia en presencia de Dios.

La tristeza según Dios es mejor que la alegría mundana. ¿Ves cómo la tristeza según Dios es mejor y más útil que la alegría del mundo? Así se entristecía Pablo por causa de aquellos que pecaban y no daban crédito a Dios, y de esta tristeza le estaba reservada una grande recompensa. Mas para que cuanto digo quede más manifiesto, y para que aprendáis que, aun pareciendo lo contrario, con todo lo dicho así es verdad, ora que el llanto muchas veces suele aliviar a las almas que sufren dolor, ora que levanta la conciencia apesadumbrada; muchas mujeres frecuentemente habiendo perdido los hijos más queridos, como estén ciertamente impedidas de llorar, derramar lágrimas y dar quejidos, revientan y perecen; pero si hacen lo propio de los apenados, se alivian y tienen consuelo. Y ¿qué es de admirar si esto sucede en las mujeres, cuando cualquiera puede ver esto en el mismo profeta paciente? Por esto repetía con frecuencia: *Apartaos de mí; yo lloraré amargamente: no os empeñéis en consolarme en la desolación de la hija de mi pueblo* (Is. 22-,4). Así, pues, la tristeza muchas veces lleva en sí consolación; y si esto sucede en lo mundano, mucho más en las cosas espirituales. Por causa de ello dice: "Puesto que la tristeza que es según Dios, produce una penitencia o enmienda constante para la salud" (2 Cor. 7,10). Y esto ciertamente parece oscuro; pero esto es lo que dice: Si te has entristecido por causa de los dineros, nada has adelantado; si por la enfermedad, nada has ganado, antes más te has deshecho.

3. Y en verdad yo he oído a muchos que se acusan después de tal experiencia y que se recriminan así: ¿Qué me aprovechó el dolerme? Que ni he recuperado los dineros y además me he perjudicado. Pero si te entristecieres del pecado, lo has borrado, y has ganado un máximo bienestar. Si te entristeces por los hermanos caídos, a ti mismo te has confortado y consolado, y otra vez los has recuperado, y aunque a ellos en nada aprovechares, tienes la máxima recompensa. Y porque aprendas que el contristarse por los caídos, aun cuando nada aprovechamos, nos atrae una máxima retribución, escucha a Ezequiel cuan-

do dice, o mejor, a Dios que verdaderamente habla por sí mismo. Porque luego de haber enviado algunos a destruir la ciudad y a consumir a hierro y fuego todos los edificios con sus habitantes, manda a un tercero diciéndole así: *Señala con la letra Tau las frentes de los hombres que gimen y se lamentan por todas las abominaciones...* (Ezq. 9,4). Y habiendo mandado a los otros y dícholes: *Comenzaréis por mi Santuario,* añadió y dijo: *Pero no matéis a ninguno en quien viérais el Tau* (v. 6). Dime, ¿esto por qué? Porque aunque nada aprovechan, con todo gimen y lamentan lo que se ejecuta. Y a otros acusa en otro lugar diciendo: "Los dados a la gula y a los placeres, y los que disfrutan de mucha libertad, que veían que los Judíos eran conducidos a la cautividad, no se condolieron, no se hicieron partícipes de la tristeza; y acusándolos dijo: *Sin compadeceros de la aflicción de José* (Amós. 6,6); llamando José a todo el pueblo. Y otra vez: *No ha partido la que habita en los confines; la casa vecina que se sostuvo por sí misma hará duelo por vosotros* (Miq. 1,11). Pues aunque justamente sean castigados, quiere Dios que nos condolamos y no que nos alegremos y que insultemos. Porque dice, si yo que castigo no lo hago alegrándome, y no me recreo en el castigo (*¿Acaso quiero yo la muerte del impío, y no antes bien que se convierta de su mal proceder, y viva?* (Ezq. 18,23)); debes, pues, tú imitar al Señor, y por esto llorar, porque el pecador ha puesto la materia de justa venganza, ha dado ocasión. Así, pues, si alguien se entristece también según Dios, de esto saca una grande utilidad.

Siendo, pues, más dichosos los azotados que los que azotan, y los que entre nosotros son afligidos más que los extraños que están en sosiego, y los dolientes más que los que se gozan: en adelante, ¿qué ocasión tendremos de estar atribulados? Por esto no es conveniente que nadie sea tenido por dichoso más que quien vive según Dios. Y la Escritura sólo llama dichosos a éstos, pues dice: *Dichoso el varón que no se deja llevar de los consejos de los malos* (Ps. 1,1), *Bienaventurado el hombre a quien tú, oh Señor, habrás instruido y amaestrado en tu Ley* (Ps 93,12);*Bienaventurados los que proceden sin mancill*a (Ps. 118,1); *Bienaventurados los que de todo corazón le buscan* (Ps. 118-2); *Feliz la nación cuyo Dios es el Señor* (Ps. 32,12); *Feliz el que no tiene en su ánimo la tristeza y no ha decaído de su esperanza* (Ecclo. 14,2); *Bienaventurado el hombre que teme al Señor* (Ps. 111,1). Y además así Cristo: *Bienaventurados los que lloran, bienaventurados los humildes, bienaventurados los mansos, bienaventurados los pací-*

ficos, bienaventurados los que padecen persecución por la justicia (Mt. 5,3-10). Ves cómo en ninguna parte las leyes divinas llaman bienaventurado a uno cualquiera de los ricos ni de los que disfrutan de gloria (mundana), sino al que ha conseguido la virtud? Pues lo que se busque en todo cuanto hacemos y padecemos, conviene que sea el temor de Dios; y si echas por delante esa raíz, no sólo la remisión ni los honores, ni la gloria, y los ministerios, sino que hasta las persecuciones, y las calumnias, y las contumelias, y las ignominias, y los tormentos, y en general todas las cosas germinarán para ti frutos de alegría.

Y así como en los árboles las raíces en sí son amargas, pero producen suavísimos frutos, así en verdad también la tristeza según Dios nos proporcionará mucha alegría. Conocen todos cuántos muchas veces con dolor han orado y derramado lágrimas, cuánta alegría han adquirido, cómo limpiaron la conciencia, cómo se levantaron con grande esperanza, pues lo que siempre repito, no es la naturaleza de las cosas, sino nuestra alma lo que nos suele entristecer o alegrar. Por lo tanto, si a ésta la volvemos tal cual debe ser, tendremos una prenda de toda alegría, y como al cuerpo no es tanto la naturaleza de los aires ni los externos sucesos, cuanto la propia disposición la que ya daña, ya ayuda; lo mismo al alma, y con mucha mayor razón. Porque en el cuerpo obra la necesidad de naturaleza, mientras en el alma todo está pendiente y situado en la voluntad. Por lo cual Pablo, habiendo padecido incontables males, naufragios, guerras, persecuciones, insidias, acometidas de bandoleros, y todo cuanto no se puede enumerar, y estando para morir cada día, no sólo no se dolía ni se indignaba, sino que se alegraba y se gozaba, y decía: *Yo al presente me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo* (Col. 1,24). Y otra vez: *Ni nos gloriamos solamente en esto, sino también en las tribulaciones* (Rom. 5,3). Y el gloriarse significa la intensidad de la alegría.

4. Por tanto, si apeteces la alegría, no busques ni el dinero, ni la salud corporal, ni la gloria, ni el poder, ni los placeres, ni la mesa exquisita, ni los vestidos de seda; no fincas de mucho precio, no casas espléndidas e ilustres, ni persigas cosa alguna parecida, sino ejercítate en la filosofía que sea según Dios, ase la virtud, y nada de cuanto hay o se tema podrá entristecerte; pero, ¿qué digo entristecerte? Antes bien para ti serán un acrecentamiento de alegría las cosas que a otros entristecen, porque los azotes, muertes, multas, acusaciones, calami-

dades y todo lo demás, cuando se nos infieren por causa de Dios, y tienen esta raíz, introducen en nuestra alma mucha alegría.

NADIE NOS HACE DESGRACIADOS, SINO NOSOTROS MISMOS. Pues hacernos desgraciados nadie podrá, si nosotros no nos hacemos: lo mismo que ni felices, si nosotros no lo hacemos, contando con la gracia de Dios. Y para que aprendáis que sólo aquél es feliz que teme a Dios, no por cosas pretéritas, sino por las que nos han acontecido a nosotros os lo voy ahora a demostrar.

Existió el peligro de que nos fuera arrasada toda la ciudad y de los varones ilustres e insignes ninguno se atrevió a presentarse en medio, antes bien, todos huyeron y se alejaron, pero los que temen a Dios y que moraban en los monasterios, éstos, con gran valentía, acudieron y todo lo solventaron; y tan lejos estuvieron de aterrorizarse por los males que acontecían y por las temidas amenazadas y no se inquietaron sus ánimos, que estando alejados de la calamidad y sin tener en ella participación alguna, espontáneamente arrojáronse en medio del incendio y a todos libraron; y lo que a todos parece ser terrible y horrendo, la muerte, con toda alegría la esperaron ellos, y con mayor placer corrieron a ella, que otros a las magistraturas y honores. Habían ellos conocido que ésta es una gran magistratura y honor, y con las obras manifestaron que aquí sólo es feliz quien ase la filosofía de lo alto, y no recibe mudanza alguna, ni sufre adversidad alguna, sino que disfruta de continua tranquilidad, y de todo se ríe, de todo cuanto parece triste. Porque ahora los que están en las primeras magistraturas están poseídos de mucha tristeza, habitantes de la cárcel, presos atados con cadenas, temiendo cada día morir; estos otros, empero, disfrutan de purísima alegría, aun cuando suceda algo grave; y las cosas que a los otros parecen ser terribles son éstas para los mismos cosas deseables, pues saben para qué corren, y cuál fin los recibirá después que de aquí hayan salido; y cuando los que tan cuidadosos viven y que sonríen a la muerte, se conduelen no obstante por causa de los otros, y de esto a su vez sacan grande utilidad.

Cuidemos, por lo tanto, de tener empeño por nuestra alma, y nada de lo insospechado podrá contristarnos; y pidamos a Dios por los encarcelados, que los libre de la inminente calamidad. Podía, es verdad, resolver de una vez todo el mal, y no dejar ni tenues reliquias; mas para que no volvamos a la anterior pereza, ha cuidado de ir remitiendo insensible y paulatinamente el torrente de estos males, reteniéndonos en los mismos ejercicios de piedad.

Y que esto sea así es verdad, y que muchos habrían recaído en la pereza antes, si todo se hubiese resuelto brevemente, por esto queda manifiesto: aún duran las reliquias de la calamidad, y aún es incierta la sentencia del Emperador, y todos los que administraban los negocios de la ciudad están en presidio; con todo, muchos de los que con nosotros habitan la ciudad, codiciosos de bañarse, corren al río, mordiéndose allí con innumerables ultrajes, retozando, divirtiéndose, saltando y atrayendo a las mujeres. ¿Acaso son dignos de algún perdón? ¿De alguna excusa? Pero no, ¿de qué pena, de qué castigo no son merecedores? El primero de la ciudad está encarcelado, nuestros conciudadanos en destierro, la sentencia sobre éstos incierta; y tú dime, te lo ruego, ¿saltas, juegas y ríes?

Alguien dice: No aguantamos estar sin bañarnos. –¡Oh respuesta insolente, maquinal y perversa! Dime, por favor, ¿cuántos meses han sido? ¿Cuántos años? –Aún no han pasado veinte días de haberse cerrado los baños, y como si hubieses pasado todo un año sin bañarte, ¿así te pones triste y te indignas? Di: ¿Así estuviste cuando la incursión de los soldados, cuando cada día temías morir, cuando huías a los desiertos y corrías a las cimas de los montes? Si entonces alguien te hubiera propuesto el permanecer sin bañarte en todo el año, para librarte de la amenazante ansiedad, ¿no lo hubieses pronto aceptado y soportado? Y cuando conviene dar gracias a Dios, que todo lo ha solucionado sin daño alguno, ¿otra vez te diviertes y disputas con insultos, y porque ha pasado el miedo, de nuevo has retornado a mayor descuido? ¿Así te han tocado los males, que apeteces aún los baños? Aun cuando los baños estuvieran permitidos, ¿no era bastante la calamidad de los que mueren para persuadir también a aquellos que no se encontraban en estas miserias a que se olvidasen de todas las delicias? ¿Hay peligro de la vida, y tú te acuerdas de los baños y quieres entretenerte en placeres? ¿Desprecias a aquel de quien ahora has escapado? Cuida de no envolverte en merecerte una pena mayor, y de no atraerte otra vez las pasadas amenazas con peligro mayor, y vengas a padecer lo que dice Cristo de los demonios (y endemoniados). Dice: Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, y viniendo a la casa, la halla barrida y bien adornada, entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entra en el alma, y lo último viene a ser peor que lo primero (Lc. 11,23-26).

Temamos, pues, también nosotros, para que no suframos algo peor que lo pasado, porque liberados de esto nos demos a la pereza.

Ya sé que vosotros estáis libres de esta insensatez; pero refrenad a los descompuestos, corregidlos, castigadlos; para que viváis siempre alegres, como Pablo mandó, para que recibamos mucha recompensa, aquí de los propios merecimientos y del cuidado de los demás, y en la vida futura, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual al Padre y a la vez al Espíritu Santo se dé gloria, honor y adoración, ahora y siempre, y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XIX

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIX.

1. Festividad de los Mártires.–El Santo, por hallarse enfermo, no participó sino espiritualmente.–Se levantó para acudir a la solemnidad de los campesinos.–Excelencias de las costumbres campestres.–Ejercicios agrícolas.–Escuela de fe y de obras virtuosas.–Los rústicos, más sabios que los filósofos antiguos.–Admiremos el alma del labriego.

2. Antítesis de la filosofía gentil y de la cristiana.–Elogio y despedida de los huéspedes campesinos.–De los juramentos.–La hoz volante.–Castigo de Sodoma.

3. Daños de los juramentos.–Jerusalén fue abatida por un solo juramento.–Sedecías, perjuro.–Parábola del águila grande de Ezequiel.–Historia de la toma de Jerusalén y prisión y castigo de Sedecías.

4. Exhortación moral.–Lo que se debe pretender en la sinaxa es el corregir las costumbres.–Maravillosas artes de los charlatanes de circo.–El arte vence las dificultades.–Llega hasta el fin.–Palabras de Cristo sobre los juramentos.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Pronunciada fue en una domínica, distinguida con el nombre de SERVATAE en latín. ¿Qué domínica es la llamada así? –ALLACIO dice que en Capadocia era conocida por tal la Ascensión del Señor y añade que era la domínica V después de Pascua *(Lib. de Dominicis et hebdomadibus Græcorum)*. Sería la domínica que antecede a la Ascensión.– Mas para SAVILIO era la *domínica in Albis*, y para TILLEMONT la de Pasión.

2.ª La enfermedad no permitió a San Crisóstomo tomar parte material en las fiestas de los Mártires;

3.ª Pero acudió a la fiesta de los campesinos, a los que admira, alaba y presenta como maestros de costumbres sanas y alegres.

4.ª Eficazmente vuelve a exhortar que se evite la costumbre de los juramentos y que se arranque de raíz, no sólo en las personas, sino en las familias y en la ciudad.

5.ª La mejor fama de la ciudad será que por todo el orbe se diga con verdad: en Antioquía se ha desterrado la mala costumbre de jurar, en ella nadie se permite ni atreve a jurar.

* * *

1. En los pasados días habéis sido admitidos en los banquetes de los santos mártires; henchidos con la espiritual solemnidad os habéis visto abiertos los costados, cortadas las ingles, sangre que por todas

partes manaba, infinitas maneras de tormentos, habéis visto a la naturaleza humana haciendo cosas sobrehumanas, y las coronas con sangre tejidas, habéis ejecutado una hermosa danza, conducidos por esta honesta guía por todas las partes de la ciudad.

Mas Nos, aun sin quererlo, hemos tenido que permanecer en casa obligado por la enfermedad. No obstante, aunque no asistimos a la solemnidad, sí que participamos de la alegría; aunque no cogimos fruto del sermón, con vosotros sin embargo tuvimos alegría común. Pues tal es la fuerza de la caridad: hace que con los que disfrutan de alegría se alegren los que no la gozan, persuadiendo a estimar por comunes los bienes de los prójimos. Por esto, aun estando en casa, disfrutaba con vosotros, y aún no libre del morbo me levanté y he acudido, para ver vuestras caras para nos deseadas, y para tomar parte en la actual solemnidad.

Pues tengo por una solemnidad máxima el día de hoy, por causa de la presencia de nuestros hermanos, que nos han adornado la ciudad y han hermoseado la asamblea. Pueblo diverso de nosotros por la propia lengua, indudablemente, pero concorde en la fe con nosotros; pueblo que vive tranquilo, que lleva vida modesta y venerable. Puesto que entre estos hombres no hay espectáculos de iniquidad, ni carreras de caballos, ni heteras, ni el restante tumulto de la ciudad, sino que está eliminada toda suerte de lujuriosa diversión, sino que por todas partes florece mucha compostura. La razón de esto es porque tienen vida laboriosa y tienen el cultivo de la tierra por escuela de virtud y de modestia, manejando el arte que antes que todas las restantes puso Dios en nuestra vida. Porque Adán, antes del pecado, cuando gozaba de toda libertad, fue obligado a ejercitar alguna especie de agricultura, ciertamente no molesta, ni que fuera trabajosa, sino que le proporcionase un ejercicio de virtud. Porque *Púsole,* dice, *en el paraíso de delicias para que lo cultivase y guardase* (GÉN., 2,15).

Vieras a cualquiera de éstos unas veces unciendo los bueyes de arar, y arrastrando el arado y abriendo profundo surco y otras subir a un montón, sagrada cátedra, para cultivar las almas de los súbditos (enseñándoles); ahora segando con la hoz las espinas del campo, luego limpiando con su palabra los pecados de las almas. Que no se avergüenzan de los cultivos, como los moradores de nuestra ciudad, sino que se avergüenzan de la pereza, porque aprendieron que es ella la que ha enseñado toda maldad; y que desde el principio ha sido maestra para los que la quieren.

Estos son los que a nosotros parece que practican la mejor filosofía, no por el traje, sino porque dan pruebas de virtud por su propio parecer. Así, pues, los filósofos de los extraños en nada mejóranse, andando en teatros, comedias y diversiones, con la capa, la barba y la estola, sin que puedan mostrar nada más; mas al contrario, éstos habiéndose impuesto el dar un adiós a la capa, barba y báculo y a todo el restante aparato, han exornado su alma con las reglas de la verdadera filosofía, y no tan sólo con las reglas, sino con los mismos ejercicios.

Y si a uno cualquiera de los que se emplean en la agricultura, consumidos por el arado y el ligón, preguntas sobre los dogmas, de los que los filósofos extraños preguntando y buscando mil cosas, y haciendo muchos discursos, nada sin embargo pudieron decir; al momento te responderá muy sabiamente de todo. Y no sólo esto es admirable, sino que la fe de los dogmas la afirman por las obras. Pues que tenemos alma inmortal y que se ha de dar cuenta de todo lo que se hace y asistir a un tribunal tremendo, lo tienen en su ánimo persuadido y toda su vida la ordenaron a esta esperanza, y hechos superiores a toda pompa secular y enseñados por la divina Escritura, de que *Vanidad de vanidades y toda vanidad* (Ecclo. 1,2), a nada de cuanto parece ser esclarecido anhelan.

Los rústicos más sabios que los filósofos antiguos. Estos saben también filosofar de Dios las cosas que Dios ha mandado, y si, tomando uno de los filósofos extraños, lo pone en medio (y creo que ahora ni uno siquiera puede encontrarse) y de éstos, los nuestros tomas uno, y revolviendo los libros de los antiguos filósofos los lees, y lo que éstos dicen ahora lo comparas con lo que ellos entonces filosofaron, y discutes el problema, verás cuánta es la sabiduría de los nuestros, y cuánta la demencia de los extraños aquéllos. Porque dicen algunos de los mismos que no hay en las cosas ninguna providencia, que el mundo no ha sido creado por Dios, y que la virtud no se basta a sí misma, sino que hay necesidad del dinero y de la nobleza y de brillo inferior y muchas otras cosas más ridículas que éstas; éstos, empero, tanto de la providencia y de los juicios consiguientes, como de la creación por Dios, que produjo todas las cosas de la nada, y de todo lo demás filosofan, sin saber nada de la doctrina de los extraños; ¿quién no advertirá la eficacia del poder de Cristo, que ha demostrado que los no letrados e idiotas son más sabios que los que mucho se gloriaban de sabiduría, tanto cuanto es de ver que los hombres pru-

dentes aventajan a los parvulitos? Pues, ¿qué les puede ser dañoso por causa de la impericia del lenguaje, teniendo ellos las almas llenas de sabiduría? Y ¿qué provecho para los extraños de la belleza del lenguaje, teniendo el alma vacía de sentido? Es como si uno llevase una espada, que sí tiene de plata la empuñadura, pero el acero es más blanco que si fuera plomo, pues en éstos la lengua en verdad está adornada de palabras y de nombres, pero el alma está llena de flaqueza y les resulta del todo inútil; mas no así para estos nuestros filósofos, sino lo contrario enteramente, tienen el alma llena de mucha filosofía espiritual, y la vida acompaña a los dogmas. Entre éstos no hay mujeres de entretenimiento, ni lujo de vestidos, ni colores y afeites, sino que toda esta corrupción de costumbres está ojeada. De donde más fácilmente guían por la modestia al pueblo que les está sumiso, y observan con gran cuidado la ley de Pablo, que manda que, en teniendo vestidos y alimentos, nada busquemos más (1 Tim. 6,8). Entre éstos es desconocido el uso de ungüentos para atraer la mente, pero está la tierra que produce hierbas y les prepara con más arte que cualquier ungüentario varias esencias de flores. Y además disfrutan de pura salud sus cuerpos con las almas, porque han expelido todas las delicias y ahuyentado los devastadores arroyos de la embriaguez, y tanto comen cuanto basta para vivir. Por tanto, no los despreciemos por razón del traje; antes bien admiremos el alma de ellos. Pues, ¿qué utilidad la del exterior vestido, cuando el alma está cubierta más miserablemente que cualquier mendigo? Al varón hay que alabar y admirar, no por los vestidos, ni aun por el mismo cuerpo, sino por el alma. Descubre el alma de éstos y verás su hermosura y riquezas por las palabras, por los dogmas y por toda la constitución de las costumbres.

2. Avergüéncense por lo tanto los gentiles, retírense, escóndanse, de sus filósofos y de toda su sapiencia, más miserable que cualquier estulticia. Porque entre ellos los filósofos durante el curso de la vida apenas pudieron enseñar a pocos y que con facilidad eran contados sus dogmas (y persuadirles a observar sus enseñanzas), y hasta perdieron éstos a cualquier peligro que amenazaba; mientras que los discípulos de Cristo, pescadores y publicanos, y constructores de tiendas, en pocos años convirtieron todo el mundo a la verdad, y aunque apareciendo peligros sin cuento, no sólo no fue sofocada la predicación, sino que florece, y se aumenta más y más, y enseñaron a filosofar a hombres rudos, a los labradores, a los que viven en las majadas.

Estos sobre todo lo demás, que también tienen la causa de todos los bienes, la caridad arraigada, hanse apresurado a venir a nosotros, haciendo tanto camino para llegar y abrazar a los propios miembros (los Hermanos).

NUEVAMENTE DE LOS JURAMENTOS. Ea, pues, dándoles viático por estos dones, digo por la caridad y el afecto, despidámoslos así, y otra vez tornemos al tema de los juramentos, para arrancar radicalmente de las almas de todos esta ímproba costumbre. Mas antes quiero conmemorar hoy unas cuantas cosas de las dichas anteriormente.

Porque luego que los Judíos fueron enviados de Persia y libres de aquella tiranía volvieron a su patria: *Vi* (una hoz) *un volumen que volaba,* dice, *es de veinte codos de largo y diez de ancho* (ZAC. 5, 1- 2), y oyeron al profeta que los enseñaba: *Esta es la maldición que se derrama sobre toda la superficie de la tierra, y caerá encima de la casa del que jura falsamente en mi Nombre, y se pondrá en medio de sus casas y las consumirá juntamente con sus maderos y piedras* (IB. 5,3-4). Y una vez que se leyeron estas cosas, preguntábamos por qué no sólo al que juró, sino hasta la casa del mismo deshizo, y decíamos que la causa era ésta, porque los castigos de pecados gravísimos quiere Dios que perduren continuamente, para que en adelante queden todos corregidos.

Ya pues que hay necesidad de sepultar al perjuro muerto y de entregarlo al seno de la tierra, para que con el cuerpo del mismo no quedase sepultada también la iniquidad, hace la casa un montón ruinoso, para que todos los transeúntes, viéndola y averiguando la causa de tal ruina, huyan de imitar el pecado.

Esto es lo que ha sucedido con Sodoma. Porque después que ardieron en deseos mutuos de sodomía, también la naturaleza del terreno fue abrasada con fuego bajado de lo alto (GÉN. 19), pues quería que el castigo de este pecado durase para siempre. Y nota la clemencia divina; no hizo que los mismos pecadores perpetuamente hasta el día de hoy ardan, sino que una vez abrasados los escondió; pero la sobrehaz del suelo abrasado púsola patente a todos cuantos quieran mirarla, y ahora con la más clara lengua amonesta a todas las generaciones de la tierra la sola vista, a la que sólo falta clamar y decir: No cometáis los pecados de los sodomitas, para que no sufráis los castigos de Sodoma. Porque no suele el discurso llegar tanto a la conciencia, cuanto la vista terrorífica y que conserva perpetuamente las huellas del castigo. Y lo atestiguan los que han visitado aquellos

sitios; los que al oír muchas veces las Escrituras que refieren estas cosas no temían mucho, luego que fueron, recorrieron la región y reconocieron toda la sobrehaz borrada y abrasada, y han mirado detenidamente el incendio y que la tierra no aparece en parte alguna, sino que todo son cenizas y pavesas, impresionados y sacando de aquella vista grande enseñanza para ser templados, así se retiraron de allí; pues la misma manera del castigo reproduce la manera del pecado. Porque como ellos inventaron una manera de unión infecunda que no sirve para la procreación de hijos, así efectivamente aplicó Dios la pena, que hizo totalmente estéril el vientre de la tierra y despojado de todos los frutos. Por esto también amenazó que destruiría las casas de los perjuros, para con los castigos de los unos hacer mejores a los otros.

3. Daños de los juramentos. Pero hoy os demuestro yo no una, ni dos, ni tres casas destruidas por los juramentos, sino toda una ciudad y un pueblo religioso y una nación acostumbrada a estar favorecida de mucha providencia, y una descendencia que se había librado de muchos peligros. Pues Jerusalén, ciudad de Dios, que tenía el arca santa, y todo aquel culto, donde hubo profetas, y la gracia del Espíritu, y el arca y el Tabernáculo del Testamento, y la urna de oro, y donde con frecuencia andaban ángeles: esta ciudad, cuando se movían innumerables guerras y acometida de muchos asaltos de los bárbaros, siempre se burló de todos ellos, como rodeada de un muro de diamante, y cuando quedó devastada toda la región, nada de importancia padeció. Y no es sólo esto lo admirable, porque a veces infiriendo buenas rotas a los enemigos, los alejó así: tanta providencia había alcanzado de Dios, que el mismo Dios decía: *Como uvas en desierto,* con tanto gusto *tomé yo a Israel; como los primeros frutos de las altas ramas de la higuera, así miré a sus padres* (Os. 9,10). Y otra vez de la ciudad misma: *Como cuando se halla un grano bueno* en un racimo podrido, y *se dice: No lo desperdicies* (Is. 65,8). Sin embargo, la ciudad cara a Dios, salida de tantos peligros, que había alcanzado perdón en muchos pecados, y única entre todas las otras que pudo escapar del cautiverio, una, dos y muchas veces, fue abatida por solo un juramento, y voy a decir cómo haya sucedido ello.

Hubo entre ellos un rey Sedecías; este Sedecías juró al rey de los bárbaros Nabucodonosor que perseveraría en alianza con él; después faltó, y huyó al rey de Egipto, despreciando los juramentos, y padeció todo cuanto al momento oiréis. Antes, empero, es necesario decir la

parábola del profeta, mediante la cual significó todas estas cosas: *Hablóme el Señor diciendo: Hijo del hombre, propón un enigma, y cuenta una parábola a la casa de Israel. Diles, pues: así habla el Señor Dios: Una grande águila, de grandes alas y de miembros muy extendidos, poblada de plumas de varios colores, vino al Líbano y se llevó lo mejor del cedro* (Ezq. 17,1-3). Aquí llamó águila al rey de los Babilonios: dijo que era grande y de grandes alas y de miembros muy extendidos y poblada de plumas de varios colores, por la muchedumbre del ejército y la grandeza del poder y la rapidez de las incursiones; pues así como las águilas tienen por armas las alas y las uñas, así los reyes tienen soldados y caballos. Pues esta águila *vino al Líbano* (Ib. 17,3). ¿Qué quiere decir *Habet ductum intrandi in Libanum?* El consejo y la resolución; mas a la Judea llamó Líbano, porque está situada cerca de aquel monte. A continuación, queriendo decir los juramentos y los pactos, añade: *Y tomó de la semilla de aquella tierra, y sembrola en un campo para que echase sus raíces, junto a una grande abundancia de agua; sembrola en la superficie. Y cuando hubo brotado, creció e hízose una cepa muy lozana, pero de poca elevación, cuyos vástagos se dirigían hacia aquella águila, y debajo de cuya sombra estaban sus raíces* (Ib. 17,5-6). Mas a la ciudad de Jerusalén llamó aquí cepa; y diciendo que los vástagos se dirigían hacia la misma águila y cuyas raíces estaban a su sombra significó los pactos y alianza con él formados y que ella misma se dejó en los brazos de aquél. Luego, queriendo ostentar la iniquidad, dice: *Y vino otra águila grande,* habla del rey de Egipto, *de grandes alas y de muchas plumas; y he aquí que aquella parra como que volvió sus raíces, y extendió sus sarmientos hacia ella, para ser regada con sus fecundos canales... Les dirás, pues: Así habla el Señor Dios: ¿Qué acaso prosperará?,* es decir: la que no cumpliese los juramentos y los pactos, *¿No arrancará sus raíces* la primera águila *y no destruirá sus frutos?* (Ezq. 17,7-9). Luego, para demostrar que no sería así, pero sí absolutamente que por causa del juramento había de perecer, habló de la pena misma y pone la causa: *y hará secar todos sus sarmientos que había arrojado, de suerte que quede un tronco seco* (Ib. v. 9). Y queriendo manifestar que no sería destruida por fuerzas humanas, sino porque se había hecho a Dios enemigo por aquellos juramentos, añadió: *Y eso sin necesidad de gran poder ni de mucha gente para arrancarla de cuajo* (Ib. v. 9). Y esto es la parábola en así; pero luego la declara diciendo asÍ: *Mirad, el rey de Babilonia vino a Jerusalén* (v. 16). Después,

habiendo interpuesto varias cosas, mienta los juramentos y los pactos: *E hizo alianza con él* (v. 13). De seguida habla de rebelión: *Pero el nuevo rey, apartándose de lo pactado, envió mensajeros a Egipto para que le ayudara con su caballería y muchísima tropa* (v. 15). Y después de esto, para demostrar que todo el daño había acaecido por el juramento, infiere: *Yo juro, dice el Señor Dios, que en el país del rey que le había puesto sobre el trono, y cuyo juramento quebrantó, violando el pacto que con él había hecho; allí en medio de Babilonia morirá. Y Faraón con su grande ejército y su mucha gente no peleará contra el enemigo, cuando éste levantará terraplenes, y formará trincheras para matar mucha gente. Por causa del juramento que él despreció y de la alianza que violó, le castigaré en su propia persona. Y extenderé mi red* barredera *sobre él* (Ib. 17,16-20).

¿Observas cómo no una, ni dos, sino muchas veces, dice que aquél padeció todo esto por causa del juramento? Que Dios es implacable en habiendo sido despreciados los juramentos. Pero no se debe entender que los males inferidos a la ciudad por causa del juramento sean sólo por venganza (de haberlo despreciado), sino también por la tardanza y dilación; ¡cuánto cuidado tiene Dios para que los juramentos no sean conculcados! Pues dice: *Pero el noveno año del reinado* de Sedecías, *el mes décimo, a los diez días del mes, vino el mismo Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército sobre Jerusalén, y la puso sitio, y levantó trincheras alrededor de ella. Con lo que la ciudad quedó cerrada y circunvalada hasta el año undécimo del reinado de Sedecías, y día nueve del [mes cuarto]; y fue creciendo el hambre en la ciudad, de modo que faltó el pan [o alimento] a la gente del pueblo. Al cabo quedó abierta una brecha en la ciudad* (4 Reg 25, 1-). Pues podía, desde luego, entregarlos el primer día y hacerlos súbditos de los enemigos; permitió empero que fuesen deshechos entretanto por espacio de tres años y que estuviesen oprimidos por estrechísimo cerco con el fin de que castigados por fuera con el temor de los soldados, y por dentro con el hambre que alcanzaba a la población, obligasen al rey, aunque contra voluntad, a someterse a los bárbaros y a poner al pecado el remedio.

Que sea esto así verdad, y no conjetura mía, puedes oír lo que por el profeta le dice al mismo: *Si te sales [de Jerusalén] y te pones en las manos de los príncipes [o generales] del rey de Babilonia, salvarás tu vida, y esta ciudad no será entregada a las llamas y te pondrás en salvo tú y tu familia. Pero si no vas a encontrar a los príncipes de*

Babilonia, será entregada la ciudad en poder de los Caldeos, los cuales la abrasarán, y tú no escaparás de sus manos. Y dijo el rey Sedecías a Jeremías: Témome de aquellos Judíos que se han desertado a los Caldeos, no sea que éstos me entreguen en sus manos, y me insulten [y maltraten]. Pero Jeremías le respondió: No te abandonarán en sus manos. Ruégote que escuches las palabras del Señor, que yo te hablo, y te irá bien, y salvarás tu vida. Que si no quisieres salir, he aquí lo que me ha revelado el Señor: Sábete que todas las mujeres que han quedado en el palacio del rey de Judá serán conducidas para los príncipes del rey de Babilonia, y estas mismas te dirán [entonces]: ¡Oh, cómo te han engañado y prevalecido para el daño tuyo los que te lisonjeaban con la paz!; dirigieron tus pasos a un resbaladero, y te han metido en un atolladero, y en seguida te han abandonado. Y todas tus mujeres y tus hijos serán llevados a los Caldeos, y tú no escaparás de sus manos, sino que caerás prisionero del rey de Babilonia, el cual incendiará esta ciudad (JER. 38-17-23).

Mas ya que no le persuadió diciendo esto, y permaneció en el pecado e iniquidad, Dios, después de tres años, entregó la ciudad, demostrando tanto su clemencia, cuanto el ánimo ingrato de aquél. Y habiendo entrado con gran facilidad, abrasaron el templo y el palacio real y las casas de Jerusalén, y el general de los ejércitos encendió toda casa grande y derribó las murallas de Jerusalén, y el fuego se corría por todas partes, siendo el juramento el que dirigía el fuego y llevaba las llamas a diversas partes y a los restos del pueblo que habían quedado en la ciudad, y los desertores que se habían refugiado a él, los trasladó el general de los ejércitos (4 REG. 25). *Mas los Caldeos, haciendo trozos las columnas de bronce que había en el Templo del Señor, las basas y el mar de bronce colocado en la Casa del Señor, trasladaron todo este metal a Babilonia. Asimismo, se llevaron las ollas de cobre, y las jarras, y los tridentes, y las copas, y los morterillos, y todas las vasijas de cobre que usaban en el ministerio. Llevose también el general del ejército los incensarios y las ampollas, tanto los vasos de oro como los de plata, juntamente con las dos columnas, el mar [o la concha], y las bases que había hecho Salomón para el Templo del Señor... Además se llevó el general del ejército a Saraías, primer sacerdote, y a Sofonías, segundo sacerdote, y a tres porteros, y también a un eunuco de la ciudad, bajo cuya inspección estaba la gente de guerra, y a cinco señores del servicio doméstico del rey, hallados en la ciudad; y a Sofere, inspector del*

ejército, que amaestraba a los soldados bisoños del país, y a sesenta varones del pueblo que se hallaron en la ciudad, todos los cuales condujo consigo Nabuzardán, general del ejército, a Reblata, a presencia del rey de Babilonia, el cual en [la misma] Reblata, territorio de Emat, les hizo quitar la vida (4 Reg. 25,13-21).

Por tanto, acuérdate de la hoz que vuela y que se posa sobre la casa del que jura, y que destruye las maderas y las piedras; recuerda cómo este juramento, entrando que fue en la ciudad la destruyó, y las casas, y el Templo, y las murallas y convirtió en ruinas la ciudad, porque el juramento había sido violado.

Y efectivamente la ciudad era consumida miserablemente, mas el rey padecía cosas más tristes y miserables que éstas; y como la hoz volante aquella destruyó los edificios, así también alcanzó al rey que iba huyendo. Pues dice: *Huyó el rey Sedecías por el camino que va a las llanuras del Desierto (huyó de noche por el camino de la puerta, que está entre los dos muros, junto al jardín del rey, mientras los Caldeos estrechaban el cerco de la ciudad). Mas el ejército de los Caldeos fue persiguiéndole, y le alcanzó en la llanura de Jericó, y todos los soldados que le acompañaban fueron dispersados, y lo abandonaron. Hecho prisionero el rey, le condujeron a Reblata al rey de Babilonia, el cual pronunció sentencia contra él. E hizo matar a los hijos de Sedecías a la presencia de éste, y después sacarle los ojos, y atado con cadenas lo llevó consigo a Babilonia* (4 Reg. 25,4-7). ¿Qué significa "el cual pronunció sentencia contra él"? –Pidiole cuentas, llamolo a cuentas, y primero degolló los hijos, para que presenciase la propia calamidad, y después que vio aquella tragedia lastimosa, entonces le arrancó los ojos.

Y ¿para qué se hace esto también? –Para enseñanza de los Babilonios bárbaros y de los Judíos que allí habitaban, para que los que ven, aprendan del cegado, cuán grande mal sea un juramento; y no sólo aquéllos, sino que también todos los habitantes cercanos al camino, al verle atado y ciego, conozcan el peso del pecado por la magnitud de la calamidad. Por eso otro de los profetas dice así: *le llevaré a Babilonia, a la tierra de los Caldeos; mas él no la verá* (Ezq. 12,13); y otro: *y será conducido por él a Babilonia* (Jer. 32,5). Y cierto que las profecías parecen contradecirse; pero no es así: ambas cosas son verdad, pues no vio a Babilonia y fue conducido a Babilonia. Pues ¿cómo no vio a Babilonia? Porque en la Judea le fueron sacados los ojos. Porque allí donde el juramento fue quebrantado, allí mismo fue ven-

gado, y él mismo recibió la venganza. Y ¿cómo fue conducido a Babilonia? Hecho cautivo. Porque como eran dos las penas, la ceguera y el cautiverio, los profetas las distribuyeron; y el uno dice: "No verá a Babilonia", expresando la ceguera del mismo; y el otro dice: "será conducido a Babilonia", significando el cautiverio.

4. Exhortación moral. Sabiendo, pues, estas cosas, mis hermanos, y recogiendo lo dicho ahora y recordando lo antedicho, cesemos ya de esta necia costumbre: os lo ruego y suplico a todos vosotros. Porque si antiguamente, cuando de los Judíos no se exigía una disciplina perfecta, antes bien había mucha indulgencia, por causa de un solo juramento hubo tanta ira, tanta ruina, tanto cautiverio: ¿qué será congruente que padezcan ahora los que juran, después de la ley que prohíbe hacerlo y de tanto aumento de lo mandado? Pues ¿acaso es esto lo que se busca, que acudamos a la sinaxa, reunión de fieles, y oigamos lo que se dice? En verdad esto es, ya motivo de juicio más grande, ya de pena inevitable, porque oyendo perpetuamente, no cumplimos lo que se dice. Pues ¿qué defensa tendremos, ni qué perdón, cuando desde la infancia hasta la senectud, acudiendo aquí y gozando de tantas enseñanzas, permanecemos a aquellos semejantes y no cuidamos de corregir un defecto? En adelante que nadie me alegue la costumbre: que por esto me indigno e irrito, porque no podemos vencer la costumbre. Y si no vencemos la costumbre, ¿cómo venceremos la concupiscencia, cuya raíz tiene principio en la naturaleza? El tener concupiscencia es natural, pero el desear malamente es cosa de la voluntad. Mas el jurar ni aun en la voluntad tuvo origen, sino tan sólo en la negligencia.

Maravillosas artes de los charlatanes de circo. Y para que te des cuenta de que, no de la dificultad de la cosa, sino tan solamente de nuestra negligencia, ha procedido este pecado, pensemos que los hombres hacen cosas más difíciles que éstas, y sin esperar de ellas retribución alguna; pensemos las cosas que el diablo ha mandado, cuán trabajosas, cuán graves, y la dificultad no fue impedimento a sus mandatos. Porque pregunto yo: ¿Qué hay más difícil que, cuando un joven cualquiera que se entrega a los que desean ablandarle y torcer sus miembros, se empeña con asiduidad en doblar todo el cuerpo, como si fuera una rueda, y permanecer en el suelo, y por los ojos, y por el movimiento de las manos y por otras contorsiones pone empeño en aparentar que es del femíneo género, y no piensa ni en la dificultad de los actos ni en la ignominia de ellos resultante?, o bien

los que son arrastrados al circo y que usan de los miembros del cuerpo a manera de alas, ¿quién viéndolo no se admirara?, y los que alternativamente lanzan al aire espadas, y cogiéndolas otra vez todas con las manos, ¿a quién no confundirán de los que no quieren tomar trabajo alguno por la virtud?, o ¿qué se dirá de esos hombres, que llevando en la frente una pértiga, llévanla tan fija como un árbol arraigado en tierra? Lo admirable no es esto sólo, sino que hacen que unos niños pequeñuelos puestos en la punta de la vara entre sí luchen, y ni las manos ni otra parte del cuerpo, y sólo la frente más fuertemente que toda cuerda lleva aquella pértiga inmóvil. Otro, a su vez, anda sobre una cuerda delgadísima con tanta seguridad como quienes recorren campos llanos. Con todo, estas cosas que parecen imposibles aun de pensamiento, hanse hecho posible por el arte. Y yo pregunto: ¿En los juramentos, qué hay de estas cosas que podamos pretextar? ¿Cuál dificultad? ¿Cuál sudor? ¿Cuál arte? ¿Cuál peligro? Tan sólo un exiguo cuidado nos es preciso, y en breve nos habría quedado todo expedito.

Y no me digas: ya he dejado al corriente la parte mayor, sino que tú piensas que si no lo has cumplido todo, aún no has hecho cosas, pues eso poco despreciado es lo que ha destruido todo lo restante. Porque muchas veces los hombres que edifican las casas, y que las techan, no cuidadano de quitar una teja rota, echaron a perder toda la obra. Y lo mismo puede cualquiera ver que sucede en los vestidos; porque un pequeño rasguño hecho en ellos y no cosido, hízose un rasgón grande. Y lo mismo sucede con los torrentes, muchas veces; porque también ellos, como tengan algún boquete de entrada, dan paso a todo el caudal.

Así es que tú también, aunque te hayas pertrechado por todas partes, no obstante si alguna parte ha quedado desguarnecida, tápasela también al diablo para que estés firmado por todas partes.

¿Has visto la hoz? ¿Has visto la cabeza de Juan? ¿Has oído la historia de Saúl? ¿Has oído el modo de la cautividad judaica? Pero con todas estas cosas has oído la sentencia de Cristo, que dice que no sólo el perjurar, sino que también el jurar de cualquier modo es diabólico y toda una maquinación del maligno (Mt. 5,33-34), ¿has oído que en todas partes a los juramentos siguen los perjurios? Digo, pues, que reuniendo todo esto, lo escribas en tu corazón. ¿No ves cómo las mujeres y los niños pequeños por gran defensa cuelgan del cuello los evangelios, y los llevan doquiera van? Tú escribe en el alma los

mandamientos y leyes del Evangelio: aquí no hay necesidad de oro ni de plata ni de dinero, ni hay que comprar el libro, sólo necesitas voluntad y afecto del alma expurgada, y tendrás el Evangelio más seguro, no llevándolo exteriormente, sino guardándolo en el fondo del alma. Levantándote, pues, del lecho y saliendo para tu casa, repite esta ley, a saber: *Yo os digo más, que de ningún modo juréis* (Mt. 5,34), y esta sentencia será para ti enseñanza idónea; pero que además no exige mucho trabajo, sino mediana atención.

Y que es así verdad, está clarísimo por esto. Llamando a tu hijo, aterrorízale y amenázale que le castigarás si no cumple esta ley, y verás cómo al momento desistirá de esta costumbre. Pues ¿cómo no será absurdo, si los niños pequeños, temerosos de nosotros, cumplen el mandamiento, y que nosotros ni siquiera temamos a Dios, como ellos nos temen a nosotros? Pues lo que arriba dije, repito ahora. Impongámonos a nosotros mismos la ley de no tratar los negocios tanto públicos como privados hasta que cumplamos esta ley, y empujados por la necesidad, fácilmente venceremos, y nos adornaremos a nosotros y a la vez engalanaremos toda la ciudad. Porque piensa en lo que significa que por toda la tierra se oiga esto: en Antioquía ha prevalecido la costumbre propia de los Cristianos, y allí no oirás que nadie, por más apurado que se vea, diga un juramento. Ciertamente oirán esto las ciudades vecinas; no digo bien, no sólo a las ciudades vecinas, sino que a los mismos confines de la tierra llegará esta palabra: porque es natural que los mercaderes, que están entremezclados con vosotros y que parten de aquí a otros lados, han de anunciar también a otros todo esto. Así pues, como muchos para enaltecer las ciudades recuerdan los puertos y plazas y mercados abundantes, a los que de aquí parten dadles para contar que en Antioquía hay lo que no se puede encontrar en ningunas otras ciudades, porque los habitadores de aquella ciudad preferirían que se les corte la lengua antes que su boca diga un juramento. Esto será para vosotros un honor y una defensa, y no esto sólo, sino que os proporcionará una recompensa grande: porque todos os han de emular e imitar. Y si quien ganare a uno o dos recibirá de Dios tanto premio, al enseñar a todo el mundo, ¿cuántos premios recabaréis?

Hay, pues, que cuidar y vigilar y ser sobrios, sabedores de que no sólo por los propios adelantos, sino también por los ajenos, recibiréis la máxima retribución de los merecimientos y conseguiréis delante de Dios mucha benevolencia. La cual conseguida para siempre por todos

nosotros séanos dado el gozar del reino de los cielos en Jesucristo nuestro Señor, al cual corresponde la gloria y el imperio con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y siempre y en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA XX

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XX.

1. El aproximarse el fin del ayuno sea motivo de mayor diligencia en practicar virtudes.–Purifiquemos las conciencias para participar con fruto en la Pascua.–No hay excusa para quien no se enmienda de los pecados.–La debilidad corporal, ¿de qué preceptos nos excusa de observarlos?–No hay pretexto para estar enemistados, rencorosos y para no reconciliarse pronto: lo manda la ley de Dios y lo recordó Jesucristo.–La enemistad es un pecado continuo.–Piensa en las ofensas que tú has hecho contra Dios, y no obstante perdona y disimula tus pecados,–los ocultos,–

2. los públicos.–Las conversaciones están prohibidas en las asambleas eclesiásticas.–Perdona a tu prójimo.–Así se te perdonan tus pecados.–Quien no refrena la ira vive en tormento.

3 Tormento del enemistado en esta vida y en la otra.–La pena humana vence a la ira.–Las penas eternas le persuadirán a perdonar,–a buscar la reconciliación,–a adelantarte a ofrecerla,–a pedirla con insistencia.–Dios no perdona, si no perdonamos.

4. Nadie debe tomarse la venganza por sí mismo.–El que te ofendió tiene dueño, y éste hará justicia, pero tú no eres quien debe tomarla.–No eches imprecaciones en contra de los enemigos.–No alegues que se harán más atrevidos y peores si te adelantas a reconciliarte y si ruegas por ellos.–Dios cuida de castigar provechosamente a los pecadores, aunque les perdonemos nosotros.–Historia de María, la hermana de Moisés.–Otra excusa: pensará que lo hago por miedo.–Me ha inferido tales injurias.

5. Quien esté enemistado, no se acerque a la sagrada mesa.–Ve primero a reconciliarte con tu hermano.–Un solo enemigo tengamos, el diablo.–No se ponga el sol sobre nuestra ira.–Camino de nuestra reconciliación con Dios.

6. Merced prometida a quienes perdonan.–Quien no perdona, la desprecia.–Manera de reconciliarse.–Tú mismo eres el juez de reconciliación.–El siervo que debía cien escudos de oro.–Cuán grande es el premio de la reconciliación.–Los hombres perdonan parte, Dios perdona todo a quien perdona de corazón.–Insiste tú.

7. Yo nada tengo que ver con él, ningún mal le deseo.–Dios manda más que esto.–Lo que haces para comprar un siervo, hazlo para recuperar a un hermano.–Esto hace a Dios propicio.

9. No vayas poco a poco, no lo dejes para mañana.–Castigaré a quien no se haya enmendado,–para que se enmiende y participe de la Pascua.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Fue pronunciada diez días antes de Pascua, en el viernes de la domínica de Pasión, según se desprende de lo que dice en el n.º 9: "han pasado ya cuarenta días." Faltaban diez días para la Pascua de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

2.ª Expone que para la comunión de Pascua se requiere el ayuno, pero no es suficiente; debe acompañar la virtud del alma.

3.ª Cómo es posible deponer la memoria de las ofensas.–Dios tiene muy en cuenta la ley del perdón de las injurias.

4.ª El rencor atormenta a las almas ya antes del infierno.

5.ª Se han de evitar los juramentos.

6.ª Amenaza a los nos corregidos todavía.

* * *

1. Camina ya de prisa el tiempo hacia el fin del ayuno; por tanto, nosotros también dediquemos nuestro trabajo para la virtud con mayor empeño, pues que así como a los corredores que han corrido muchos estadios, no les corresponde ninguna ventaja, si no obtienen el premio, así ningún provecho tendremos de los muchos trabajos y sudores empleados en el ayuno, si no podemos disfrutar de la sagrada mesa con pura conciencia. Pues por esto se han recibido el ayuno, y la cuaresma, y las sinaxas de tantos días, y las audiciones, y las preces, y las doctrinas, para que limpiados por este esmero los crímenes que durante este año se nos han adherido de alguna manera, participemos con espiritual confianza de aquel incruento sacrificio. Porque si esto no logramos, temeraria, vana e inútilmente hemos tolerado tantos trabajos. Piense, pues, cada uno en sus adentros qué defecto ha corregido, qué virtud ha adquirido, qué pecado ha depuesto, qué mancha ha lavado, en qué se ha hecho mejor de algún modo; porque si encontrare que estas hermosas mercancías han sido aumentadas por el ayuno, y está cierto que a las heridas ha dado muchísima curación, acérquese. Pero si negligente sólo puede aquí ostentar el ayuno, y no puede probar que en algunas otras cosas se haya enmendado, quédese fuera, y entonces entre, cuando se haya purgado de todos los pecados. (Nadie tenga confianza en el ayuno solo, quien ha estado apegado a los pecados sin enmendarse.) Bien puede quien no haya ayunado conseguir perdón habiendo alegado como excusa la debilidad corporal, pero el que no haya corregido sus delitos es imposible que presente tal excusa.

La debilidad corporal ¿de qué preceptos nos excusa de observarlos? No has ayunado por razón de la flaqueza del cuerpo; pero dime: ¿por qué no te has reconciliado con tus enemigos? ¿Es que para esto tiene que pretextar la enfermedad del cuerpo? Además, si guardas odio y envidia, ¿qué excusa puedes alegar? En manera alguna

es lícito en tales delitos refugiarse en la flaqueza del cuerpo. Y esto es la obra de la humanidad de Cristo, que los preceptos principales y que contienen toda nuestra vida en nada estén perjudicados por la enfermedad corporal. Además, porque necesitamos igualmente de todas las sagradas leyes, y en primer término de aquella que prohíbe las enemistades y la perpetuidad de los rencores, y al contrario manda reconciliarse al momento, vamos a disputar desde luego ahora de este mandamiento.

Pues como al fornicario y blasfemo es imposible que se le haga peticionero de la sagrada mesa, lo mismo también al que fomenta enemistades, o es pertinaz en la ira; éste no puede gozar de la santa comunión, y esto no sin motivo. Porque el que ha fornicado o ha cometido adulterio, tan luego como se satisfizo, puso fin al pecado; y si arrepintiéndose quisiere levantarse y diere señales de grande penitencia, alcanzará alguna consolación; mas el que es pertinaz en la envidia, diariamente hace el pecado y nunca lo acaba. Allí a la vez que el crimen se completó el pecado; aquí cada día se intenta el mismo crimen: ¿pues qué perdón esperaremos los que nos hemos rendido a tal monstruo? ¿Cómo pedirás que Dios se te muestre manso y afable, siendo tú tan severo e inexorable para con tu consiervo? Demos que te haya contumeliado: sea así. ¿Acaso tú no contumelias muchas veces a Dios? Pero ¿qué paridad pones entre el señor y el siervo? Ahora bien: éste a las veces, contumeliosamente tratado, respondió quizá con contumelias, y estuvo exasperado; tú al señor tratas contumeliosamente, no ciertamente en algo por él perjudicado, antes alcanzado a diario de perpetuos beneficios.

Piensa, pues, que si quisiera Dios en contra tuya pesquisar cuidadosamente lo que has cometido contra él, ni tan siquiera un día viviríamos. Pues dice: *Si te pones a examinar, Señor, nuestras maldades: ¿quién podrá subsistir, oh Señor?* (Ps 129,3). Y omitiendo todos los otros pecados conocidos solamente por la conciencia del pecador, y que fuera de Dios por ningún otro testigo teme, si de éstos, que son claros y públicos, pidiéramos cuenta, qué indulgencia, pregunto yo, podríamos esperar, si para oírnos pesase nuestra inercia y negligencia en las preces, puesto que estando en su presencia e invocándole, no damos muestras de tanto respeto y reverencia cuanto los siervos ante los señores, los soldados ante los jefes, o los amigos a los amigos?, porque cuando hablas con un amigo, lo haces con atención; mas cuando tratas de tus pecados, y pides la condonación, y ruegas se te perdo-

nen, en el mismo momento te emperezas, y puestas en tierra las rodillas, permites a tu pensamiento divagar por la plaza muchas veces, otras muchas por las casas, mientras que tu boca temeraria e inútilmente está gárrula hablando; y esto nos sucede no una ni dos veces, sino con frecuencia, pues si esto tan sólo quiere Dios pesar, ¿crees tú que obtendremos perdón? ¿Acaso podremos hacer prevalecer algo que nos purgue? Tengo para mí que esto no es posible.

2. Y ¿qué decir, si presentase en público los ultrajes con que unos a otros herimos, y los juicios impertinentes con que al prójimo condenamos, y esto sin ninguna otra causa que el ser nosotros maldicientes; ¿qué podremos aducir en defensa nuestra, pregunto yo? Además, si examina nuestras miradas curiosas y las malas concupiscencias del ánimo, al instante imbuidas de torpes e inmundos pensamientos, mientras dejamos vagar los ojos por todas partes sin observación ninguna, ¿qué pena sufriremos? Y si se nos pide cuenta de nuestros ultrajes (pues dice: *Quien le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno* (Mt. 5,22), ¿podremos acaso ni abrir la boca ni despegarla y responder ni mucho ni poco? Pues qué, si se examinan nuestras vanaglorias de las oraciones, o ayunos, o limosnas, no por Dios, sino por nosotros mismos que hemos pecado: ¿Nos atreveremos ni a mirar al cielo? Y si además se forma juicio de los dolos que unos tramamos contra otros, unas veces alabando al hermano presente, y trabando conversación con él como con un amigo, otras recriminándole en ausencia: ¿Es que seremos iguales en el castigo de este modo? Y ¿qué diré de los juramentos, mentiras, perjurios, injusta ira, venganza, envidia con que muchas veces envidiamos a personas conspicuas, y no tan sólo a las enemigas, sino hasta a las amigas? ¿Qué de que nos alegremos y deleitemos de los males ajenos y pensamos que la desgracia de otros es un consuelo de nuestro infortunio?

Las conversaciones están prohibidas en las asambleas eclesiásticas. Y si se nos pide razón de nuestra pereza en la sagrada colecta, ¿qué padeceremos? Porque vosotros no ignoráis que, mientras Dios mismo habla con todos nosotros por medio del profeta, sostenemos muchas y largas conversaciones con los vecinos y próximos, y de cosas que en nada nos atañen. Si pues, dejadas aparte las otras cosas, se pide para este delito un suplicio igualado, ¿qué otra cosa habrá para que se espere salvación?

No estimes que éste es un crimen pequeño: pues que si deseas mirar despacio su magnitud, hay que mirarlo en los asuntos humanos.

Atrévete, cuando el pretor te dirige la palabra, y hasta un amigo algo más acomodado que tú, dejándole a él, a ponerte de conversación con uno de los siervos, y verás entonces a qué gran crimen te atreves cuando haces esto mismo con Dios. Y si ningún hombres de honor despreciaría esta especie de contumelia, Dios, no obstante, molestado diariamente con las mismas y mayores injurias, y no por uno, dos o tres solamente, sino casi por todos nosotros, persevera en su mansedumbre y tolerancia, y la conserva no tan sólo con respecto a éstos, sino también con relación a otros más graves. Pues éstos son delitos confesados y manifiestos, que poco más o menos todos señalan; pero hay también otros de los que cada pecador es consciente en su alma. Y si revolvemos mentalmente todos éstos, aunque seamos cruelísimos y atrocísimos, si consideramos la muchedumbre de nuestros pecados, a causa del miedo y ansiedad ni siquiera tendrá ocasión de acordarse de las ofensas recibidas. Acuérdate del río de fuego, del gusano venenoso, del juicio horrendo, en el que todo quedará patente al descubierto: piensa que lo que ahora está escondido, entonces saldrá todo a la luz. Mas si perdonares al prójimo los pecados, esas cosas que entonces se han de tapar, ya serán abolidas en este siglo y saldrás no arrastrando contigo tus pecados, en tanto que recibirás mucho más que has dado. Muchas veces delinquimos de este modo en muchas cosas de las que nadie es sabedor: después, cuando pensamos que en aquel día se expondrán públicamente a la vista de todos en el concurso universal del orbe los pecados nuestros, juzgamos eso por más triste que el suplicio mismo, acreciendo y remordiéndonos la conciencia. Tanta vergüenza, tantos pecados, tan grandes castigos pueden pagarse por medio del perdón de la ofensa: pues nada hay que sea igual a esta virtud. ¿Quieres conocer su eficacia? Dice: *Aun cuando Moisés y Samuel se me pusiesen delante, no se doblaría mi alma a favor de este pueblo* (JER. 15,1). Con todo a los que no pudieron Moisés y Samuel librar de la ira de Dios, pudo librarlos la observancia de este mandamiento; y por lo tanto, a los que dijo estas cosas, mandó con asiduidad diciendo: *Nadie piense mal en su corazón contra el prójimo,* que la VERSIÓN ALEJANDRINA pone así: "Cada uno que no se acuerde en su corazón de la malicia de su hermano" (ZAC. 7,10): *y ninguno maquine en su corazón injusticia contra su prójimo.* V. A.: "De los maleficios del prójimo cada cual no se piense" (ZAC. 8,17). No dijo simplemente PERDONA, sino para que ni en la mente lo retengas, para que no pienses, ABANDONA TODA IRA, SAJA LA ÚLCERA: porque

mientras imaginas la venganza, a ti el primero te atormentas, lo mismo que si te hubieses puesto a la ira por verdugo, que tú te desgarras tus entrañas.

QUIEN NO REFRENA LA IRA VIVE EN TORMENTO. Porque ¿hay algo más miserable que un hombre continuamente airado. Así como los furiosos nunca gozan de tranquilidad; así quien está enemistado con otro y le tiene enemiga jamás disfruta de paz alguna, requemándose perpetuamente, agrava la tempestad de los pensamientos por días, pesa y pondera las palabras y las acciones, y hasta se contraría del nombre de quien hizo la injuria. Con sólo oírlo nombrar, se enfurece de repente con gran tormento de su ánimo, y tiembla y se horroriza a la sola vista de él, lo mismo que si estuviera en agonía, y si ve algo que le pertenezca, el vestido, la casa, la calle, está atormentado con la vista de ello; y así como las cosas de nuestros predilectos y queridos, vestidos, presencia, calzados, casa, y hasta la calle, tan luego como son vistos, suelen alegrarnos; así también de los hombres enemigos y odiados un siervo, un amigo, la casa, la esquina de la calle, que se presente a la vista, o cualquier otra cosa, corroe las almas y unos a otros acumula los golpes tan pronto como ha sido visto.

3. Pues ¿para qué se necesita de tal cerco del alma, de tantos tormentos y de tal suplicio? Porque no había de amenazar el infierno a los atormentados de odio, y al menos por el tormento del odio mismo habrían de condonarse los pecados de los prójimos; pero estando reservados suplicios eternos, ¿qué habrá más insensato que el castigarse aquí y allí, cuando cree uno que toma venganza del otro? Ya si le vemos que prospera, morimos de tristeza; y si afligido, tememos que por un acaso no cambie a mejor la suerte: la pena de ambas culpas, que no se puede quitar con súplicas, se nos ha impuesto. Dice la Escritura: "No te alegres de la caída de tu enemigo, ni se regocije tu corazón en su ruina" (PROV. 24,17).

No me alegues la mole de las injurias recibidas: porque no es eso lo que en ti causa la pertinencia en la ira, sino el que te acuerdas poco de tus pecados y el que no tienes ante los ojos el infierno o el temor de Dios. Mas para que aprendas que esto es verdad, tomaré los documentos de lo sucedido en esta ciudad.

Porque cuando los reos de aquellos crímenes eran llevados al tribunal, y dentro se encendía la llama, estando alrededor los verdugos que desgarraban los costados, si alguien allí presente hubiese hablado a ellos desde el lado opuesto de esta manera: Si tenéis enemi-

gos, dejad la enemistad y podremos libraros de ese suplicio, ¿acaso no se habrían echado a los pies de aquél y le hubieran besado?. Aun más, ¿qué digo a los pies? Si se les hubiese propuesto la servidumbre, ni esta condición habrían desdeñado. Ahora bien: si la pena humana, que tiene fin, supera toda ira, mucho mejor el suplicio futuro, si su recuerdo estuviese siempre adueñado de nuestras almas, excluiría del ánimo no sólo las enemistades, sino todos los malos pensamientos. Dime, te pregunto yo: ¿qué es más fácil, perdonar toda ira al hombre que te haya ofendido (o el vengarse de todos modos)? Porque para esto no hay necesidad de largas peregrinaciones, ni gasto de dinero, ni de súplicas a otros; es suficiente que tú quieras solamente, y con esto aquella virtud ha completado su obra. Así pues, ¿qué castigo no mereceremos si, por las penas temporales, ora sufrimos como siervos, ora rebajando la dignidad servimos, gastamos el dinero, confabulamos con los porteros, para adular a hombres malvados, finalmente todo lo decimos y lo hacemos para sacar adelante lo propuesto, y para cumplir la ley divina, al hermano que ofendió, no sólo no sufrimos el rogarle, sino que tenemos como oprobio el ir los primeros a él?

¿Pero es que tienes tú por oprobioso el que seas el primero en reportar el lucro? Antes bien debe servir de vergüenza, si persistes en aquel afecto y esperas hasta que el autor de la injuria acuda a ti para reconciliación: eso es oprobio, eso vicio, eso un gran daño. Porque el que primero viniere, éste anticipa toda la ganancia. Pues que si, rogado de otro, depones la ira, la buena obra se imputa a aquél, ya que no para obedecer a Dios, sino para ser bienquisto del otro, has cumplido la ley; pero si no interceciendo ninguno, ni acudiendo y rogando el que te dañó, tú mismo, desechada toda vergüenza, acudieres al autor de la injuria y disipares tus enojos contra él, totalmente te corresponde aquella obra debida, y tú mismo recibirás toda la recompensa. Si te dijere yo: ayuna, luego me pones delante la debilidad del cuerpo; si dijere: da al pobre, alegas en contra tu escasez y la carga de educar los hijos; si dijere: ocúpate algún tanto en la sagrada sinaxa, opones las obligaciones temporales; si dijere: escucha sermones y profundiza en la fuerza de la doctrina, te excusas con tu impericia; si dijere: cuida de enmendar al otro, me respondes que no obedecerá a tus advertencias: que muchas veces te ha despreciado cuando hablabas. En verdad que son frías todas estas excusas; pero con todo son excusas. Pero si te dijere: depón la ira, ¿cuál de estas causas podrás alegar? No la debilidad del cuerpo, no la pobreza, no la impericia, no las ocupaciones,

con seguridad nada de esto puede oponerse: por tanto, este pecado en manera alguna merece perdón.

DIOS NO NOS PERDONA SI NO PERDONAMOS A LOS OTROS. ¿Cómo podrás extender las manos al cielo, mover la lengua y pedir perdón? Porque si quisiere Dios condonarte los pecados, tú no lo permites, reteniendo el ánimo ofendido en contra de un consiervo. –Pero dices: es cruel, feroz, codicioso de castigo y venganza. –Pues por lo mismo, perdona los pecados. Has soportado muchas injurias, de muchas cosas has sido despojado, con frecuencia has oído insultos, has sido perjudicado en cosas muy importantes, y por tanto deseas el castigo del enemigo. Pues bien, para esto mismo te es útil el condonar las ofensas. Porque si tú mismo te aplicas a vengarte y por ti tomas venganza, ya sea de palabra, ya de obra, ya con imprecaciones, Dios mismo desiste de tomar venganza, ya que tú cuidas solícito de la vindicta de ti mismo; más aún, no sólo no proseguirá el castigo de las injurias que te fueron inferidas, es que de ti exigirá un castigo, por haber sido injuriosamente tratado.

4. Porque si entre los hombres sucede esto, que azotado por nosotros un siervo ajeno, su dueño se indigna, y dice que esto es una injuria; lo mismo que, si somos maltratados con injurias por siervos o por personas libres, hay que esperar la sentencia de los jueces y dueños; si pues en las cosas humanas nadie se toma con seguridad la venganza por sí mismo, ¿cuánto más habrá de observarse eso en aquellas en que es Dios mismo el vengador establecido?

Pero es que te ha injuriado y dañado el prójimo y te ha causado males sin cuento: pues tú guárdate de intentar castigo de tu parte, para que no trates a tu Señor contumeliosamente; deja esto a Dios; El administrará su asunto mucho mejor que tú deseas.

NO SE HAN DE ECHAR IMPRECACIONES EN CONTRA DE LOS ENEMIGOS. A ti sólo se te ha mandado que hagas preces en favor del que te ofendió; mas lo que haya de determinar acerca de él, ha mandado que esté reservado para sí. Jamás tendrías tú tales vindictas cuales en provecho tuyo ha establecido El, si tú le confías tu derecho y no echas imprecaciones contra el enemigo, sino que le dejes a El árbitro del juicio: porque bien sea que perdonemos las injurias, bien que nos reconciliemos, bien que hagamos oración por nuestros enemigos, como éstos no se hayan convertido y mudado a mejores, Dios mismos no los perdonará; pero no los perdonará cuidando del provecho de ellos. A ti, empero, alaba y abraza tu manera de proceder; mas a él castiga,

para que por tus obras no se vuelva él peor. Por lo cual es necia aquella sentencia del vulgo: es que muchos a quienes amonestamos sobre reconciliación, cuando no les gustaba obedecer, dieron ésta por excusa, la que no fue otra cosa que un pretexto de su malicia; y dicen que no quieren reconciliarse, para no hacer peor al enemigo, para no experimentar después que se haya hecho más acerbo y despectivo.

Además añaden también que, en opinión del vulgo, se cree que el acudir los primeros a la reconciliación y aplacamiento del enemigo es por cobardía. Todo esto es infundado, vano; porque aquel ojo que no se cierra nunca, ve tu alma, y por consiguiente no debemos cuidarnos de las hablillas de los consiervos, si persuades al juez que ha de juzgar tu causa. Mas si tienes el cuidado de que no se haga él peor con tu bondad, quiero que sepas que no se hará él peor por esto, antes se emperrará en ser peor si no le aplacas: porque aun cuando sea el más malvado de los mortales, aunque nada diga ni en público muestre, no obstante en sus adentros aprobará tus maneras de obrar y en su conciencia respetará tu mansedumbre. Mas si permaneciere en su maldad, y no se ablandare con tus manifestaciones de blandura, recibirá de Dios el mayor castigo. Mas para que aprendáis que aunque roguemos nosotros a Dios no les perdona los pecados, si por nuestra tolerancia se hacen peores, os recordaré una antigua historia.

María murmuró de Moisés. ¿Qué hizo Dios entonces? La hizo leprosa e inmunda (legalmente), aunque por lo demás era buena y limpia, casta; después, rogando Moisés, que es quien había recibido la ofensa, para que le fuese perdonado el crimen, Dios no quiso, y ¿qué dijo? *Si su padre le hubiere escupido en la cara, ¿acaso no debiera siete días por lo menos estar sonrojada? Que esté preparada siete días fuera del campamento* (NÚM. 12,14). Y esto es lo que dice: si hubiese tenido padre y éste la hubiese retirado de su presencia, ¿no toleraría ella esta reprensión? –Yo ciertamente alabo tu piedad de hermano, tu mansedumbre y afabilidad, pero yo conozco cuándo convenga librarla de esta pena.

Por tanto, también tú manifiesta para con tu hermano toda humanidad, y no perdones las ofensas con deseo de venganza mayor, sino por caridad y con ánimo benigno. Para ti ten por cierto esto, que cuanto más haya despreciado tus industrias para aplacarle, tanto mayor pena se amontona. Tú ¿qué dices? ¿Qué se hace peor al tratarlo? Eso en él es un crimen, mas para ti es un encomio, que viendo que se haría tal, con todo no te abstuviste de tratarle para cumplir la voluntad

divina: es crimen suyo, porque a pesar de tu bondad en nada se ha vuelto mejor que antes. Mas dice Pablo que es mucho más deseable que otros sean inculpados a causa de nosotros, que no nosotros a causa de los otros.

Y no me digas estas frías palabras: He de temer que se va a pensar que el haber acudido a su encuentro ha sido motivado por el miedo, y luego se permitirá mayores altanerías. Cosas son éstas propias de un ánimo pueril y cobarde, y que se espanta de lo que piensen los hombres. Demos que piense que por miedo has acudido a su encuentro: que así tu recompensa ha de ser mayor, porque conociendo esto, no obstante pasas por todo a causa del temor de Dios. Empero, quien a caza de la fama humana ha hecho la reconciliación, pierde la ganancia de ser remunerado; pero quien tiene del todo conocido que muchos ora se burlarán, ora vituperarán, y no obstante ni así se retira de la reconciliación, tendrá duplicada y triplicada corona. Y éste es principalmente el que lo hizo por Dios.

No me digas que te ha inferido estas y aquellas injurias: porque aunque cuanto malo hay entre los hombres hubiera él aprovechado en contra de ti, también en este caso mandó Dios perdonar las ofensas.

5. Quien esté enemistado no se acerque a la sagrada mesa. Lo predico, lo atestiguo, y con alta voz exclamo: nadie que tenga enemigo (esté enemistado), se presente al sagrado convite ni reciba el Cuerpo de Cristo; ninguno que se acerque tenga enemistad. ¿Estás enemistado? No te acerques. ¿Quieres acercarte? Reconcíliate y después toma el sacramento. Mas no, no yo, sino antes bien el Señor, que fue crucificado en provecho nuestro, dice esto; para reconciliarte con el Padre, no rehusó ni el ser sacrificado, o derramar la sangre; y tú para reconciliarte con un siervo, ¿ni una palabra quieres soltar, o ser el primero en acercarte? Escucha lo que de tales dice el Señor: *Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti* (Mt. 5,23), no dijo: espera hasta que él venga a ti, o hasta que tengas algún buen componedor, o le envíes algún rogador; sino dijo: tú mismo ve a su encuentro: *Ve primero a reconciliarte con tu hermano* (Ib. 5,24). ¡Oh cosa increíble! No toma él por ignominioso que se deje el don a El destinado, y tú tienes por contumelia si eres primero en acudir a la reconciliación. Dime, te lo pido, ¿qué perdón hay para estas cosas? Si ves un miembro cortado, ¿no es verdad que haces cuanto puedes para pegarlo al cuerpo? Haz lo mismo entre tus hermanos: cuando los vieres cortada

su amistad, separados por enemistad, date prisa a abrazarlos, no esperes a que ellos vengan a ti, date prisa para ser primero y recibir el premio, la brabeya.

UN SOLO ENEMIGO TENGAMOS, EL DIABLO. Un solo enemigo se nos ha mandado tener, el diablo; con él nunca te pongas a razones, mas para con el hermano jamás estés malquisto, pero si se hubiese presentado alguna ofensilla, que no dure más de un día, y que no exceda el tiempo de un día. *No sea que se os ponga el sol estando* todavía *airados* (EPH. 4,26). Si antes del anochecer depones la cólera estomagada, tendrás algún perdón de Dios; pero si tu bilis dura más tiempo, esta enemiga no tiene origen en la ira e indignación que de repente te invade, sino en la malicia y en el alma perversa y medianera de crímenes. No es sólo lo grave que te despojas del perdón, sino que te haces más difícil el ejercicio de esta manera de virtud: porque en un día que pasa, el vicio se hace grandecito, en el segundo aumenta; pero como vea la luz del tercero y cuarto día, se sumará la del quinto. Después los cinco hácense diez, y los diez, veinte; los veinte, ciento, y en adelante, la herida es incurable: y cuanto más tiempo se añade, tantos más intervalos nos separan.

Guárdate, oh hombre, de estos irracionales afectos, ni te avergüences ni te sonrojes, ni hables de este modo: Un poco hace que hemos reñido, diciéndonos mil perrerías y ultrajes: ¿Y voy al instante a irle al encuentro para reconciliarnos? ¿Quién no vituperará mi ligereza? –Ninguno que sea cuerdo condenará tu condescendencia, pero como permanezcas implacable, entonces sí que todos se te reirán, entonces sí que das ancha entrada al diablo: pues no sólo por razón del tiempo se hará la reconciliación más difícil, sino también por las cosas que van saliendo entre tanto. *Porque la caridad cubre muchedumbre de pecados* (1 PET. 4,8); pero así también la enemistad convierte en delitos aquellas cosas que de su natural no lo son, de tal manera que todos los que recriminan, los que se gozan de los males ajenos, y que hacen pasar de un lugar a otro los defectos ajenos, luego encuentran crédito de esta manera.

Conociendo pues esto, ataja al hermano y detenle antes que del todo se vaya, aunque sea preciso que aquel día recorras toda la ciudad, aunque hayas de salir fuera de las murallas, aunque se haya de hacer largo camino; dejando todo cuanto tienes entre manos, cuida de esto sólo, de que te reconcilies con el hermano. Y si es negocio arduo, piensa que por Dios padeces esto, y recibirás completa consolación, y

despierta al alma que rehuye, tiembla y se sonroja, y repítele continuamente así: ¿Por qué te detienes? ¿Por qué le esquivas y lo dejas menospreciado? No se trata de dinero, no de las otras cosas pasajeras sino de nuestra propia salvación. Dios mandó que esto se ha de hacer; pospóngase pues todo a sus mandamientos.

En esto hay una especie de espiritual mercado: no andemos vacilantes y perezosos; entienda el enemigo que hemos puesto mucho empeño en atenernos a la voluntad de Dios; después ya infiera contumelias, ya azote, ya haga algo más acerbo todavía, soportémoslo todo con valentía generosa como que no tanto a él cuanto a nosotros mismos nos hacemos gratos; esto es lo que con preferencia a todas las virtudes se nos recompensará en aquel día.

En muchas cosas hemos delinquido, grandes son las ofensas, y hemos irritado a nuestro Señor; por su humanidad nos ha dado este camino de reconciliación; no dejemos pues abandonado este pulcro tesoro. ¿Acaso no tenía potestad para mandar la reconciliación sin proponer recompensa alguna? Porque nadie hay que le contradiga; no obstante, por su mucha benignidad nos ha prometido una merced, pero grande, pero inefable, y la que más deseamos, a saber: el perdón de nuestros pecados, y además nos facilitó grandemente esta obediencia.

6. Pues, ¿qué perdón tendremos si habiendo de recibir tanto premio, ni aun así obedecemos al legislador, sino que perduramos en ese desprecio? Y que sea desprecio es patente por esto. Si el Emperador hubiera dado una ley para que todos los enemigos se amistasen, o si no que fuesen condenados a muerte, ¿no es seguro que todos se darían prisa a las mutuas reconciliaciones? Yo al menos así pienso. Pues ¿tendremos perdón de Dios si ni siquiera tributamos tanta reverencia al Señor cuanta a nuestros consiervos tributamos? Por esto mismo se nos mandó decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt. 6,12).

Manera de reconciliarse. ¿Habrá algo más suave, más humano que el mandamiento? A ti ha hecho juez en la condonación de tus crímenes; si perdonas pocos, pocos se te perdonan; si muchos perdonas, se te perdonan muchos; si de corazón y sinceramente perdonas, del mismo modo te perdona Dios; si además de darle el perdón lo tienes a él por amigo, de idéntica manera te tratará Dios, de modo que cuanto más alguno haya pecado contra ti, tanta mayor razón de que debes darte prisa a la reconciliación, puesto caso que el mismo es

causa de este modo para que a nosotros se nos condonen mayores crímenes. ¿Quieres saber que para nosotros no habrá perdón alguno, si recordamos las iras, y que no hay quien nos libre, si somos así? Manifestaré lo que digo.

El prójimo te dañó, arrebató los bienes, embargó, defraudó; no digo eso sólo, sino también otras cosas mayores que éstas, y añade tú a tu gusto cuanto quieras: ha querido matarte, te ha tendido mil lazos, te ha injuriado de todas maneras, y no ha dejado de intentar absolutamente nada de la malicia humana (despojándote de todo auxilio humano). Pues para no recorrer una a una todas las cosas, supón que te haya ofendido con una injuria tal cual ninguno jamás ofendió a otro. Ni aun así, si conservas rencor, serás digno de perdón. De qué manera suceda esto, yo lo diré.

Si un siervo tuyo te estuviera adeudado en cien monedas o escudos de oro, mas a él otro le debiera unos pocos siclos de plata, y aquél te pidiese con insistencia la condonación de la deuda; si luego tú hubieses mandado a tu siervo que librase de su obligación a su deudor, y que a la vez a él le hacías gracia de su deuda, que es de cien escudos de oro, y éste después, avergonzado y perverso, ahogase a su deudor, ¿quién le libraría de tus garras? ¿No le aplicarías muchos más castigos, como ofendido que estás con una injuria sin igual? Y con mucha razón.

Cuan grande es el premio de la reconciliación. También Dios hará lo mismo: pues te dirá en aquel día: ¡Siervo malo y más que criminal! No hubieras perdonado de lo tuyo, sino de lo mío, que tú me debías; se te mandó que perdonases la deuda ajena. Pues dice: perdona y te perdono. Ahora bien, si no lo hubiera añadido, debía perdonarse, para obedecer al Señor; mas ahora no he mandado como Señor, sino que como amigo he pedido un favor, y esto de lo mío, y he prometido que condonaría mayores deudas: mas ni así se ha hecho mejor. Los hombres, empero, cuando tal hacen, cuentan por recibido en sus siervos tanto cuanto fue la deuda, por ejemplo: un siervo debió al señor cien escudos de oro, y tenía a su vez otro deudor de diez áureos; si le perdona la deuda, el amo no le perdona cien, sino diez escudos solamente, y los restantes lo exige. Pero Dios no hace eso mismo; mas si condonas al consiervo tuyo lo poco, a ti te condona el total todo. Que ¿cómo consta? Por la misma fórmula deprecatoria, que dice: *Si perdonáis a los hombres las ofensas que cometen* contra vosotros; *también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros*

pecados (Mt.6,14). Pero la diferencia que hay entre cien denarios y diez millares de talentos, hay también entre aquellos (de los prójimos) y estas deudas (nuestras).

Así, pues, ¿de qué castigo no serías merecedor tú, que recibirás perdón de diez mil talentos por los cien (denarios) y ni aun así perdonas estas pequeñeces, sino que vuelves en contra de ti tus preces? Pues habiendo tú dicho: *Perdónanos... así como nosotros perdonamos* (Mt. 6-12), si tú no perdonas, nada más pides a Dios, sino que te excluya de toda excusa y perdón.

Además, dices, no me atreveré a decir: perdóname, como perdono; ya diré sólo: perdóname. Y entonces ¿qué? Aunque tú mismo no lo digas, Dios sin embargo así lo hace, y de la manera que perdonas, así perdona. Porque lo pone en claro por lo que a renglón seguido deduce: *Pero si vosotros no perdonáis a los hombres; tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados* (Mt. 6,15). No pienses, pues, que es cautela si no pronuncias íntegra la oración, y no hagas la oración a medias, sino así como la instituyó, así rézala, para que la fuerza de las palabras, espantándote diariamente, te obligue a conceder el perdón al prójimo.

Ni me digas: Le he dirigido la palabra, muchas veces he rogado, he suplicado, pero no he podido lograr la reconciliación; no te retires antes de reconciliarte. Pues el Señor no ha dicho: deja este don, y ve a suplicar a tu hermano, sino: *Ve primero a reconciliarte con tu hermano* (Mt. 5,24); por lo cual, aunque hayas empleado muchas súplicas, no desistas hasta que le hayas persuadido.

Está Dios todos los días pidiéndonos con instancia y no le oímos, y no por esto desiste en la instancia, y tú ¿te desdeñas de insistir con el consiervo? Dime, ¿cómo podrás ser salvo? Ahora bien: muchas veces has rogado, y muchas has sido rechazado; pero tanta mayor merced recibirás. Porque cuanto él más contumaz y tú más perseverante en solicitarlo, tanto más acrecienta tu retribución; además, cuanto con mayor dificultad cumple esta obra virtuosa, y más costosamente se instaura la reconciliación, tanto serán para él más duro el juicio, y para ti más espléndidas las coronas de tu tolerancia. Estas son cosas no para ser alabadas solamente, sino para que sean puestas por obra, y no nos retiremos antes que hayamos vuelto a la antigua amistad. Porque no es bastante no dañar, no injuriar en modo alguno al enemigo, y que no tengas malos designios en contra del enemigo; pues es de intentarse que también tenga él benevolencia para con nosotros.

7. Porque oigo a muchos que dicen: Yo en nada estoy enemistado, nada me duele y no tengo nada que ver con él. Pero es que no es lo mandado por Dios el que nada tengas con él, sino al contrario, que tengas muchas cosas con él comunes. Pues por esta causa es hermano tuyo; por esta causa no dijo: Perdona a tu hermano lo que tengas en contra suya, sino: Ve primero y reconcíliate (Mt. 5,24), y si él tiene algo en contra de ti, no dejes lo empezado antes que aquel miembro unido por la concordia convalezca. Pero tú, para comprar un siervo hombre de bien, no sólo cuentas el oro, sino que diriges tus tratos a muchos mercaderes, y a veces emprendes largas peregrinaciones; mas para hacer amigo al enemigo, ¿cómo no haces y lo remueves todo? Respóndeme.

Pero, ¿cómo podrás invocar en las preces a Dios, cuya ley tanto desprecias? La posesión de un siervo despreciable no puede proporcionar grandes emolumentos; mas por el contrario un enemigo hecho amigo no sólo hacemos a Dios propicio y benévolo, sino que fácilmente destruye los pecados, y merece alabanza entre los hombres, y concilia grande seguridad a nuestra vida: porque nada hay más peligroso que el tener aunque sólo sea un enemigo. Pues se mancha la fama de nuestra vida cuando él mil veces nos recrimina delante de todos, y se perturba nuestra mente y conciencia, y sostenemos una continua tempestad con los ánimos.

Conocidas, pues, como tenemos todas estas cosas, librémonos de la pena y suplicio, y la presente festividad (=la Pascua del año 387) respetémosla con todo lo dicho, y lo que mediante su gracia deseamos obtener del Emperador, eso lo concedamos también a los otros. Pues ya oigo a muchas que el Emperador, para honrar la festividad de Pascua, recibirá en su gracia y favor a la ciudad y perdonará todas las ofensas. ¿Cómo pues, pregunto yo, cómo no será inicuo que para alcanzar de otros salvación quieras que se reverencie la festividad de Pascua; pero cuando se nos manda reconciliarnos, en nada cuidamos de estos días y no los honramos de ningún modo? Porque nadie contamina tanto estas reuniones sagradas de Pascua como el que las celebra con odio; más digo, ni puede celebrarlas, aunque no coma en diez días continuos. Donde hay enemistades y odio, allí ni ayuno ni fiesta puede haber. No te atrevas a tocar la víctima sagrada sin haber lavado las manos, aunque te apremien mil motivos; pues no te acerques sin haber lavado el alma; que esto es mucho más grave que aquello, e importa más acerbo suplicio. Pues no hay cosa que tanto llene de

manchas el alma como una ira perfectamente asentada dentro del alma.

Donde hay furor e ira, allí no posa el espíritu de mansedumbre. Ahora bien, al hombre abandonado por el Espíritu Santo ¿qué otra esperanza de salvación le queda? ¿Cuándo andará directamente? Así pues, querido, no te precipites a ti mismo y te despojes del auxilio divino queriendo vengarte del enemigo. Pero sobre todo porque, aunque fuera cosa difícil, la grandeza del suplicio originado de la inobediencia es bastante para despertar hasta al más necio y perezoso y para determinarle a admitir cualquier trabajo; pero ahora la misma oración facilita grandemente este negocio, con tal que queramos.

No descuidemos, por tanto, nuestra propia salvación, sino pongamos manos a la obra y hagamos todas las cosas, para que asistamos a la sagrada mesa sin enemigos. Pues de los mandamientos de Dios nada será difícil si rectamente consideramos; y esto está de manifiesto en los que ya felizmente se han ejercitado en aquéllos. Pues ¿cuántos que eran arrebatados por la costumbre de jurar, y pensaban que apenas podían enmendarse de este vicio, sin embargo, mediante la gracia de Dios, tan pronto como habéis puesto un poco de cuidado, habéis limpiado de la parte mayor de esta malicia? Por lo cual os exhorto a que depongáis lo restante y os presentéis a los demás como maestros. Mas a los que todavía no han conseguido eso, sino que nos pretextan el largo tiempo durante el cual acostumbraron emplear juramentos y dicen que es imposible en poco tiempo arrancar lo que echó raíces durante muchos años, responderé yo: cuando se ha de hacer bien algo, porque está mandado por Dios, entonces no hay necesidad ni de tiempo, ni del número de días, ni de intervalos de años, sino tan sólo del temor y piedad, y quedarán cumplidos todos nuestros deseos, y esto dentro de exiguo tiempo.

8. Contra la mala costumbre de jurar. Mas para que no penséis que digo esto por temeridad, presentadme un hombre siempre pronto para jurar, y del que vosotros penséis que profiere muchos más juramentos que palabras. Dejádmelo por diez días, y si dentro de estos pocos días no le hubiere quitado la costumbre de jurar, condenadme al último suplicio: y que esas palabras no contengan una jactanciosa baladronada, lo pondré en claro con hechos anteriores.

¿Hubo cosa más sin razón y más necia que los Ninivitas? No obstante, esos bárbaros y necios, que jamás habían oído a un filósofo (moral), a los que nunca se habían dado tales preceptos, habiendo

oído estas palabras del profeta: *(De aquí a cuarenta*[7] *días Nínive será destruida.* –JONÁS, 3,4): "De aquí a tres días Nínive será destruida." En tres días depusieron la mala costumbre (o vida): hízose casto el impuro mujeriego, manso el feroz, modesto y benigno el defraudador y raptor, diligente el perezoso. Y no corrigieron uno, ni dos, ni tres, ni cuatro, sino de vez todos los vicios. ¿Cómo sabemos eso? De las palabras del profeta, pues el mismo acusador de ellos, quien había dicho que el clamor de la maldad de aquéllos había llegado al cielo (JONÁS, 1,2), el mismo, lo diré, testificó de ellos en contrario diciendo: *Viendo Dios las obras [de penitencia] que hacían, y cómo se habían convertido de su mala vida* (JONÁS, 3,10), y no singularizó diciendo: de sus liviandades, del adulterio o del hurto, sino... de su mala vida. Mas ¿cómo se convirtieron? Como Dios lo sabe, no como el hombre piensa.

Ahora bien, ¿no es para avergonzarse que unos bárbaros se desprendan de sus vicios en tres días, y que nosotros no podamos vencer ni siquiera una costumbre mala, nosotros que por tantos días estamos instruidos y enseñados? Aun más, ellos habían sido arrastrados a vicios extremos: pues cuando oyes: *la gravedad de su pecado ha subido hasta lo sumo* (GÉN. 18,20) (*el clamor de sus maldades ha subido hasta mi presencia* (JONÁS, 1,2), no entiendas otra cosa que una maldad inmensa; no obstante, pudieron en tres días transformarse hasta la virtud y perfección. Cuando hay temor de Dios, no son necesarios días ni espacios de tiempo; y al contrario, cuando no hay temor, no brota comodidad alguna de los días. Lo que sucede con los instrumentos y vasijas enmohecidas, que si sólo las lavas con agua, por mucho que estén remojadas, no quedan limpias de toda mancha; pero si las metes en el fuego, en pocos momentos los pones más brillantes que cuando están nuevos; así también el alma envenenada con el pecado, si de ligero se lava y limpia de cualquier manera, y se impone cada día penitencia, nada más conseguirá; pero si se mete y arroja en el horno del temor de Dios, en un momento lavará cuanto tenga vicioso. Así pues, no difiramos esto para el próximo día: *Pues no sabes lo que dará de sí el día siguiente* (PROV. 27,1); ni digamos: Poco a poco,

---

7. La versión griega llamada de los Setenta Intérpretes dice: "De aquí a tres días Nínive será destruida." San JuanCrisóstomo argumenta por el número tres en este pasaje.

despacito, venceremos la costumbre mala; porque ese despacito nunca faltará.

Motivo por el cual digamos: si hoy no corrigiéremos la costumbre de jurar, jamás sucederá que nos abstengamos de ella, aunque nos apuren mil negocios, aunque se haya de morir, y sufrir suplicios, se haya de perder todo: no demos potestad al diablo de la pereza ni ocasión de prórroga de días. Si Dios ve encendida tu alma y tu deseo vehemente, El también aplicará su mano para el provecho tuyo.

Ruego y suplico que seamos diligentes, para que no oigamos también nosotros: *Los habitantes de Nínive comparecerán también en el día del juicio contra esta nación* (Lc. 11,32), porque ellos, amonestados una vez, se corrigieron; nosotros, amonestados muchas veces, no nos convertimos: ellos aprovecharon en toda virtud; nosotros ni en una parte nos mejoramos: ellos con las amenazas de la destrucción se espantaron; nosotros ni con la denuncia del infierno nos aterrorizamos; ellos, aun sin tener participación en los profetas; nosotros, disponiendo perpetuamente de la doctrina y de mucha gracia.

Digo esto ahora, no para acusaros de los vuestros, sino de los crímenes ajenos. Porque yo ya sé, y antes también lo he dicho, que la ley de los juramentos hermosa y eficazmente está cumplida por vosotros. Sin embargo, ello no es suficiente para nuestra salvación, de no ser que corrijamos enseñando a otros: puesto que no se libró del castigo aquel que presentó el talento y devolvió íntegro todo el depósito (Mt. 25), porque no había multiplicado el dinero recibido, negociándolo con los cambistas. Por lo que no hemos de mirar sólo si estamos libres de este pecado, sino que no desistamos antes de librar también a los demás. Presente a Dios cada uno a diez amigos que haya corregido, bien sean criados, bien discípulos; y si ni discípulos ni criados tienes, al menos tienes amigos; a éstos enmienda.

Y no me digas: Ya hemos abandonado aquella costumbre de jurar continuamente, caemos rara vez; porque debes dejar, arrojar de ti también esas raras veces. Dime: si hubieses perdido una moneda de oro, ¿no es cierto que acudirías a todos preguntando y dando pasos para encontrarla? Pues haz también esto en los juramentos. Si inopinadamente vieres que uno se ha deslizado en un juramento, gime, llora, como si hubieras perdido todos tus bienes.

Lo digo otra vez y lo he dicho ya antes: Enciérrate dentro de tu casa, comunica esto y ponlo en práctica con la mujer, con los hijos, con los familiares: antes habla así contigo. No pondré manos en asun-

to privado ni público antes de haber enmendado mi vida. Si de este modo enseñareis a vuestros hijos, y ellos a su vez a los suyos, y así continuando hasta la consumación y venida de Cristo se propaga esta doctrina, a los que plantaron las raíces primeras, les atraerá un sólido premio. Si tu hijo hubiera aprendido a decir: CRÉEME, no podrá subir a un teatro, ni entrar en una taberna, o sentarse en una mesa de juego: porque aquella palabra, descansando en sus labios como un freno, aun sin pretenderlo, le decidirá a ser pudoroso y verecundo: y si alguna vez se ve allí, de allí escapará tan pronto como pueda.

–Pero es que los otros se te ríen: –tú deplóralos a tu vez. También muchos hicieron burla de Noé, cuando construía el arca; pero cuando advino el diluvio, fue él quien a su vez se rió de ellos: mejor dicho, aquel varón justo nunca se burló de ellos, sino que los compadeció con lágrimas y gemidos. Por tanto, cuando los vieres que se burlan, tú piensa que los dientes de los que ahora ríen a carcajadas tendrán que sufrir entonces gravísimo llanto y rechinar, y los que se lamenten en aquel día y los que rechinen los dientes recordarán las risas; y tú también te acordarás de esta risa. ¿Cuánto no se burló de Lázaro aquel rico (Epulón)?, pero después, habiéndole visto en el seno de Abrahán, él mismo miserablemente lloró por sí.

9. Acordándote pues de todo esto, impulsa cuanto antes a todos al cumplimiento de este precepto. Y no me digas: Poco a poco lo haré, o lo dejes para el día de mañana: porque ese mañana nunca llegará. Han pasado ya cuarenta días: si también pasare la Pascua sagrada, ya a ninguno daré perdón; no amonestación, sino que emplearé la fuerza de la potestad y la severidad. Pues no es valedera esta excusa. ¿Por qué el ladrón no pretexta la costumbre, y se ve libre del suplicio? ¿Por qué no hacen lo mismo el homicida y el adúltero? Ya pues lo denuncio y protesto, si encuentro algunos, haré un escarmiento (no hay duda que lo haré); y si sorprendo algunos que no hayan corregido estos vicios, les impondré castigo, mandaré que estén fuera excluidos de los sagrados misterios, y esto no con ánimo de que permanezcan afuera, sino para que, después que se hayan enmendado, recibidos dentro disfruten con pura conciencia de la mesa sagrada, tomando parte en la comunión. Mas pido que, tanto por los ruegos de quienes presidente, como por los de todos los santos, enmendando éstos y todos los demás vicios, consigamos el reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, con el cual al Padre en unidad con el Espíritu Santo, la gloria, el honor, la adoración sea dada, ahora y siempre y por todos los siglos. Amén.

HOMILIA XXI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XXI.

1. Motivos de alabar a Dios.–Lo inesperado ha sucedido.–El diablo intentó destruir la ciudad con los crímenes cometidos.–Dios la ha distinguido y esclarecido con la calamidad.–Salida de Flaviano al Emperador.–El Obispo ha logrado su esplendor.

2. El Emperador ha hermoseado su corona.–Comedimento de Flaviano.–Sufrimientos durante el viaje.–En Constantinopla.–Palabras de Teodosio a Flaviano.

3. Discurso de Flaviano al Emperador por los Antioquenos.–Hermosa respuesta de Constantino.–Humanidad de Teodosio.–Carta a los Prefectos.–Pensamientos magníficos de Flaviano sobre las consecuencias de perdonar a la ciudad.–Gloria sin igual para el Emperador,–para el Cristianismo.–No hay peligro de que las otras ciudades se hagan peores, si ésta no fuere castigada.–Temor en que viven los Antioquenos.–El castigar es cosa fácil, el perdonar un Emperador las injurias es cosa del todo singular y que conquista los corazones de los súbditos.–Vuestro ejemplo será regla para los venideros.–Vengo a Vos delegado de la ciudad y primero de Dios.–Perdonad y seréis perdonado.–Si perdonáis a la ciudad, Dios os perdonará vuestras prevaricaciones.–Yo volveré confiado,–si no la perdonáis, no volveré, me iré a otra ciudad.

4. Suave respuesta del Emperador, quien perdona a los Antioquenos.–Emocionado el Emperador.–Ultimas palabras del Emperador.–Oblígale a partir para Antioquía a consolarlos.–Promesa de ir personalmente a la ciudad en prueba del perdón.–Envió emisarios para saber que todo en el viaje iba bien.–El Obispo, a su vez, hizo que llegase a la ciudad la buena nueva antes que pudo llegar su persona.–Lectisternios cívicos y espirituales.

* * *

ADVERTENCIAS:

1.ª Díjose esta homilía el mismo día de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo.

2.ª Repite la salida del Obispo San Flaviano para impetrar la reconciliación del Emperador con la ciudad.

3.ª Preséntase al Emperador y oye las palabras de éste. Háblale al corazón eficacísimamente hasta emocionarle y oír la sentencia de perdón.

4.ª Elogios merecidos de Teodosio por sus cristianos sentimientos, prudentísimas palabras y admirable proceder en este asunto.

* * *

1. Con las palabras con que acostumbraba empezar en el tiempo de peligros al dirigirme a vuestra caridad, con las mismas empezaré hoy también delante de vosotros el sermón y diré con vosotros: Bendito sea Dios, que se ha dignado que celebremos con vosotros esta sagrada solemnidad hoy con gozo y mucha alegría, y que al cuerpo ha restituido la cabeza, y a las ovejas el pastor, a los discípulos el maestro, a los soldados el capitán, a los sacerdotes el pontífice. Bendito sea Dios, que sobradamente hace más que nosotros pedimos o pensamos (Eph. 3,20). Porque a nosotros parecía ser bastante quedar entre tanto libres de los males inminentes, y a esto encaminábamos todas nuestras súplicas; mas el clementísimo Dios, además de superar con dones nuestras peticiones siempre con mucho exceso, también nos ha devuelto al padre mucho antes que esperábamos. Pues ¿quién habría esperado en tan pocos días, que marcharía y que hablaría al Emperador, y que solventaría las cosas adversas, y que de nuevo en tan corto tiempo volvería a nosotros, para que pudiese adelantarse a la sagrada Pascua y celebrarla con nosotros? Mas he aquí que lo inesperado ha sucedido, y hemos recibido al padre, y disfrutamos de mayor placer al recibirlo ahora inesperadamente. Por todo esto, repito, demos gracias a Dios clementísimo y admiremos su poder y benignidad y sabiduría y el cuidado que ha tenido por nuestra ciudad. Porque el diablo intentó destruirla totalmente con los crímenes perpetrados; pero Dios ha distinguido y condecorado con esta calamidad a la ciudad, al sacerdote (obispo) y al Emperador, y a todos los ha tornado más esclarecidos. Es a saber: la ciudad ha conseguido el esplendor, porque envuelta en tal peligro, habiendo prescindido de todos los hombres poderosos, de todos los que abundan en riquezas, de todos cuantos tenían grande influencia ante el Emperador, ha recurrido a la Iglesia y al sacerdote de Dios y con grandísima confianza celestial se ha entregado a la esperanza. Porque después de la peregrinación del padre de todos, muchos que aterrorizaban a los habitantes en la cárcel y que decían: "El Emperador no se amansa, antes más se irrita, y piensa en la destrucción total de la ciudad", y que divulgaban muchas más cosas, vencidos por nada se han vuelto entonces más tímidos por este rumor; pero al decir nosotros: Estas son falsedades, y obra de fraude diabólica que quiere consternar vuestros ánimos, decían. No tenemos necesidad ninguna de consuelo de palabras: sabemos bien a quién nos hemos acogido desde el principio y a qué esperanza nos hemos asido: hemos fijado nuestra salvación al áncora sagrada, y no la hemos en-

tregado a un hombre, sino a Dios omnipotente. Por esto confiamos también que en absoluto sobrevendrá un feliz término: pues no no es de creer que esta esperanza pueda ser nunca fallida. Esto ¿cuántas coronas, cuántas alabanzas proporcionará a nuestra ciudad? ¿Cuánta benevolencia de parte de Dios se granjeará, hasta en todos los restantes negocios? Pues no es; no, de cualquiera alma vigilar en los asaltos de las tentaciones, y mirar a Dios, y riéndose de todo lo humano, haber anhelado aquel auxilio.

Salida de Flaviano al Emperador. Por tanto, la ciudad ha conseguido de este modo su esplendor; pero a su vez el Obispo no menos que la ciudad. Expuso su vida por todos y siendo muchos los impedimentos, el invierno, la edad, la festividad, y no menos la hermana que estaba en los últimos alientos, se sobrepuso a todos los obstáculos, y no dijo en sus adentros: ¿Qué es esto? Sólo me ha quedado esta hermana, que conmigo lleva el yugo de Cristo, y que por tanto tiempo ha morado conmigo, ahora está en los últimos, ¿y yo, dejándola, marcharé, y no la veré expirar, ni oiré las últimas palabras? Mas ella, en verdad, pedía a diario que le cerrase los ojos, y que le compusiera los labios y la cara, y que cuidase de todo lo referente a la sepultura; mas ahora como abandonada y sin tutor, nada de esto conseguirá de su hermano carnal, de quien más lo prefería, sino que dando el alma al expirar no verá al más deseado de todos? ¿Y no será esto muchas veces más penoso que la muerte repetida? Aún más: de haber estado muy lejos ausente, ¿no debía correr, y hacerlo y sufrirlo todo para concederle esta gracia? Y ahora estando cerca, la abandonaré y dejándola partiré? ¿Y cómo soportará los días siguientes? El empero no sólo nada de esto dijo, pero ni lo pensó; sino que prefiriendo el amor de Dios (el temor) a los lazos de consanguinidad, manifestó que conocía bien que así como al capitán de barco prueban las tempestades y al general los peligros, así también al Obispo la prueba de la tentación. Díjose: todos tienen puestos en mí los ojos, los Judíos y los Griegos: pues no defraudemos las esperanzas puestas en mí, ni en tan poco tengamos tan grande naufragio, sino que dejando todas nuestras cosas encomendadas a Dios, demos hasta la vida misma.

Considera tanto la magnanimidad del Pontífice, como también la benignidad de Dios: él ha gozado de todas las cosas que despreció, para que la prontitud tuviera su premio, y disfrutándolo contra lo que era de presumir, consiguiese más grande placer. Eligió el celebrar la festividad en tierra extraña y lejos de los suyos para salvar la ciudad,

y Dios nos lo ha devuelto antes de la Pascua, para que celebre en común con nosotros la solemnidad, y para que tuviera el premio del propósito, y disfrutase de alegría más grande. No temió la inclemencia de la estación y durante todo el tiempo del viaje hubo temperatura de estío; no se preocupó de la edad, y ha recorrido todo este largo camino lo mismo que un joven vigoroso: no se detuvo por la muerte de la hermana ni fue vencido por el afecto de la sangre; y regresado la encuentra que está viva, es decir, ha conseguido todo cuanto despreció.

2. Y ciertamente el Pontífice consiguió así celebridad y esplendor ante Dios y ante los hombres; mas al Emperador este asunto le adornó con la diadema más resplandeciente. Ciertamente lo primero que se ha puesto en claro es que, lo que a nadie más concediera, ha de perdonarlo a los sacerdotes; después, que la gracia la ha concedido con mucha celeridad y que dejó de estar airado. Mas para que aprendáis más claramente ya la magnanimidad del Emperador, ya la sabiduría del sacerdote (obispo), y antes que estas dos cosas la benignidad de Dios, dejadme que os exponga unas pocas cosas de la oración que allí se dijo.

Comedimento de Flaviano. Mas diré lo que he aprendido de uno que se halló presente dentro; porque el padre nada, ni poco ni mucho, nos ha dicho, sino que, imitando siempre la magnanimidad de Pablo, esconde los méritos propios y a los que preguntan de todas partes qué habrá dicho, y cómo habrá persuadido al Emperador, y cómo habrá excluido toda ira del mismo, repetía estas palabras: En nada hemos contribuido nosotros al éxito, sino que el mismo, y antes de nuestras palabras, remitió toda ira y disipó el furor; y hablando de los sucesos, lo mismo que si fuera otro el ofendido, así recordaba sin ira todo cuanto ha sucedido. Mas lo que por humildad ocultó éste (el obispo), Dios lo ha publicado.

Y ¿cuáles son estas cosas? Tomando el discurso un poco de más arriba os las referiré.

Pues luego que hubo salido de la ciudad, dejando a todos en tanta tristeza, sufría mucho más que los mismos que estaban en las molestias. A saber, primero encontrando en medio del camino a los que de parte del Emperador habían sido enviados para examinar los sucesos y enseñado por ellos con qué fin eran enviados, y los males que invadirían la ciudad, tumultos, perturbaciones, fuga, temor, ansiedad y peligros, pensando todo esto, derramaba lágrimas abundantes, par-

tiéndosele las entrañas; es cosa usada en los padres el dolerse mucho más cuando no pueden estar presentes a los hijos que están malos: lo cual experimentó esto piadosísimo (padre), llorando no sólo los males que nos habían de invadir, sino que, padeciéndolos nosotros, él estuviese lejos; aunque también esto se hizo en pro de nuestra salvación. Porque tan pronto como supo de aquéllos estas cosas, brotaban las fuentes de las lágrimas más ardientes y acudía a Dios con súplicas más insistentes, y orando se pasaba las noches en claro para que socorriese a la ciudad paciente y para que trocase en más humana la voluntad del Emperador. Mas luego que llegó a la gran ciudad de Constantinopla y entró en los regios salones, parose lejos para hablar al Emperador, mudo, llorando, inclinado, encorvado, escondiéndose, lo mismo que si fuera él quien había cometido tantos crímenes. Y esto hacía, queriendo moverle a misericordia antes con el vestido, con el aspecto, con los llantos, y después comenzar nuestra defensa. Porque el único perdón que resta a los que pecan es el callar y no decir ni palabra en defensa de los hechos. Porque él intentaba de veras quitar un sentimiento y poner otro, es decir, quitar la ira, y poner la tristeza, para preparar así la defensa verbal; y así en verdad sucedió. Lo mismo que Moisés cuando subió al monte, una vez caído el pueblo (en idolatría), parose mucho hasta que Dios le provocó diciendo: *Déjame desahogar mi indignación contra ellos, y acabarlos* (Ex. 32,10); lo mismo hizo éste también.

Palabras de Teodosio a Flaviano. Y así habiéndole visto el Emperador, y que lloraba y estaba encorvado, él mismo se le acercó y con palabras que le dirigió manifestole lo que estaba padeciendo con motivo de las lágrimas del sacerdote (del obispo). Pues no fueron las de quien está indignado ni airado, sino más bien las del que está triste y poseído de dolor: y que esto sea verdad lo sabréis oyendo las mismas palabras. Porque no es que dijo: al cabo, ¿qué es esto? –¿Vienes desempeñando una delegación en favor de hombres malvados y perniciosísimos y que no debieron vivir, tiranos, revoltosos y dignos de cualquier suplicio? Sino que perdonando todo esto, hizo una defensa llena de reverencia y gravedad, y recordaba los beneficios que había conferido con los cuales durante todo el tiempo de su reinado ha favorecido a nuestra ciudad, y a cada uno iba repitiendo: ¿Acaso hube yo de padecer esto en pro de ellos? ¿Cuáles injurias mías reclamaban estas penas? Los que tenían algo pequeño o grande contra mí de acusación, ¿por qué no me injuriaron sólo a mí, sino que ofendieron

también a los difuntos? ¿No era bastante saciar el furor en los vivos? ¿Es que si no trataban contumeliosamente también a los sepultados pensaron que no hacían algo grande? Habríamos de ser malos, como ellos piensan; con todo había que perdonar a los muertos, que ninguna ofensa hicieron: puesto que no podían imputarles también estas cosas. ¿Acaso no he preferido siempre esta ciudad a todas y estimábala por más deseable que la patria; y tenía un deseo continuo de ver aquella ciudad, y en presencia de todos hacía este juramento (promisorio)?

3. Discurso de Flaviano al Emperador por los Antioquenos. Entonces el Pontífice, sollozando amargamente y soltando más ardorosas lágrimas, no calló más tiempo, pues veía que la defensa del Emperador hacía nuestra culpa más grande; sino que con gravedad y gimiendo profunda y amargamente, dijo: Oh Emperador, confesamos y no podemos negar ese amor que habéis demostrado para con nuestra patria, y por esto sobre todo lloramos, porque los demonios han tenido envidia de la tan amada, y hemos aparecido como ingratos para con el bienhechor, y hemos enojado a quien nos ama sobre todo. Aunque arrases, nunca abrases; aunque mates, aunque hagas cualquier otra cosa, aun no habrás exigido la pena de que somos dignos, porque nosotros por adelantado nos hemos agraviado más miserablemente que con innumerables muertes. Pues, ¿qué puede ser más amargo que, exacerbando injustamente al bienhechor y tan amante, aparecer así y que todo el mundo sepa esto, y que nos condene por los más ingratos?

Si los bárbaros, entrando en nuestra ciudad, hubiesen derribado las murallas, e incendiado las casas, y llevándose cautivos se hubiesen marchado, era menos mal. ¿Y esto por qué? Porque viniendo Vos y dándonos tantas pruebas de benevolencia, quedaba la esperanza de que todos aquellos daños se resolverían, y de que nuevamente volveríamos a la forma de antes, y de que recibiríamos más esclarecida libertad; mas ahora, quitada vuestra benevolencia y roto el vínculo del amor, que para nosotros era de más seguridad que todos los muros, ¿a quién nos acogeremos en adelante? ¿Cómo podremos mirar a otro, habiendo exacerbado a tan suave señor y a padre tan complaciente? Y así cierto que parece que han hecho cosas intolerables, pero han sufrido las más graves de todas, no atreviéndose a mirar a hombre alguno, y no pudiendo ni aun mirar al mismo sol con ojos claros, cerrando la vergüenza por todos lados los ojos y obligando a esconderse: quitada que les ha sido la libertad, ahora están sufriendo más penas que cualesquiera cautivos y pasan por extremada ignominia; y pensando la

magnitud de los males y en cuánta contumelia se han lanzado, ni a respirar se atreven, habiéndose atraído la recriminación de todos los habitantes de la tierra más vehemente por razón de quien fue injuriado.

Mas si Vos queréis, oh Emperador, hay medicina para la herida, y remedio para tantos males. Muchas veces ha sucedido también esto en hombres particulares; grandes e intolerables ofensas se han convertido en materia de grande claridad: como sucedió también en nuestra naturaleza. Pues habiendo Dios hecho al hombre, también lo introdujo en el paraíso, y le hizo digno de mucho honor. El diablo, no soportando tanta prosperidad, le envidió y le derribó de la dignidad que tenía dada. Dios empero no sólo no le abandonó, sino que en lugar del paraíso, abrió el cielo, demostrando con esto mismo la propia benignidad y castigando más al diablo. Haced Vos también lo mismo.

Ahora los demonios han movido todo para apartar de tu benevolencia a la ciudad para Vos la más grata de todas, mas Vos, sabiéndolo ahora, aunque impongáis penas, no nos echéis de la anterior amistad. Mas, si es lícito decir ahora algo inopinadamente, también escribidla ahora la primera entre las predilectas, si queréis vengaros de los demonios que han obrado esto. Porque si destruís y demoléis, y arrasáis, haréis lo que antes quisieron ellos; pero si deponéis el enojo y confesáis otra vez que la amáis como antes la amábais, les habréis inferido una herida mortal, y les habréis impuesto la extrema venganza, demostrando no tan sólo que nada en absoluto han conseguido mediante las insidias, sino todo lo contrario de lo que querían ha sucedido. Y habrá sido equitativo que hagáis esto y os compadezcáis de la ciudad, a la cual por motivo de vuestra amistad envidiaron los demonios, pues de no haberla Vos amado tan vehemente, ni ellos la hubieran acometido con tanta envidia. Y así, aunque es admirable lo que se dice, pero es verdad, que por Vos y por vuestra amistad ha sufrido estas cosas. ¿A cuántos incendios, a cuántas destrucciones no exceden en acerbidad aquellas palabras que en la respuesta decíais? Decís que ahora estáis ofendido por contumelia, y que habéis soportado lo que ninguno de los Emperadores anteriores; mas si queréis, oh humanísimo, oh sapientísimo, oh piadosísimo, lleno de compasión, esta afrenta os pondrá una corona más resplandeciente y más grande que esa diadema. Porque esta diadema es no solamente la señal de vuestro poder, sino además es indicio de quién ha manifestado liberalidad; pero la corona labrada con este acto de humanidad os pertene-

cería a Vos únicamente y será mérito de vuestra filosofía, y no tanto os admirarán todos por esas piedras preciosas, como os alabarán por la victoria reportada y por haber dominado vuestra indignación. ¿Derribaron vuestras estatuas? –Mas podéis erigir otras más preclaras. Porque si a los autores de la injuria perdonáis los crímenes y no les imponéis penas algunas, no es que en la plaza os levantarán una estatua de bronce, ni de oro, ni cuajada con preciosas piedras, sino revestida de la más preciosa sustancia, cual es la humanidad y la misericordia. Cada cual os erigirá tal en su mente, y tendréis tantas estatuas cuantos son los hombres que habitan y habitarán el orbe. Que no sólo nosotros, sino también los que vendrán después de nosotros, y todos los que después de aquéllos oirán estas cosas, y lo mismo que si hubieran sido ellos los bien tratados, así os admirarán y os amarán. Y porque no digo esto para lisonjear, sino porque así será en absoluto (permitidme que) os refiera cierto discurso antiguo, para que recordéis que no fue costumbre que los ejércitos, las armas, los dineros, la multitud de los súbditos y otras cosas a estas parecidas hayan hecho espléndidos a los reyes tanto cuanto su filosofía y mansedumbre de ánimo.

Hermosa respuesta de Constantino. Cuéntase de Constantino el afortunado que, habiendo sido apedreada cierta vez una efigie suya, e instigándole muchos a que tomase venganza de los autores de la contumelia, y diciéndole que esos con las piedras habían herido toda la cara, palpando con la mano la cara y con suave sonrisa dijo: "Pero yo en ninguna parte hallo la herida hecha en la frente, sino que de veras tengo sana la cabeza y cierto también sana la cara toda." Entonces ellos, avergonzados y confusos, desistieron de este mal consejo: pero este dicho aún lo celebran todos, y no lo ha borrado el tiempo transcurrido ni ha extinguido la memoria de esta (sabia) filosofía. ¿A cuántos trofeos no excede esto en brillo? Levantó él muchas y grandes ciudades y venció a muchos bárbaros (enemigos), pero de nada de eso hacemos memoria; mas este dicho es celebrado hasta el presente día, y nuestros sucesores y los sucesores de ellos todos oirán lo mismo. Y no es de admirar sólo que lo oirán, sino que también lo repetirán entre alabanzas y palabras fastuosas, y los que digan alabarán, y los que oigan las recibirán con agrado, y no hay uno que pueda callar al oírlo, sin que juntamente exclame y alabe al que lo dijo y pida para él, aunque difundo, bienes sin cuento. Pues si por aquel dicho ha obtenido tanta gloria entre los hombres, ¿cuántas coronas habrá alcanzado en la presencia de Dios benignísimo?

Humanidad de Teodosio. Pero, qué necesidad hay de recordar a Constantino y de conmemorar otros ejemplos, cuando hay oportunidad en los méritos propios para exhortaros? Acordaos de antes, cuando al venir la solemnidad esta enviásteis por toda la redondez de las tierras una carta mandando que los detenidos en la cárcel fuesen dimitidos, que se les perdonasen los crímenes, y para demostrarles vuestra humanidad, no bastando eso, decíais en la carga: ¡Ojalá me fuese posible llamar y resucitar a los difuntos y devolverlos a la vida de antes! Acordaos ahora de estas palabras: ahora es el tiempo de los difuntos que han de ser revocados y resucitados y devueltos a la vida de antes. Porque también éstos están ya muertos y antes de que el juicio sea visto está ya la ciudad colocada en las mismas puertas del abismo. Por tanto, sacadla de allí, sin dineros, sin expensas, sin tiempo, sin trabajo alguno. Pues que a Vos basta sólo que habléis, y que revoquéis a la ciudad que ya está en tinieblas. Mandad ahora que en adelante se la llame de vuestra humanidad, y no quedará tan agradecida a quien la levantó desde los cimientos, como a vuestra sentencia; y no sin motivo. Pues él, habiéndole dado principio, retirose; mas vos, hecha grande y aumentada, y destruida después de la mucha tranquilidad, la habéis resucitado. No hubiera sido tanto de admirar si, asaltada de enemigos y asolada por bárbaros, la hubiéseis librado del peligro, como es admirable que ahora la hayáis perdonado, porque aquello con frecuencia lo han hecho muchos reyes, pero esto solamente lo habéis hecho Vos y además el primero y fuera de lo que se esperaba. Y ciertamente no es de admirar aquello, ni está fuera de las esperanzas, puesto que es cosa de cada día presidir a los súbditos; mas que habiendo padecido tantas y tales cosas, depongáis la ira, esto excede a toda la naturaleza del hombre.

Pensad además que ahora se ha de decidir no sólo de aquella ciudad, sino también de vuestra gloria, y más aún, del Cristianismo total. En este momento, tanto los Judíos como los Griegos, y todo el orbe de la tierra y los bárbaros (que también han oído esto) tienen sus ojos puestos en Vos, esperando con expectación, para ver qué sentencia dais de los hechos, es decir, que si la diérais humana y suave, todos alabarán la sentencia, y glorificarán a Dios y comentarán entre sí diciendo: ¡Oh! ¿Veis cuánto es el poder del Cristianismo? Al hombre que no tiene igual en la tierra, señor de todo para deshacerlo y destruirlo, le ha cohibido y refrenado, y le ha enseñado unas maneras filosóficas tales como no las tuviera siendo un hombre particular pri-

vado. Verdaderamente grande es el Dios de los Cristianos, que de hombres hace ángeles, y los presenta superiores a toda necesidad natural.

Porque no temáis por un superfluo temor, ni toleréis a los que dicen que las otras ciudades serán peores y que despreciarán más vuestra autoridad, como ésta no haya sido castigada. Porque si hubiérais sido débil en el castigo, y los que hicieron estas cosas os hubieran vencido por la violencia, y fuese el poder igual, había de sospecharse esto con fundamento; pero si están espantados y casi muertos de miedo y por mediación mía han acudido a vuestras plantas y cada día no prevén más que el abismo, y hacen en común oraciones mirando al cielo, y piden que venga Dios y que nos acompañe a la vez en nuestra legación, y como los que están a los últimos alientos disponen cada cual de sus cosas, ¿cómo no será superfluo este temor? Si se hubiera mandado matarlos, no habrían padecido tanto como están padeciendo ahora, viviendo tantos días en temor y temblor, sin que al caer de la tarde se prometan ver la aurora, y al amanecer el día no confían en llegar a la tarde. Y muchos han caído en las garras de las fieras mientras andan por los desiertos, trasladados a lugares extraviados, y no sólo varones, sino niñitos pequeños, y mujeres nobles y hermosas, escondiéndose durante las noches y los días en grutas y en los barrancos y en los hoyos del desierto. Y un nuevo modo de cautiverio sufre la ciudad; estando en pie los edificios y los muros, padecen cosas más duras que las ciudades incendiadas; sin que ningún bárbaro la ataque, sin que ningún enemigo aparezca, están más miserablemente impresionados que los cautivos, y aun si una hoja se mueve, aterroriza a todos ellos cada día.

Esto lo saben todos, y si la hubieran visto destruida, no hubieran sido castigados tanto como ahora cuando han oído estas calamidades. No penséis, pues, que se han de hacer peores las restantes ciudades. Puesto que si hubieseis destruido otras ciudades, no las hubieseis castigado tanto como ahora los castigáis con la incertidumbre de lo futuro, más dolorosa que todo suplicio. No les prolonguéis más tiempo las calamidades, sino concededles ya que respiren.

Cierto que castigar a los súbditos e imponerles penas de los delitos es cosa del todo fácil y pronta; mas perdonar a los que infirieron una contumelia y conceder perdón a los que han cometido actos indignos de ser perdonados, apenas lo hace uno que otro, máxime siendo el Emperador quien sufrió la ofensa contumeliosa. Así como tam-

bién es fácil someter por miedo a la ciudad; pero el lograr que todos se hagan amadores de Vos, y el persuadirles que se porten benévolamente en vuestro reino, y que no sólo en común, sino en privado, también se hagan preces en vuestro favor por el imperio esto es difícil, aunque uno gaste sin fin el dinero, y ponga en movimiento ejércitos innúmeros, y haga cuanto quiera; no podrá atraerse fácilmente el cariño de tantos hombres: a Vos, empero, será ahora fácil y de ningún trabajo.

Porque tanto los afectados por los beneficios, como los que oyeron juntamente con aquellos que recibieren los beneficios, estarán afectos a Vos. ¿Cuánto no hubieseis dado, cuánto no hubierais soportado para que en corto tiempo hubierais adquirido todo el orbe y para persuadir a todos los que hoy viven y a los venideros que deseen para Vos todo cuanto para sus hijos desean?

Y si esto de los hombres, pensad qué grande premio recibiréis de Dios, no tan sólo de lo que se hace ahora, sino también de lo que otros harán después de esto. Pues si acontece que alguna vez se repite lo que ahora ha sucedido, y Dios no lo permita, y algunos de los ofendidos quieran revolverse eficazmente de obra contra la contumelia, vuestra benignidad y prudencia filosófica serales de eficaz enseñanza y advertencia: se ruborizarán y avergonzarán, teniendo tal ejemplar, de aparecer inferiores. Así es que seréis el preceptor de todos los posteriores, y les arrebataréis la palma, aunque lleguen a la cumbre de la filosofía. Porque no es lo mismo que uno sea el primero en dar ejemplo de benignidad tanta, y el que otro mirando a otros imite sus hechos. Por lo tanto, quienquiera que después que Vos exhibiere humanidad y toda clase de mansedumbre, recibiréis Vos con ellos la recompensa; pues quien plantó la raíz, ciertamente es autor de los frutos. Por esto, actualmente nadie ciertamente puede compartir con Vos el premio de humanidad, que es merecido solamente por Vos; Vos, empero, podréis compartir por igual el mérito con todos, si es que alguna vez aparezcan tales (imitadores), podréis reportar tanta parte, cuanta en los discípulos el maestro, y si ninguno hubiera tal, todavía os llegarán los encomios y alabanzas de todas las generaciones.

Porque considerad lo que es oír a todos los posteriores que, estando tan gran ciudad sujeta a pena y venganza, llenos todos de pavor y horrorizados los caudillos, prefectos y jueces y no atreviéndose ni a hablar en favor de aquellos desgraciados, acercándose un solo ancia-

no que, sacerdote de Dios, con su aspecto sólo y con sus palabras movió al Emperador a reverencia; lo que a ninguno de sus súbditos concedió, esto concediolo al anciano único por respeto a las leyes de Dios.

Porque también por esto mismo no poco os honró, oh Emperador, la ciudad, habiéndome enviado como delegado ante Vos; pues han proferido de Vos un juicio óptimo y hermosísimo, de que a todos los principados a Vos sujetos anteponéis los sacerdotes de Dios, aunque sean de vil nacimiento. Pero no vengo sólo de parte de ellos, sino antes que de ellos soy enviado del común Señor de los Angeles a decir esto a vuestra mansísima y benignísima alma. Porque si a los hombres perdonáis sus deudas, también el Padre celestial perdonará vuestras caídas (Mt. 6,14).

Acordaos, por tanto, de aquel día en que todos daremos cuenta de nuestros hechos; pensad que aunque haya en Vos algo defectuoso, podréis lavar todas las prevaricaciones por este juicio y sentencia sin trabajo ni sudores. Porque otros legados traen oro y plata y otros dones de esta índole, pero yo he venido ante vuestra potestad imperial con las sagradas leyes, y en vez de dones varios, os presento éstas, y os suplico que imitéis a vuestro Señor, quien sufriendo de nosotros cada día contumelia, no cesa de administrar a todos sus beneficios. Y no dejéis fallidas nuestras esperanzas ni irritéis vuestras promesas: porque también quiero que sepáis esto con los otros, que si queréis reconciliaros y comunicar a la ciudad vuestra anterior benevolencia y dejar pasar esta justa indignación, volverá con mucha confianza; pero si en vuestra alma despreciáis a la ciudad, no sólo no tornaré a ella ni veré su suelo, sino que también en adelante me negaré totalmente y me inscribiré en otra ciudad. Pues nunca me acaezca estar inscrito en aquella patria, para con la cual Vos, que sois humanísimo, y el más suave de todos los hombres, no queréis aplacaros ni reconciliaros.

4. Suave respuesta del Emperador, quien perdona a los Antioquenos. Habiendo dicho estas y muchas más cosas, de tal manera se emocionó el Emperador que vino a repetirse lo que antiguamente sucedió a José. Pues así como entonces viendo él a sus hermanos quería en verdad llorar, pero disimulaba el dolor para no declarar la simulación; así también el Emperador lagrimaba seguramente en el alma, pero no lo demostraba por causa de todos los que estaban presentes. No obstante, no pudo ocultar hasta el fin el ardor, sino que contra la voluntad era vencido. Después de este discurso ya no hubo

necesidad de secundar las palabras, sino que habló una sola palabra, que le enalteció mucho más que la diadema. Y ¿cuál es ésta? Dijo: "¿Y qué tiene de admirable y digno si Nos a los que nos han ofendido con contumelia y que son hombres, perdonamos nuestra ira, siendo también Nos hombre; cuando el Señor del mundo que ha descendido a la tierra y se ha hecho siervo por nosotros, y crucificado por los beneficiados, rogó al Padre por los que le crucificaban, diciendo: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc. 23,34). ¿Qué tiene de admirable si Nos perdonamos a los consiervos?"

Y que no son una simulación estas palabras lo demostraron ciertamente la restantes obras, y no menos que ellas lo que ahora os he de contar.

Pues a este mismo sacerdote (el obispo), que deseaba celebrar esta solemnidad en su compañía, obligole a salir aun contra su deseo y a presentarse a los ciudadanos. Porque dijo: sé que sus ánimos están ahora consternados y que aún quedan muchas otras calamidades; id, consoladlos. Si vieren al capitán de navío, ya no se acordarán de la tempestad pasada, sino que borrarán toda memoria de tristeza. Mas cuando el Pontífice insistió pidiéndole que mandase a su hijo, queriendo él demostrarle que en su mente había apagado completamente la ira, díjole: Orad que se quiten estos estorbos; que se acaben estas guerras, y en persona iré Yo ciertamente.

¿Puede haber alma más benigna que aquélla? En adelante, confúndanse los gentiles, o más bien, no sean confundidos, sino instaurados, y dejando el mundo suyo propio, vengan a poder del Cristianismo, enseñados por el Emperador y por el Pontífice en nuestra filosofía.

Pero no paró con esto el piísimo Emperador, sino que después que el obispo salió de la ciudad y atravesó el mar, mandole unos emisarios para preguntar y cuidar solícito para que no se pasase el tiempo y se disminuyese a la ciudad la satisfacción, celebrando la solemnidad lejos fuera de la ciudad.

¿Qué manso padre tuvo tanto cuidado de los que le inferían una injuria? Diré también otra alabanza del justo. Porque una vez despachado esto, no se apresuró, como otro codicioso de gloria, a llevar él mismo las cartas que disipaban aquella tristeza; sino que como iba más despacio, pidió a otro acostumbrado a correr velozmente a caballo que se le adelantase y llevase a la ciudad las buenas nuevas, para que no se prolongase la tristeza por la tardanza de su regreso. Que lo

que él buscaba sólo era, no el venir él mismo trayendo estas buenas nuevas llenas de mucho placer, sino el que la patria más pronto respirase.

LECTISTERNIOS [8] EN LAS COSAS ALEGRES. Por tanto, lo que entonces hicisteis coronando la plaza y encendiendo luminarias, colocando lechos delante de las tiendas y, como si se tratase de una ciudad recién nacida, celebrando la fiesta, haced esto de otra manera en todo tiempo, coronándoos no con flores, sino con virtudes, encendiendo lumbre en vuestra alma por las obras, viviendo alegres con alegría espiritual, y no cesemos de dar a Dios gracias por todo esto, no solamente porque ha solucionado lo grave, sino también por haber permitido que se hiciera, confesemos que le debemos mucho, pues por ambas cosas nos ha hermoseado la ciudad. Todas estas cosas según el dicho del Profeta: *De ella hablaréis a vuestros hijos, y vuestros hijos a los hijos suyos, y los hijos de éstos a los que vayan viniendo* (JOEL 1,3), para que todos los que han de vivir hasta la consumación, aprendiendo la humanidad de Dios manifestada a la ciudad, nos tengan por dichosos en verdad por haber alcanzado tanta benevolencia; y admiren al Señor nuestro, que volvió a levantar la ciudad así caída; y sean ganados también ellos, y se vean impelidos hacia la piedad por los ejemplos de hechos tales, porque no a nosotros tan sólo, si siempre los recordamos, sino también a los posteriores podrá ayudar muchísimo la narración de los que nos sucedieron.

Pensando todo esto, no tan sólo por la solución de las cosas graves, sino también por haberlas permitido, demos siempre gracias a Dios clementísimo, tanto de las sagradas Escrituras, como de lo que nos ha sucedido, enseñados de que El, para provecho nuestro, dispone todas las cosas con la benignidad que con El dice bien, de la cual disfrutemos siempre y nos acontezca el conseguir también el reino de los cielos, en Jesucristo Nuestro Señor, quien tiene la gloria y el imperio en los siglos de los siglos. Amén.

---

8. Lectisternio=banquete en las fiestas culturales (LITTRÉ).

INDICE

HOMILIA X

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía X 3

1. Congratúlase con los oyentes porque han obedecido sus advertencias.–Es lícito oír la palabra divina aun después de haber comido el alimento corporal.–No es ignominioso comer, lo es el privarse por ello de las solemnidades de los fieles, aunque es mejor acudir ayuno.–Vale más oír la palabra de Dios que ayunar.–Hermosa enumeración y antítesis.
2. Agradecimiento y paga del servicio.–Repetición resumida de cosas antedichas.–Del orden, disposición, hermosura y grandeza del mundo.–La providencia de Dios demostrada por el cuerpo humano.–El mundo no puede subsistir sin la providencia de Dios.
3. Sigue la demostración, por ejemplos.–Objetan los gentiles: respuesta.–Ni el universo ni el sol son dioses.
4. Otra respuesta a la objección: la creación es corruptible.–Aun el sol se eclipsa.–De solo Dios es propio no necesitar.
5. Prueba por rápida enumeración.–Pablo enseña la verdad de que toda criatura es corruptible.
6. Exhortación moral.–Glorifiquemos a Dios por la óptima conversación, especialmente absteniéndose de juramentos.–No hay pretexto alguno que alegar.–Por qué insiste sobre este tema.

HOMILIA XI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XI 16

1. Acción de gracias a Dios por la tranquilidad concedida a la ciudad después de tantos terrores.–Por qué calló algunos días.–Efectos de la tristeza: ejemplos.
2. Oportunidad actual para decir y oír sermones.–Breve recopilación de lo antedicho otros días.–Contra los Maniqueos.–Objeción y respuesta.–Definición del hombre según los filósofos.–Dios, para quitar la raíz de la soberbia, sabiamente fabricó el cuerpo humano,–y aun en lo que hizo con el alma.
3. Admira la grandeza del arte divino en formar al hombre.–Sabiduría de Dios en la constitución de los ojos,–en las pupilas, pestañas, cejas;–en la del cerebro;–en la del corazón, de las uñas, de los dedos.

4. El hombre aventaja a los animales.–Objeción.–Respuesta.–Excelencia del cuerpo humano.–Ayuda universal mutua.–El hombre, señor de todo.
5. Sabiduría de Dios que resplandece en la variedad de árboles y plantas.–Otra objeción y respuesta.–Exhorta a corregir la costumbre del juramento.

HOMILIA XII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XII 27

1. Recomiéndase la memoria de los miedos pasados como despertadora de la gratitud para con Dios.–Provechos de lo sucedido que Dios nos ha buscado.–Nos ha quitado el temor y ha alejado con celeridad el peligro.–Seámosle agradecidos.
2. Recapitulación de las homilías IX, X, XI.–Sigue el discurso sobre el modo de conocer a Dios por medio de la creación.–Dios ha fabricado el mundo para todos.–Nos enseña por los animales.–La hormiga.–La abeja.–Imita a la abeja, no a la araña,–y a otros animales.–Enumeración de los animales que hemos de imitar y de otros que no han de ser imitados.
3. En el mundo nada hay inútil, aunque nos parezca otra cosa,–aunque no lo entendamos.–Fin de Dios al limitar los conocimientos humanos.–Dios inspiró al hombre la ley natural desde un principio.–Qué es ley natural.
4. El conocimiento del derecho natural está infundido por Dios en el hombre.–Ejemplo en Adán, en Caín y Abel.–En los gentiles,–por las leyes y las artes.
5. Siguen los testimonios de Pablo.–Prueba tomada de los castigos de los impíos que obran contra conciencia.–La longanimidad de Dios en castigar invita a penitencia.
6. De los juramentos.–Insiste con vergüenza y con temor.–Símil del prestamista.

HOMILIA XIII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIII 40

1. Acción de gracias a Dios.–De miércoles a miércoles.–Conmemoración de hechos.–Consternación de los Antioquenos durante la inquisición sobre las estatuas derribadas.–Silencio de la multitud puesta en la plaza del juzgado.–Espectáculo miserable.
2. Vanidad de vanidades.–Símil del ave a la que han robado los polluelos.–Si nadie puede librar a un reo en el tribunal humano, ¿quién librará a los reos en el tribunal de Jesucristo?–Y eran juzgados los primates de la ciudad.–Súplicas a Dios, a los Jueces, a todos.–La calamidad guía hacia la virtud.–Si el temor del infierno nos dominase.
3. Sobre la ley natural moral.–Ley de caridad para con el prójimo.–Hacer lo bueno, huir de lo malo.–Beneficio de la conciencia antecedente.

4. Otros preceptores además de la conciencia.–Contra los juramentos.–Los buenos ejemplos.
5. Razón de cuidar de nuestra enmienda de costumbres.–El magisterio exige solicitud en los discípulos.–Exhortación a las obras buenas.

HOMILIA XIV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIV 50

1. De los nuevos sobresaltos nos ha consolado Dios,–manifestándonos además su providencia en haberlos permitido.–Lo mismo hizo con Pablo para que de él aprendamos.–Dios nos pone en nuevas pruebas buscando el hacernos más piadosos.
2. Nuevamente contra los juramentos.–La cabeza de Juan Bautista.–El juramento, tanto que se observe, como que se quebrante, hace reos de pena a los que juran.–El que suele jurar, generalmente perjura.–No sólo los perjuros, sino también los que motivan los perjurios, son reos de tal crimen.–Astucia del demonio en los juramentos.–Juramento y perjurio de Saúl.
3. Violación del juramento de Saúl,–por Jonatás.–Ejemplo de Jefté, que sacrificó a su hija por observar un juramento.–Providencia de Dios al no estorbarlo.–De Saúl y Jonatás.
4. Los judíos eran inexpugnables mientras no pecaban: ejemplo de los Madianitas.–Costumbres meretricias.–Saúl no obtiene respuesta del Señor.–Temeridad del nuevo juramento de Saúl.
5. Las suertes.–Jonatás declara y se entrega.–Tercer juramento de Saúl.–El pueblo salva a Jonatás de la muerte.–Juramento del pueblo contrario del que hizo el rey.–Muchos daños de los juramentos.–Perjurios cometidos.
6. Un solo juramento acarreó a los judíos males sin cuento.–El Emperador prohibió a los Antioquenos los baños por castigo.–Si se observa este mandato, que es molesto, ¿por qué no se guarda el de no jurar, que es fácil y provechoso?–Heridas y deshonor que causan los juramentos en las almas.

HOMILIA XV

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XV 64

1. Motivos de tratar de la templanza.–La tribulación maestra de la virtud.–Eficacia del temor.–El temor del infierno ofrece la corona de un reino.–Grandes frutos del temor.
2. Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín.–Daños de los festines.–Provechos de los lutos.–El temor del infierno es bueno.–Caminamos en medio de enemigos resentidos, pero el temor es de gran defensa.–Conócelo.

3. Estemos advertidos.–¿Por qué tantos lazos?–La experiencia, maestra de la cautela.–El lazo más grande, ¿Es la mujer hermosa?; no, sino la mirada lasciva.–De la pobreza.–De las riquezas.–Job: rico y pobre, siempre virtuoso.
4. Deben evitarse las ocasiones;–muchas cosas en sí indiferentes son ocasión de pecados.–Huyendo de los placeres se arrancan de raíz las concupiscencias y vicios.–La petulancia de la lengua.
5. Los juramentos.–Por qué vuelve sobre lo mismo.–La hoz volante.–No conjuremos a los hermanos.–Malicia del juramento en la iglesia,–con la mano en los Evangelios.–Jesucristo manda que de ningún modo se debe jurar.–En todos los negocios miremos al juicio de Dios y no tan sólo a los provechos o inconvenientes actuales.

HOMILIA XVI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVI 76

1. Providencia del Prefecto de Antioquía.–Sentimientos del Santo.–Porque somos hombres hemos de tener serenidad en los peligros.–Ejemplos de serenidad: Job, el Capitán de navío.–Profunda tristeza y vergüenza, originadas de la cobardía de los fieles, que no deja hablar al Santo.
2. Recapitulación.–Ley de Dios es y no de hombres: No jurarás.–Guardémosla por lo menos como guardamos las leyes humanas.
3. Pablo, preso por Jesucristo.–La paciencia en los sufrimientos es más gloriosa que los dones gratuitos.–Las coronas y las cadenas.–Las cadenas de Pablo por doquiera se predican,–y son gloriosas.
4. Los santos no buscan el verse libres de los perseguidores tanto como el ganarlos para Dios.–Pablo ganó a Festo.–¿Por qué dice "salvo estas cadenas"?–Gloríase Pablo, no de los milagros obrados, sino de las tribulaciones.–Jesucristo, que no engaña, nos ofrece tribulaciones para esta vida, coronas para la venidera.
5. Dios procede con nosotros como los padres con sus hijos.–Con las tribulaciones nos enseña y perfecciona,–y consuela.–Fruto de la sentencia en los hombres y en las mujeres.
6. Moral exhortación a la enmienda.–Ayunar es pasar el tiempo del ayuno con obras buenas.–Ejemplos.–Gozo del bien obrar.–Nadie puede quitárnoslo.–Nada hay comparable al placer de la virtud.–Debemos ser maestros de otros.

HOMILIA XVII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVII 89

1. Alegre acción de gracias por la resolución favorable del asunto de la sedición.–Demos gracias por todo.–Debemos ser cautos en la

tranquilidad.–Perseverancia en las virtudes.–Los monjes bajan de los montes a Antioquía para impetrar perdón para la ciudad.–Ejemplos admirables de caridad y fortaleza de los monjes.–Palabras de Macedonio monje.

2. Madre admirable de un reo.–Los monjes hicieron más que esta madre.–Todos los filósofos abandonaron la ciudad en la calamidad.–Los ricos y poderosos huyen acobardados, los pobres del yermo se presentan con valor de leones.–Rápida resolución obtenida.–Valentía de los monjes delante de los jueces.–Prudentes palabras.–Salida de los Jueces llevando los memoriales.–Fama recuperada.–Diferencia entre la doctrina moral de los filósofos y de los monjes cristianos.–Grandeza de ánimo de los sacerdotes.

3. Penas infligidas por el Emperador a los Antioquenos.–La dignidad de Metrópoli trasladada a Laodicea.–Las disposiciones dadas no son para contristar, son de agradecer.–Baños,–dignidad de metrópoli.–La verdadera dignidad de Antioquía.–Aquí los discípulos empezaron a llamarse Cristianos.–Socorrieron a los fieles de Jerusalén.–No admitieron las prácticas de los judaizantes.–La virtud es la honra de los ciudadanos y de la ciudad.–El templo de Jerusalén.–Sodoma y ciudades vecinas.–Abraham.

4. No es la grandeza, sino la virtud, lo que adorna las ciudades.–Así Antioquía está más virtuosa después de lo pasado.–En el ánimo está la hermosura y fortaleza de la persona.–Compadezcamos y roguemos por los que están en penas.–La compasión caritativa agrada a Dios.

HOMILIA XVIII

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XVIII 102

1. Motivo de alegría verdadera.–Pusilanimidad de quienes se preocupan de la cuaresma venidera y no disfrutan los bienes de la actual.–De qué manera es provechoso el ayuno.–La buena disposición del alma produce en el ayuno placer puro y continuo.–Es posible vivir siempre alegres.–Todos buscan el placer.–Las riquezas no engendran la alegría.–Es la apreciación de las cosas lo que las hace pequeñas o grandes para nosotros.

2. La buena salud corporal, ¿causa la alegría?–La gloria de los magistrados y reyes no es causa de la alegría.–El temor de Dios es fuente de alegría perpetua.–El varón fiel disfruta de continua alegría.–No puede no estar siempre alegre: aun en la muerte propia,–de los hijos,–en las demás contrariedades.–En la enfermedad.–Los santos se dolían.–La tristeza según Dios es mucho mejor que la alegría mundana.

3. Borra el pecado.–Compasiva tristeza de los pecados.–Los felices según Dios y Jesucristo.–Pablo se alegraba en las tribulaciones.

4. Si quieres alegría, ásete a la virtud, teme sólo a Dios.–Nadie nos hace desgraciados, sino nosotros mismos.–Reprende a los reincidentes desidiosos.–No aguantamos estar sin bañarnos.–Exhortación.

HOMILIA XIX

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XIX 115

1. Festividad de los Mártires.–El Santo, por hallarse enfermo, no participó sino espiritualmente.–Se levantó para acudir a la solemnidad de los campesinos.–Excelencias de las costumbres campestres.–Ejercicios agrícolas.–Escuela de fe y de obras virtuosas.–Los rústicos, más sabios que los filósofos antiguos.–Admiremos el alma del labriego.
2. Antítesis de la filosofía gentil y de la cristiana.–Elogio y despedida de los huéspedes campesinos.–De los juramentos.–La hoz volante.–Castigo de Sodoma.
3. Daños de los juramentos.–Jerusalén fue abatida por un solo juramento.–Sedecías, perjuro.–Parábola del águila grande de Ezequiel.–Historia de la toma de Jerusalén y prisión y castigo de Sedecías.
4. Exhortación moral.–Lo que se debe pretender en la sinaxa es el corregir las costumbres.–Maravillosas artes de los charlatanes de circo.–El arte vence las dificultades.–Llega hasta el fin.–Palabras de Cristo sobre los juramentos.

HOMILIA XX

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XX 129

1. El aproximarse el fin del ayuno sea motivo de mayor diligencia en practicar virtudes.–Purifiquemos las conciencias para participar con fruto en la Pascua.–No hay excusa para quien no se enmienda de los pecados.–La debilidad corporal, ¿de qué preceptos nos excusa de observarlos?–No hay pretexto para estar enemistados, rencorosos y para no reconciliarse pronto: lo manda la ley de Dios y lo recordó Jesucristo.–La enemistad es un pecado continuo.–Piensa en las ofensas que tú has hecho contra Dios, y no obstante perdona y disimula tus pecados,–los ocultos,–
2. los públicos.–Las conversaciones están prohibidas en las asambleas eclesiásticas.–Perdona a tu prójimo.–Así se te perdonan tus pecados.–Quien no refrena la ira vive en tormento.
3 Tormento del enemistado en esta vida y en la otra.–La pena humana vence a la ira.–Las penas eternas le persuadirán a perdonar,–a buscar la reconciliación,–a adelantarte a ofrecerla,–a pedirla con insistencia.–Dios no perdona, si no perdonamos.
4. Nadie debe tomarse la venganza por sí mismo.–El que te ofendió tiene dueño, y éste hará justicia, pero tú no eres quien debe tomarla.–No eches imprecaciones en contra de los enemigos.–No alegues que se harán más atrevidos y peores si te adelantas a reconciliarte y si ruegas por ellos.–Dios cuida de castigar provechosamente a los pecadores, aunque les perdonemos nosotros.–Historia de María, la hermana de Moisés.–Otra excusa: pensará que lo hago por miedo.–Me ha inferido tales injurias.

5. Quien esté enemistado, no se acerque a la sagrada mesa.–Ve primero a reconciliarte con tu hermano.–Un solo enemigo tengamos, el diablo.–No se ponga el sol sobre nuestra ira.–Camino de nuestra reconciliación con Dios.
6. Merced prometida a quienes perdonan.–Quien no perdona, la desprecia.–Manera de reconciliarse.–Tú mismo eres el juez de reconciliación.–El siervo que debía cien escudos de oro.–Cuán grande es el premio de la reconciliación.–Los hombres perdonan parte, Dios perdona todo a quien perdona de corazón.–Insiste tú.
7. Yo nada tengo que ver con él, ningún mal le deseo.–Dios manda más que esto.–Lo que haces para comprar un siervo, hazlo para recuperar a un hermano.–Esto hace a Dios propicio.
9. No vayas poco a poco, no lo dejes para mañana.–Castigaré a quien no se haya enmendado,–para que se enmiende y participe de la Pascua.

HOMILIA XXI

SUMARIO. Advertencias y análisis de la Homilía XXI 148

1. Motivos de alabar a Dios.–Lo inesperado ha sucedido.–El diablo intentó destruir la ciudad con los crímenes cometidos.–Dios la ha distinguido y esclarecido con la calamidad.–Salida de Flaviano al Emperador.–El Obispo ha logrado su esplendor.
2. El Emperador ha hermoseado su corona.–Comedimento de Flaviano.–Sufrimientos durante el viaje.–En Constantinopla.–Palabras de Teodosio a Falviano.
3. Discurso de Flaviano al Emperador por los Antioquenos.–Hermosa respuesta de Constantino.–Humanidad de Teodosio.–Carta a los Prefectos.–Pensamientos magníficos de Flaviano sobre las consecuencias de perdonar a la ciudad.–Gloria sin igual para el Emperador,–para el Cristianismo.–No hay peligro de que las otras ciudades se hagan peores, si ésta no fuere castigada.–Temor en que viven los Antioquenos.–El castigar es cosa fácil, el perdonar un Emperador las injurias es cosa del todo singular y que conquista los corazones de los súbditos.–Vuestro ejemplo será regla para los venideros.–Vengo a Vos delegado de la ciudad y primero de Dios.–Perdonad y seréis perdonado.–Si perdonáis a la ciudad, Dios os perdonará vuestras prevaricaciones.–Yo volveré confiado,–si no la perdonáis, no volveré, me iré a otra ciudad.
4. Suave respuesta del Emperador, quien perdona a los Antioquenos.–Emocionado el Emperador.–Ultimas palabras del Emperador.–Oblígale a partir para Antioquía a consolarlos.–Promesa de ir personalmente a la ciudad en prueba del perdón.–Envió emisarios para saber que todo en el viaje iba bien.–El Obispo, a su vez, hizo que llegase a la ciudad la buena nueva antes que pudo llegar su persona.–Lectisternios cívicos y espirituales.